

AP63
.C7
ANO 3
TOMO 9
1915

Cuba

Contemporánea

—*—

REVISTA MENSUAL

DIRECTOR:

CARLOS DE VELASCO

AÑO III

TOMO IX

SEPTIEMBRE, 1915

NUM I.

SUMARIO:

I EL SENTIMIENTO DE LA SEGURIDAD	<i>Julio Villoldo</i>	5
II LA RECONQUISTA	<i>Enrique José Varona</i>	32
III JOSÉ ANTONIO SACO Y LA EDUCACIÓN NACIONAL	<i>Ramiro Guerra</i>	39
IV VARIOS SONETOS DE WILLIAM SHAKESPEARE	<i>José de Armas</i>	72
V RAFAEL MARÍA DE MENDIVE	<i>Dr. Salvador Salazar</i>	78
VI EL DESENLACE DE LA OFENSIVA ALEMANA SOBRE PARÍS. I. DEL SAMBRA AL MARNE	<i>Oscar García Montes</i>	98
VII BIBLIOGRAFÍA. (Libros de Armas, Carbonell, Castellanos, Dolz, Galliano Cancio, Muñoz Bustamante y Valverde)	<i>Carlos de Velasco</i>	113
VIII NOTAS EDITORIALES: El Dr. Carlos J. Finlay		120

DIRECCION:

LEALTAD, 94, ALTOS

HABANA

CUBA

Cuba Contemporánea

—*—

REVISTA MENSUAL

Fundada el 1º de enero de 1913.

=====
REDACTORES:

Julio Villoldo (Administrador).

Mario Guiral Moreno.

Max. Henríquez Ureña.

José S. de Sola.

Ricardo Sarabasa.

=====
Administración: Peña Pobre, 20.

*Jeje del Departamento de Propaganda y Anuncios: CARLOS NOVOA.—
Peña Pobre, 20, Habana.*

=====
CONDICIONES

CUBA CONTEMPORÁNEA ve la luz pública el día 1º de cada mes, en números de 96 a 136 páginas. Al año forma tres magníficos tomos de más de 350 páginas cada uno.

Esta revista cuenta con la colaboración de renombrados escritores de Cuba y del resto de América, en todos los órdenes; y la responsabilidad de las opiniones emitidas en los trabajos aquí publicados, será siempre de los firmantes de los mismos.

Ningún original será devuelto; y para dar cuenta de los libros recién publicados, será menester que se reciban dos ejemplares.

=====
PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN (FRANQUEO INCLUIDO):

En Cuba, el año: \$ 4.00 oro cubano o de los EE. UU.

En el extranjero: \$ 5.00 oro de los EE. UU.

Número corriente, \$ 0.40, y atrasado \$ 0.50 en igual moneda.

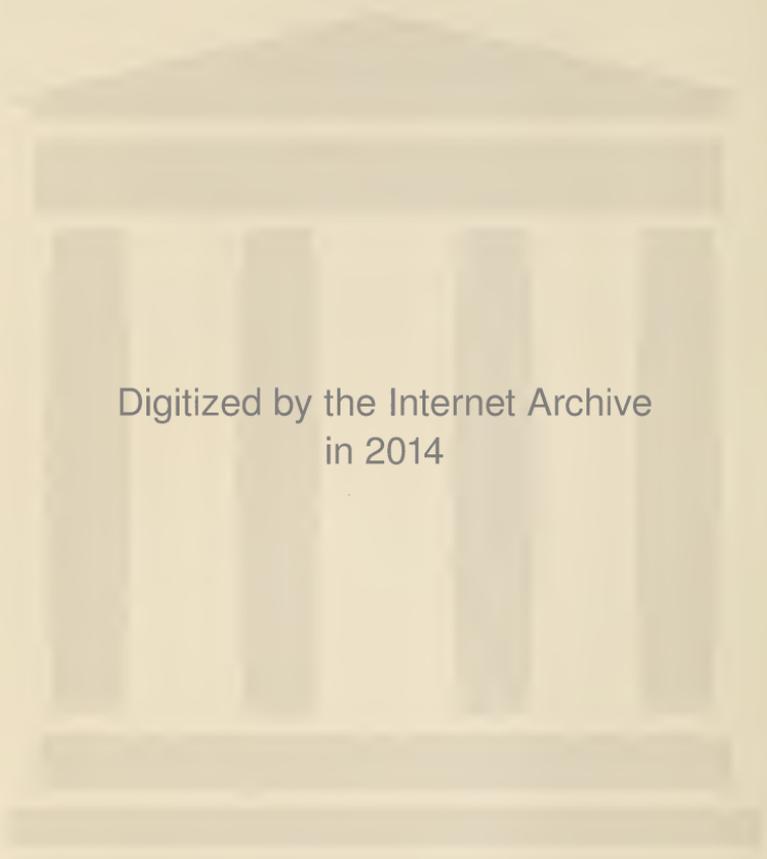
Cada colección de años anteriores: \$ 8.00 en Cuba y \$ 10.00 en el extranjero.

De venta en las principales librerías.

=====
ANUNCIOS A PRECIOS CONVENCIONALES

*Toda la correspondencia y el canje, al Director: calle Lealtad, 94, altos
Habana.*

CUBA CONTEMPORÁNEA



Digitized by the Internet Archive
in 2014

BUO
JL

AP63
.C7
AÑO 3
Tomo 9
1915

Cuba Contemporánea

—*—

REVISTA MENSUAL

==

DIRECTOR:
CARLOS DE VELASCO

AÑO III

—
TOMO IX

(SEPTIEMBRE A DICIEMBRE, 1915)

—

DIRECCION:
LEALTAD, 94, ALTOS
HABANA
CUBA

REDACTORES:

Julio Villoldo.

Mario Guiral Moreno.

José S. de Sola.

Max Henríquez Ureña.

Ricardo Sarabasa.

Cuba Contemporánea

AÑO III

Tomo IX. Habana, septiembre de 1915. Núm. 1.

EL SENTIMIENTO DE LA SEGURIDAD

AS revoluciones, cualesquiera que sean las causas sociales que las originen o las razones políticas que las provoquen, dejan siempre un largo y profundo estado de descomposición. Todos los bajos fondos que conviven en las sociedades, todos los fermentos maleantes que en ellas bullen, ascienden a la superficie y, mezclándose o amalgamándose con los mejores elementos del país, producen un estado de intranquilidad y de indisciplina muy difícil de aplacar.

Alberto Vandal, en su notable libro titulado *L'Avènement de Bonaparte*, refiere el estado de anarquía en que se encontraba Francia en los años de 1798-99. En el capítulo preliminar de la obra, trata de la prolongación del estado revolucionario, del desorden material, de las agitaciones jacobinas y del *terror blanco*, del bandidaje político, de las bandadas de foragidos que infestaban ciertas regiones del territorio francés, de la inseguridad general, de la impotencia e indignidad de la Administración, con su secuela de penuria; de la desaparición de los servicios públicos, etc., etc. Y al referirse a las causas por las cuales los franceses acogieron a Napoleón Bonaparte como a un libertador, dice:

Al desorden revolucionario se unía, en todos los lugares a donde llegaba la acción pública, la más dura y meticulosa tiranía...

La libertad no existía más que para ellos [los jacobinos]; se la negaban a los otros, a la vez que los obligaban a adorarlos de rodillas; habían divinizado la palabra, pero proscrito la cosa. He aquí porqué los franceses acogieron a Napoleón como libertador y cambiaron tan fácilmente la opresión de unos déspotas miserables por una tiranía elevada e imparcial... (1)

Y esa es la historia de todos los pueblos: después de una revolución asoladora, ha sido necesario que un hombre de *acción*, un espíritu emprendedor y cultivado, dirija a los hombres y encauce "la cosa pública".

Cromwell en Inglaterra, Washington en los Estados Unidos, Bolívar en Venezuela y Colombia, Napoleón en Francia, fueron los hombres que dieron cara al turbión y detuvieron el torrente desbordado y amenazador. Alguno fué arrastrado por él; pero, en la lucha, la corriente perdió mucho de su fuerza.



Cuba, país que ha venido combatiendo por sus libertades e independencia desde los albores del siglo XIX, ha sufrido, en condiciones más desfavorables que otros pueblos, los estados de *desórdenes materiales* engendrados por las revoluciones.

Su escasa población, lo heterogéneo de sus componentes, el aislamiento de su territorio, las conspiraciones, los largos años de la cruenta y porfiada lucha, las bárbaras represalias y el naufragio de la potencia económica del nativo, han engendrado un estado de penuria colectiva y de indisciplina social, de muy difícil remedio.

Terminada la revolución de 1868-78 en la forma que todos conocemos, el país entró en una nueva era gracias a la culta y abnegada propaganda del Partido Autonomista, de aquel partido que contribuyó a que años más tarde prendieran las prédicas del Apóstol, de José Martí. Pero al par que se desarrollaba el programa del susodicho partido, la inseguridad personal se veía seriamente amenazada tanto en los distritos rurales como en los centros urbanos. El bandolerismo hizo presa en los campos, y sobre todo en las provincias de la Habana y Matanzas. En la propia capital era raro el día en que los pacíficos y honrados

(1) Op. cit., pág. 26.

vecinos no se veían asaltados, robados, y aun asesinados, en los lugares más céntricos de la urbe.

El cuerpo de policía colonial, llamado de “Orden Público”, incompetente y desorientado, no sabía o no podía evitar los atracos a plena luz; los llamados “serenos” se veían perplejos para resguardar de los malhechores nocturnos los establecimientos de víveres, llamados “bodegas”.

Vino la revolución de 1895. La Isla, sacudida desde el Cabo de San Antonio hasta la Punta de Maisí, ardió en llamas del uno al otro confín y se empapó en sangre en toda su extensión.

Weyler, con su bárbara reconcentración de campesinos, casi exterminó la población rural de Cuba: sobre 300,000 infelices rellenaron con sus huesos los cementerios de las poblaciones o blanquearon con ellos las verdes campiñas cubanas; la tea de unos y otros redujo a pavesas la mayor parte de las fincas azucareras; el ganado, en todas sus especies, casi se extinguió en el territorio. La pobreza, la más negra miseria, extendió sus lúgubres alas sobre los habitantes de “la más hermosa isla que ojos humanos vieron”.

En abril de 1898 estalló la guerra entre España y los Estados Unidos; y después de cuatro meses de operaciones militares, el maltrecho “león ibérico” se vió obligado a capitular y a entregar a los norteamericanos los restos de aquel Imperio Colonial “que Dios, en un momento de indignación, había entregado al pueblo español para demostrarle solemnemente que era indigno de regirlo”, según el elegante decir de un fogoso orador mejicano.

Cuba, si no independiente, estaba por lo menos libre de España.



El período que media entre el 1.º de enero de 1899 y el 20 de mayo de 1902, esto es, el de la ocupación norteamericana, es una de las épocas más curiosas e interesantes que registra la historia de Cuba. Los norteamericanos, desde los primeros momentos, se rodearon de los mejores elementos del país. Una era de reformas, de verdadera revolución en las costumbres, se operó en Cu-

ba. Todos los denigrantes vicios coloniales desaparecieron, al menos en los principales centros urbanos: las brutales corridas de toros; las riñas de gallos, azote del campesino; la corruptora lotería; las frases obscenas; la hedionda camiseta, indumentaria de gañanes y carretoneros; el cigarro en los vehículos públicos, y la prostitución, que, si bien siguió reglamentada, se relegó a los barrios extremos de las poblaciones.

Fué separada la Iglesia del Estado, magna reforma que ningún gobernante cubano se hubiera atrevido a realizar, según se deduce de los hechos que venimos observando. Se creó la escuela pública laica, desterrando arcaicas enseñanzas contrarias a la época de progreso en que vivimos.

Pero lo que más poderosamente llamó la atención de propios y extraños, fué el *saneamiento* que se llevó a cabo en todo el territorio cubano. Las poblaciones fueron saneadas, tal vez atendiendo contra ciertos derechos individuales y la inviolabilidad del hogar—es decir, pasando sobre el principio inglés que dice *my home is my castle*—, pero abordando con mano firme y decidida un magno problema de salubridad pública. Hubo grandes abusos, pero la recompensa fué enorme: quedaron extirpados la fiebre amarilla, el paludismo, la viruela y otras enfermedades que eran el azote del extranjero y del nativo.

Los generales Brooke y Wood, poderosa y eficazmente auxiliados por los cubanos, consiguieron en tres años y cinco meses lo que los españoles no supieron evitar en siglos de dominación y desgobierno.

El gobernante Wood, hombre de indomable energía y recto criterio, logró otro bien inapreciable: intensificó *el sentimiento de la seguridad* en los campos y las poblaciones.

*
* *

Muerto Manuel García, el famoso bandido conocido por “el Rey de los campos de Cuba”, al estallar la Revolución de 1895, los restos de su partida se sumaron a las huestes revolucionarias; y en ellas encontraron la muerte o la regeneración. Ese ejemplo siguieron los elementos maleantes de otras provincias.

Al terminar la guerra, la Isla se encontraba libre de la ma-

yor plaga de los tiempos coloniales: el bandolerismo. En la memoria de los soldados de la Revolución se conservaba la forma ruda y justiciera con que Máximo Gómez, el Generalísimo, y otros caudillos de la guerra habían sabido castigar ciertos síntomas de pillaje o cuatrерismo.

El general Wood organizó con los mejores elementos revolucionarios una excelente Guardia Rural y un magnífico cuerpo de Policía.

Según se afirma por muchos, toda intentona de bandidaje fué vigorosamente reprimida; los atracos, los asaltos y robos a mano armada en las ciudades, pasaron a la historia; y los barrios peor afamados de la Habana se convirtieron en lugares seguros y tranquilos. Y la cura fué tan radical, que esas tranquilidad y seguridad subsistieron por varios años.

El pueblo de Cuba contempló, lleno de asombro, cómo a pesar de la miseria reinante, originada por tres años de lucha cruel y asoladora; cómo a despecho de los odios, resquemores y rencillas engendrados por la contienda, el país gozaba de una paz, de una tranquilidad y de una seguridad jamás sentidas en toda su tormentosa historia. La teoría del buen gobernante, del hombre de *acción* de verdad, hábilmente secundado, se comprobaba una vez más.

Respecto a los juzgados correccionales establecidos por primera vez en Cuba en aquella ocasión, sin dejar de comprender que ejercieron una saludable influencia para intensificar el sentimiento *del orden*, de *la seguridad*, nos reservamos de momento nuestra opinión definitiva, para tratar el tema con la extensión y el detenimiento que el asunto requiere. Sólo adelantaremos que a los cubanos se les ofreció un mal ejemplo encomendando tan delicada función correccional a un "soldado" sin preparación jurídica y de formas rudas y bruscas. Los funcionarios nativos que le han sucedido, en su inmensa mayoría, se han atenido más a esos ejemplos que a los procedimientos mesurados tan propios de esa tarea correccional y educadora.

*
* *

A partir del 20 de mayo de 1902, un cubano de intachable conducta, un hombre de rígida moral pública y privada, enamo-

rado de sus prerrogativas constitucionales y poseedor de un claro concepto jurídico, se hizo cargo de la presidencia de la República.

El sentimiento de la seguridad siguió predominando; las leyes penales se aplicaron rectamente; una mal entendida piedad no abrió arbitrariamente las puertas de las cárceles y los presidios mediante la concesión de indultos injustificados; la pena de muerte, sancionada por la Carta Fundamental y el Código Penal, se aplicó, discretamente, pero siempre en consonancia con la magnitud del delito y la alarma social producida. La impunidad no fué la norma del gobierno.

Si el entonces primer Magistrado de la nación hubiera creído que la pena de muerte debía ser suprimida, tenemos la seguridad de que por medio de un Mensaje así se lo hubiera hecho saber al Poder Legislativo, único facultado para modificar las leyes vigentes.

A poco de subir al poder el señor Estrada Palma, estalló un serio conflicto de orden público con motivo de una huelga; las autoridades que no quisieron o no supieron cumplir con sus deberes fueron destituídas o tuvieron que renunciar; la policía puso coto a la violencia con mano firme y decidida: el principio de autoridad no sufrió menoscabo.

Sin embargo, el horizonte político empezó a entenebrecerse: el delicado asunto de la paga del Ejército fué el factor inicial. Allá por Oriente estalló un principio de rebelión, que fué prontamente sofocado.

Después, un incomprensible error llevó a aquel probo y recto hombre público a embarcarse en el peligroso esquiife de la reelección y a no castigar con mano fuerte y firme a los primeros que atentaron contra la estabilidad de la República: la primera vez que unos sediciosos fueron traídos a la ciudad de la Habana en automóvil, hubo que recordar la célebre frase latina: *alea jacta est*, es decir, la suerte está echada.



Estalló la llamada “revuelta de agosto”. No nos proponemos analizar las causas políticas que produjeron lo que en repetidas

ocasiones hemos llamado “*alferecía* nacional”; sólo nos ocuparemos de sus efectos próximos, de su influencia inmediata sobre *el sentimiento de la seguridad*, que sufrió, con motivo de esa algarada, un rudo golpe.

El autor de este trabajo, que se encontraba ausente del territorio nacional en aquella luctuosa fecha, experimentó una enorme decepción: había creído que después de los horrores y las calamidades sin cuento, sufridos durante la guerra de 1895-98; que después de las pródigas enseñanzas de la ocupación norteamericana de 1899-02; que una vez consolidada, por el esfuerzo de todos, una república próspera y progresiva, los cubanos, cualesquiera que fueran su credo político y las dificultades que surgieran, nunca atentarían contra la estabilidad de la república, jamás derramarían su sangre en lucha fratricida. Su equivocación fué grande: en poco menos de dos meses, los nativos se armaron los unos contra los otros; se derramó sangre cubana; fueron destruídas propiedades extranjeras; las pasiones se desencadenaron ferozmente, y el Gobierno constituido se desplomó con estrépito, en medio del dolor de inmenso número de cubanos y del asombro de los extraños.

La corta revuelta de 1906 dió pábulo a muchas cosas evitadas desde 1898: el caudillaje asomó la cabeza, el principio del orden, de autoridad, recibió una sacudida casi mortal.

Después de la partida de los delegados norteamericanos, señores Taft y Bacon, se pudo ver un caso insólito en los anales y precedentes del Derecho Internacional y Público: una intervención militar en un país extranjero, conservando el pabellón nacional en todas las fortalezas y edificios públicos; un Gobernador Provisional asumiendo, conjuntamente, todas las funciones de los poderes Ejecutivo y Legislativo.

El señor Charles E. Magoon siguió, en lo que se relacionaba con *el sentimiento de la seguridad*, una política diametralmente opuesta a la del general Leonardo Wood. Este fué todo energía, aquél todo lenidad; Wood constituyó, edificó; Magoon derribó, desmoralizó.

Las “cabezas visibles” del movimiento revolucionario triunfante, subieron, primero conjuntamente y después—cuando ocurrió su ruidoso divorcio—por separado, las escaleras de Pala-

cio, en demanda de destinos y de indultos de personas cuyos delitos nada tenían que ver con los acontecimientos que acababan de desarrollarse.

Un pueblo que había visto la facilidad con que se derribaba al gobierno constituido, sufrió el desmoralizador espectáculo de presenciar cómo se vaciaban las cárceles y los presidios, sin que la mano del gobernante extranjero que se nos había enviado con el propósito de restablecer el orden, y que debió mantener el principio de autoridad, supiera poner un dique o valladar a las pretensiones de los caudillos triunfantes.

Magoon, una vez que cesó su mando en Cuba, ha tratado de justificarse de las censuras y severos juicios de que fué objeto tanto en Cuba como en los Estados Unidos. En el capítulo II, que lleva por título *Cuba: catorce años después*, de la obra *El Mediterráneo Americano*, por Stephen Bonsal (capítulo que fué traducido, anotado y publicado en las páginas de esta revista por quien esto escribe) (2), el autor pone en boca de Magoon estas palabras que dice fueron por éste vertidas en una entrevista que con él sostuvo:

...Solamente existe uno de estos cargos que me dignaré contestar, y es el que se refiere a la gracia de indulto, que algunos de estos críticos consideran excesiva y a la que atribuyen razones venales.

Dicen que he indultado cerca de *ochocientos condenados*. Creo que este número es aproximadamente exacto, pero el resto del cuento es pura invención...

.....

Con lo expuesto basta: no necesitamos transcribir el resto de sus manifestaciones, ya conocidas por los lectores de esta revista. Por su propia confesión sabemos que en el corto tiempo que duró su gobierno (unos veintisiete meses), procedió con tal ligereza y tal lenidad, que *ochocientos condenados*, en su inmensa mayoría por delitos comunes—no políticos, como él parece querer indicar—, fueron indultados.

(2) Véase el número de febrero (1913) de CUBA CONTEMPORÁNEA, tomo I, págs. 120-38.

Es indudable que el rollizo Procónsul puede sentirse satisfecho de su método de consolidar *el sentimiento de la seguridad*.

* * *

Hemos afirmado en un trabajo anterior, y ahora lo ratificamos en éste, que pocas cosas han contribuido más a socavar los cimientos de nuestra estabilidad, a indisciplinar más a Cuba, que las insensatas prédicas y propagandas de la inmensa mayoría de los oradores de los llamados partidos políticos.

La campaña electoral que antecedió a la restauración del gobierno republicano en 29 de enero de 1909, será célebre en los anales de Cuba. Pocas veces desde la tribuna política se han vertido frases más duras, conceptos más hirientes, acusaciones más tremendas, que los empleados por la casi totalidad de las personas, de uno y otro partido, que figuraron en la contienda electoral. Y ambas facciones, por su imprevisión y su afán de obtener votos a toda costa, exaltaron a cierto elemento, provocaron un pavoroso problema racial que, años más tarde, tuvo su doloroso epílogo allá en las montañas de Oriente, de ese legendario Oriente hecho famoso por las épicas hazañas de los heroicos caudillos de las revoluciones de 1868 y 1895.

Después de esa tremenda lucha electoral, una vez obtenido el triunfo por el partido liberal, las aguas volvieron a su cauce, las pasiones se tranquilizaron y la masa sensata, olvidando ciertos excesos de los primeros días de la victoria, sólo vió que un cubano, un general de la Revolución, había obtenido el triunfo e iba a suceder al Gobernador Provisional en el gobierno de la República restaurada gracias al buen deseo del Presidente Roosevelt. (3)

El nuevo gobernante cubano venía precedido de fama de hombre enérgico, de carácter fuerte, incapaz de dejarse imponer por los espíritus levantiscos que tanto abundan en las democracias americanas. Aun aquellos que lo habían combatido sañudamente durante la campaña electoral, le reconocían condiciones de mando.

(3) Véase su felicitación, en la que deseaba a Cuba "las bendiciones de la Paz, de la Justicia y de la Libertad". (*La Discusión*, enero 29 de 1909.)

El sentimiento de la seguridad parecía que iba a tener un celoso guardián; y aunque se recordaba que el Presidente recién electo, en más de una ocasión, había subido las escaleras de Palacio solicitando y obteniendo indultos del complaciente Mr. Magoon, se atribuía el hecho a móviles electorales, al deseo de formar prosélitos. Ya en el poder, sería otra cosa.

En efecto: a los pocos días de su toma de posesión, caía un coronel del Ejército Libertador en condiciones muy trágicas, muy oscuras; y dos guardias rurales, acusados de sedición, estuvieron a punto de ser pasados por las armas. No nos detendremos a analizar estos tristes sucesos, que teniendo, a nuestro juicio, un aspecto más bien político, nos apartarían del tema que venimos estudiando.

Los que esperaban un cambio en la política de los indultos instaurada por Mr. Magoon; los que creían que el nuevo gobernante cubano sería un celoso mantenedor del principio del orden, del respeto a la ley, sufrieron una dolorosa decepción. Tanto el Poder Ejecutivo como el Legislativo rivalizaron en abrir las puertas de los establecimientos penales a los criminales de la peor calaña. Los indultos y las amnistías estuvieron a la orden del día.

La extinguida revista *Pro-Cuba* decía en su número 2, correspondiente al mes de junio de 1911, lo siguiente:

...Una de las características salientes de la situación política actual es la impunidad de los delincuentes, cualquiera que sea su clase. En la Cámara, los partidos se han unido ya en tres ocasiones para arrancar de las manos de la justicia a los afiliados respectivos que hubieran cometido delitos. En vez de arrojarlos de su seno, como elementos peligrosos para el orden social e indignos de figurar en un grupo político que ostenta flamante y cívico programa, yendo en contra del interés de la sociedad cuyos destinos rigen o aspiran a regir, se unen para decretar semejante burla a las leyes, que debían ser los primeros en respetar.

Como complemento de las frecuentes amnistías, se prodigan los indultos, facultad ejecutiva que nuestros constituyentes otorgaron con demasiada amplitud.

Así hemos visto con espanto que asesinos de la peor clase, que representan en todo tiempo un peligro para la sociedad en que viven, han recobrado la libertad tras un breve encierro de un año, de algunos meses, y aun de semanas o de horas.

Es doloroso consignar que el Jefe del Estado se ha mostrado en extremo

complaciente en esta materia. No hace muchos días oímos decir—y sólo anotamos el dato en su valor aproximativo—que pasaban de *tres mil* los indultos decretados durante la nueva República... (4)

En efecto: apenas tomó el nuevo Presidente posesión de su cargo, lo primero que hizo fué dirigir al Congreso, con fecha 1.º de febrero de 1909, un Mensaje cuyos son los siguientes párrafos:

...Y porque entiendo que es mi deber de Jefe del Estado, que abriga este convencimiento, evitar la injusticia de que, quien ha sido, en cierto modo, producto del ambiente, sufra el castigo íntegro de la responsabilidad individual, hago, con verdadero deseo, uso del artículo 68 de nuestra Carta Fundamental, y os invito a una obra de piedad, que será en algún caso obra de reparación, y con la cual, mejor que con ninguna otra, consagraremos el magno suceso de estos días en que nos sentimos tan dichosos como en aquellos otros célebres de nuestra Historia en que por primera vez nos vimos libres de todo Gobierno extraño.

Una *amnistía extensa*, sin que lo sea tanto que exima a *criminales que hayan estremecido con sus feroces acciones el núcleo social*, es la forma que yo me permito recomendar para que sea cumplido el noble impulso de equidad y de magnánimo perdón a que respondemos.

El Ejecutivo hubiera podido, dentro de sus facultades constitucionales, dictar un indulto general, pero ha preferido dirigirse al Congreso [es natural que así lo hiciera no por respeto al Poder Legislativo, sino porque los efectos de la amnistía borran toda huella de delito, cosa que no sucede con el indulto general] para que el acto de gracia sea solidariamente otorgado por los dos poderes que emanan del voto popular, y también porque un indulto del alcance del que las actuales circunstancias requieren, habría de revestir los caracteres de una amnistía; y celoso como soy *y he de ser siempre*, de la recta interpretación de nuestro Código Político, he debido respetar vuestras prerrogativas constitucionales.

La amnistía podría comprender aquellas penas que, por su poca intensidad, parece lógico que sean las primeras objeto de ella. Me refiero a las de corta duración y a las multas.

Las condenas graves pueden ser reducidas proporcionalmente, excepto los que, sentenciados a muerte, hayan recibido la conmutación por la inmediata...

.....

Por lo expuesto, el Congreso ve que deseo una *amnistía amplia, la más extensa* de las hasta ahora concedidas. Pero no expresaría todas las razones que me han resuelto a esta solicitud, si no expusiese antes de terminar este Mensaje, que este acto de gracia es *el único que yo propondré al Poder Le-*

(4) Sección titulada *Revista del mes*, pág. 37.

gislativo, y que me propongo cerrar para siempre la serie de indultos (5). El ciudadano que delinca sufrirá la condena, porque yo interpretaré, como debe ser interpretada, la potestad de indultar, de un modo parco y excepcional, conforme lo exige la índole de la prerrogativa, *de la que no puede abusarse sin desnaturalizar lo que es el indulto,* y sin incurrir, rectificando y anulando la obra de los Tribunales, *en imprudente invasión* en los campos del Poder Judicial, *al que todos debemos respetar.* El magistrado no verá disminuída por mí, a cada rato, la fuerza moral de su altísima función, viendo, entristecido y escéptico, burlado, por la influencia, su fallo, y libre a quien días antes condenó a encierro; y así, seguro de que indultaré sólo en casos extraordinarios, por razones poderosas y para subsanar errores inevitables, realizará su delicada misión con el mayor estudio y la más firme conciencia, examinando escrupulosamente los motivos que le hayan de conducir a la declaratoria de culpabilidad o de absolución.

Es, por lo tanto, este Mensaje, al propio tiempo que un requerimiento a vosotros para que llevemos a las prisiones de la República el regocijo que llena nuestros corazones, un aviso a los delincuentes, de que inspiraré siempre mi conducta en un criterio restrictivo respecto de estas concesiones (6).

Los párrafos que acabamos de transcribir nos ahorran la tarea de hacer la crítica de los deplorables efectos que produce el abuso de los indultos y amnistías reiterados.

El señor Presidente de la República en aquel entonces, se encargó, con profundo "sentido jurídico", de hacerlo en su propio Mensaje. ¡Lástima grande que meses más tarde destruyera su obra, otorgando indultos que escandalizaron a la opinión pública!



El Poder Legislativo acogió con fruición el citado Mensaje Presidencial, que se leyó en sesión de 1.º de febrero de 1909. A poco de terminada su lectura, ya había un proyecto de ley de amnistía firmado por siete señores representantes. No hemos de referir punto por punto los trámites que siguió este proyecto de ley, ni los votos particulares formulados por los señores González Lanuza y Cancio Bello.

En la sesión del 17 de febrero del propio año, se inició por

(5) De cómo el señor Presidente cumplió su palabra, dan fe los párrafos transcritos de la revista *Pro-Cuba*.

(6) Véase el *Diario de Sesiones de la Cámara de Representantes, Cuarto Período Congresional, Primera Legislatura (1909)*, págs. 15-16.

el Dr. Mario García Kohly el debate sobre ese proyecto de ley y la impugnación del voto particular del Dr. Lanuza.

En el exordio de su discurso, el señor García Kohly llegó a decir lo siguiente:

No regateando, codiciosamente, como el avaro antes de conceder una limosna, la cantidad de generosidad legislativa que vamos a otorgar en esta gracia, sino dándola amplia, robusta, fecunda, pródiga si se quiere; *tan fecunda y tan pródiga, que resulte si es necesario EXAGERADA*; pero nunca tan mezquina, tan pequeña y tan mísera, que resulte ridícula y pueril...

De modo que, a juicio del orador, la clarividencia, el profundo sentido jurídico del sabio profesor de Derecho Penal, resultaban avaricia, tacañería piadosa...

No podemos, tampoco, seguir al fogoso orador en todo el curso de su peroración, en ese canto de piedad para criminales y delincuentes, que provocó esta admirable "riposta", en su réplica, del doctor Lanuza:

Él mira con ternura a los que están en prisión; yo miro con más consideración a los hombres de bien.

Hace tiempo que, con motivo de los comentarios que se dirigen contra esta amnistía a los que como Representantes están encargados de votarla, oigo decir que no importa que salgan de la prisión todos los que en ella se encuentran, porque el daño no resultaría muy grave desde el momento que a los tres o cuatro meses volverán a la prisión, lo cual, lejos de consolarme me entristece más: sería verdaderamente extraordinario que la suerte hiciera—puesto que ellos han de volver a la prisión al través de la piel y del bolsillo de algún semejante—que volvieran al través de la piel y del bolsillo de alguno de nosotros. (7)

La primera parte del temor se cumplió, no a los pocos meses, sino a los pocos días de votada y sancionada la amnistía; lo que fué una lástima es que la segunda no ocurriera, pues a más del placer que hubiéramos tenido leyendo o escuchando la oración fúnebre que pedía hacer el insigne penalista, tal vez así, por el temor engendrado en el seno de la clase, se hubieran evitado las subsiguientes amnistías. Pero hasta en esto resultaron "inmunes e inviolables".

Tampoco podemos seguir al doctor Lanuza en el curso de su admirable disertación, que, en otras Cámaras con un concepto

(7) *Diario de Sesiones*; sesión del 19 de febrero de 1909; pág. 6.

más claro del derecho y del respeto que se debe a las personas honradas, hubiera culminado en un ruidoso triunfo para el ilustre catedrático de la Universidad Nacional, quien con razón afirmaba que

conmemorar un acontecimiento fausto con la exención de las penas y de la responsabilidad criminal, ha parecido ya de antiguo cosa irracional.

Aquí se le aplaudió, se le felicitó efusivamente, aun por sus propios adversarios... Pero se aprobó el proyecto, que, una vez sancionado y puesto en vigor, sembró la alarma y la intranquilidad por todos los ámbitos de la República. *El sentimiento de la seguridad* recibió su más rudo golpe. La pena, desde aquel entonces, cesó de ser un temor, una intimidación para los delincuentes de la República, dada la especie de "conjunción piadosa" formada por el Ejecutivo Nacional y el Poder Legislativo.



Nosotros, en principio, no somos contrarios a las leyes de amnistía, que en ciertas ocasiones son excelentes para restablecer la normalidad perturbada. Lo que sí condenamos es la amplitud, la extensión que se le dió a la Ley de Amnistía en que nos venimos ocupando, sancionada y publicada en 6 de marzo de 1909.

Al igual que el Dr. José A. González Lanuza, entendemos que resulta tan absurdo e irracional festejar los grandes acontecimientos patrióticos de ese modo, que nos recuerda el hecho de aquel domador de fieras que para celebrar el natalicio de su hijo, soltó al más feroz y enorme tigre de su colección...

Durante el período presidencial del señor Estrada Palma, el Congreso votó y él sancionó las siguientes leyes de amnistía: la de 9 de julio de 1902, por los delitos cometidos durante el período de la Intervención por ciudadanos de los Estados Unidos de América; la de 3 de octubre de 1902, concediéndola total por los delitos cometidos en el ejercicio de sus cargos, hasta el 20 de mayo de dicho año, por los funcionarios municipales, ya elec-

tivos, ya de nombramiento (por el artículo II de esta ley, se hacía extensiva la amnistía a los delitos e infracciones cometidos con ocasión y motivo de las elecciones, aun cuando esos hechos constituyeran delitos e infracciones no previstos en la Ley Electoral y sí en el Código Penal); la de 10 de noviembre de 1902, por todos los delitos de imprenta cometidos hasta el día 11 de octubre del propio año, cuyos autores no hubieran sido condenados por sentencia firme hasta esa fecha, quedando exceptuados de tal beneficio, por el artículo III de la referida ley, los procesados que lo hubieran sido, a instancia de parte, por delitos cuya pena se remite sólo por el perdón del ofendido; la de junio de 1903, por los delitos cometidos con motivo de la huelga de los obreros de esta ciudad en el mes de noviembre de 1902, hechos a los cuales ya nos hemos referido (esta ley no excluía de sus beneficios a persona alguna); la de 30 de enero de 1906, concediendo amnistía a los funcionarios públicos, no municipales, de cualquier orden y jerarquía, por delitos que hubieren cometido en el ejercicio de sus cargos hasta el día 20 de mayo de 1902; a los que hubieren sido procesados o condenados por haber imputado en cualquier forma, a funcionarios públicos, hechos delictuosos cometidos hasta la expresada fecha, y a los funcionarios públicos, en el ejercicio de sus funciones desde la constitución de la República hasta el 31 de diciembre de 1905, por los delitos y faltas castigados con penas de inhabilitación o con penas leves y correccionales, aunque lo estuvieren además con inhabilitación; y, por último, la ley de 19 de mayo de 1906, por la cual se concedió una amnistía total por los delitos de rebelión, conspiración, sedición, desobediencia, desorden público, atentado a la autoridad o sus agentes, cometidos desde el 23 de septiembre hasta el 1.º de diciembre de 1905; los delitos anexos a éstos; los delitos cometidos por medio de la prensa, hasta el 15 de mayo de ese año, y los delitos y faltas electorales cometidos desde el 23 de septiembre al 1.º de diciembre del propio año.

A nuestro juicio, las amnistías de funcionarios públicos castigados por delitos cometidos en el desempeño de sus cargos; la de los empleados municipales y la de los delitos e infracciones electorales, sentaron un mal precedente y tal vez actuaron funestamente.

En todas las acciones relacionadas con los funcionarios públicos, en todos los asuntos que tuvieran que ver con el Ayuntamiento, debiera haberse procedido, desde un principio, con mano fuerte: tal vez de este modo se hubieran obtenido resultados muy distintos a los que hemos venido palpando.

En lo tocante a infracciones y delitos electorales, todo rigor es poco; siendo, por tanto, esas amnistías las más peligrosas, pues no tan sólo comprometen el orden y la tranquilidad públicos, sino la vida de la nación. Los promotores de la revuelta de agosto achacan la responsabilidad de ella a los abusos y delitos electorales cometidos en 1905, lo que no empece para que los miembros de su partido hayan votado dos amnistías relacionadas con la comisión de infracciones y delitos electorales, la última muy recientemente.

Pero como quiera que la inmensa mayoría de los congresistas deben sus puestos a lo que en la jerga electoral se llama "el refuerzo", es humano, aunque no patriótico, que a su vez traten de salvar a aquellos que han cometido infracciones y delitos electorales en su obsequio.

*
* *

Respecto a la Proclama de Amnistía de Mr. William H. Taft, con motivo de los sucesos de 1906, publicada en 10 de octubre de ese año, nada tenemos que decir. Es uno de los casos típicos en que procede la amnistía; siendo, por tanto, innecesaria la petición que hizo el nuevo Presidente al Congreso de 1.º de febrero de 1909, pues ya en esa Proclama y en la ampliación que hizo Magoon en 16 de noviembre de 1906, de la ley de amnistía de 19 de mayo del propio año, votada por el Congreso de la República y sancionada por Estrada Palma, se comprendían todos los delitos políticos cometidos con anterioridad al 23 de septiembre de 1905.

*
* *

Respecto a la ley de amnistía sancionada por el señor Presidente en 22 de febrero de 1910, nada tampoco tenemos que decir en su contra: se refiere a delitos de imprenta, de carácter político, cometidos antes del día 15 de ese mes.

En cuanto a la ley sancionada en 7 de junio de 1910, es decir, quince meses después de la famosa de marzo de 1909, produjo también gran alarma social, pues comprendía gran número de delitos comunes, castigados con penas de prisión y de presidio; se seguía amnistiando a los funcionarios públicos castigados por delitos cometidos en el desempeño de sus cargos, sin parar mientes en los perjuicios que esto irrogaba al buen servicio y a la recta marcha de la Administración.

No hemos de referirnos a otros proyectos de amnistía que, por su amplitud y el peligro que entrañaban, provocaron ciertas "notas no deseables". Con lo expuesto basta para el estudio que venimos haciendo.

Queda demostrado que el enorme alcance dado a las leyes de amnistía en el período de 1909 a 1913, y la gran cantidad de indultos concedidos, ejercieron una perniciosa influencia sobre el medio social, provocando un pavoroso aumento de la criminalidad.

Durante esa época, el bandolerismo—que desde la muerte de Manuel García y sus secuaces habíase casi extinguido en el territorio nacional por las razones antes apuntadas—tuvo un vigoroso resurgimiento en la provincia del Camagüey, siendo sus figuras principales los bandoleros Solís y Alvarez.

Los crímenes de la brujería, dura y justicieramente castigados en la época de Estrada Palma, tuvieron un brutal retoño en la jurisdicción de Alacranes, en donde la niña Luisa Valdés Socorro fué secuestrada y bárbaramente inmolada por los negros Fidel y Demestre Valladares, Irene Rodríguez y José Ponce (a) Tin Marín, y otros.

Condenados a muerte los autores de tan horrendo y salvaje delito, unos por inducción y otros como autores materiales, la pena capital les fué conmutada por la de cadena perpetua. Después de tan injustificada clemencia con esos rudos y sanguinarios criminales, no es de extrañar que la siniestra "brujería", esa supervivencia africana, haya echado tan profundas raíces

en los distritos rurales, creando un pavoroso sentimiento de intranquilidad en el seno de las honradas familias de campesinos (8).

*
* *

El partido conservador, ya por medio de sus órganos en la prensa, ya valiéndose de sus voceros en la tribuna, atacó sañudamente la política de concesión de amplias amnistías y de innumerables e injustificados indultos. Se aseguró uno y otro día que si el citado partido lograba llegar a ocupar el poder, su primer acto sería poner coto a prácticas tan atentatorias a la buena marcha de la República, a la seguridad del Estado y al respeto que en todas partes se tiene a las personas de bien.

Ya en el poder, ¿ha cumplido el mencionado partido lo que tan ruidosamente prometió desde la oposición? Creemos que no, y remitimos a nuestros lectores a la larga lista de indultos otorgados desde el 20 de mayo de 1913 hasta la publicación del informe del señor Secretario de Justicia, sobre estadística criminal, en junio último (9).

El informe del señor Secretario es desconsolador, como podrá verse por los siguientes párrafos:

Los delitos de sangre, entre los cuales están comprendidos los de parricidio, asesinato, homicidio, infanticidio, aborto, lesiones, duelo, y entre los que bien o mal hemos comprendido también el de disparo de arma de fuego, llegaron, en 1909, a *mil seiscientos ochenta y cinco* y en 1913 a *dos*

(8) En 1905, en una conferencia leída en la Asociación de Estudiantes de Derecho y que tenía por título *El lynchamiento social y jurídicamente considerado*, decía el autor de este trabajo lo siguiente:

"Pero hay planteada una cuestión que, a nuestro juicio, está llamada a producir serios conflictos en el porvenir si nuestros legisladores y juristas no toman las medidas necesarias para evitarlos: nos referimos a la brujería practicada casi públicamente en todo el territorio de la República por individuos de la raza de color. Aun está muy reciente en la memoria de todos el horrible crimen de la niña Zoila, que tan hondamente conmovió a nuestra sociedad.

"Para extirpar de raíz este terrible cáncer social, es necesario proceder con todo rigor, aplicando sin ningún género de contemplaciones la pena de muerte a los autores e inductores de práctica tan contraria a nuestra civilización, y que hacen que nuestros campos parezcan enclavados en el centro del África en vez de estar en el seno de una sociedad moderna..."

(9) Véase el texto íntegro del informe en el número de *La Discusión* correspondiente al 11 de junio de 1915.

mil seiscientos ochenta y cinco; y en los delitos contra la propiedad, comprendiendo aquí solamente los de robo, hurto y estafa, nótase igual o parecido crecimiento, puesto que en 1909 llegaron a *tres mil seiscientos tres* y en 1913 a *cuatro mil quinientos veintiuno*. ¿De qué dependerá este aumento que se manifiesta también en los demás delitos de menos frecuencia? ¿Corresponderá proporcionalmente a nuestro aumento de población? Nos parece que no. El aumento de criminalidad, en cifras aproximadas, por lo que se refiere a los delitos de sangre, ha sido de un cuarenta por ciento en los cinco años y de un veinte por ciento en lo que se refiere a los delitos contra la propiedad; y es el caso que nuestra población no ha aumentado en esas proporciones durante los cinco últimos años.

Hay que buscar las causas en otros terrenos. ¿Será a malos ejemplos que recibiera el pueblo en estos últimos años? ¿Obedecerá a la frecuencia de las amnistías y de los indultos? ¿Corresponderá a la proporcionalidad realmente desconsoladora, que hemos denunciado ya dos veces, que existe entre los delitos denunciados y los delitos castigados?

No podemos resolver con precisión esos problemas, no hay datos bastantes para ello. Andando el tiempo podrá comprobarse la importancia de cada uno de los factores que hemos señalado; pero en términos generales podemos afirmar que todos ellos existen y que todos ellos en parte mayor o menor han contribuido al aumento.

Y también por la siguiente estadística comparativa:

	ASESINATO				
	AÑOS				
	1909	1910	1911	1912	1913
Habana.	11	16	14	17	16
Oriente.	11	16	21	32	40

	HOMICIDIO				
	AÑOS				
	1909	1910	1911	1912	1913
Habana.	54	68	66	84	70
Oriente.	148	89	145	183	190

RAPTO

	AÑOS				
	1909	1910	1911	1912	1913
Habana.	259	276	278	322	211
Oriente.	441	484	437	410	383

VIOLACIÓN

	AÑOS				
	1909	1910	1911	1912	1913
Habana.	31	45	50	54	48
Oriente.	63	51	49	34	61

INCENDIO

	AÑOS				
	1909	1910	1911	1912	1913
Habana.	165	259	195	218	236
Matanzas.	193	482	239	269	577
Santa Clara.	326	490	471	452	539

Después de estos elocuentes datos oficiales, ¿seguirá la conmutación de las penas de muerte? En la primera quincena de agosto último, le ha sido conmutada a cuatro parricidas...

*
* *

Con el sugestivo título de *Ejemplaridad de la impunidad*, dice el señor Salvador Canals desde las columnas del semanario madrileño *Mundo Gráfico*, correspondiente al 23 de junio del presente año, lo siguiente:

Ha coincidido con la campaña para alcanzar uno de los últimos indultos de pena de muerte un crimen que, por sus circunstancias, ha indignado al buen pueblo de Madrid.

Una mujer que venía haciendo vida marital con un perdido, harta de sufrir su explotación y sus vejámenes, se aparta de él y encuentra amparo en unos vecinos, un matrimonio de obreros honrados y compasivos. Al desdeñado se le ocurre, como a tantos en estos días, matar; pero no a la desdeñosa, sino a aquel honrado obrero en cuya casa encuentra amparo la sin ventura. Anuncia el crimen, determinando fecha y hora, y lo comete según programa. Cuesta grandes esfuerzos impedir el *linchamiento* del criminal, y cuando éste, pasadas unas cuantas horas, es conducido a la cárcel, pregunta serenamente a la Guardia Civil que lo lleva:

—¿Ocho años, verdad?

Pues en esa frase está toda la filosofía de lo que viene aconteciendo en materia de indultos. Contando con éstos, ese hombre cruel y desalmado sabe que un crimen como el suyo, que por tal modo subleva a la opinión popular, quedará purgado y redimido con unos años de presidio, ni siquiera muy amargos y dolorosos, ya que poco a poco, pero resueltamente, vamos entrando por el camino de la mejora del sistema penitenciario. ¿Puede una sociedad mirar tranquilamente, indiferentemente, un estado de cosas como el que se muestra en ese episodio?

Diserta después sobre el poderoso movimiento abolicionista que se viene operando en España en contra de la pena capital, y agrega lo siguiente:

Demos por sentado que la pena de muerte es innecesaria para la defensa social. Descartemos, inclusive, por innecesarias y por injustas, todas las penas perpetuas. Seamos optimistas. Confíemos en la virtud regeneratriz de la educación y en la capacidad de nuestra sociedad y de nuestro Estado para dar esa educación en las prisiones públicas. Con tal confianza, ni es lícito matar a ningún criminal, ni es lícito condenar a ninguno para siempre, cerrando la puerta a toda esperanza consoladora.

Está bien. Pero si este optimismo es una convicción; si no es el disfraz de un escepticismo que no cree en nada y al cual no le importa nada ninguna cosa, o si no es una hipocresía del anarquismo, que procura por ese medio, como por todos, la destrucción de la sociedad, habrá que trazar y levantar para la defensa de ésta en lo penal un sistema nuevo, distinto de éste del que se suprimen aquellas piezas de todas las penas perpetuas.

No bastará modificar la escala de las penas, sino también el concepto y la distribución de ellas, el procedimiento para imponerlas y el régimen para hacerlas efectivas. No sólo para reforzar el carácter inhibitorio o disuasivo de la pena, una vez suprimida para los que queden en el Código la condición terrible de la pérdida de la vida o de la privación perpetua de la libertad, sino también, y sobre todo, para reforzar y dar eficacia al ca-

rácter educador del castigo, es indudable que hay mucho que reformar en el Código, en el enjuiciamiento y en la práctica penitenciaria..

La pena no puede tener eficacia alguna dentro del concepto único que justificaría la supresión de las perpetuas, sino sobre la base aquella de la Escuela Experimental de que “no hay delito, sino delincuentes”, como no hay para el médico “enfermedades, sino enfermos”. De un Código y de unas prácticas judiciales y penitenciarias de rígido automatismo, sordas y ciegas ante la realidad, sería menester pasar a leyes y prácticas en que el honrado arbitrio judicial fuera el nervio y la fuerza. De una administración de justicia mecánica, habría que pasar a una administración de justicia consciente y efectivamente responsable.

¿Están actualmente los órganos de la administración de justicia en lo criminal en condiciones intrínsecas y de prestigio adecuados para esa transformación? Del juez de Instrucción al Tribunal Supremo, pasando por el Jurado y el Ministerio Fiscal, ¿está ese organismo en condiciones de recibir con ese concepto el depósito de esas augustas funciones?

Y, sobre todo, lo que no podría continuar en cuanto desaparecieran del Código las penas perpetuas, es el indulto como gracia que pueda otorgarse por el Poder, y precisamente porque han desaparecido en la realidad aquellas penas sin cambiarse el concepto del indulto, hemos caído en esta relajación que revelaba la frase del asesino a que he aludido.

El indulto como gracia, sean cuales sean las reglas a que se someta su concesión y la seriedad con que esas reglas se apliquen, es totalmente incompatible con este concepto que tendría que ser base de la supresión de aquellas penas, y que es el inspirador de la novísima ley de libertad condicional. El indulto, la conmutación o rebaja de la pena tendría que quedar como consecuencia automática—¡aquí sí que cabe el automatismo!—de la enmienda del delincuente y de la eficacia de la acción pública para su corrección. Me escamo mucho, dicho sea con frase vulgar, de esas largas listas de beneficiados por la ley de libertad condicional que nos ofrece la *Gaceta*. Eso tiene todas las trazas de vergonzantes “indultos generales”, redadas de misericordia en que entran todos. Al menos a la opinión no llega aquella *individualización* del perdón como del castigo, que es el asiento de todo esto...

De ahí la brutal filosofía de la frase del asesino de ese pobre obrero de las Peñuelas. Deja detrás *un muerto, seis niños en el desamparo y la miseria, un hogar deshecho, un barrio indignado*, y entra sonriente en la cárcel preguntando a los guardias:

—¿Ocho años, verdad?

Allá son ocho años; aquí, tal vez, serían seis meses, un año cuando más, y luego el indulto o la amnistía; y... a codearse con los seres inofensivos, con las personas decentes... ¡Podríamos citar tantos casos!

El señor Secretario de Justicia, tal vez con el plausible propósito de tranquilizar a la opinión pública, justamente alarmada con su anterior informe, o ajustándose a la realidad de los hechos, de acuerdo con los datos que presenta, se dirigió al señor Presidente de la República en otro informe que lleva fecha 4 de agosto, y le dijo lo siguiente:

En el mes de junio próximo pasado, al rendir a usted cuenta de los trabajos realizados por la Sección de Estadística de este Departamento en materia de criminalidad, que comprendían el quinquenio de 1909 a 1913, ambos inclusive, y que arrojaban un resultado tan desastroso para la República, como era el haberse duplicado la criminalidad en esos cinco años y el de obtenerse la proporcionalidad de un 300 por millón en lo que a delitos que produjeron la muerte de alguien se refería; en esa oportunidad, repito, buscando yo la razón de aumento tan enorme, hube de significar que bien pudiera, entre otras causas, haber contribuído a ello el mal ejemplo de los que, más que nadie, estaban obligados a haberlo dado bueno, y que abrigaba la esperanza de que ese buen ejemplo dado por usted y su administración, desde arriba, habría de influir en que se detuviera la ascensión de aquel torrente.

Ahora bien— para satisfacción de usted—hoy tengo el gusto de manifestarle que mis esperanzas han tenido cumplimiento. En efecto, en el año de 1914, por lo que a la criminalidad aparente se refiere, o sea la que sólo comprende los delitos denunciados, la criminalidad ha disminuído notablemente, siendo muy de apreciar que esta disminución respetable, ha recaído precisamente en los delitos más graves.

Vea al efecto el Honorable señor Presidente, los cuadros que provisionalmente ha formado la Sección de Estadística de esta Secretaría con respecto al referido año de 1914, y que por sus buenos resultados, he querido elevarlos a usted, no obstante que en cuanto a algunos particulares de detalles, no están completos todavía.

De ellos tomo las siguientes observaciones, de las cuales la más importante es la que sigue: en 1913 tuvimos 14,741 delitos denunciados; en 1914 sólo hemos tenido 14,058: ha habido, pues, una disminución de 683 delitos.

Si examinamos esos resultados por provincias, encontramos que en Oriente ha habido 2,702 delitos denunciados en 1913, y 3,180 en 1914, o sea un aumento de 478; que en la Habana ha habido 4,972 delitos denunciados en 1913, y 5,076 en 1914, o sea un aumento de 104, lo cual carece de importancia, si se tiene en cuenta que en esta Audiencia se conoció de cierto número de causas por delitos electorales que supera al aumento notado. Con referencia a Pinar del Río tenemos un aumento de 115, pues allí hubo 806 delitos denunciados en 1913 contra 921 en 1914; siendo de advertir que esta provincia era la única donde no había habido aumento sensible desde 1909; en ella también hubo algunos delitos electorales. En Santa Clara tenemos una disminución de 157, pues en 1913 los delitos denunciados ascendieron a 3,087 y en 1914

sólo llegaron a 2,930. Y en Matanzas hubo una disminución de 576, pues de 2,028 en 1913 bajaron a 1,452 en 1914.

A propósito he dejado para capítulo aparte a Camagüey. En esta provincia la disminución ha sido extraordinaria, 647. Más de la mitad, pues tuvieron 1,146 en 1913 y sólo llegaron a 499 en 1914. Esto es realmente sorprendente y más si se tiene en cuenta que la rebaja tiene efecto en esa misma proporción en los delitos más graves. Fíjese el señor Presidente en los siguientes números que tomo de los cuadros que le remito adjuntos donde consta el aumento o disminución por provincia y por clases de delitos.

Parricidio, en 1913, 2; en 1914, 0.

Asesinato, en 1913, 13; en 1914, 7.

Homicidio, en 1913, 66; en 1914, 19.

Lesiones, en 1913, 165; en 1914, 49.

Y lo mismo en robos, hurtos y estafas. La misma disminución en todos los delitos. ¿A qué obedecerá este fenómeno?

No cabe duda que el buen ejemplo de los de arriba tiene que haber influido, como he dicho antes; no cabe duda de que las buenas medidas, tomadas por la Secretaría de Gobernación y por el señor gobernador de Camagüey y demás autoridades, habrán influido también; pero hay un dato, una circunstancia especial sobre la que yo quiero llamar notoriamente la atención de usted, Honorable señor Presidente, y es la siguiente: Me parece que los jueces de Instrucción y la Audiencia de Camagüey van dejando a un lado esa compasión injustificada y contraproducente del cubano hacia todo lo que es desgraciado, aun cuando esa desgracia sea obtenida por propia culpa del caído. Parece que la Audiencia de Camagüey se ha decidido a hacer sentir la mano a los criminales.

En resumen, Honorable señor Presidente, que no puede ser más satisfactorio para usted el resultado de la estadística criminal de la República en el año de 1914, primero en que la influencia de su gobierno y de su ejemplo pudo hacerse sentir. De 1909 a 1913 la criminalidad progresa con caracteres alarmantes: nuestros delitos de incendio son incontables, nuestros homicidas dejan muy atrás a aquellas naciones de Europa donde más delitos de esta clase se cometen. Y en 1914—transcurridos apenas ocho meses de su gobierno—la criminalidad no sólo se detiene en su marcha progresiva, no obstante que la población ha aumentado, sino que retrocede; y retrocede en cantidad importante, y retrocede en los delitos graves. Hay que felicitarlo a usted, señor Presidente y hay que felicitar al país, a los Tribunales y a la policía. Cuba no está podrida: Cuba reacciona.

Ante la evidencia de los números, ante esa disminución de *seiscientos ochenta y tres delitos* que señala el señor Secretario de Justicia, nosotros nos sentimos reconfortados. En cuanto a los buenos ejemplos, en cuanto a los actos de energía y saludable

represión de la delincuencia, no somos tan optimistas. Personas de toda nuestra confianza, que por motivos profesionales han recorrido una buena parte de la Isla, nos cuentan el estado de intranquilidad, de zozobra, que reina en muchas localidades con motivo de la perpetración de crímenes tan horribos como el del Limonar, por ejemplo.

Cuando los tribunales de justicia juzguen a los autores de ese atroz delito y, en cumplimiento de las leyes vigentes, les apliquen con toda razón la pena capital, ¿se procederá también con ellos, una vez condenados, como se procedió el día 9 de agosto próximo pasado con *cuatro parricidas y un asesino* a quienes fué conmutada la pena de muerte?

Y a tal "clemencia", a tal "piedad" para con los autores de crímenes atroces, se debe la alarma social que existe en todo el territorio de la República.

Y en el mismo orden de ideas, ¿es posible que en un país donde se ha presenciado una terrible lucha a tiros en su principal paseo público; en donde durante largos meses se ha mantenido una alarmante agitación; en donde se tolera amenazar al Poder Judicial y coaccionar a los abogados; en donde los mismos tribunales, de manera tímida, vacilante, califican de infracción municipal o de falta un delito que cuando menos tiene todos los caracteres de "disparo de arma de fuego contra determinada persona"; una nación cuyo Poder Legislativo dicta, por motivos partidaristas o por una mal entendida piedad, una amnistía unipersonal, contrariando todos los principios del Derecho Público; o en donde el Ejecutivo parece esperar el apremio de la opinión para hacer el debido uso de sus indiscutibles prerrogativas constitucionales, es posible, repetimos, que en un país en donde tales cosas suceden pueda disminuir la delincuencia por "la alta ejemplaridad" que se le ofrece al pueblo?

Puede que así sea, pero no es lo lógico, lo explicable.



En lo que va de año se han votado por nuestro Congreso tres nuevas leyes de amnistía: la de 2 de febrero, la de 11 de marzo y la de 9 de julio de 1915. Respecto a la primera, nada tenemos

que agregar a lo dicho por el Director de CUBA CONTEMPORÁNEA en su artículo *La opinión pública y sus manifestaciones* (10); en cuanto a la ley de 11 de marzo, votada en favor de los complicados en el movimiento racista de 20 de mayo de 1912, nos parece justa y dentro de los cánones de ese género de gracia; la última, la votada a favor de los infractores de la Ley Electoral, no tiene nuestras simpatías por las razones ya apuntadas. Creemos que el Ejecutivo Nacional hubiera hecho obra buena y patriótica vetándola; no otorgándole su sanción tácita, como lo ha hecho dejando transcurrir los diez días hábiles sin devolverla.

Entendemos que la opinión del Dr. Eliseo Giberga sobre este punto constitucional (el del transcurso de los diez días para sancionar o vetar una ley), no dejaba lugar a dudas de ninguna especie (11).

*
* * *

No vamos a entrar ahora en una larga y tediosa reseña sobre el origen del derecho de castigar o el fin de la pena. Tal vez lo hagamos cuando abordemos el tema de la *conmutación de la pena de muerte*, tema que está sobre el tapete y hay que resolver de una vez para evitar el abuso de la gracia de indulto, que ofrece serios peligros, ya que por subsiguientes indultos se pone en libertad a los más peligrosos criminales.

M. Raymond Rosenmark, en su notable conferencia titulada *Le droit de grace et la peine de mort*, pronunciada en la Asociación de Estudiantes de París el día 10 de enero de 1908, llega a la conclusión de que si de acuerdo con el sentir de los tiempos procede abolir la pena de muerte, es a condición de que la pena de reclusión perpetua se cumpla en todo su rigor, como sucede en Bélgica, Italia y Suiza.

Es de todo punto necesario que en Cuba se medite seria, detenidamente, sobre la necesidad de que las penas se cumplan, de que no se neutralice la función del Poder Judicial.

Cuando se hieren los sentimientos de los deudos, de los ami-

(10) Véase el número de enero, 1915; tomo VII, págs. 5-16.

(11) Véase el estudio del Dr. Giberga (*La abstención presidencial. El artículo 62 de la Constitución.*) en el número de febrero, 1915, de CUBA CONTEMPORÁNEA; tomo VII, págs. 157-174.

gos de las víctimas de los delitos; cuando se hace la apoteosis del crimen y no se respetan los ajenos dolores; cuando tales cosas se repiten con frecuencia, el pueblo donde eso ocurre se expone a que en él suceda lo que dice Florián en su *Tratado de Derecho Penal*, al referirse al origen sociológico del derecho de castigar:

La primera forma de reacción contra la injuria fué la propia mano del ofendido, que se levanta y castiga al ofensor; fué la venganza privada, la afirmación del individuo contra el individuo, la lucha personal. Las más de las veces, si él moría, toda la familia del ofendido, el conjunto de sus parientes, se unían en la obra de venganza...

La expresión característica y universal del primitivo derecho de venganza fué el talión...

Próspero Mérimée, en su bella novela *Colomba*, describe con brillantes coloridos esta espantosa lucha de familia, este terrible "talión a largo plazo", allá en la espesura de la agreste y selvática isla de Córcega.

A esos deplorables extremos llegan los pueblos cuando no se tiene un claro concepto jurídico en el mantenimiento del orden, en la defensa de la sociedad.

Todo derecho—dice Liszt—está hecho para el hombre. Tiene por fin la defensa de los intereses vitales humanos. La defensa de los intereses es la esencia del derecho, la idea de fin es la fuerza generadora del derecho...

Y luego agrega:

Pero el derecho no es solamente una organización pacífica; es también, y esto en virtud de su naturaleza más íntima, una *organización de combate*. Para llenar sus fines, la fuerza, que hace plegar las resistencias de la voluntad personal, le es necesaria. Detrás de las relaciones pacíficas de la vida, se levanta la potencia del Estado... (13)

Y esto es, precisamente, lo que nunca deben perder de vista nuestros gobernantes, si desean que *el sentimiento de la seguridad* no sea un mito entre nosotros.

JULIO VILLOLDO.

(12) Op. cit., pág. 15.

(13) *Tratado de Derecho Penal Alemán*, por von Liszt; págs. 94 y 97.

LA RECONQUISTA



MUCHO hace que se ha puesto en claro que en lo moral, como en lo físico, la reacción viene en pos de la acción. Lo malo es que este flujo y reflujo de los sucesos se olvida con facilidad, sobre todo por los beneficiados con la acción, o, si se quiere, por los victoriosos. Y aunque la reacción pierde generalmente algo de su fuerza inicial, aunque no gana del todo su terreno anterior, sus consecuencias constituyen al cabo pérdida apreciable sobre los progresos conquistados.

Nuestras guerras contra España no tuvieron por fin la adquisición del poder político por los naturales de Cuba. Éste, en la mente de los directores de esos grandes movimientos, era un medio, indispensable desde luego, pero sólo un medio. Los actuales panegiristas del régimen español en las Américas, pretenden, con real o fingida ignorancia, que los hispanoamericanos se rebelaron por alzarse con el gobierno.

Los patriotas sensatos y previsores de toda América se lanzaron a la revuelta, porque era el único camino que el orgullo, la ambición, la codicia y la estulticia de los gobiernos de la metrópoli les dejaron expedito para romper el cerco de hierro de una vetusta organización social y abrir nuevos horizontes a la vida nacional. No para ser los gobernantes de su tierra, sino para que el gobernarla les permitiera dejarle libre la vía necesaria a los futuros progresos. Contrajeron la obligación estricta de compensar los males horribles que la guerra desata, con los efectos reparadores de un régimen mejor, donde fueran de mano la libertad y la justicia.

En el mismo caso estaban y los mismos arduos compromisos contrajeron los libertadores de Cuba.

Pero en el nuestro se presenta un factor importantísimo, que le ha impuesto diferencias considerables y que ha tenido consecuencias que no se presentan con los mismos caracteres en los otros pueblos de nuestro origen en el Continente. Los Estados Unidos intervinieron en nuestra guerra de emancipación, a fin, sobre todo, de restaurar la paz en un territorio que pueden considerar limítrofe. Con pleno conocimiento de la situación, comprendieron que la paz sólo era posible asegurándonos la independencia, y nos la aseguraron. Esto no pueden olvidarlo, ni agradecerlo bastante, los patriotas cubanos que sean conscientes y previsores.

Mas recordar y agradecer no implica cerrar los ojos. La intervención americana produjo la tranquilidad en la tierra, el apaciguamiento de las pasiones enconadas, la restauración paulatina de la fortuna pública, el saneamiento de nuestras inmundas ciudades, un grande impulso a las obras de utilidad general; y puso por último, en manos de los nativos, la administración y el gobierno. Con todo esto, y en virtud de su mismo plan de pacificación moral, el interventor nos legó un serio peligro, que sólo podía contrarrestarse y a la larga desvanecerse por la vigilancia, la prudencia y el esfuerzo de los cubanos. Nos conviene saber si hemos poseído y practicado convenientemente esas cualidades.

La paz fué, como era natural, para todos los habitantes de la tierra, para los dos bandos contendientes, para cubanos y españoles. Pero éstos no han considerado nunca como vencedores suyos a los cubanos. Han mantenido arrogantemente sus sociedades con el nombre tristemente famoso de Casinos Españoles. Vieron y sintieron que una parte del poder que poseían se les iba para siempre; pero sólo una parte; y han procurado buscar en la otra amplias compensaciones, y lo han conseguido. En un país que sólo produce para la exportación y que recibe del exterior todos sus consumos, se han sentado a la puerta para que casi todo lo que entra y buena parte de lo que sale pase por sus manos. Todo esto es natural, y sería absurdo pretender sacar de aquí un cargo contra los que así proceden.

La consecuencia, para nosotros muy grave, que de este hecho se ha derivado, depende de que el elemento español, de suyo poco adaptable a condiciones nuevas, misonéista, como ahora sue-

len decir, se ha ido convirtiendo, en su mayor parte, en instrumento de reacción. Pocos de ellos, muy pocos, a sabiendas, muchos sin darse cuenta. Si a ese estado de ánimo, con tan hondas raíces, se añade la dejadez e indiferencia ante ciertos problemas de buena parte de nuestro pueblo, se comprenderá fácilmente cómo han ido reapareciendo antiguas costumbres perniciosas y se ha ido agigantando en la sombra un peligro social que creíamos haber desvanecido, y que de pronto resurge amenazador a cara descubierta.

Véase lo que ha ocurrido en el caso de la lotería. Fué suprimida sin sombra de protesta. Pasaron algunos años sin que nadie la echara de menos. Y de súbito gobernantes imprevisores e imprudentes la restauran, colocándola en condiciones mucho más perniciosas, pues multiplican los sorteos y subdividen todo lo posible las fracciones de billete, para que estén al alcance hasta del chicleo limpiabotas o revendedor de periódicos. Y éste es sólo uno de los aspectos sombríos de esta resurrección lastimosa.

Me apresuro a decir que lo que encuentro vitando a este respecto no es la lotería, sino la lotería oficial. El juego es un terrible mal, pero, aparte de que resulta monstruoso que el gobierno establezca un gran garito público y persiga los privados que le hacen competencia, la experiencia de todos los países y de siglos y siglos demuestra que perseguirlo con la policía sólo sirve para corromper la policía. La verdadera civilización debe procurar que el hombre no juegue, porque comprenda las tremendas consecuencias del juego, así como que no beba, porque se dé cuenta del riesgo inminente a que el bebedor pone su salud.

Junto con la lotería, han reaparecido las lidias de gallos y no han faltado brotes de las corridas de toros. Las gallerías son hermanas gemelas de los garitos, y gran escuela de civilidad y suavidad de costumbres... Las corridas levantan el ánimo de un pueblo generoso, promueven el consumo de la manzanilla, fomentan la cría del ganado y ofrecen ocasión de fin utilísimo a los coreeles algo trasijados por el recio trabajar.

En un pueblo tan blando para recibir de nuevo la huella de esas antiguas costumbres, no es de extrañar que la acción lenta, de roedor perseverante, del clero católico haya producido abun-

dantes frutos. E importa fijarse desde luego en que ese clero, que depende en absoluto de un poder extraño y distante, está, casi en su totalidad, compuesto de españoles.

De modo que, por dos aspectos importantes de su actuación, merece que nos detengamos en su examen. El clero católico depende de un soberano, es, en todos sentidos, monárquico; todo en él, en su mentalidad, en sus costumbres, en la práctica de su vida, está sometido a un poder despótico, el más despótico del mundo occidental, y que aspira a moldear tanto su cerebro como sus hábitos exteriores. Contemple el que quiera las ceremonias religiosas en una catedral católica, lo mismo en la Habana que en Baltimore, en Toledo que en Venecia, y verá el aparato regio, en el sentido más estricto, de que se rodean los prelados, incensados como ídolos y servidos entre genuflexiones.

Los sacerdotes católicos en Cuba son casi todos españoles, ligados por los lazos más íntimos con la antigua metrópoli, y con vínculos de paisanaje y de conformidad de ideas y principios con los españoles residentes. Por su número y por la fuerza formidable que les da su organización dependiente del exterior, dominan por completo y absorben a los sacerdotes nativos. El clero católico en Cuba es español.

Por este segundo carácter le ha sido fácil estrechar sus relaciones con los originarios de España, que encuentran en sus correligionarios una gran fuerza de apoyo. Forma con ellos un bloque. Y al mismo tiempo, aprovechando la depresión de ánimo que dejan siempre en pos de sí las grandes conmociones políticas, ha ido recuperando su influencia sobre la mujer cubana, que es casi como decir sobre la familia cubana.

Y no se crea que su actuar, tan persistente como profundo, se limita a los sentimientos que trata de encauzar. Saben demasiado esos directores de conciencia que quien domina el sentimiento va captando la inteligencia y acaba por dirigir la acción. Hay más de un caso que prueba su influencia en asuntos de interés general, pero me bastará citar el de la secularización de los cementerios. En una nación que reconoce, como derecho constitucional, la libertad de conciencia y el culto de todas las religiones, se consiente que el clero de una de ellas explote los únicos lugares de enterramiento. Y esto pasa sin la más ligera

señal de protesta. ¿Qué digo? Las conveniencias de la viabilidad pública demandan, para la alineación de una gran vía, la expropiación de una pequeña faja de terreno en el cementerio de la Habana; lo solicitan los vecinos, y les contesta el silencio más profundo, y la calle se paraliza o se desvía.

Otro caso. Se establece en Cuba el matrimonio civil; es el único que confiere, como es natural, todos los derechos subsecuentes. Las familias continúan celebrando la ceremonia religiosa; nada hay que oponer a esta práctica. Pero los jueces se prestan a concurrir, por sí o por sus delegados, a los templos, y a posponer la firma del instrumento civil, lo que da validez a todo el acto, a la bendición sacerdotal. De este modo el representante del estado, que está o debe estar sobre todos, cede el paso al representante de una creencia, que es la de muchos o pocos, pero de ninguna suerte la de la totalidad de los ciudadanos.

Considerando estos antecedentes, no se puede extrañar que en más de una ocasión el elemento español haya opuesto o querido oponer resistencia colectiva a actos del gobierno, encaminados al provecho general. Como el cubano olvida con facilidad, no sé si hay quien recuerde lo que era ese antro de inmundicias que se llamaba la Plaza Vieja. Cuando se trató de derruirla, a fin de que desapareciese un foco pestilente de infección para los vecinos y de abrir paso al aire y a la luz en uno de los lugares más congestionados de la Habana antigua, acudieron en manifestación los comerciantes circunvecinos a pedir que se les permitiera seguir envenenándose. La historia de los esfuerzos que costó derribarla y plantarla de árboles es de las más curiosas y llenas de enseñanza.

Punto menos, en cuanto se refiere a la higiene, es el gran mercado de la capital, la Plaza del Vapor. Monumento de nuestra indiferencia por el bien colectivo. ¿Cuál ha sido el resultado de la pugna entre las autoridades del departamento de sanidad y la legión de los interesados en el *statu quo*? Que, con ligeros revoques, allí se está esa gran colmena, siendo un peligro real para sus habitantes y una amenaza constante para el resto de la ciudad.

Las reformas más útiles desde el punto de vista social, como hayan tropezado con un viejo interés de los antiguos dominado-

res, han tenido que combatir tenazmente, y están siempre en peligro de ser falseadas. Todo el que conozca nuestro comercio, de puertas adentro, sabe que, a la par de la esclavitud del negro, existía aquí la esclavitud del dependiente. Nada más inhumano que sus condiciones de vida. La combatida ley del cierre era y ha sido la ley de su manumisión. Pero lo es, siempre que se aplique con verdad y en todas sus consecuencias. Sacando al dependiente del establecimiento para comer y dormir; saneando el lugar donde trabaja; impidiendo que sea materia de explotación sin entrañas.

La lucha en favor de ese gran número de jóvenes, sostenida por las autoridades cubanas, ha sido titánica; y no es de extrañar que en ocasiones se sientan impedidas y hasta paralizadas. Por desgracia, a nuestro esfuerzo, al esfuerzo del cubano, le falta la gran cualidad de la perseverancia. Y en este caso, como en los otros citados y en otros y otros, si hemos acudido al remedio con brío, no hemos mantenido al mismo diapasón nuestra actividad. Nos cansamos pronto, y el enemigo tremendo del progreso positivo es el cansancio.

Hay que repetirnos que estamos todavía al principio. Hay aún mucha maleza que nos dificulta el paso. Y hay, por eso, reformas que no pueden, que no deben aguardar.

La primera, si es que cabe aquí primacía, es la reforma radical del mecanismo electoral. La ley vigente es indefendible por lo complicada y por lo costosa. Desde el punto de vista en que me he colocado en este artículo, este aspecto me sale al paso y se me impone. Los partidos, a quienes no bastan para los gastos electorales las contribuciones de los suyos, piden dinero a los traficantes y propietarios españoles, que en su mayor parte ni siquiera son ciudadanos de esta república. Se pide a título gratuito, pero en la mente de muchos de los que lo dan el título es oneroso. Ciertas desfachatadas explotaciones de servicios públicos, como el del petróleo, serían inconcebibles sin esa explicación. El reciente libro del señor Sanjenís, y más por lo que insinúa que por lo que paladinamente declara, con ser ello bien depresivo para nosotros, constituye un documento que no puede leer sin rubor y dolor un cubano.

Del régimen electoral en su totalidad cabe decir que el daño

que ocasiona a Cuba este vicio radical en el funcionamiento de sus instituciones resulta tan grave, que si no damos pronto con los medios de curación, dejamos irremisiblemente comprometido el porvenir de la patria. Los que van hacia él, los jóvenes, deben anticiparse a sondear ese abismo.

El que acabo de mencionar es un caso, típico, muy grave, pero sólo un caso en el conjunto de los que están clamando por reforma en nuestra deficiente organización legislativa. Dentro de pocos meses ha de reunirse un congreso de legistas cubanos. Me voy a permitir dirigirles un ruego: pidan para Cuba y formulen leyes claras, sencillas y breves. La ley es para todos, y el mayor número no puede enfrascarse en la maraña de los largos articulados; ni puede, ni tiene tiempo, ni, al cabo, entiende. La mayor parte de los códigos actuales, ¿qué digo de los códigos?, hasta de los reglamentos, producen, de otro modo, pero al fin producen, el efecto que achacaba Suetonio a la ley fiscal que se vió obligado a dictar Calígula: la letra era tan chica y el lugar de exposición tan reducido, *minutissimis literis et angustissimo loco*, que nadie lograba entenderla.

La rica experiencia actual nos enseña que toda ley es transitoria. No lo olviden los redactores de leyes, y prestarán servicio no pequeño a los que hayan de obedecerlas. Si Cuba quiere modernizarse, y ésta es condición de vida, no se deje envolver por un fárrago de mandatos oscuros, complejos y sabiamente estirados.

Hagamos de nuestra nueva república, en cuanto nos sea posible, un país de veras nuevo. Donde el nativo y el extraño, el cubano y el español, vayan olvidando todo lo que hizo dura y poco amable la vida de nuestros predecesores, y poniendo su corazón y su inteligencia al servicio de un presente que augure mejor y más seguro porvenir.

ENRIQUE JOSÉ VARONA.

Vedado, 6 de agosto, 1915.

JOSÉ ANTONIO SACO

Y LA EDUCACIÓN NACIONAL



L Dr. G. Dromard, en un libro interesante (1), señala, entre las orientaciones del pensamiento de la generación actual, un renacimiento patriótico que se traduce por una exaltación manifiesta del sentimiento nacional. Esta corriente de ideas, plenamente confirmada por la terrible lucha que se desarrolla en Europa, ha tenido, aunque en escala reducida, su repercusión en Cuba. Después de los trastornos políticos de 1906, presenciamos durante algún tiempo cierta pasajera depresión del sentimiento nacional. Una amarga y dolorosa creencia en nuestra incapacidad para consolidar la República y promover su ordenado y progresivo desenvolvimiento, parecía difundirse por el país, llevando la duda y el pesimismo a una parte del pueblo, propensa, por circunstancias muy diversas, a considerar tan débiles y deleznable los cimientos de nuestra nacionalidad, que ésta, en su opinión, habría de desplomarse irremediablemente al primer embate de la mala fortuna.

Las causas generadoras de este estado de espíritu, aunque suelen considerarse como muy evidentes e inmediatas, tienen su raíz, a juicio nuestro, en un pasado colonial cuyo análisis, impropio en trabajos de este carácter, nos llevaría a señalar lamentables supervivencias de ideas y sentimientos que, con generosidad quizás excesiva, la Revolución triunfante, inspirada en la magnanimidad de sus principios, creyó desaparecidos para siempre de nuestro suelo.

(1) G. Dromard: *Le Rêve et l'Action*. Ernest Flammarion, Paris, 1912.

Afortunadamente, al sentimiento de depresión siguió bien pronto un movimiento opuesto, cuya primera manifestación de alguna resonancia estuvo constituida, quizás, por la serie de actos públicos de marcado carácter patriótico y nacional celebrados con motivo de la traslación de los restos del Padre Varela, del viejo cementerio floridano donde reposaban al Aula Magna de la Universidad Nacional. A partir de esa fecha, no han faltado señales de que la juventud intelectual de Cuba, siguiendo las inspiraciones de revolucionarios esclarecidos y fieles a sus principios, ama vivamente la República, tiene fe en sus destinos y expresa su voluntad de mantener en toda su pureza los ideales patrios de independencia y robustecimiento de nuestra personalidad. Esta orientación nacionalista y patriótica del espíritu cubano, se manifiesta principalmente, de una manera muy propia y natural, por un sentimiento más vivo de amor hacia nuestras más ilustres figuras históricas, estudiadas y glorificadas con el mismo plausible empeño con que lo fueron durante los años que precedieron a la Revolución de 1895. Los principales caudillos de nuestras guerras, así como el Padre Varela, don José de la Luz y Caballero, Heredia, la Avellaneda, Saco y otros patricios prominentes, han sido objeto de homenajes más o menos entusiastas y expresivos, por medio de los cuales la generación actual afirma su solidaridad con el nacionalismo del pasado y, al expresar su admiración y su amor a las grandes figuras representativas del mismo, se proclama implícitamente depositaria y continuadora de la obra de edificación patriótica entonces comenzada.

En este incipiente movimiento nacionalista, la Escuela Pública ha tenido una influencia principalísima. La Historia de Cuba ha sido enseñada por primera vez a la inmensa mayoría de nuestra niñez, y su estudio se ha caracterizado por una apasionada glorificación de todo lo cubano, una exaltación de nuestros propios méritos y una magnificación de nuestros personajes, incluyendo hasta los de tercera y cuarta fila. La forma no estará muy de acuerdo, si se quiere, con la rigurosa verdad histórica, pero el estudio así realizado es muy necesario para crear y afirmar el sentimiento de la nacionalidad en un pueblo joven, dentro del cual se agitan elementos mal avenidos con sus nuevas

instituciones. Es cierto que esta propaganda nacionalista de la Escuela Nacional, que ha tenido un éxito muy satisfactorio según se ha demostrado en un estudio reciente (2), no se ha realizado sin alguna oposición; pero ésta ha sido más débil cada vez. Dicha oposición se ha manifestado, por una parte, en la censura que frecuentemente se ha hecho respecto del exceso de tiempo que, según algunos, se dedica en la escuela a la conmemoración de efemérides patrióticas, a la celebración de las fiestas nacionales y al estudio de la vida de cubanos dignos de recordación por su saber, por sus virtudes o por el valor demostrado en las guerras por la libertad de Cuba. En otro campo, la oposición se ha evidenciado en la afirmación, lanzada en diversas ocasiones, de que es peligroso excitar el sentimiento patriótico y de que éste, siendo instintivo, no necesita cultivarse en la escuela, la cual debe consagrarse preferentemente, con la mirada fija en la humanidad, a difundir los más elevados ideales comunes a todos los hombres.

Porque creemos que a la suspirada meta de la fraternidad universal no se llegará mediante un internacionalismo vago e infecundo, que tienda a borrar las nacionalidades, sino por el concierto de pueblos que al aprender a cultivar y a amar lo que en ellos haya de genuinamente propio y nacional, hayan aprendido también a sentir respeto y estimación por los demás, figuremos, por una determinación plenamente consciente, en las filas del movimiento nacionalista y hemos trabajado gustosos por estimularlo e intensificarlo, creyendo servir de esta manera a nuestro país y a la humanidad.

Pensóse durante cierta época que al estrecharse y multiplicarse las relaciones entre los pueblos, gracias al creciente y extraordinario desarrollo de las vías de comunicación, se marcharía de una manera rapidísima a la fusión de las nacionalidades; pero los hechos han demostrado lo contrario. Las naciones, al conocerse mejor, han percibido más claramente sus diferencias y el diverso carácter de los problemas sociales que cada una debe resolver para asegurar su existencia y su bienestar. De aquí que esos problemas se juzguen, no según conceptos puros y teo-

(2) *Ideales de los niños cubanos*, por el Dr. Arturo Montori. Imprenta de Cuba Pedagógica, Habana, 1914.

rías generales, sino con la mira puesta “en las necesidades prácticas de que depende el porvenir de una nación”. La reflexión enseña que cada uno de esos problemas tiene su punto de origen en épocas anteriores y ha pasado por diversas fases en el proceso de su desenvolvimiento, hasta llegar a la época en que se le examina, así como que no puede ser cabalmente conocido sino estudiándolo históricamente. En efecto, exceptuando, desde luego, aquellos casos en que una intuición genial suele poner en manos de un hombre la clave de los acontecimientos, sólo aplicando el método histórico al examen de los problemas sociales suele llegarse a conclusiones que pueden ofrecer una sólida base para la acción. De modo que la corriente de estudios a que el nacionalismo da lugar, resulta muy útil y fecunda, tanto desde el punto de vista de la investigación científica pura como del de la acción del estadista en el manejo de los asuntos públicos.

Por todas las razones que quedan expuestas nos ha parecido de la mayor importancia estudiar las ideas que sobre educación nacional tuvo uno de nuestros hombres de inteligencia más profunda y cultivada—don José Antonio Saco—, cuyos sagacísimos juicios respecto de varios de nuestros problemas más importantes, constituyen, en muchos casos, una anticipación casi profética de nuestra historia.

*
*
*

Pero antes de entrar de lleno en el asunto, debemos considerar el siguiente extremo: Las reflexiones de Saco sobre la educación del cubano, ¿constituyen meras incursiones de un escritor político, realizadas accidentalmente en un campo que no era el que escrutaba con predilección su espíritu, o son el resultado de hondas meditaciones sobre problemas que consideraba de la más alta importancia nacional y a cuyo estudio se había consagrado con la lucidez y la profundidad que le caracterizan? Porque, en el primer caso, cualquiera que sea el alto valor que tengan sus opiniones sobre la evolución económica de Cuba—magistralmente estudiadas por el Dr. Leopoldo Cancio—, o sobre su evolución política—objeto principal de la atención de quie-

nes han comentado sus escritos—, sus ideas pedagógicas habrían de ser acogidas con cierta reserva; como que podrían ser, cuando más, intuiciones clarividentes de un espíritu superior que llegó a columbrar a través de sus estudios favoritos algunas verdades inconexas referentes a problemas muy complejos y muy vastos, que no llegó a abarcar en su totalidad. En cambio, si pudiera demostrarse que Saco se dedicó con ahinco a meditar sobre extremo tan importante, debiéramos consagrarnos con el más vivo interés a reunir y ordenar sus ideas; porque un talento tan robusto, que conoció tan profundamente a su pueblo y que pudo prever y determinar con asombrosa penetración las líneas que habría de seguir en su desarrollo histórico, estaba en posesión de antecedentes del más alto valor para trazar con igual precisión las grandes líneas de un sistema de educación nacional adecuado al carácter de ese mismo pueblo.

Para nosotros, y creemos que para cuantas personas examinen el punto con algún cuidado, no cabe duda respecto al mismo. Es más, opinamos que los problemas referentes a la educación fueron de los que ocuparon con predilección su espíritu, quizás más aún que los problemas puramente políticos. Como esta opinión pudiera parecer un tanto aventurada, ya que las ideas políticas de nuestro ilustre compatriota son las que le han dado mayor celebridad y hasta el presente no se le ha considerado como uno de los que con mayor acierto ha tratado entre nosotros de los problemas relativos a la educación nacional, nos detendremos a exponer los fundamentos de nuestra tesis.

En primer lugar, debemos hacer constar que la preferencia que se ha dado a sus escritos políticos ha sido consecuencia natural de los acontecimientos ocurridos en el país. Las mismas causas que durante algunos años obligaron a Saco a abandonar sus estudios predilectos, para dedicarse a escribir sobre asuntos políticos, han obligado también a los cubanos, casi hasta nuestros días, a consagrar mayor atención a dichos asuntos que a los económicos y educativos.

El resolver nuestro problema político, era, hasta el establecimiento de la República, un paso previo para plantear la solución de todos los demás, por la hostilidad con que siempre recibió el régimen absolutista que padecíamos todo empeño cubano

de mejoramiento social. La ceguera de nuestra ex metrópoli fué causa de que las extraordinarias energías acopiadas en su gestación silenciosa de tres siglos por esta variedad étnica que constituímos los cubanos, como ha dicho el Dr. Enrique J. Varona, lejos de emplearse en mejorar sus condiciones de existencia y realizar fácilmente el progreso, hayan tenido que gastarse y consumirse en una lucha desesperada y sin tregua por la honra y por la libertad. La vida de Saco es un ejemplo, tal vez más claro que cualquiera otro, de la profunda y dolorosa verdad que encierran las palabras citadas.

Hasta la edad de treinta y siete años, en que fué desterrado por Tacón, Saco vivió consagrado por completo al estudio y al fomento de la cultura popular, ora de una manera directa, como profesor, ora por medio de publicaciones destinadas a la vulgarización de conocimientos de interés general; y si a partir de la fecha citada se vió obligado a emplear todas sus energías en combatir el despotismo político imperante, que arruinaba y envilecía el país, haciendo imposible todo progreso e incubando terribles tempestades cuyos estragos, que él medía de antemano, llenaban de dolor y de espanto su alma de patriota, es lo cierto que libre de todo fanatismo político, de todo estrecho criterio de escuela, cifraba sus empeños en que se instaurara en Cuba un régimen de gobierno que, dejando expandirse y laborar libremente las energías sociales acumuladas, permitiera, por medio de la educación y del trabajo libre, robustecer y afianzar la nacionalidad cubana. Para Saco lo substancial no eran las formas de gobierno, sino la libertad de que disfrutara el pueblo para labrar su propio bienestar.

La educación fué siempre uno de los medios que creyó más eficaces para el logro de este fin, y por ello fué objeto de sus constantes desvelos lo mismo en los años floridos de su juventud que en los de su edad proveya. Las pruebas son numerosas y concluyentes.

A los veinticuatro años de edad, en 1821, sustituyó al Padre Varela como profesor de Filosofía en el Seminario de San Carlos, y hasta 1824, año en que marchó a los Estados Unidos, se consagró a su ministerio con un ardor y un entusiasmo extraordinarios, dando a la enseñanza de la Física y de la Química un

desarrollo notable, reuniendo en torno suyo un numerosísimo grupo de alumnos a los cuales supo comunicar su apasionado amor al estudio, y creando un movimiento de opinión favorable al cultivo de las ciencias físico-naturales, el cual había de persistir durante varios años.

Los cuatro que median de 1824 a 1828, los pasó ya en Cuba, ya en los Estados Unidos, y fueron consagrados a observar y estudiar. En la última fecha mencionada, comenzó a publicar, con su esclarecido maestro Varela, *El Mensajero Semanal*, periódico en el cual aparecieron siempre artículos de vulgarización científica, datos sobre el estado de la enseñanza en los países más adelantados y algunos trabajos notables sobre educación. En 1830 cedió los doscientos pesos con que fué premiada su *Memoria sobre caminos en la Isla de Cuba*, a favor de las escuelas gratuitas que sostenía la Sociedad Económica, y durante el mismo año escribió su famosa *Memoria sobre la vagancia en la Isla de Cuba*, en la cual traza un vasto plan de reforma de las costumbres públicas y de mejoramiento económico, al que proponía que sirviese de base un amplio y completo sistema de educación popular adecuado a las peculiares condiciones de nuestro país, trazando sus grandes líneas con el mayor cuidado. Los doscientos pesos oro con que fué premiada esta Memoria, también fueron cedidos por Saco a las escuelas pobres de la Habana. En 1832 se hizo cargo de la dirección de la *Revista Bimestre*, publicando unas muy atinadas *Observaciones sobre un colegio de educación fundado en Puerto Príncipe*, a las que habremos de referirnos más adelante, y un artículo titulado *Análisis de una obra sobre el Brasil*, deteniéndose a detallar con delectación los progresos educacionales realizados por aquel país y haciendo frecuentes comparaciones con el estado de la educación en Cuba. En el mismo año de 1832 fué nombrado por la Sección de Educación de la Sociedad Económica Director del Colegio de Buenavista, en el cual introdujo reformas fundamentales, llegando en su celo al extremo de no moverse a ninguna hora del establecimiento, a cuya dirección renunció meses después porque, según sus palabras, no podía continuar en ella sin comprometer su decoro y faltar a su conciencia y a su patria. También es significativo el hecho de que en 1834 Saco recibiera la

orden de destierro dictada contra él con motivo de su *Justa defensa de la Academia de Literatura*, en los momentos en que se encontraba presenciando unos exámenes públicos en el Seminario de San Carlos. A partir de esta fecha su actividad toma nuevos rumbos, pero siempre sigue prestando a los problemas educativos la misma preferente atención.

En 1835 escribió lo que pudiéramos llamar propiamente su primer trabajo político. En él señala el programa por cuya realización debían abogar los representantes de Cuba en las Cortes, y entre los particulares que cita figura “*la educación pública, la causa santa de la educación, que se debe promover y difundir por toda la Isla y de la cual sacará ventajas tan grandes y tan claras*”. En 1837, en su *Paralelo entre la Isla de Cuba y algunas colonias inglesas*, trata ampliamente de la educación pública y demuestra poseer un conocimiento tan completo de la organización y del estado de la enseñanza, no sólo en las mencionadas colonias inglesas y en Cuba, sino en Inglaterra, Francia, Austria, Prusia, los Países Bajos y los Estados Unidos, que no cabe duda de su dedicación al estudio profundo de la materia. En 1847, en su *Réplica a Vázquez Queipo*, también trató detenidamente los problemas relativos a la educación primaria en Cuba. En este trabajo, como en el anterior, demuestra conocer las leyes escolares que regían en Bélgica, Francia, Lombardía, Holanda, Prusia, Dinamarca y otros países; lo que gastaban en sus escuelas; el número de niños que recibían instrucción, así como el número y la organización de las principales instituciones docentes. ¿Cómo llegar a poseer tan completo dominio de la materia sin estudiarla prolija y afanosamente? En sus principales escritos políticos, *Origen del movimiento anexionista en Cuba*, *Ideas sobre la incorporación de Cuba en los Estados Unidos*, *Réplica a los anexionistas* y *La situación política de Cuba y su remedio*, publicados de 1848 a 1851, jamás deja de referirse a los problemas educativos. En el primero, señala como puntos fundamentales de su programa “suprimir el contrabando de esclavos, aumentar la población blanca, *derramar las luces* y construir vías de comunicación”; en el segundo, se lamenta del atraso de Cuba en todos los órdenes y considera que las necesidades del país que deben satisfacerse con mayor urgencia, son las *intelectuales, morales* y

políticas; en el tercero, manifiesta que la necesidad de conservar y robustecer la *nacionalidad cubana* se sobrepone en él a toda otra aspiración, y que el conseguirlo depende, sobre todo, de una obra de paulatino desenvolvimiento interno y de cultivo del carácter y de las aptitudes nacionales, por medio de la educación.

Durante los años de 1851 a 1862, Saco, emigrado de Cuba y sin esperanzas de ser atendido por los gobernantes españoles, no publicó ningún trabajo importante referente a cuestiones de educación; pero en dicho año se inicia un nuevo período en su actividad de publicista y se evidencia una vez más cómo su atención estaba fija en la necesidad de atender preferentemente a la instrucción del pueblo cubano. En efecto, en 1863 publicó en *La América*, de Madrid, los artículos: *Instrucción Pública, Primer Período; Segundo Período de la Instrucción Primaria, desde 1793 hasta fines de 1816; Tercer período de la Instrucción Primaria, desde 1816 hasta 1843; Continuación del Tercer Período de la Instrucción Primaria, desde fines de 1816 hasta 1843; Cuarto Período de la Instrucción Primaria, desde 1843 hasta el día* (12 de julio de 1863); *Intervención del Estado y del individuo en la organización de la Instrucción Primaria*; en los cuales se propuso trazar un cuadro de “lo que había sido y de lo que era la instrucción primaria de Cuba”, para demostrar que requería “la más seria atención del gobierno e inclinar su ánimo a que consagrara a obra tan piadosa algunos de los bienes de los conventos suprimidos”. Esta serie de artículos constituye la mejor historia de la enseñanza primaria que poseemos y revela con qué afanoso empeño su ilustre autor había estudiado la materia hasta en sus menores detalles.

Finalmente, en apoyo de la tesis que nos hemos propuesto demostrar, citaremos aún tres trabajos posteriores, que vieron la luz en los años de 1864 y 1865, a saber: *La estadística criminal de Cuba en 1862, La política absolutista en las provincias ultramarinas, y Cuba es la que debe imponerse sus contribuciones dirigiéndolas e invirtiéndolas en sus propias necesidades*. En el primero hace una comparación entre los criminales con alguna instrucción y los analfabetos, clamando por que se combata la ignorancia; en el segundo proclama una vez más la necesidad de

atender preferentemente los intereses morales del país, base la más segura de su bienestar material; y en el tercero, al señalar la exigua parte de las rentas públicas que se destina a la enseñanza, encuentra en este hecho uno de los motivos fundamentales para condenar el régimen de gobierno entonces imperante en Cuba.

Si se tiene en cuenta que Saco inició su vida pública como profesor en 1821, a la edad de veinticuatro años, y que sus últimos trabajos referentes a la instrucción primaria fueron publicados cuando pasaba de los sesenta y cinco años, quedará plenamente comprobado lo que nos habíamos propuesto demostrar, es decir, que los problemas relativos a la educación del pueblo cubano fueron una preocupación constante de su espíritu, que los estudió detallada y profundamente, y que constituían para él la base firmísima de la conservación de la nacionalidad y del engrandecimiento de la patria.

Pero aún nos queda un extremo por aclarar antes de intentar hacer la exposición y el análisis de sus ideas. Es el siguiente: ¿Don José Antonio Saco fué un pedagogo en la verdadera acepción de la palabra? A juicio nuestro, y tomando la palabra pedagogo en el sentido de "profesional que investiga o que aplica los principios de la pedagogía", no lo fué indudablemente. Saco estudió los problemas de la educación nacional desde el punto de vista del sociólogo y no desde el del profesor, aunque no hay duda de que por la claridad y el método con que sabía exponer las ideas, por su entusiasmo comunicativo, su profundo saber y su gran elevación de carácter, pudo ser y fué un gran maestro de la juventud cubana, tal vez menos austero que don José de la Luz y Caballero, pero de acción más intensa, más expansiva y más humana.

Sus observaciones, muchas veces atinadísimas, no se refieren, por consiguiente, a la técnica de la enseñanza, sino al espíritu y a la orientación de ésta. Lo primero, que puede aprenderse en un buen manual de pedagogía, es muy importante sin duda; pero lo segundo, que es lo fundamental, requiere un profundo conocimiento de la evolución social del pueblo que se pretende educar, así como del sentido en que esta evolución debe dirigirse en lo por venir, para la realización de los más altos destinos de la

patria. Acerca de estos últimos problemas discurrió Saco con su habitual maestría. De aquí la importancia que tiene el examen de sus ideas.



Al comenzar la exposición analítica de las ideas de Saco sobre la educación del cubano, es oportuno dividir el trabajo en dos partes. La primera se dedicará a resumir ciertos principios de carácter general, de los cuales si bien algunos resultan hoy de un interés secundario, por haberse llegado a soluciones definitivas respecto de los mismos, otros siguen siendo de actualidad, no porque aún se discuta acerca de ellos en el mundo pedagógico, sino porque en Cuba no se han adoptado las determinaciones necesarias para aplicarlos por medio de medidas adecuadas a la solución de problemas prácticos de gran importancia nacional. En la segunda parte habremos de circunscribirnos a exponer sus miras respecto al carácter que debía imprimirse a la educación en Cuba.

Los primeros particulares que examinaremos, de acuerdo con lo que acaba de manifestarse, serán los siguientes, tratados por Saco en muchos de sus trabajos y acerca de los cuales sus convicciones se mantuvieron igualmente firmes durante toda su vida: 1.º: Importancia de la educación; 2.º: La educación como función del Estado; 3.º: Enseñanza gratuita; 4.º: Enseñanza obligatoria; y 5.º: Fiscalización de la enseñanza privada por el Estado.

Hemos visto que la instrucción popular fué una de las más constantes preocupaciones de Saco, y eso basta, desde luego, para inferir que la consideraba como un poderoso instrumento de progreso. Pero, ¿en qué sentido podía ejercer su influencia benéfica? ¿Modificando el carácter de los pueblos? ¿Mejorando su condición moral? ¿Multiplicando sus recursos para asegurarse la subsistencia y enriquecerse? ¿Aguzando la inteligencia del hombre? ¿Despertando en él el amor al arte? Veámoslo en sus propios escritos, comenzando por recordar que la *Memoria sobre la vanguardia*, en la cual trata estos particulares con mayor amplitud que en cualquier otro trabajo suyo, fué escrita por Saco *para ex-*

plicar las causas de la vagancia en esta Isla y proponer las medidas más oportunas para atacarla en su origen, en virtud de un certamen público abierto por la Sociedad Económica en 1829 y convocado nuevamente en 1830. ¿A qué estados de opinión, a qué corrientes de ideas se debía semejante concurso?

Expondremos nuestras conjeturas acerca de estos particulares, los cuales conviene examinar porque se refieren directamente al asunto que tratamos.

Es bien sabido que durante el mando en Cuba del General Vives, la corrupción de las costumbres llegó a tomar proporciones espantables, tolerada, cuando no fomentada por el Gobierno, que veía en el envilecimiento de la población cubana un medio cómodo de mantenerla sumisa y alejada de todo propósito de rebeldía contra el régimen dictatorial que acababa de establecerse. Los síntomas de relajamiento eran bien patentes y visibles en todas partes, y llenaban de alarma a los buenos patriotas; pero sobre sus causas había diversidad de pareceres. Es muy probable que ya en aquella época, como siempre ocurriera después, los corifeos del régimen establecido y los “peninsulares” intransigentes que comenzaban a manifestar una antipatía que llegó a convertirse en odio contra las modalidades peculiares del carácter cubano, debido a que establecían una distinción más neta cada vez entre la Metrópoli y la Colonia, separando y deslindando los campos, atribuyeran a una condición moral inferior de los hijos de Cuba, a la afición al juego, al libertinaje y a la holgazanería, el origen de los males a que se ha hecho referencia. Otra parte de la opinión, sin aceptar semejante punto de vista, creía como artículo de fe en lo que se ha llamado *la indolencia criolla*, sobre la cual se hacía pesar toda la responsabilidad, juzgándola causa eficiente de una larga secuela de vicios que, por otra parte, era inútil combatir, porque tenían su origen en la asombrosa fertilidad de nuestro suelo—del cual se obtenía el sustento sin esfuerzo—y en la naturaleza del clima, que nos arrastraba al enervamiento, a la sensualidad y a la pereza. ¿Eran estas opiniones aceptadas unánimemente? Sin duda que no, cuando la Sociedad Económica, formada por lo más selecto de la época, estimulaba por medio de certámenes públicos y fuertes premios en metálico las investigaciones acerca de las

causas de la vagancia, a la cual había unanimidad en considerar como originaria de todos los vicios reinantes.

El ensayo de Saco, que obtuvo los sufragios de la Sociedad Patriótica y alcanzó el premio ofrecido, demostraba que los males que minaban de una manera exclusiva a la sociedad cubana se debían *a las deficiencias de la educación popular*.

Para comprender el fondo de su pensamiento, es oportuno hacer constar que empleamos la palabra educación en su más amplio sentido.

El doctor Varona, en sus conferencias sobre el fundamento de la moral, ha dejado establecido claramente que la educación presenta dos formas: una *directa*, que representa la *acción consciente* que la sociedad ejerce sobre las nuevas generaciones mediante los sistemas de enseñanza y las diversas instituciones docentes, y otra *indirecta, inconsciente*, pero mucho más poderosa, que consiste en el inmenso influjo que sobre las ideas, los sentimientos y el carácter de la niñez y de la juventud ejercen la opinión pública, las costumbres, las diversiones populares, las tradiciones, las leyes, y, finalmente, todas y cada una de las instituciones sociales.

Basta leer detenidamente la *Memoria sobre la vagancia* para quedar convencidos de que Saco, sin deslindar los campos de las dos formas de educación mencionadas, encuentra que las deficiencias de ambas son la causa fundamental de los males de la sociedad de su tiempo, por lo cual propone, junto con una serie de medidas encaminadas a la reforma y mejora de las costumbres públicas y privadas, la ampliación y la reorganización, sobre nuevas bases, del sistema, si tal nombre puede dársele, de educación directa vigente en 1830.

Las conclusiones a que llega en dicho trabajo, demuestran, sin que haya lugar a dudas, la importancia que reconocía a la educación directa, o sea a la educación propiamente dicha.

No incurrió en el error, tan frecuente aún, de suponer que la educación puede por sí sola transformar un pueblo, borrando todo lo que es producto de la raza, de la evolución histórica y de la influencia de las fuerzas físicas del ambiente. En este sentido se mantuvo alejado de lo que se ha llamado el jacobinismo pedagógico; pero también combatió con energía la opinión de que el

hombre es juguete del medio cósmico en que vive y de que éste lo arrastra ciega y fatalmente en determinada dirección, sin que la voluntad humana pueda impedirlo.

Esta opinión errónea—dice en las págs. 212-13 del tomo I de sus *Papeles sobre Cuba*—, engendrada en el cerebro de algunos visionarios y sostenida falsamente por Montesquieu y otros autores, ha ido pasando de libro en libro, y adquirido con el tiempo, si no los honores de la verdad, a lo menos los de una preocupación popular... Cierta y muy cierta es la influencia del clima en algunas cualidades físicas del hombre; pero extenderla a todos los usos y costumbres de los pueblos,... a pesar de los distintos gobiernos, religiones y educación,... es uno de aquellos delirios que más prueban la flaqueza del entendimiento humano... La gran república que desde las márgenes del San Lorenzo hasta las aguas del Golfo Mejicano desecuela por sus rápidos progresos sobre todas las naciones del globo, no debe su importancia a la naturaleza del clima, sino a la educación que recibieron sus hijos, y al carácter de sus instituciones.

Después de haber expuesto esta tesis, cita en apoyo de la misma numerosos ejemplos tomados de la historia de la humanidad y llega a la conclusión de que

sea cual fuere la influencia del clima, sus efectos pueden ser modificados y aun destruidos por la forma de los gobiernos y un buen sistema de educación.

Inspiremos, pues,—dice al terminar—esta verdad a todos los cubanos con lecciones y con ejemplos, y no fomentemos una preocupación que sustituida de fundamento, sólo sirve para agravar nuestros males. (Pág. 214.)

Esta influencia de la educación, que considera importantísima, ¿cómo se manifiesta en el individuo? De varias maneras, a su juicio. En primer lugar hace que se “multipliquen los recursos del hombre frente a la naturaleza, cuyas ventajas aprovecha para vivir feliz por medio del trabajo”. La condición del hombre civilizado, es, por consiguiente, “muy distinta de la del salvaje”. Éste vive esclavo del medio en que habita; aquél lo domina y lo hace servir a sus necesidades. Saco, en este punto, logró comprender que la educación es el más poderoso instrumento de adaptación consciente de que dispone el hombre, si adaptación puede llamarse el hecho de que el hombre se asegure, mediante el conocimiento cada vez más completo y exacto de las fuerzas naturales y la provechosa dirección y aplicación de estas fuerzas, la mayor suma posible de bienestar material. Por

otra parte, la educación ejerce una influencia bienhechora, de la más alta importancia, sobre el carácter moral.

La ignorancia engendra los vicios y delitos—dice; así como la ilustración los reprime y disminuye... El dinero, pues, que se da para la educación del pueblo, es un seguro que se paga por los riesgos y pérdidas que siempre causa la ignorancia... (Pág. 200.)

Prevenir el mal antes que castigarlo, es máxima de buen gobierno. ¿Y qué medio más eficaz de conseguir este fin que la instrucción del pueblo? Todo gobierno está obligado a proteger la propiedad y la vida de sus súbditos, y asegurar el orden interior del Estado; ¿mas podrá lograrse tan importante objeto cuando la ignorancia arrastra los hombres a la indolencia y a la vagancia, ésta a los vicios y los vicios a los delitos? Así lo han comprendido todas las naciones adelantadas. (*Colección póstuma*, pág. 112.)

La influencia de la educación sobre el carácter moral, no es, sin embargo, decisiva siempre. Así lo reconoce Saco en todos sus trabajos.

El que esto escribe—dice en uno de ellos—no es visionario, y así no aspira a la perfección moral de la masa de los hombres.

Porque reconoce que la instrucción no es más que *un* factor en la educación moral, recomienda que con ella cooperen otras fuerzas sociales.

Nunca se presenta el gobierno en una actitud más gloriosa—dice—que cuando combate con el vicio y el crimen... Dése al pueblo *instrucción y ocupación, aliéntese la industria, persígase la indolencia, ármese la ley para herir a todo delincuente*, y en breve quedará purgado nuestro suelo de la plaga que hoy lo infesta. (*Papeles*, t. I, pág. 180.)

En la época actual, cuando con ceguedad lamentable se deja la obra de la educación moral del pueblo en manos del maestro únicamente, exigiéndole que lleve a feliz término lo que por sí sola la escuela no puede realizar, ¿no sería oportuno recordar a los gobernantes, a los magistrados, a los legisladores, la influencia inmensa de todos sus actos en la educación moral del pueblo y, por consiguiente, la tremenda responsabilidad que sobre ellos pesa?



El segundo de los particulares que debemos considerar es el de la educación como función del Estado. El asunto fué de un

extraordinario interés en determinada época. Hoy está ya fuera de toda discusión. Nos limitamos, por lo tanto, a hacer notar que el concepto mismo que tenía Saco de la educación como instrumento de progreso en el orden material y moral, le llevaba, naturalmente, a considerar que el Estado, velando por los intereses sociales, estaba obligado a difundirla por toda la nación.

No es este—dice—como algunos pudieren pensar, un favor que se dispensa, sino un deber que la patria, la religión y el interés individual imponen a la sociedad.

Esto, que se escribía en 1830, le llevaba como de la mano a sostener que la enseñanza debía ser gratuita para las clases pobres, y obligatoria para todos. Siendo la educación, a su juicio, un medio de defensa social, debe ser obligatoria. El hombre inculto es una rémora y un peligro para la sociedad de que forma parte; por lo tanto, nadie tiene el derecho de serlo.

El Estado—dice—debe luchar con la indiferencia y la apatía de los padres, obligándolos, en caso necesario, a que envíen a sus hijos a las escuelas. Esa indiferencia y apatía es a veces uno de los obstáculos más poderosos con que tropieza el legislador; y la historia de la enseñanza primaria presenta numerosos ejemplos de la resistencia que las masas ignorantes oponen a su ilustración.

Esto se debe,

a que en razón directa de la barbarie del hombre, está su desprecio por la ilustración, y cuanto más se acerca al bruto, tanto menos siente el deseo de desenvolver su naturaleza moral.

Y siguiendo el método de dar a sus ideas el sólido apoyo de hechos comprobados, agrega:

Hundidos en la barbarie viven el indio salvaje y el africano; y sin pensar jamás en ilustrarse, miden su dicha o su desgracia tan sólo por el grado de satisfacción que dan a sus físicas necesidades. Hase visto algunas veces a las masas ignorantes pedir pan con las armas en la mano; pero ellas nunca han empleado la fuerza para reclamar de los gobiernos que las instruyan y eleven a la condición moral e intelectual de que carecen. De aquí la necesidad de que los gobiernos y la porción ilustrada de las naciones, vayan a buscar las masas ignorantes, les ofrezcan la instrucción, y les inculquen las ventajas que alcanzarían saliendo de la degradación en que viven. (*Colección póstuma*, págs. 113-14.)

La compulsión que deben ejercer los gobiernos para obligar a los niños a que asistan a las escuelas, encuentra justificación, a su juicio, en tales hechos.

Abogando por estas ideas en el año de 1863, nuestro célebre paisano se adelantaba a su época no sólo en relación con el medio colonial en que vivía, sino aun tratándose de los países más adelantados. En efecto, Suiza estableció la enseñanza obligatoria en 1874; Inglaterra en 1870; Italia en 1877; casi todas las naciones en el último cuarto del siglo pasado.

La necesidad de que el Estado fiscalizara la enseñanza privada, fué otro de los asuntos tratados por Saco con notable acierto. La instrucción Pública en que el Estado no toma parte—dice—es una instrucción que viene a quedar reducida a una industria privada. Desde entonces, obedeciendo a la ley de todas las industrias, el interés será su único móvil y regulador. Y siendo así, dice en la pág. 115 de la *Colección póstuma* de sus *Papeles*:

¿no podrá extraviarse para conseguirlo, así como sucede con las demás industrias sujetas a esa misma ley del interés?

La educación de la juventud es un ministerio muy delicado, y un maestro puede ser: o un bienhechor de la humanidad o un azote de ella.

Un maestro puede faltar a su deber, o descuidando la instrucción de sus alumnos, o infundiéndoles ideas perniciosas. De estos males, el primero es menos grave, pues se reduce a que ellos pierdan el tiempo y se queden ignorantes; pero el segundo es de una trascendencia mucho más funesta a la sociedad. (Pág. 116.)

Y sin embargo—dice antes—, se pretende que vengan maestros de todas partes, y que sin previo examen de su aptitud, sin conocimiento de su moralidad, y sin un poder que los vigile, se entreguen a rienda suelta a las importantes funciones de tan delicada profesión, erigiéndose en árbitros absolutos de sus doctrinas e inculcando a sus discípulos, si se les antoja, y sea cual fuere el motivo, ideas políticas, religiosas y morales capaces de conmover hasta los fundamentos de la sociedad. (Pág. 116.)

Cuida la autoridad de que el alimento material de los hombres no comprometa su salud; ¿y se dejará enteramente abandonado a los cálculos del interés, y al capricho de las ideas y pasiones el alimento intelectual y moral, que es infinitamente superior y de más trascendencia que el primero? (Pág. 117.)

Pero diráse que ahí están los padres de familia, a quienes sus hijos advertirán lo que pasa en las escuelas. Si esta es toda la garantía que tiene la primaria educación, bien puede asegurarse que no producirá frutos

sazonados. ¿Podrán los niños de corta edad discernir los peligros de una enseñanza viciosa, cuando cabalmente su ignorancia es la que los lleva a las escuelas? ¿No sucederá, por el contrario, que el respeto con que ellos miran al maestro, y la superioridad de luces que en él reconocen, les haga recibir como verdades los errores más groseros, y como buenos principios las máximas más detestables? Por otra parte, ¿están todos los padres de familia, y lo que generalmente se llama público, están en aptitud de juzgar del mérito de la instrucción? Esto podrá ser en los países muy adelantados y en las ciudades cultas y populosas; pero en los pueblos pequeños y atrasados, en los campos sobre todo, donde apenas hay quien sepa leer y escribir, ¿cómo se quiere que tales hombres sean el contrapeso de un maestro, a quien ellos miran como el ilustrador de la juventud y a veces contemplan como el oráculo del lugar? (Págs. 116-17.)

Estas ideas de Saco tienen un valor efectivo en todo país y en todo tiempo; pero en el nuestro, por circunstancias especiales del momento, son de una importancia extraordinaria.

Los pueblos que tienen una personalidad histórica fuerte y bien definida, que poseen costumbres y tradiciones que les son peculiares, una lengua propia, o, por lo menos, una civilización nacional con caracteres bien marcados, una situación geográfica que aleje la posibilidad de peligros exteriores, vida económica independiente y una gran cohesión interna que asegure la compenetración intelectual y moral de sus elementos frente a los problemas esenciales de la nacionalidad, pueden fiar a la acción de estas grandes fuerzas históricas la conservación de la misma; pero los pueblos que no están en esas condiciones, necesitan imperiosamente que la educación nacional refuerce los puntos débiles, supliendo las deficiencias de carácter colectivo; necesitan que la educación tienda a crear un tipo de ciudadano de una alta capacidad para la lucha por la vida, y que procure con la mayor tenacidad, perseverancia y energía realizar la unidad intelectual y moral de la nación, en torno a los grandes ideales de que dependa su porvenir. El instinto de conservación más elemental debe impulsar a los pueblos en tales casos a reunir, coordinar y dirigir todas sus energías sociales para la realización de tan altos empeños. La indiferencia, que puede ser funesta, y todo antagonismo, que lo es en mucho mayor grado, deben ser combatidos hasta hacerlos desaparecer. La enseñanza, sea pública o privada, debe estar al servicio de la nacionalidad.

La escuela *antinacional* debe ser perseguida y destruída sin piedad; y a la *anacional*, si se nos permite la expresión, debe obligársele a que deje de serlo y a que coopere activamente a la formación del sentimiento patriótico.

Si meditando acerca de estos particulares nos fijamos un momento en la situación actual de la enseñanza en Cuba, debemos convenir en que la escuela privada, libre de la vigilancia que la Constitución de la República autoriza y que la seguridad del Estado en lo por venir requiere, sobre todo aquella a que concurren las clases acomodadas y directoras, está casi completamente en manos de extranjeros a quienes no une con el país ningún vínculo moral. Dicha escuela no coopera, como es su deber, ni por los métodos que emplea ni por los sentimientos que inculca, a la realización de los más altos fines que debe perseguir el Estado cubano. El peligro es grave y apremiante; pero no siendo esta la oportunidad de señalar la manera de combatirlo, nos limitamos, por ahora, a hacer constar su existencia y los funestos resultados que puede producir, los cuales, como se ha visto, no escaparon a la perspicacia del bayamés ilustre a quien nos venimos refiriendo.



El análisis de las ideas pedagógicas del Padre Varela, de Saco y de don José de la Luz y Caballero, demuestra, sin lugar a dudas, que los ideales de una educación genuinamente cubana han sido vislumbrados, aunque de un modo incompleto y fragmentario, por nuestros pensadores más ilustres. Débese ello, sin duda, a que los grandes patricios precursores de nuestros movimientos revolucionarios supieron ver siempre—y acaso Saco más que cualquiera otro—, junto al obsesionante problema político, todos los otros problemas sociales, no menos graves e importantes. Estando en relación inmediata y directa con el pueblo, del cual venían a ser la conciencia activa y vigilante, viviendo ligados estrechamente a la suerte del mismo por toda clase de vínculos materiales y morales, la realidad circunstante tenía que impresionarlos hondamente, ejerciendo una influencia decisiva en la orientación y en el curso de todas sus ideas. De aquí que la

génesis de sus concepciones político-sociales se encuentre, por lo general, más que en la erudición por ellos atesorada durante largos años de pacientes y bien dirigidos estudios, en la observación de determinados aspectos del medio social de la época en que vivieron y sufrieron.

Saco muy especialmente—y sólo a él hemos de referirnos en este trabajo—no buscó sus inspiraciones en países extraños, seducido por el brillo, muchas veces ilusorio, de teorías y sistemas. Él amaba su tierra, sentía sus ansias y sus dolores, estudiaba en su origen la causa de los males patrios, meditaba acerca de la evolución histórica de pueblos colocados en situaciones semejantes, y, partiendo de estos antecedentes, su patriotismo ardiente y entusiasta le hacía concebir admirables proyectos para la reforma política, económica y educativa de su país. Consagrado con apasionado fervor a estos nobles empeños, es incuestionable que su talento brilla en todo su esplendor y su profundo conocimiento de nuestros problemas sociales se manifiesta en toda su amplitud cuando señala, con admirable clarividencia, la orientación que a su juicio debía darse a la enseñanza en Cuba, y al mismo tiempo esboza, con maestría y tino sorprendentes, lo que en relación con nuestros problemas económicos debía ser la educación del cubano.

El concepto que de ésta llegó Saco a formarse, cristalizó en su espíritu como el resultado del estudio de las condiciones de la sociedad cubana, afectada de una manera decisiva por la evolución político-económica que se desarrolló durante la vida del ilustre patricio. De modo que para juzgar sus ideas sobre educación nacional, percibir y apreciar su origen, su unidad, su trabazón y su alcance, así como para fijar claramente el amplio y hermoso ideal que perseguían, es indispensable echar aunque sea una brevísima ojeada sobre la evolución político-económica mencionada, ya que para contrarrestar sus efectos concibió y propuso Saco el plan de educación nacional a que hemos de referirnos.

Comenzaremos esta parte de nuestro trabajo recordando que la historia del régimen político establecido en Cuba por nuestra antigua metrópoli, puede dividirse en dos períodos bien distintos: el anterior a Vives y el posterior a este funesto gobernante.

Durante las últimas décadas del siglo XVIII y los primeros años del XIX, estuvieron al frente del gobierno de Cuba algunos de los más ilustres y más liberales representantes del dominio español, los cuales gobernaron con el concurso de los hijos del país; pero la revolución de las colonias del Continente modificó de un modo radical el carácter de las relaciones entre Cuba y España, en perjuicio de la primera.

En la Real Orden de 28 de mayo de 1825 se decía lo siguiente al Gobernador de Cuba D. Dionisio Vives:

...Para el importante fin de conservar en esa preciosa Isla su legítima autoridad soberana y la tranquilidad pública, Su Majestad ha tenido a bien, conformándose con el dictamen de su Consejo de Ministros, autorizar a V. E. plenamente confiriéndole todo el lleno de las facultades que por las reales órdenes se conceden a los gobernadores de plazas sitiadas. En su consecuencia da S. M. a V. E. la más amplia e ilimitada autorización, no tan sólo de separar de esa Isla a las personas empleadas o no empleadas, cualquiera que sea su destino, rango, clase o condición cuya permanencia en ella crea perjudicial o que le infunda recelos su conducta pública o privada, ... sino también para suspender la ejecución de cualesquiera órdenes o providencias generales expedidas sobre todos los ramos de la administración, en aquella parte en que V. E. considere conveniente al real servicio. (3)

Vives, a pesar de estas facultades omnímodas, gobernó con cierta moderación; pero durante el mando de Tacón

a la libertad relativa en que había vivido la colonia, casi entregada a sí misma, sucede sin transición apreciable el despotismo desatentado de un hombre de hierro, soberbio e ignorante, corroído por el odio al nombre de americano, símbolo para él de oprobio y humillación; y su obra, como planta maléfica y venenosa, se arraiga y extiende para dar frutos de odio y sangre a tres generaciones. (4)

Un escritor a quien seguramente no se tachará de apasionado enemigo de España, D. José Ignacio Rodríguez, juzgaba el período de tiempo a que nos referimos, en esta forma:

En los veinticinco años que habían transcurrido desde el momento infame en que el Teniente General D. Miguel Tacón pisó, por primera vez, el suelo de la Habana (1.º de junio de 1834), hasta el arribo del Capitán General D. Francisco Serrano, la historia política de la Isla de Cuba fué simplemente una constante exhibición de despotismo... Y aunque es cierto

(3) José A. Saco: *Papeles sobre Cuba*, tomo III, págs. 151 y 152.

(4) Enrique José Varona: *Artículos y discursos*, págs. 68 y 69.

que otros casos ha habido en la Historia, en que un pueblo vejó a otro sin razón y sin misericordia, la situación en ellos fué reconocida como anormal y transitoria, mientras que en Cuba, por el contrario, la dictadura perpetua y el estado de sitio fueron la expresión permanente de la ley del país, y como quien dice, el estado natural y legítimo, en que, sin cometer grave delito, no era posible, ni subvertir la dura Ley fundamental, ni tratar de introducir reformas. (5)

El cubano era un extranjero en su propia tierra, privado en lo absoluto de todos los derechos políticos que, asegurando la intervención del ciudadano en la resolución de los problemas nacionales, garantizan el desenvolvimiento normal de las sociedades; y a partir de 1825, ya no pudo concurrir, como en tiempo del General Las Casas, a impulsar el desarrollo progresivo de su patria. Sus talentos, desde entonces, se vieron condenados a la esterilidad.

La reacción política se presentó unida a otra no menos funesta en el orden educacional. En el primer tercio del siglo se quitó a la Sociedad Económica la dirección de la instrucción primaria y ésta decayó notablemente. En 1842 se reformaron los estudios superiores con la intención de alejar a la juventud de las aulas universitarias, y por la misma época se prohibió que los jóvenes cubanos fueran a instruirse en el extranjero. Finalmente, D. José Gutiérrez de la Concha preparó más tarde un plan de reformas en la instrucción popular, con la mira de españolizar a los cubanos tratando de modelar las inteligencias y los caracteres de una manera determinada, a fin de que de las aulas no saliesen ciudadanos capaces y viriles, sino súbditos con el espíritu lleno de prejuicios y la voluntad sumisa a las caprichosas exigencias del despotismo.

Ignorancia y dictadura: estas dos palabras sintetizan el programa de gobierno aplicado sistemáticamente en este período.

Contra semejante régimen combatió sin tregua José Antonio Saco, pidiendo que se concediese al cubano la gerencia de sus intereses locales y que se pusiese en manos de éste la dirección de sus asuntos. Pero, influído por las ideas del liberalismo inglés,

(5) José I. Rodríguez: *Vida de José Manuel Mestre. Revista de la Facultad de Letras y Ciencias*, volumen VIII, núm. 2, pág. 145.

comprendió que un gobierno libre debe tener por base un pueblo educado, al cual la instrucción haya elevado a la apreciación inteligente de sus problemas nacionales, a fin de poder intervenir con eficacia en la resolución de los mismos. Saco pedía libertad para su país, y al mismo tiempo quería elevar a éste a la dignidad de pueblo libre por la cultura y el trabajo, pues comprendió con lucidez extraordinaria que la libertad, sin el contrapeso del saber y la virtud, degenera en licencia, batallando siempre con el mismo tenaz empeño que por las libertades públicas, por la difusión de la enseñanza.

Acaso algunos de los males políticos que afligen actualmente a la sociedad cubana, se deban a que el paralelismo entre el aumento gradual de las libertades públicas y el de la cultura popular no pudo mantenerse, y el cubano—que tuvo que abandonar la obra de su propio mejoramiento para consagrar todas sus energías a romper el círculo de hierro que le cerraba el camino del progreso social—se encontró de pronto en plena libertad política, pero envuelto en las oscuras sombras de una gran ignorancia colectiva.

El cambio notable ocurrido en el estado político de Cuba, a que acaba de hacerse referencia, fué acompañado por otro no menos radical y trascendente en el orden económico.

Como es sabido, durante el largo período que precede a la toma de la Habana por los ingleses, los escasos habitantes de Cuba, aislados del resto del mundo por los deficientes medios de comunicación que existían, y, sobre todo, por las leyes españolas que prohibían el tráfico con el extranjero, veíanse obligados a producir para el consumo casi exclusivamente, siendo el tabaco—monopolizado por el Gobierno—el único artículo que se exportaba en cantidades relativamente crecidas.

La toma de la Habana por los ingleses modificó notablemente este estado de cosas; y gracias a la libertad de comercio establecida en aquella época y mantenida casi sin interrupción durante varios años, los puertos cubanos, especialmente la Habana, fueron visitados por numerosos buques en demanda de productos de la agricultura tropical, que eran muy solicitados en los mercados europeos. El cebo de los altos precios hizo que los agricultores cubanos se dedicaran con gran empeño al cultivo

del café y del tabaco y a la fabricación del azúcar. Cuba comenzó a ser

un taller destinado a la fabricación de mercancías de lujo o de comodidad para otras comunidades más avanzadas, siendo considerado el hombre como instrumento de trabajo, no como agente libre que busca en la naturaleza recursos para la vida y su desarrollo continuo en agrupaciones morigeradas y progresivas. (6)

La ruina de las colonias francesas, en las postrimerías del siglo XVIII, acentuó la evolución de Cuba hacia el tipo de la colonia de plantaciones.

Todo se subordina en nuestra organización—dice el Dr. Leopoldo Cancio, en el discurso citado—al intento de robustecer y consolidar la colonia de plantaciones; producir frutos tropicales, no para el consumo, sino para la exportación, e importar todos los artículos necesarios para la vida y el bienestar de la población, al revés de las enseñanzas de la Economía Política, que proclaman objeto de la actividad humana la subsistencia abundante; el consumo inmediato como fin del trabajo, y como resultado maravilloso y necesario de la libertad de ambos, el crecimiento y desarrollo de todos los intereses... El azúcar, como el café y el tabaco, requerían muchos brazos en épocas determinadas y su reducción en otras del año, asimilando esa producción rural a la industria manufacturera. Los grandes capitales y los esclavos eran los que podían satisfacer las necesidades de tales cultivos y frutos... La esclavitud todo lo invade; se pronuncia la división de nuestra sociedad en clases, agregada a la libre y esclava empleada en el cultivo del suelo, la mercantil, de procedencia extraña, y nunca identificada con la tierra... Las subsistencias dependen más y más de los mercados exteriores; aumenta de día en día la importación de los artículos de primera necesidad; los capitales se invierten en la agricultura con las miras y el espíritu de la especulación mercantil, haciéndose puramente económicos los vínculos de la población y de la tierra; se inicia y acentúa cada vez más el desvío de la vida rural, y va desapareciendo la identificación del suelo con el que lo cultiva... La cooperación familiar desaparece de las faenas agrícolas y de la economía rural en general. El trabajo y la colaboración de la mujer y el niño, fueron perdiendo sus caracteres propios; de la tienda se acostumbra recibir los víveres; se produce para el comercio, no para el consumo inmediato; las conservas alimenticias reemplazan a las ocupaciones domésticas. Braceros son los que se necesitan, hombres sin familia, que consuman poco y que sean capaces de las más rudas faenas... Cuba se convierte en una gran factoría en que domina exclusivo el cálculo mercantil, produciéndose, para exportar al más bajo precio en la

(6) Leopoldo Cancio y Luna: *Discurso* inaugural del curso académico de 1907 a 1908. *Revista de la Facultad de Letras y Ciencias*, volumen V, pág. 234.

competencia universal y adquirir con destino al consumo, artículos de primera necesidad, al precio combinado y concertado por los mercaderes. (7)

Las consecuencias de esta evolución económica—que ha continuado desenvolviéndose durante todo el siglo XIX hasta nuestros días, agravada por nuestras guerras de independencia—fueron funestas para nuestro bienestar y nuestra cultura. La pequeña propiedad sufrió enormes quebrantos: el cubano perdió en gran parte la posesión de la tierra; la antigua clase media rural, constituida por familias numerosas que vivían cómodamente en fincas cubiertas de cultivos menores y de frutales, en las cuales abundaban las crías de animales domésticos, tendía a desaparecer rápidamente, siendo substituida por un proletariado rural al que explotaban sin piedad *el hacendado y el bo-deguero*. El cubano veía cerrarse ante sí las puertas de todo trabajo independiente. Sólo dos ocupaciones se ofrecían a su actividad: en las clases ricas, la de médico o abogado; en las clases pobres, la de tabaquero en las ciudades y la de jornalero en los campos. En la rutina de estos empleos perdía hasta sus naturales disposiciones e iniciativas y acababa por incapacitarse para toda labor que exigiese dirección propia y variados conocimientos y aptitudes. La carestía de la vida, por otra parte, aumentaba de día en día, y el hogar, carente de toda clase de comodidades, no podía desempeñar la elevada misión de educar hijos sanos, fuertes e inteligentes.

La realidad social que Saco vió, fué, pues, la siguiente: arriba una clase formada por “peninsulares”, la cual manda, comercia y se enriquece; abajo, una muchedumbre de hombres arrebatados a su país, en terrible esclavitud, que sostienen con su trabajo, sobre sus robustas espaldas, el andamiaje de la sociedad colonial; en medio, lo que en aquel entonces pudiéramos llamar por antonomasia el pueblo cubano, formado por una minoría de grandes terratenientes y un proletariado de levita, incapaz de encontrar en la actividad fecunda de la industria—que no existe—, de las artes manuales—que está en la infancia— y de la agricultura—confiada a los esclavos—, el remedio para su miseria. En el porvenir se vislumbraba un pueblo deleznable

(7) Leopoldo Cancio y Luna: Discurso citado.

mente constituido por hombres de un tipo inferior, deformados por la presión enorme de un trabajo agobiador y rutinario, por la miseria y la ignorancia.

Es cierto que esta organización económica, que se completó y precisó durante la vida de Saco, tuvo sus panegiristas, los cuales, cegados por el ficticio esplendor de los primeros momentos, no preveían los males futuros; pero tuvo también sus adversarios irreconciliables, entre los cuales se cuenta Saco en primera línea.

El ilustre bayamés supo apreciar los problemas patrios en toda su complejidad, y encontró en las inspiraciones de su patriotismo y en los dictados de su inteligencia, tan profunda como vasta, algunos de los remedios adecuados a nuestros males sociales; y si los esfuerzos inmensos que realizó para hacerlos desaparecer fueron infecundos, culpa fué de la adversidad de los hombres y de las cosas, como ha dicho el doctor Varona con su habitual profundidad y concisión, y no suya, porque su voluntad no vaciló jamás cuando se trató de servir los intereses de la patria.

Saco comprendió que el despotismo político pondría trabas insuperables al desenvolvimiento normal de la sociedad cubana; que el régimen económico que consistía en producir para la exportación exclusivamente, nos privaría de la independencia económica, haciéndonos feudatarios de los mercados extranjeros, y que la continua introducción de los esclavos africanos destruiría la unidad étnica de nuestro pueblo.

Como consecuencia de este triple sistema de despotismo político, de explotación mercantil y de paulatina destrucción de la homogeneidad interna, calculó que no tardarían en surgir gravísimos conflictos, los cuales nos arrastrarían a un inevitable desastre.

Su amor a Cuba, a los principios de la justicia y a los altos ideales humanos, era demasiado grande para que frente a tales problemas permaneciese inactivo. Desde muy joven se lanzó a la lucha de las ideas con ardoroso entusiasmo, trabajando sin descanso por convencer a la Metrópoli de los peligros que amenazaban a la rica colonia si aquélla persistía en sus funestos métodos de gobierno. Pero el problema cubano no era para Saco un problema de legislación y de gobierno solamente, sino, co-

mo hemos dicho, un problema de educación. Había que variar el régimen político y económico, y había necesidad de preparar al pueblo para la vida del derecho, que deseaba ver establecida en Cuba; pero, sobre todo, era absolutamente indispensable formar ciudadanos capaces de adquirir, mediante el inteligente empleo de sus actividades, la independencia económica, sin la cual es una sombra la libertad política.

Todas sus ideas sobre educación giran, pues, en torno a este pensamiento capital: *Es necesario preparar al cubano para la lucha económica, mediante una enseñanza científica y práctica.* Los males que percibe se deben en gran parte, a su juicio, a esta falta de preparación, y así lo manifiesta elocuentemente:

Una rápida ojeada que se eche sobre el estado social de la Isla de Cuba —dice—, bastará para conocer la verdad de lo que digo. Si buscamos entre las ciencias, aquellas que han dado carrera a nuestra población, no encontramos otras que la teología, jurisprudencia y medicina. El número de cubanos empleados en el comercio es todavía tan corto, que si bien esta carrera les presenta un vasto campo para lo futuro, es innegable que hasta muy poco tiempo han carecido de ella. Inútil es mencionar las manufacturas, porque nunca han existido entre nosotros, ni tampoco puede señalarse la época en que seamos fabricantes. No son muchas las artes que poseemos, y éstas, por desgracia, jamás han sido el patrimonio de nuestra población blanca. La agricultura, que por sí sola absorbería un número asombroso de brazos, ocupa en general a los esclavos; y si a esta causa se agregan los obstáculos que la rodean, no será de extrañar que los blancos no se den a ella con el empeño que debieran. (*Papeles*, t. I, pág. 194.)

Y más adelante agrega:

Por un trastorno funesto de las ideas sociales, generalmente se consideraron entre nosotros como ocupaciones *degradantes* las que son el apoyo más firme de los estados. Derivóse de aquí, que nuestros jóvenes huyesen de ellas, y que si querían abrazar alguna, fuese tan sólo de las que en su concepto eran *honrosas*. . . Como viles se condenaron en Cuba los oficios de zapateros, sastres, carpinteros, herreros, albañiles, y todos los demás que son altamente apreciados en los pueblos más cultos de la tierra; y tan lamentable fué el extravío de la opinión, que esta mancha fatal se extendió a casi todas nuestras profesiones. (T. I, págs. 204-5.)

El pueblo cubano, además, según comprueba con espanto, ya- cía en un estado de pavorosa ignorancia:

. . . gran parte de sus habitantes ignoran hasta el alfabeto. . . a pesar de ser

la instrucción pública la base más firme sobre que descansa la felicidad de los pueblos. (T. I, págs. 195-96.)

Es necesario, pues, en primer término difundir la educación por toda la Isla:

Entonces y sólo entonces podrán popularizarse muchos conocimientos, no menos útiles a la agricultura y a las artes, que al orden doméstico y moral de nuestra población rústica. (Pág. 201.)

Para lograrlo propone, entre otras, las medidas siguientes: Propagar incesantemente, por medio de publicaciones y conferencias, la necesidad y las ventajas de la enseñanza popular; crear juntas y asociaciones encargadas de fomentarla; hacer que los Ayuntamientos destinen una parte de sus fondos a la instrucción del pueblo; destinar al mismo objeto determinadas partidas de los presupuestos que se aplican a cosas de menor provecho, así como todas las economías que se hagan en los mismos; aplicar a dicho fin una parte del producto de la renta de loterías; establecer contribuciones para destinarlas íntegramente a la creación de escuelas; vulgarizar, por medio de periódicos y revistas, toda clase de conocimientos útiles.

A su juicio, una vez que se hubiese enseñado a leer, escribir y contar a la gran masa de nuestra población, numerosos jóvenes encontrarían ocupaciones lucrativas, porque, dice,

es incuestionable que ensanchando la ilustración la esfera del hombre, multiplica sus recursos... (Tomo I, pág. 196.)

Pero no basta con difundir el saber; es indispensable reformar profundamente la educación, dándole un carácter adecuado a las necesidades del país, haciéndola práctica y útil; porque, precisamente, la defectuosa orientación de la enseñanza que reciben los cubanos, es, a juicio suyo, una de las principales causas de los males de la patria.

La crítica que hace de la educación que ve practicar, es atinadísima y justa:

Si contemplamos—dice—la condición de nuestras instituciones literarias, las encontraremos muy abundantes de cátedras inútiles o de poco provecho; pero muy pobres en las de verdadera instrucción. Por todas partes se han establecido clases de latinidad, por todas partes se ha compelido a la juventud a que emplee tres o cuatro de los años más preciosos de su vida

en la adquisición de un idioma muerto; pero ni en la universidad de San Gerónimo, ni en el colegio de San Carlos de la Habana, ni en el de San Ambrosio en Santiago de Cuba, ni en ninguno de los conventos destinados a la pública instrucción, jamás se ha tratado de establecer una sola cátedra de lenguas vivas. Pensarán algunos, que yo me opongo a la enseñanza del latín en nuestras instituciones literarias: muy lejos estoy de eso; y quisiera por el contrario, que se enseñase mejor de lo que generalmente se practica. Mas aunque tal es mi deseo, quisiera también que a las lenguas vivas se diese la preferencia, porque en el giro que han tomado los negocios del mundo, el latín es para la generalidad de los hombres más bien un adorno que una necesidad, pues a excepción de muy pocas carreras, las demás pueden pasar sin él; pero las lenguas vivas, y particularmente la francesa y la inglesa, son de importancia vital. (Págs. 202-03.)

Y agrega:

Tantas cátedras de Derecho civil y canónico como existen en la Universidad de la Habana; tantas de una bárbara Filosofía, esparcidas por toda la Isla; tantas de sutilezas y cuestiones ridículas, impropriamente bautizadas con el sagrado nombre de Teología, ¿de qué provecho son ni a la agricultura, ni a las artes, ni al comercio, ni a ninguno de los ramos que constituyen la felicidad social? Haya enhorabuena, como siempre debe haber, cátedras de aquellas ciencias; pero haya solamente las necesarias, y no se multipliquen con perjuicio de otras que debieran existir. Si a su número superabundante se hubieran sustituido las matemáticas, la química, y las demás ciencias que están enlazadas con la riqueza pública, nuestras instituciones literarias habrían ensanchado la esfera de los conocimientos, habrían presentado a los jóvenes nuevas carreras, y contribuido a disminuir el número de ociosos.

Yo bien sé que las ciencias no pueden ser el patrimonio de la muchedumbre, porque necesitando su largo aprendizaje de tiempo y de recursos, no son muchos los que pueden dedicarse a ellas; pero sus puertas jamás deben cerrarse a este corto número, y nunca en verdad lo estarán tanto, como cuando se les prive de los medios de ilustrarse, restringiendo la enseñanza de las ciencias. Esta es una de las causas que han influido en la multiplicación de nuestros abogados y médicos, pues los jóvenes que desean dedicarse a las carreras literarias, se ven en la dura alternativa, o de renunciar a ellas, o de estudiar jurisprudencia o medicina, contrariando a veces aun los votos de su corazón. Cuando pido la sustitución de nuevas cátedras a las inútiles existentes, no es con la mira exclusiva ni principal de formar sabios, aunque me alegraré sobremanera de que los haya. Mi objeto es iniciar en los rudimentos de algunas ciencias a una porción considerable de la juventud, que de este modo podrá ganar el pan honradamente, *sin dictar escritos, ni tomar el pulso*. Lograriase esto, estableciendo con preferencia cátedras de aquellas ciencias que sean más análogas a la condición actual y prosperidad futura de la Isla de Cuba: enseñándolas, no en

abstracto, como generalmente se ha hecho hasta aquí con las pocas que tenemos; sino con aplicación a ciertos ramos particulares y despojándolas de todas las cuestiones inútiles que atormentan el espíritu, y del lujo que sólo sirve para brillar en las aulas académicas. (Págs. 203-04.)

De acuerdo con estas ideas, considera Saco indispensable difundir en Cuba ampliamente conocimientos sobre economía doméstica, sobre agricultura, métodos de aclimatar nuevas razas de animales, y de perfeccionar las que ya tenemos; en una palabra, sobre todo lo que se considere necesario para el progreso de los ramos que constituyen nuestra riqueza.

...La náutica—dice—es uno de los ramos que deben llamar nuestra atención, pues su estudio hará que muchos jóvenes se dediquen a la marina mercante; y como Cuba está llamada por la naturaleza a ser un pueblo mercantil, es necesario que empecemos a formar no sólo pilotos, sino también marineros. (Pág. 204.)

Si nuestros colegios—añade—han de ser el plantel donde se forme la juventud, es menester organizarlos conforme a nuestras necesidades. ¿Qué importa tener a nuestros hijos cuatro o seis años en esos establecimientos, si de nada les sirve lo que aprendieron cuando llega el momento de utilizarlo? Bastante tiempo han perdido los hombres. Largo ha sido el divorcio entre las ideas y los hechos, entre la teoría y la práctica. Mil veces se ve que un pueblo sabe una cosa, conoce su utilidad, y sin embargo, no la aplica, aun cuando tenga medios para ello. Tal conducta proviene en mucha parte del sistema de educación, pues enseñándose una multitud de cosas que no se pueden jamás realizar, el entendimiento se acostumbra a un plan de teorías; y como el hombre forma su carácter mucho más temprano de lo que generalmente se cree, las ideas que recibió en su juventud, extienden su influjo a la mayor edad. En ningún pueblo se debe trabajar más que en el nuestro para lograr la feliz asociación de la teoría con la práctica. Por desgracia siempre tenemos un proyecto entre manos; lo discutimos, lo reglamentamos; pero cuando de las palabras se pasa a la ejecución, todo se suspende y difiere para un término indefinido. Hablemos menos y operemos más. Por largos años hemos sido los hombres de las teorías; empecemos ya a ser los hombres de los hechos.

Pero es indispensable, además, dignificar el trabajo, fecunda fuente del bienestar social.

Por una desgracia harto lamentable—dice—la mayor parte de los maestros creen que sus deberes están reducidos a dar a sus discípulos algunas ideas puramente científicas, o a facilitarles los medios de adquirirlas... Es, pues, necesario, recomendarles... como parte esencial de sus funciones, ...que inspiren a sus discípulos el amor al trabajo físico e intelectual, les

manifiesten las inmensas ventajas que producen, y les pinten con vivos colores los gravísimos males que pesan sobre esta Isla, por haberse considerado como degradantes las ocupaciones que se ejercen con provecho y con honor en todos los países civilizados. (Pág. 208.)

Yo no espero—dice antes (en la misma página)—que los ricos se conviertan en artesanos; pido tan sólo que no los insulten con su necio orgullo: que no corrompan el corazón de sus hijos, infundiéndoles sentimientos bárbaros y antipatrióticos.

Las artes son muy modestas: los artesanos no ambicionan títulos de nobleza; buscan tan sólo un pan con que alimentarse; pero pan que no esté envenenado con el insulto del rico, ni con el desprecio del grande. (Pág. 206.)

La familia, y sobre todo la escuela, pueden difundir estas sanas doctrinas; de aquí que Saco cifre en ellas su más firme esperanza; de aquí que dirigiéndose a los maestros les demande que se consagren con entusiasmo y amor a la obra de esparcir *el saber útil* sobre todos los ámbitos de la patria, para elevar a un plano cada vez más alto, por la cultura y el trabajo, al pueblo que en ellos confía. Al terminar la exposición de sus ideas, resume sus pensamientos con estas elocuentes palabras:

Mientras no se ensanche el estrecho círculo de ocupaciones en que hoy se ve condenada a girar la población cubana, y las artes envilecidas se levanten a gozar de las consideraciones a que tan dignamente son acreedoras: mientras en fin, los males que proceden de estas causas, se quieran coonestar con la fertilidad y abundancia del suelo y con la influencia del clima, Cuba jamás podrá subir al rango a que la llaman sus destinos. Sus campos se cubrirán de espigas y de flores; hermosas naves arribarán a sus puertos; una sombra de gloria y de fortuna recorrerá sus ciudades; pero a los ojos del observador imparcial, mi cara patria no presentará sino la triste imagen de un hombre, que envuelto en un rico manto, oculta las profundas llagas que devoran sus entrañas. (Pág. 218.)

*
* * *

Lo expuesto es bastante para comprender que en Saco, el político, el sociólogo y el educador estaban profundamente penetrados. Los intereses políticos y económicos de la sociedad cubana fueron su preocupación constante, no porque el insigne bayamés careciera de elevados ideales morales, sino porque el estudio profundo de las sociedades le había convencido de que

un pueblo sin independencia política y económica no puede servir de cimiento a una nacionalidad estable y progresista.

El concepto que llegó a formarse de lo que había de ser la educación del cubano, cristalizó en su espíritu como el resultado del estudio de las condiciones de la sociedad cubana; y como en lo fundamental nuestra organización económica sigue siendo muy semejante a lo que era en su tiempo, sus puntos de vista siguen siendo exactos.

El cubano tiene que adquirir la preponderancia económica en su tierra, si quiere conservar su independencia política. Este es, sin duda, uno de los problemas fundamentales de la época. Los problemas políticos se allanan y facilitan; la amenaza para la República está en que Cuba sea, cada vez más, "una colonia de plantaciones explotada por sindicatos no residentes". La República ha de plantear nuevamente, para resolverlo sin demora, el importantísimo problema nacional indicado por Saco: *preparar al cubano para la lucha económica.*

* * *

Las democracias necesitan ciudadanos, y el trabajo libre exige obreros inteligentes e instruídos. Unos y otros se forman en la escuela nacional adecuada a las necesidades nacionales. Saco lo comprendió así y clamó ansiosamente por la educación del cubano, señalando con insuperable acierto, como hemos visto, algunas de las condiciones esenciales de la obra educativa que había necesidad de realizar. Por ello merece ocupar, sin duda alguna, un lugar distinguido entre nuestros grandes educadores, junto a Varela, a Luz y a Varona.

Varela, a principios del siglo pasado, pretendió que la educación sirviese de freno a las impulsiones desordenadas y violentas de la ciega ignorancia. Luz y Caballero quiso elevar a los cubanos a la plena y severa dignidad de la vida cívica. Saco, por su parte, considerando que el hombre libre es el agente por excelencia de la producción, aspiró a que sus paisanos quedasen capacitados por la educación para aplicarse inteligentemente al aprovechamiento de las fuerzas y de las riquezas naturales de la patria, labrando, por este medio, el bienestar de la misma.

Varela procuró despertar al cubano a la vida de la inteligencia y darle el dominio de sus propias energías; D. José de la Luz quiso *templarle el alma para la vida*; Saco aspiró a *darle carrera para vivir*, a convertirlo en el agente exclusivo, independiente, de su propio bienestar económico, afirmando y robusteciendo su personalidad individual y colectiva. Estas aspiraciones, lejos de contradecirse, se complementan y van encaminadas a un mismo altísimo propósito: *crear, afirmar y robustecer la nacionalidad*. De aquí que para los tres ilustres patricios la escuela fuese una institución cuyos destinos estaban estrechamente ligados a los destinos de la patria.

Los cubanos no debemos olvidar en ningún caso que la posición especial que ocupamos en el mundo, nos obliga a ser hombres de un tipo superior o a perecer en un plazo más o menos largo; y, por lo tanto, no debemos permitir, como en algunas ocasiones ha ocurrido, que la escuela nacional se convierta en una institución mecánica y rutinaria, sin ideales ni propósitos definidos. Urge, pues, que sin perder de vista los tiempos que fueron, continuemos vigorosamente la labor—abandonada durante las terribles catástrofes revolucionarias—que comenzaron los grandes patricios a que nos hemos referido.

Una de las obras fundamentales que la República tiene el deber de realizar, para que las libertades conquistadas no sean efímeras, consiste en cumplir el programa educativo recomendado por el ilustre autor de la *Historia de la Esclavitud*. Las instituciones libres no son *un fin*, sino *un medio* para promover el progreso social. El despotismo político contra el cual batalló Saco, ha sido vencido; pero no lo ha sido igualmente el despotismo no menos funesto de la ignorancia. Obra es esta confiada al celo patriótico de las generaciones nuevas.

RAMIRO GUERRA.

Doctor en Pedagogía y Superintendente Provincial de Escuelas de Pinar del Río, el señor Guerra comenzó su carrera en 1900 como maestro público, llegando a ser Director de la Escuela Práctica anexa a la Escuela de Pedagogía de nuestra Universidad. Perteneció a la nueva generación, al grupo de estudiosos que de ella va surgiendo con relieve propio. Ha publicado varios interesantes trabajos sobre diversas materias de educación, y a él se debe en gran parte el nuevo plan de enseñanza primaria que comenzará a regir el mes actual. Le quedamos muy agradecidos por el envío de este excelente estudio, de gran actualidad e importancia, con que hoy avalora las páginas de CUBA CONTEMPORÁNEA.

VARIOS SONETOS DE WILLIAM SHAKESPEARE ^(*)

1.—XXXVII

Como a padre decrepito enajena
de su hijo ver la juvenil bravura,
descubro yo en tu célica hermosura
un consuelo al pesar que mi alma llena.

Humilde, pobre, cojo, la cadena
arrastro que forjó mi suerte dura,
mas de mi triste vida la amargura
olvido al contemplar tu faz serena.

Ni vigor, ni linaje, ni talento,
ni la belleza de que estoy privado,
cuando te veo que me faltan siento;

en tu abundancia créome saciado,
tus destellos me sobran, y con creces
feliz me siento, amor, una y mil veces.

(*) *Nota del traductor.*—Los números romanos son los que lleva cada soneto en las ediciones inglesas. Para acercarme al original, he concluído en pareados siempre, por mucho que ésta no sea, en español, la forma más usada. La fidelidad estricta no cabe en traducciones en verso; pero, al menos, he procurado, cuando no ha sido posible otra cosa, expresar la idea de modo semejante al poeta. La primera de estas composiciones encierra uno de los muchos misterios que contiene la colección toda, compuesta de 154 sonetos, y publicada por primera vez en Londres en 1609, sin la anuencia de Shakespeare. ¿Era cojo el gran dramaturgo? Así lo dice él en ese soneto (XXXVII) y en algún otro; pero la crítica asegura generalmente que la frase tiene un sentido figurado. Con efecto, no sólo se presta a tal interpretación la palabra *lame*, sino consta que Shakespeare fué actor distinguidísimo,—lo cual hu-

2.—LXXI

No llores cuando anuncien mi partida
del mundo vil, campanas funerales,
y más viles gusanos, bacanales
celebren en mi carne corrompida;

no llores, si en mi estrofa adolorida
descubres de mi mano las señales,
aparta tus miradas celestiales
y hasta la mano que escribióla olvida.

Te amo tanto, bien mío, que un momento
de dolor, por mi causa, no quisiera
que turbara tu dulce pensamiento;

antes mi nombre en tu memoria muera;
no llores; piensa que tu amor profundo
burla sólo sería de este mundo.

biera sido difícil, de tener aquel defecto corporal. Como sus obras dramáticas, muchos de sus sonetos no son originales; y las fuentes de los mismos, en bastantes casos, son francesas. El penúltimo de los traducidos aquí (CLIII), es una de las dos imitaciones que escribió (también lo es el CLIV) de un epigrama de Murianus, poeta bizantino del siglo V, epigrama que se encuentra en la *Antología griega*. (V. *Shakespeare's Sonnets, with preface, glossary, etc., by Israel Gollancz*, London, MXXMII, p. XI.)

*

Nota de la Dirección.—Como dos de estos bellos sonetos—el segundo y el tercero—fueron publicados en la Habana por nuestro colega *El Figaro* en su número del 20 de junio último, queremos transcribir la parte pertinente de una de las interesantes cartas de nuestro muy estimado amigo y colaborador el señor José de Armas, fechada en Madrid el mismo día en que aparecían aquí los dos sonetos mencionados por él en el párrafo siguiente, los cuales tienen algunas variantes en la lección que ahora damos (versos sexto y cuarto, respectivamente, del segundo y del tercero):

“Y ahora... le mando para su CUBA CONTEMPORÁNEA esa traducción de diez sonetos de Shakespeare. Dos de ellos los mandé a *El Figaro*, dedicándolos a Susini [su hermano Susini de Armas], para sorprenderlo. Otro, con sorpresa mía, lo tiene *Blanco y Negro* [de Madrid] y ayer me mandó una prueba. No sé aún cómo llegó a su poder. Tal vez Miguel S. Pesquera o Carlos Noreña, los dos únicos amigos que los conocen, me han hecho esa *traicioncilla*. Pero los demás—los otros 7—son absolutamente inéditos.”

3.—XXV

De otros la estrella cortesana brilla
y los colma de títulos y honores;
los grandes no me otorgan sus favores
y me deleito en honra más sencilla;

ellos son cual la esbelta maravilla
que debe al sol su gala entre las flores,
mas ante un gesto hostil de sus señores,
todo su orgullo tórnase en mancilla.

Así el guerrero de indomable espada,
tras triunfos miles una vez vencido,
ve su gloria, en un día, marchitada.

Mas yo, ¿por quién podré ser abatido
y de mi puesto y dicha ser privado?
¡Feliz quien ama y, como yo, es amado!

4.—C

¿Dónde estás, Musa? ¿Acaso no te inspira
ya quien te dió la fama y la nobleza?
¿Manchas en vil asunto tu pureza
dándole luz a quien brillar no aspira?

Retorna, que por ti mi amor suspira;
vence con tus cadencias la pereza,
gana el perdido tiempo, y la belleza
canta que hizo la gloria de tu lira.

Su dulce rostro angélico recorre,
y si el tiempo ha dejado alguna huella
en él, tu inspiración pronto la borre;

como coraza que al cuchillo mella,
así tu verso destruirá la saña
del tiempo y hará inútil su guadaña.

5.—XXIX

Porque aliada a los hombres la fortuna
con tan duro rigor me ha maltratado,
mi voz se queja de mi triste estado
y al sordo cielo a gritos importuna;

reviso mis miserias una a una
y me desprecio al verme tan menguado;
envidio a éste su arte, a aquél su osado
ademán, a uno su rostro, a otro su cuna.

Mas pienso en ti, y mi alma se levanta
como la alondra que al rayar el día
a las puertas del cielo alegre canta;

tu amor me hace feliz, y no daría
mi dicha por ninguna, ni siquiera
al rey si su corona me ofreciera.

6.—CXXI

Si por vil los demás han condenado
lo que justo declara mi conciencia,
preferible es la culpa a la inocencia,
a la ajena opinión, mi juicio honrado.

No ante sus falsos ojos humillado
he de sentirme por la cruel sentencia,
¿Por qué en mi alegre sangre la presencia
ellos sólo han de ver de mi pecado?

Yo soy quien soy; ¿qué importan sus rigores?
Refejadas en mí sus liviandades
son las que ven mis frágiles censores;

jueces no pueden ser de mis maldades;
digan mejor: “todo hombre es un perverso,
y de la infamia esclavo el universo”.

7.—CXXXVIII

Cuando decir verdad mi amor me jura,
 finjo creerla, pero sé que miente,
 si lo ignorara fuera un inocente
 y mi creencia cómica locura.

Ella sabe muy bien que la madura
 edad pasó hace tiempo por mi frente,
 pero me encanta esa mentira ardiente
 con que hacerme feliz sólo procura.

Los dos nos engañamos; mi esperanza
 es que ella crea en la inocencia mía,
 porque en amor es dulce la confianza.

Injusta en ambos la verdad sería,
 y si felices somos con engaños
 ¿por qué de la vejez contar los años?

8.—LXVI

Morir quisiera; mi alma está cansada
 de ver la nulidad siempre triunfante,
 el mérito humillado y vergonzante
 y del honor la pulcritud manchada;

la pura fe sin compasión hollada
 y sobre la virtud sello infamante,
 la virgen inocente, en repugnante
 contrato a la lujuria abandonada;

amordazado el arte; envilecido
 el talento, seguir a la locura,
 al que es leal por necio escarnecido,

y en el poder a la codicia impura...
 Mas ¡ay, si yo muriera, quedaría
 sola en un mundo así la amada mía!

9.—CLIII

Cansado de vagar el dios Cupido
en un bosque, llegó junto a una fuente,
a un lado colocó su antorcha ardiente,
se echó en el césped y quedó dormido.

Viendo una casta ninfa su descuido,
tiró al agua la antorcha refulgente,
pero en el acto, un manantial hirviente
brotó donde la antorcha había caído.

Dicen que el agua aquel cura mil males;
yo sólo sé que el dios renovó el fuego
de su antorcha en tus ojos celestiales,

y que el agua salud no me dió luego;
yo, como el dios, la luz casi apagada
de mi vida, renuevo en tu mirada.

10.—CLIII

Si es bello del verano un claro día,
son más dulces y bellas tus facciones;
en mayo ¿no se agostan los botones
de la flor, y no es breve la alegría?

Todo cambia; hasta el sol que abrasaría
al mundo, está sujeto a variaciones;
su luz muda al mudar las estaciones,
y de su disco de oro la poesía.

Mas tu verano eterno, siderales
mudanzas no trastornan y tu suerte
ligada está a mis versos inmortales;

libre del tiempo, libre de la muerte,
mientras existan hombres, tu memoria
con ellos vivirá junto a mi gloria.

JUSTO DE LARA.

(JOSÉ DE ARMAS Y CÁRDENAS.)

RAFAEL MARÍA DE MENDIVE

(CONFERENCIA LEÍDA EL 2 DE MAYO DE 1915, EN LA SOCIEDAD DE CONFERENCIAS, POR EL DR. SALVADOR SALAZAR.)

Señor Presidente; señor Presidente de la Sociedad de Conferencias; señoras y señores:



UNA emoción indescriptible se apodera de mí al ocupar sin mérito alguno la tribuna de este Ateneo; y nunca lo habría hecho, si el insistente y cariñoso empuje de un fraternal amigo, José Manuel Carbonell, no hubiera solicitado que yo adelantara el turno que para la serie venidera me había señalado el Dr. Evelio Rodríguez Lendián; este mismo ha coreado su voz, yo no he sabido resistir, y vosotros quedáis defraudados porque vais a escuchar, en lugar de a un gran poeta, al más humilde de sus admiradores.

I

Son pocas las muchachas que en Cuba no conocen la traducción encantadora de esta preciosa rima byroniana:

Te vi llorar!... tu lágrima, bien mío,
en tu pupila azul brillaba inquieta,
como la blanca gota de rocío
en el cáliz gentil de la violeta!

Puede negarse con razón, después de leer una versión como esta, la satírica paronomasia de los italianos. Quien traduce así no es ciertamente un *traditore*, sino, como dijo Villergas, “un poeta que interpreta a otro”.

Si la obra es tan conocida, no lo es tanto el artífice. No diré yo que en “la solitaria región donde el arte vive”, según la frase de Panzzachi, se desconce al autor de esta imitación inimitable; pero de lo que sí me lamento es de que las tres sílabas de su nombre ilustre no estén, si no en el corazón, en la mente de todos los cubanos. La multitud que endiosa tantas falsas celebridades, apenas si consagra un recuerdo al dulcísimo cantor de *La gota de rocío*; y mientras triunfan, en alas de una popularidad inmerecida, vulgares versificadores, las aguas de un injusto Leteo van cubriendo, como las yedras la tumba de los héroes anónimos, el nombre de este excelso poeta.

Acaso esta injusticia tenga por causa el desconocimiento, en toda su amplitud, de la obra de Mendive: no puede explicarse de otro modo este injustificable desdén de un pueblo hacia el que es, por su idiosincrasia y sus fuentes estéticas, uno de los poetas más en armonía con el genio de nuestro pueblo.

Tanto como sus versos, su vida exterior al arte, con ser relativamente próxima, la ignora el vulgo en todos sus detalles (1); y si fuera a juzgar ésta por aquéllos, llevaríase, sin duda, tamaño engaño; ya que, a despecho de su suave ternura y su plácida melancolía, su vida fué un poema, rico de episodios, en que las penas y los quebrantos jugaron el principal papel.

La vivisección es una operación dolorosísima con que los sabios tratan de buscar, en las entrañas vivas de la víctima, las fuentes de la vida: tiembla la mano y el corazón se aprieta ante este sacrificio de sentimientos tiernos que impone al sabio la conquista de la ciencia. Ese temblor, esa opresión del alma, me embarga ahora, cuando quiero poner en la pobre mesa de mis disecciones literarias la historia y los versos, que son como entrañas espirituales, de este supremo artífice de la rima.

Nació Mendive en esta ciudad de la Habana el 24 de octubre de 1821. Sus padres gozaron de vida holgada y los primeros años de su infancia corren en la abundancia y el descuido: así el alma se conforma, en la paz de un hogar dichoso y bien provisto, a un molde de sosiego. La vida, como en los cuentos de Perrault, es el bosque encantado de la bella durmiente, y en cada vereda las buenas y blancas hadas velan por nuestro bien. Puede aventurarse *Capercita roja* por la selva sombría en busca de flores

de rosados matices, con el cielo por techo y la inocencia por guía. El arroyuelo, blando y dulce, copia en sus serenas aguas la tersura de la fuente tranquila, la paz de los ojos libres de sombra, el oro de las guedejas rubias, mientras el alma divaga, irreflexiva y venturosa, por el campo de la ilusión.

Él mismo nos lo narra:

... ..

Niño también me deslicé inocente,
con paso indiferente,
sin soñar en amores,
tras el vivo matiz de hermosas flores
y el límpido cristal de mansa fuente.

Entonces, ¡ay!, ¡con cuán billante arreo
agitaba mis alas
en loco devaneo,
cercado siempre de celestes galas
por los eternos campos del deseo!...

... ..

Yo soy aquel infante candoroso
de las guedejas blondas
y mirar cariñoso,
que tantas veces se agitó en tus ondas
como entre flores el sunsún hermoso (2).

Pero el sueño se interrumpe. En cada vereda, en vez de las buenas hadas, velan las hechiceras maléficas. En mitad del camino aparece, de pronto, el lobo de la miseria. Cuando Mendive llega a edad de comprender, sabe que el pasado esplendor se ha ido, que la vida no es un cuento de hadas, sino un campo de lucha y de dolor. De ese primer desastre de sus sueños, nace, a mi ver, este sentido íntimo, serenamente triste, de Mendive. Por eso la primera fuente estética de este divino artista será la melancolía.

Un hermano le inicia en las primeras letras (3). Luego cursa, en el Real Seminario de San Carlos, los estudios corrientes de la época. Lee a los clásicos latinos, si no a los cinco años, como el *Fénix de los ingenios*, por lo menos a los trece; el presbítero Francisco Ruiz le guía por el intrincado laberinto de la Metafísica, y demuestra, desde luego, su afición al Derecho.

En 5 de diciembre de 1838, el Rector de la Real Universidad

de la Habana recibió una instancia en que solicitaba ingresar, para hacer los estudios de la carrera ya mencionada antes, don Rafael de Mendive. Todo resulta interesante en la biografía de un hombre ilustre. Por eso hago notar, como dato curioso, el hecho de que en esa solicitud Mendive usaba su apellido con la ortografía que consigno antes: esto es, con *b* labial.

En este primer escrito del poeta, relacionado con su carrera, y en los documentos que le acompañan, pueden encontrarse muchos datos de interés. Por ellos sabemos, antes que nada, una cosa que a muchos sorprenderá sin duda: Don Rafael María de Mendive, como le llama la posteridad, como él se llama a sí mismo en 1864, no recibió ese nombre en la pila bautismal; sino que a los once días de nacido, y en el sagrario de la Catedral, tomó la purificadoras aguas con el nombre de Rafael Bautista Segismundo (4). El "María" no aparece por ninguna parte, y, a lo que presumo, él mismo se lo puso muchos después, con objeto, quizás, de firmarse de un modo más lleno y más sonoro. Es acaso el único signo de afectación del más sencillo de los hombres. Da fe de este detalle la partida de bautismo que acompaña a su solicitud, así como de que era hijo legítimo de don Mariano de Mendive, natural de Bilbao, y de doña María de los Dolores Dau-my, hija de la Habana, que casaron en 1815.

Un curioso documento que acompaña también a su solicitud, es el informativo de limpieza de sangre, buena vida y sanas costumbres. Estamos aún en los tiempos en que era necesario ese expediente llamado de tan singular manera, y en el cual tres vecinos, de profesión conocida... o no, daban fe de esos tres extremos de la información (5). Ganó los cuatro cursos del Bachillerato, y en mayo de 1842 obtuvo el título a claustro pleno.

Después, en la ampliación, a partir de 1843, empiezan las irregularidades en los estudios. En ese año, el quinto de la carrera, no pudo examinarse en los ordinarios de junio y en los de septiembre tuvo que pedir prórroga por enfermedad. En 1844, terminado el sexto curso, pide que se le admita a los ejercicios de grado, que no hace no sabemos por qué. Calcagno habla de un viaje a Europa por este tiempo, además del que dió en 1848. Vidal Morales y Morales, su más documentado biógrafo, no cita este dato (6).

Veinte años después, en junio de 1864, vuelve a pedir los ejercicios de grado; pero tampoco los realiza, y hasta tres años más tarde, en 18 de enero de 1867, no se decide a la prueba definitiva, en la que obtuvo la honrosa calificación de sobresaliente (7). El 10 de febrero de ese mismo año, según los interesantes datos que debo a la exquisita amabilidad de los doctores Berriel y Gómez de la Maza, fué solemnemente investido por el Decano de Derecho, don Diego José de la Torre, sirviéndole de padrino el doctor José Antonio Galarraga.

En el 48 emprendió su gran viaje. Se dirigió primero a Nueva York, y allí tuvo ocasión de tratar a nuestro gran filósofo el Padre Varela. De allí siguió a París, donde trabó amistad con aquel generoso Mecenas, don Domingo del Monte, verdadero protector de las letras cubanas, y donde también tuvo el honor de colaborar en un periódico que allí se editaba, redactado en castellano: *El Correo de Ultramar*. De París partió para España. Allí, en Madrid y en casa de Del Monte, intimó con Cañete, Guerra y Orbe y otros distinguidos literatos, entre ellos el director de un periódico, *El Clamor Público*, cuyas columnas también brindaron cariñosa acogida al poeta americano. Se le hizo entonces la justicia de incluir algunas de sus poesías en la antología titulada *Poetas españoles y americanos del Siglo XIX*, que publicó en el año 51 don Andrés Avelino de Orihuela.

Por una prosa suya, inserta en el primer número de la *Revista de la Habana*, sabemos que en 12 de febrero de 1851 se embarcó para Italia, viaje que, como él dice, había sido su constante anhelo (8).

En agosto del 52 estaba ya de retorno entre nosotros, lo que se puede ver en la nota de bienvenida que publicó José Quintín Suzarte (9).

Antes y después de su excursión por el viejo mundo, demostró sus entusiasmos por los empeños editoriales. En 1846 fundó con uno de sus amigos más queridos, José Gonzalo Roldán, una revista que se llamó *Las Flores del Siglo*. Al año siguiente, 1847, editó sus *Pasionarias* (10), pequeño volumen que prologó don Ramón de Armas y Carmona, catedrático de Economía en la Real Universidad Literaria. En Cuba no es raro que un economista prologue un libro de versos. Un año después funda otro periódico

dico, el cual denominó *El Artista*, y que dirigió primero con Suzarte y luego lo hizo órgano oficial del Liceo de la Habana, de cuya sección de Literatura había sido electo Secretario en 1846, y en cuyos certámenes y juegos florales fué juez, entre otros, del que discernió el premio a Joaquín Lorenzo Luaces por su magnífica *Oda al Trabajo*. De regreso en Cuba, funda en 1853 la *Revista de la Habana*, una de las mejores que hemos tenido y en la que vertió los riquísimos tesoros de su espíritu.

Por cierto que con referencia al tiempo que vivió dicha revista, he encontrado un error de fecha de los que por desgracia mendenan en el *Diccionario Biográfico Cubano* de Calcagno. No es verdad, como en él se dice, que la revista sólo se mantuvo hasta septiembre del 56. Yo he tenido en las manos números de marzo del 57, es decir, de seis meses después (11).

En el mismo año 53, publica con Zambrana, Roldán y López de Briñas, *Cuatro Laúdes*, colección de versos que fué muy bien acogida por la crítica (12). Demcstraba, a la vuelta de lejanas tierras, un afán extraordinario de ser útil a la cultura de Cuba; y como si tuviera ansia de vaciar en el regazo de la madre querida todas las conquistas que su claro talento había obtenido en sus viajes por los centros de la civilización, se orientó en múltiples actividades.

La imagen de este noble primogénito, que animado de un amor invencible y supremo viene a ofrecer a la madre patria el regalo de sus altos dones, trae por asociación a mi mente el recuerdo amado y doloroso de otro hijo dilecto, arrebatado a las caricias de la gloria, al amor de los suyos, al respeto, admiración y cariño de todos sus conciudadanos, al alto puesto que sus relevantes méritos le tenían asegurado. También llegó del extranjero suelo con el ansia de exteriorizar, por medio de la acción inteligente y útil, los ricos filones de su envidiable talento.

Pero la muerte, la implacable, fué más fuerte que todos los amores; de aquella esperanza, la más risueña de la patria tan falta de nobles hijos que la salven, no queda más que una tumba sagrada, unos pobres despojos y una memoria que nos ha de congregar a todos, cada año, para ofrendar al gran caído el tributo, lleno de unción, de nuestras lágrimas.

En 1860 publicó la casa Rivadeneyra la primera colección completa de los versos de Mendive, con un prólogo de don Manuel Cañete (13).

En el 63 aparece en Nueva York su traducción de las *Melodías Irlandesas*, de Tomás Moore (14); en el 57 le vemos dirigiendo *El Correo de la Tarde*; en el 78 redacta el *Diario Liberal*, de Matanzas, y, en fin, da en 1883 a la luz su última edición, impelido por la instancia cariñosa de amigos y admiradores. Esta es la que tuvo a la vista Menéndez y Pelayo al hacer su *Antología de poetas hispano-americanos*; y no acertamos a explicarnos cómo el paciente y erudito bibliófilo asegura que faltan en esta edición las traducciones de Moore, siendo así que son una de sus partes principales (15).

Se ha dicho que Mendive sólo manifestó sus aficiones literarias en el sentido de la lírica. A juzgar por lo que de él se conoce corrientemente, esa afirmación parece cierta; también lo es la de que hizo a menudo bastante afortunadas incursiones por el campo de la dramática, según puede inferirse de respetables contemporáneos. Ahora bien; ni de su arreglo de *El Corsario*, de Byron, con el título de *Gulnara*, que con música de Arditi se puso en el teatro de Tacón; ni de su drama *Los pobres de espíritu*, que, a juzgar por el título, debió ser de índole psicológica, del teatro que hoy se llama de tesis, como si todo no lo fuera; ni de su comedia en verso y en tres actos, *Las inmaculadas*; ni de *La nube negra*, de que dió algo Piñeyro en su *Revista del Pueblo*; ni de *Un drama en el mar*; ni del poema dramático *Por la Patria*, he podido obtener hasta el día más que referencias y meras indicaciones (16). Se ve por lo citado que su producción escénica es bastante copiosa; pero sea que su limpidez de talento le advirtiera que su genio poético no estaba por este camino, sea que lo embargara la misma timidez que en los primeros tiempos le hizo buscar los periódicos de provincias para refugio de sus versos (17), lo cierto es que no perseveró en el género, y su gloria, en verdad, es sola y exclusivamente la de un gran poeta lírico.

El suceso menos conocido de su accidentada vida es su prisión, su proceso y su confinamiento en la Metrópoli. Imposible parece que un hombre de mansedumbre tan extraordinaria, de

espíritu tan pacífico, tan sensible al dolor ajeno, tan próximo a la ternura, se viera complicado en los sucesos de la época.

Hacia cinco años, desde 1864, que era director, por oposición ante un jurado de diez y nueve personas distinguidas, de la Escuela Superior Municipal de Varones. Este cargo le valió mil diatribas de sus enemigos y hubo alguien que sustentó la absurda tesis de que, por ser un poeta, carecía de las condiciones necesarias para ser un buen maestro. En su defensa salió, en *El Siglo*, el Conde de Pozos Dulces (18); y de tal modo hizo honor a las manifestaciones del eminentísimo cubano, que la Junta Superior de Instrucción Pública le discernió diploma y medalla de honor del profesorado. Los sucesos del 68 le sorprendieron en la tarea silenciosa, pero fecunda, de templar para la vida las almas infantiles de sus jóvenes alumnos (19) y celebrando en su escuela aquellas inolvidables veladas literarias que colocaron a Mendive, al decir de Suárez y Romero, en lugar inmediato a don Domingo del Monte, por su contribución valiosísima a la cultura patria. El gesto de franco abolicionismo, primero, y luego el grito revolucionario de Carlos Manuel de Céspedes en La Demajagua, habían sumido a España en un terror de desastres. Como siempre que se ve contrariada, la tiranía multiplicó sus métodos sangrientos; y desde entonces vino a ser el lema de la política colonial ibérica, en su último refugio americano, el que fué, en 1880, brutal apotegma de Cánovas: "El problema de Cuba es cuestión de hombres y de dinero" (20). La revolución estaba latiente en el espacio, y los tiempos de Mario y Sila se reproducían en la Perla de las Antillas. Los voluntarios, queriendo hacer un símil, desplumaban a las bijiritas, y los cubanos enterraban solemne y ostentosamente los gorriones...

En la Habana, la atmósfera cargada reventó en enero del 69, por los sucesos del teatro de Villanueva. No por conocido deja de tener interés el relato repetido de este episodio expresivo y valiente de nuestra revolución libertadora. La noche del 21 de enero se celebraba una función por los caricatos cubanos, los fondos de la cual, según decía el programa, eran para unos insolventes, pero que, para los españoles, estaban destinados a la revolución. Los ánimos predispuestos estallaron violentamente, so pretexto de que un actor recitaba con cierta intención un ver-

so que aludía a Cuba. El dueño del teatro (21) fué multado, los cómicos reprendidos severamente y una gran parte de los espectadores encarcelados. Al día siguiente *La Gaceta de la Habana* publicó la célebre proclama del General Dulce prometiendo toda clase de castigos. Pues bien; los hijos de esta indómita tierra llenaron esa misma noche el teatro de Villanueva: las mujeres llevaban el pelo suelto y túnicas blancas y azules salpicadas de estrellas. En la representación del juguete cómico *Perro huevero...*, cuando el cómico dice:

¡Viva la tierra que produce la caña!,

dieron gritos todos de “¡Viva la independencia!, ¡Viva Carlos Manuel!” etc., en contestación al provocante de un voluntario que osó contestar al verso de la obra, con un “¡Muera!” insultante. Sonaron tiros, empezó la refriega, y aquellos salvajes dispararon sin piedad contra toda mujer, incluso las de las casas vecinas, que llevara el cabello suelto.

A causa de estos sucesos, fueron encarcelados multitud de cubanos, con razón y sin ella. El despotismo no selecciona. Del último número fué Rafael María de Mendive, preso por el gobierno colonial, junto con Rafael Lanza, director de un periódico, *La Convención Republicana*, del que sólo se publicó, al decir de Calcagno, un número.

A una obscura mazmorra del Castillo del Príncipe lo lanzó el zarpazo de la tiranía. Allí, solitario y acongojado, no recibió más visitas que un rayo pálido de luna, al que dedicó quejumbroso y bellissimo soneto (22). Cuatro meses duró este encierro. Una carta suya a Anselmo Suárez y Romero, fechada en 25 de abril del 69, expresa, mejor de lo que pudiéramos hacerlo nosotros, cómo le abatió este injusto castigo:

Mucho he sufrido, dice, en estos últimos días; mi cabeza está cubierta de canas, y puedo decirle que he envejecido lo menos veinte años.

En mayo del 69, el Consejo de Guerra nombrado para juzgar a los tan injustamente calificados de revoltosos, le condenó a cuatro años de confinamiento en la Metrópoli, donde, por fortuna, en lugar de encontrar una cárcel hostil, halló el dulce fraternismo que reina en la república de las letras, tanto más efusivo cuanto que sus relevantes dotes de carácter le habían con-

quistado, en su viaje anterior, el afecto de los literatos españoles. De Madrid pasó a Nueva York, desde donde remitió a *Nuevo Mundo* su traducción de la Leyenda *El Valle de los Suspiros*, de Longfellow.

La simpatía entre el poeta cubano y el bardo de Norteamérica, que nacía tal vez de sus afines temperamentos, se manifestó varias veces. Longfellow tradujo su *Sonrisa de la Virgen*; y en 30 de noviembre de 1847 le envió, con su firma autógrafa, la colección de sus versos, circunstancia tanto más significativa cuanto que, como hizo ver nuestro insigne Cirilo Villaverde, los poetas no se conocían. En estas traducciones demostró Mendive no sólo su sentido lírico inimitable, sino su perfecto conocimiento de los idiomas extranjeros. Que dominaba el inglés, lo prueban sus versiones del poeta angloamericano y de Tomás Moore. Por cierto que con la traducción de una poesía de este último, ocurrió un hecho significativo. Un poeta portorriqueño, de Ponce, que, al decir de un crítico, versificaba lo mismo en inglés que en español, ignorando que traducía una traducción, revierte al inglés la versión española de la bellísima melodía *Oft in the stilly night*, con lo que cualquier crítico a lo Zoilo, de los que juzgan obras haciendo algo así como inventarios de tonterías; de esos que, por desgracia, tanto abundan en nuestra tierra, hubiera podido insinuar ideas de plagio del poeta borinqueño a Moore. No sólo tradujo Mendive: él, a la recíproca, fué vertido al francés por Luis Moreau y al italiano por Alejandro Mantici (23).

De regreso del destierro (24), dedicó todas sus actividades a salvar las últimas ruinas de su hacienda en desastre, sepultando en lo más íntimo, no el rencor, que un alma como la suya no podía albergar esa carroña, sino el dolor de ver la patria yaciendo en la opresión.

Pero si la tremenda injusticia del déspota no logró arrancarle un solo grito, por lo menos visiblemente, de indignación y de coraje, hizo sin embargo que callara, vencido, la lira del poeta. Muy de tarde en tarde sonó su voz, que, dice un excelente amigo mío, parecía el eco suave y lejano con que debe oírse, en las altas cumbres, al caer de la tarde, los coros angélicos.

Y digo visiblemente, porque, según críticos autorizados, la

poesía *Los dormidos* no estaba escrita, primitivamente, en la forma en que aparece en su última edición, sino que hubo necesidad, para poderla publicar en el tiempo en que la censura hacía el favor, como dice Menéndez y Pelayo, de amordazar a los cubanos (25), de suprimir muchos de sus conceptos. Y más me confirman en esta opinión las últimas estrofas que escribió el poeta, el 30 de mayo de 1885, inéditas, que he tenido el alto honor y la inefable dicha de leer en el propio manuscrito de Mendive, después de afanosa búsqueda. El poeta se las dedica a su amigo Gabriel Millet, residente entonces en España, y se refiere en ellas a esa misma composición *Los dormidos*, que, tal como aparece en la edición de 1883, no contiene más duros conceptos ni frases más significativas que las de esta estrofa :

Esclavos del deleite
soportan con paciencia
el látigo en la espalda
y la cadena al pie;
que tanto alcanza y puede
la infame indiferencia
cuando le arranca al hombre
del corazón la fe.

Indiscutiblemente que aquí se nota desde luego un retoque evidente; y atenuando el concepto, casi dió en la tesis contraria de lo que quiso decir (26). En el manuscrito a que antes me referí, dice así:

Mi querido Gabriel:
en vez de *Los dormidos*
aquellos que azoté con ruda mano
porque fueron esclavos siempre uncidos
al yugo del tirano;
mi corazón te envía,
con esta flor, que darte no quisiera,
el triste adiós y la oración postrera
de mi vejez sombría.

Millet, alto patriota y gran corazón, con pulso tembloroso escribió al pie de estos versos:

Este dulcísimo poeta ha muerto en la Habana, su amada patria, el día 24 de noviembre de 1866.

Esta es su vida, en suma. Taine, el ilustre comentarista de

la literatura inglesa, refiriéndose al poeta inglés Tennyson, dice que éste una sola vez, en sus poemas *Maud* y *Locksley Hill*, perturba con sonos de violenta pasión y arrebatada ira la sinfonía monorritma de su plácida serenidad. Nuestro Mendive, con un solo poema, turba su método estético: el poema de su propia vida, como si fuera fatal destino de los absortos en la contemplación celeste tropezar con los ásperos guijarros de la tierra. Él, como todos los que llevan calor de genio en el corazón, nació y padeció bajo el poder de uno de tantos Poncio Pilatos; fué crucificado, murió y le sepultaron; pero de su tumba resucitará para ir a morar, definitivamente, en el cielo de la inmortalidad.

(Concluirá.)

Doctor en Filosofía y Letras y en Derecho Civil y Público, es el señor Salazar un distinguido representante de la juventud cubana laboriosa y productiva. En revistas, diarios y folletos, ha demostrado su amor al estudio con trabajos de diversa índole; fundó y dirigió *La Novela Cubana*, publicación semanal que significaba un noble esfuerzo y desde hace poco tiempo figura como profesor auxiliar de la Escuela de Letras y Filosofía de nuestra Universidad. Mucho le agradecemos el obsequio de esta brillante conferencia donde hay nuevos datos sobre el poeta Mendive.

NOTAS

(1) Cuando esta conferencia fué leída en el salón de actos del Ateneo de la Habana, tuve el altísimo honor de ser escuchado por la hija del poeta, la Paulina de sus sáficos encantadores. Gracias a su amabilidad y generosos ofrecimientos, puedo enriquecer hoy, con datos interesantes, mi pobre trabajo; y véase, de pasada, cómo la gran devoción intelectual que me llevó a ocuparme en el dulcísimo cantor, tuvo, por lo menos, este lisonjero resultado: desenterrar del olvido y del silencio preciosos testimonios de la historia patria.

(2) Estas estrofas pertenecen a una de sus más bellas composiciones, la titulada *A un arroyo*.

(3) Don Pablo Mendive.

(4) Una coincidencia, en realidad singular, me ha hecho acusar a Mendive injustamente de esta inocente afectación. Y es la de que la partida de bautismo que figura en su expediente universitario, no es sino la de un hermano gemelo, que fué bautizado pocas horas antes que él con los nombres ya dichos de Rafael Bautista Segismundo. Parece que, al solicitar el poeta la certificación aludida, el archivero de la Catedral lo confundió con su hermano mayor y él no se fijó en el error o no le concedió importancia.

(5) Como nota curiosa consigno los nombres y profesiones de los que fueron testigos de esta información. Helos aquí:

Bartolomé Capó, ejercitado en la pluma.

Br. José Quiñones, Practicante de Derecho.

D. Fermín Hernández, ejercitado en la pluma.

(6) Fué cierto este viaje del 48, según he podido informarme con los deudos del poeta. Se dirigió a España, para asuntos urgentes de familia.

(7) Como nota también curiosa, consigno el título de su tesis doctoral. Véase qué difícil cuestión tuvo que resolver el graduando:

La sociedad legal de los cónyuges con toda la amplitud que la ley recopilada sabiamente le concede, ¿ocupará con sobrada razón hasta el día una de las páginas más brillantes de nuestro derecho patrio?

(8) Así se expresa el poeta:

"El deseo de visitar la Italia y de poder fijar nuestros ojos, una vez, en el mismo cielo bajo cuyo soberano influjo nacieron tantos y tan celebrados poetas, sabios, músicos y pintores, fué siempre nuestro más bello sueño de oro y la esperanza más hermosa de nuestra vida."

(9) Fué entonces cuando dijo el distinguido literato:

"Las tendencias de las poesías que ahora compone [Mendive], indican claramente que el tiempo ha madurado su clara inteligencia y su espíritu se ha desarrollado e ilustrado con el estudio y los viajes."

(10) *Pasionarias*, por Rafael María de Mendive. Habana, 1847, Tipografía de Don Vicente de Torres, calle de la Reina n. 35. Prólogo de R. de Armas. El ejemplar que tengo a la vista termina en la pág. 176; pero, al parecer, faltan hojas.

(11) El error de Calcagno nació de que en la fecha por él indicada, septiembre del año 1856, cesó *La Revista de la Habana* de publicarse en la forma en que venía haciéndolo, para adoptar, en vez de su habitual tamaño grande, el de un volumen encuadernable en forma de libro, semejante a CUBA CONTEMPORÁNEA.

(12) Véase la de Andrés Stanislas en el *Diario de la Marina*.

(13) Dice Cañete en ese Prólogo:

"Las mejores composiciones poéticas de Mendive más son hijas del sentimiento que de la imaginativa. Tal es la causa primordial del mérito que las avalora.

.....

"Su alma se dilata en el seno de la Naturaleza, contemplando la inmensidad de los cielos, el brillo de los astros, la obscura pompa de las selvas, la plata de los arroyos. Entonces se aduerme en brazos de una *soñadora idealidad* (como dice Byron) y canta con la espontaneidad y sencillez con que canta el ruiseñor en los bosques."

(14) *Melodías irlandesas*, de Tomás Moore, traducidas por Rafael M. de Mendive (segunda edición). Nueva York, Imprenta i Papelería de N. Ponce de Leon, 40 i 42 Broadway, 1875. 56 páginas. Con una dedicatoria a don Pablo Desvernine, el eminente músico cubano. El poeta, modestamente, se expresa de este modo en el último párrafo de esta dedicatoria: "O en esta colección de melodías de Moore se encuentran reunidas todas las bellezas que puede sentir y expresar el alma de un poeta, o, por el contrario, están despojadas y carecen de todas esas cualidades. En el primer caso, por razón y derecho, pertenecen al célebre bardo irlandés; en el segundo, son originales y las acepta como suyas, RAFAEL M. DE MENDIVE."

(15) *Antología de Poetas Hispano Americanos*. Publicada por la Real Academia Española. Tomo II.—Cuba.—Santo Domingo.—Puerto Rico.—Venezuela.—Página LII de la Introducción, por Marcelino Menéndez y Pelayo. Madrid, 1893.

(16) Gracias a la amabilidad de la señorita Mendive, he tenido en mis manos

el libreto de *Gulnara*. He aquí su descripción bibliográfica: *Gulnara*. Juguete lírico en un acto. Habana, 1848, Imprenta de Torres, calle de la Reina N. 35. Poesía del Sr. Mendive. Música del Sr. Arditi. 16 páginas.—Es el mismo argumento de *El Corsario*, de Byron. Figuran tres personajes: *Gulnara*, favorita de *Seide*, tirano enemigo de *Conrado*, el corsario. Además, coros de odaliscas, corsarios y piratas. *Seide* aprisiona a *Conrado*; pero *Gulnara*, prendada de él, le salva conduciéndole a la playa, donde se le incorporan sus secuaces, tratando de prender todos a *Seide*, que llega entonces solo y que se da muerte al verse perdido. Tal es, en síntesis, este poema lírico en que Mendive no pudo sustraerse a la manía romántica.

También he tenido a mi vista el manuscrito de *La Nube Negra*, drama en cuatro actos y en verso, escrito en la Habana, en 1863. Sólo llega a la primera escena del acto cuarto; y es lástima, en verdad, que el poeta no hubiera podido concluirlo. La tesis del drama es que los extravíos, las pasiones incontinentes, el desenfreno de ciertos jóvenes disolutos, los conducen, inevitablemente, a abismos de miseria y deshonor. Es, pues, un drama docente. El carácter del protagonista (*Arturo*), como el de *Margarita* (su amante) y la *Condesa* (su madre) están bien delineados; pero el de *Mendoza*, el truhán elegante que se aprovecha de los vicios del amigo y los explota, y el del *Coronel*, modelo de rectitud y honradez, están admirablemente trazados. *Aurora*, la pobre joven que en el momento de desposarse con *Arturo*, es sacrificada por la antigua amante de éste, *Margarita*, quien consigue arrastrarlo lejos de la futura felicidad para vengarse de que él, antes, le arrebatara su honor, pasa por el drama como una imagen de la melancolía, llena de suave encanto y de una poesía indefinible.

(17) Entre ellos *El Correo de Trinidad*, a cuyas columnas fué a buscarlo muchas veces la admiración de *Bachiller* y *Morales*, para revelarlo en su sección *Correo de la Isla*, de *El Faro Industrial*.

(18) Véase una parte de la defensa de *Pozos Dulces*:

"El poeta, tal cual lo ha formado la civilización moderna, sólo se distingue de sus prototipos de la antigüedad, en el ensanche de su inteligencia, que le permite llevar a más dilatadas y más nobles esferas las armonías de su alma. No le son hoy extraños ninguno de los grandes problemas del mundo intelectual y moral, y si no, que se nos diga si *Víctor Hugo* y *Lamartine*, por ejemplo, no deben sus mayores triunfos a ese mayor conocimiento que han adquirido de todas las aspiraciones humanas en el siglo en que vivimos. Si tales hombres no son aptos, como lo han pretendido vulgares pensadores, para todas las carreras en que la inteligencia y el corazón deben armonizarse a fin de producir los más grandiosos resultados, no sabemos entonces con qué objeto puso Dios en el alma de algunos pocos escogidos, esa doble fuerza que en ellos se agita y desborda al exterior en sublimes y sonoros acordes."

(19) Uno de ellos, acaso el preferido, fué *José Martí*. Mucha influencia hubieron de tener en la mente del futuro Apóstol las ideas de Mendive, a quien amaba con todo el fuego de su espíritu apasionado, por el que sentía una devoción filial, más fuerte en él que los lazos de la sangre. Cuando, por los sucesos de *Villanueva*, Mendive fué encarcelado, dos jóvenes, en el umbral de la adolescencia, acompañaban diariamente a la esposa de aquél, *Micaela Nin*, en sus peregrinaciones al *Castillo del Príncipe*: estos dos jóvenes eran *José Martí* y su hermano en espíritu, *Fermín Valdés Domínguez*. Ya en el destierro Mendive, véase, en este final de carta que copio del manuscrito que conserva la viuda del poeta, cómo se expresaba el que hoy veneramos todos los cubanos:

"Trabajo ahora de seis de la mañana a ocho de la noche y gano 4 onzas y media, que entrego a mi padre. Éste me hace sufrir cada día más y me ha llegado a lastimar tanto que confieso a V., con toda la franqueza ruda que V. me conoce, que sólo la esperanza de volver a verle me ha impedido matarme.

.....

"Hasta mañana se despide de V. su discípulo e hijo que le pide su bendición

José Martí."

(20) "La cuestión en la Isla es ante todo de recursos y de armas, no hay que equivocarse; toda otra cosa sería un acto de candor indigno de nuestra previsión de hombres políticos."—Discurso en el Congreso de Diputados. 7 de febrero de 1880.

(21) Que era doña Francisca Colbald de Nin, madre de la esposa del señor Mendive. Esta fué la única participación del poeta en los sucesos de Villanueva. Sin embargo, se le atribuyó toda la responsabilidad de ellos; y no contentos con saquear, en una simulación de registro domiciliario, la casa de la dueña, llevándole hasta el producto de la última función, invadieron la casa del propio poeta, en la calle del Prado, donde convalecía su esposa de un reciente alumbramiento. Por haber encontrado, en el *secretar* de ésta, una escarapela que como recuerdo histórico le había regalado Francisco Orgaz, llenaron la casa de voluntarios y hasta se atrevieron a disparar, poniendo en peligro su vida, un día que la convaleciente pasaba de una a otra habitación. Bien pudo decir un periódico de España, cuando llegó a ella el mísero desterrado: "Sea bien venido el hijo de las Musas y halle así en la Prensa como entre nuestros literatos y nuestros prohombres la cariñosa acogida a que le dan derecho sus virtudes, su talento y sus desgracias."

(22) Helo aquí:

"A LA LUZ DE LA LUNA

De mi reja al través, te veo serena
cual lámpara de plata suspendida
en el santuario inmenso de la vida,
pálida luna de misterios llena.

Al verte tan hermosa, de mi pena
siento cerrarse la profunda herida,
y al viento doy con voz entristecida
un himno a Dios, al son de mi cadena.

No le nieguas tu luz arrobadora
al cubano adalid en la pelea
ni al triste, que cual yo, cautivo llora;

y ciego humilde tu esplendor no vea
el que adore la ergástula opresora
o vil esclavo de su infamia sea!

Castillo del Príncipe, 1869."

(23) Moreau tradujo su bellísima composición *A un arroyo*, de la que con razón pudo decir Martínez Villergas: "es la composición en que has hecho más magnífica ostentación de tus facultades". Don Marcelino M. Pelayo también la elogia en su *Horacio en España*.

(24) Allá, en el destierro, vió partir a su hijo para los campos de Cuba. Era éste uno de los expedicionarios que debían embarcar en el *Virginíus*, y hubiera, sin duda, tenido el mismo heroico fin que sus desgraciados compañeros, si en Jamaica no lo hubiera detenido, anunciándole la gravedad del poeta, que estuvo a las puertas de la muerte, uno de sus más devotos discípulos, Fermín Valdés Domínguez, al que llamaba Mendive "el mejor de sus hijos espirituales". Sin embargo, este retorno del joven expedicionario fué una sorpresa para el padre que lo había despedido con la muerte en el corazón, pero con este grito de aliento en los labios:

"HAS HECHO BIEN, HIJO MÍO.

I

*Has hecho bien, hijo mío,
has hecho muy bien en ir
a donde el honor te llama
por la patria a combatir.*

No cejes un solo paso
en la senda del deber,
que contigo va mi nombra
y mi esperanza también.

Para jóvenes valientes,
valientes de corazón,
para esos... hijo mío,
no se hizo Nueva York.

Su puesto no está en el Parque,
ni en Vigó ni en Solarí;
sino en los campos de Cuba
manejando un buen fusil.

¡Quiera Dios que el tuyo sea
el primero en saludar
con certera, ardiente bala,
la bandera nacional.

Y al grito de "Cuba Libre!"
el primero seas también
que arranques a la victoria
su inmarcesible laurel!

Has hecho bien, hijo mío; etc.

II

Para aquellos que del lujo
y del oro, esclavos son,
sibaritas indolentes
y adoradores del Yo:

que viven de temporada
en Nueva York y en Madrid
y en Suiza, como en Italia,
y en Londres, como en París;

muy buenos hoteles pagan
y hermosas casas también,
y arrastran crujientes sedas
por las calles de *Broadway*;

que a Salvini dan dinero,
y dinero a Tamberlik,
que a la Nilsson dan sortijas
de brillantes y rubí,

y a pretexto del destierro,
del embargo... y de otros mil
embustes, no dan a Cuba
un solo maravedí;

para todas esas gentes
es muy bello Nueva York,
su corrupción es sublime
y su escándalo, mejor!

Has hecho bien, etc.

III

Tú has vivido del trabajo,
en forzosa emigración
y la miseria te ha visto
huyendo siempre al favor.

Tú has pasado muchos fríos,
y muchas hambres también,
y has pasado muchas noches
del cielo bajo el dosel,

sin que te dieran abrigo,
sin que te dieran un pan,
ni un lecho donde pudieras,
hijo mío, descansar.

Tú estás fundido en el molde
de los hombres de valor,
y eres digno de la patria
porque tienes corazón.

¡Quiera el cielo que algún día
en Cuba libre te den
blanco pan, abrigo y lecho
y una taza en que beber,

no el acíbar que has bebido
con socrático placer;
sino el jugo de la caña
convertido en dulce miel!

Has hecho bien, etc.

IV

La vida del campamento
es ruda; y causa pavor,
a los soldados bisoños,
entrar en primera acción.

Mas... ¡qué no vence la idea
del honor y del deber
en el alma de un patriota
si la patria está con él?

¡Qué no alcanza un pecho joven
y limpio de sombra vil
cuando se lanza al peligro
para triunfar o morir?...!

Si vences, ¡que la fortuna
no despierte en ti ambición!
Y si mueres... ¡Hijo mío!
¡Que no sea sin honor!

Cualquiera que sea tu suerte
y dondequiera que estés,
recuerda que está contigo
la sombra de mi vejez;
y que si tiembla tu mano
o te falta corazón,
a nadie podré decirle
sin que me mate el dolor:

*Has hecho bien, hijo mío;
has hecho muy bien en ir
a donde el honor te llama:
¡Por la Patria a combatir!*

1873."

(25) Dice don Marcelino Menéndez y Pelayo:

"Y atendiendo sólo al efecto artístico, hay que declarar que la suspicacia vigilante de la censura prestó buen servicio al numen de estos poetas, forzándoles a buscar para su detestable propaganda medios y recursos ingeniosos, trasladando o traduciendo su pensamiento a otro molde estético, con lo cual logró, a veces, realización más serena y más lírica el mismo espíritu que, desbordado luego y libre de toda traba, no ha sabido engendrar otra cosa que vulgares explosiones de furia y encono." (Pág. XLVIII de la Introducción al Tomo II de la *Antología de poetas hispano-americanos*, ya citada.

(26) Véase tal como la escribió en Nassau, en 1875, y la publicó con el seudónimo de *Armand Flevie*:

"LOS DORMIDOS

I

Silencio! No despierten
aquellos que *dormidos*
los encontró en Sodoma
la cólera de Dios.
Dejad que en blando sueño,
o en liviandad sumidos
sucumban, sin que el mundo
les dé su triste adiós.

II

Esclavos del deleite,
soportan con paciencia
el látigo en la espalda,
y la cadena al pie...
Que tanto alcanza y puede
la infame indiferencia
cuando le arranca a un *pueblo*
del corazón la fe.

III

Son ellos los que—¡ay triste!—
"la tierra más hermosa
que humanos ojos vieron"
bajo la luz del sol;

pudiendo hacerla libre,
 mujer libidinoso
 la hicieron, de sus vicios
 fundida en el crisol.

IV

Son ellos, los que el oro
 sacaron de sus arcas
 para arrojarlo, pródigos,
 con íntimo placer,
 no en Cuba, sino en esas
 del vicio hediondas charcas
 de donde saca el déspota
 su omnímodo poder.

V

Sus frentes salpicadas,
 son ellos, los que vieron
 con sangre de inocentes
 robados al amor
 de aquellas pobres madres
 que inermes ¡ay! sufrieron
 en tan terrible Gólgota
 un siglo de dolor!

VI

Son ellos, los que ciegos
 no han visto del Oriente
 venir el fuego sacro
 brindándoles la luz;
 ni el sobrehumano esfuerzo
 del Camagüey valiente,
 que hoy lleva por escudo
 dos palmas, y una cruz.

VII

Ya asoma en Cinco-Villas
 fatídica la *tea*
 que lleva del incendio
 el rayo vengador;
 y en medio de las llamas
 la Patria se recrea,
 al ver que están dormidos
 los hijos del error.

VIII

Cual sombra de esqueletos
 agítanse en la danza,
 buscando allí, sedientos,
 placeres que gozar...
 sin ver que el fuego viene,
 sin ver que el fuego avanza,
 como encendida tromba
 en torno del hogar!

IX

Así cayó Pentápolis,
así cayó Sodoma,
así cayó Herculano,
Pompeya así cayó;
y así también su cetro
a la soberbia Roma
la cólera del cielo
en trizas mil rompió.

X

¡Qué esperan los que duermen
de liviandad ahitos,
si el rostro ya les quema
la lava del volcán?...
¡Querrán que los despierten
de libertad los gritos;
o bien que se los lleven
los dioses que se van!

XI

Veremos cuando el fuego
penetre en sus moradas
y audaz les arrebate
hasta la luz del sol,
si encuentran un refugio
sus alas depravadas,
en el maldito alcázar
del déspota español.

XII

¡Atrás!—dirá la Patria—
¡Atrás los que sirvieron,
humildes como esclavos,
de eunucos al Sultán;
atrás los sibaritas
que, cónicos, bebieron
el opio que los hizo
sectarios del dios-pan!

XIII

Silencio!... Nadie turbe
con quejas y gemidos
el fúnebre silencio
de muerte precursor;
dejad que en blando sueño
sorprenda a los *dormidos*
de la céleste cólera
el rayo vengador!"

Nunca la indignación patriótica ha arrancado a la lira un grito más vibrante y enérgico que el que, como yo sospechaba, contiene el original, en su prístino estado, de esta magnífica poesía.

EL DESENLACE DE LA OFENSIVA ALEMANA SOBRE PARÍS

I

DEL SAMBRA AL MARNE



N un artículo publicado anteriormente en CUBA CONTEMPORÁNEA (1) hubimos de determinar la situación de los ejércitos alemanes después de la batalla de Charleroi, que les abriera el camino de Francia, y no creemos necesario volver sobre este punto. Vamos, pues, a examinar someramente la de los ejércitos franceses, según las cifras y los datos aproximativos que han llegado hasta nosotros.

A principios de la campaña de 1914, Francia había formado cinco ejércitos, de tres cuerpos aproximadamente cada uno, en la forma siguiente: 1.^{er} ejército, operando en los Vosgos, al mando del general Dubail, y encargado, por consiguiente, de defender la gran línea de fortalezas de Toul a Belfort; ocupando posiciones estratégicas muy favorables, este ejército pudo anotarse señalados éxitos sobre las fuerzas alemanas de Alsacia. El 2.^o ejército, a las órdenes del general De Castelnau, una vez fracasada la ofensiva francesa en Lorena, debía defender la Gran Puerta de Nancy contra la invasión alemana. El 3.^{er} ejército, que pudiéramos llamar de Verdun, había operado bajo la dirección del general Ruffey, con poco éxito, en la región de Woëvre. El 4.^o

(1) *La Ofensiva Alemana y la Resistencia de los Aliados*. CUBA CONTEMPORÁNEA, diciembre 1914, tomo VI, págs. 411-436.

bajo el mando del general De Langle de Cary, operando en el bosque de Ardenas y la región del Mosa, había logrado impedir a los alemanes franquear dicho río. Por último, el 5.º ejército, mandado por Lanrezac, había sufrido un gran descalabro en Charleroi—cuyos detalles aún ignoramos—provocando la retirada, en toda la línea, del Ejército Aliado.

La fuerza total de dichos ejércitos se ha calculado en 650,000 hombres, que debían hacer frente a los 51 cuerpos de ejército que Alemania había arrojado contra Francia. No es extraño, pues, que la ofensiva alemana tomara a fines de agosto el aspecto irresistible y fulminante que asombrara al mundo entero.

En el frente oriental, los ejércitos de la República habían logrado sostenerse bastante bien contra las fuerzas del Príncipe Ruperto y de Von Heeringen. La retirada del 1.º ejército de Alsacia no había sido debida a ningún percance o descalabro, sino a la necesidad de reforzar el ala izquierda, que se encontraba en situación muy comprometida. El 2.º ejército, después del desastre de Saarbourg, había logrado rehacerse y detenía al 6.º alemán frente al Grand Couronné, que domina a Nancy, haciendo posible la batalla del Marne.

La pérdida de Nancy hubiera sido probablemente fatal para el curso ulterior de la campaña, pues Verdun, que constituía el eje sobre el cual giraba la gran retirada de los franceses, no hubiese podido resistir los formidables ataques que le dirigiera el Kronprinz durante la batalla del Marne. Si pudo resistir, fué porque su flanco oriental estaba bien guardado por el 2.º ejército. Así, por demás, lo comprendieron los alemanes; y he aquí el porqué de la tenacidad con que el Kaiser se empeñara en la toma de la villa lorenesa.

La ocupación de Luneville el día 23 de agosto, es decir, cuando comenzaba la batalla de Mons, fué la primera noticia que trascendió al público, de los reveses sufridos por las armas francesas. El Ejército Imperial, en suelo francés, amenazaba seriamente el ala derecha del ejército de Castelnau, ocupando una fuerte posición sobre el río Meurthe.

Los alemanes avanzaban sobre Nancy por dos rutas distintas: al norte, por Pont-a-Mousson y Chateau-Salins, y al este y su-
 deste por Cirey y St. Dié. Una parte del ejército de Metz, que pa-

recía avanzar hacia el oeste, en dirección a Verdun, había operado, de repente, un movimiento de conversión hacia el sur, para apoyar al Ejército Imperial de Lorena, extendiéndose desde las cercanías de St. Mihiel hasta Pont-a-Mousson. De esta manera se procuraba aislar a Nancy de Verdun, encerrándola en un círculo de hierro, a fin de apresurar su caída. El ejército francés, sin embargo, después de su fracaso en la Lorena alemana, se había retirado en buen orden y elegido una excelente posición defensiva desde Mont Toulon al norte, siguiendo las crestas de Mont St. Jean, la Pochette y Amance, bordeando los bosques de Champenoux, de St. Paul y de Crevie, a lo largo de Vitrimont, hasta las orillas del río Mortaigne, hacia el sudoeste de Luneville.

Las rutas que seguían los ejércitos imperiales eran las de más fácil acceso hacia Nancy: desde St. Dié seguían los valles de los ríos Meurthe y Mortaigne; partiendo de Cirey y penetrando por Luneville, franqueaban otro tributario del río Meurthe, el Vezouse; desembocando de Chateau-Salins, utilizaban el ancho camino que atraviesa la frontera, a través de los bosques de Champenoux y St. Paul; y desde Metz, hacia el sur, a través de Pont-a-Mousson, por la región llana comprendida entre las márgenes del Mosa y del Mosela. Su avance, por consiguiente, a través de esas regiones, fué fácil e ininterrumpido, hasta que encontraron los ejércitos de la República atrincherados en el Grand Couronné, especie de altiplanicie de 1,000 metros de altura que forma un semicírculo alrededor de Nancy desde la meseta de Amance hasta los bosques de Vitrimont.

La meseta de Amance, donde Castelnau había concentrado el grueso de su artillería, debía ser, naturalmente, el objetivo del ejército alemán; pero para llegar hasta allí era preciso tomar previamente la aldea de Santa Genoveva (diez millas al noroeste de Amance), donde el general Foche se había atrincherado con el 20.º cuerpo. La empresa de tomar por asalto dicha aldea fué confiada a los ejércitos de Saarbourg, Estrasburgo y Metz, los cuales partieron llenos de entusiasmo, gritando: “¡Santa Genoveva esta noche! ¡Mañana Nancy!” Después de un copioso bombardeo, e imaginando el jefe alemán que las fuerzas de infantería que defendían la aldea habían sido aniquiladas, dió la

orden de ataque la tarde del 24 de agosto. El desengaño de los alemanes no pudo ser más cruel: la artillería francesa, que hasta aquel momento había permanecido silenciosa, pues sus posiciones bien ocultas habían burlado los esfuerzos de los alemanes para descubrir su situación, abrió un fuego devastador sobre la formación cerrada de las fuerzas asaltantes. Cuantas veces fué intentado el asalto, tantas veces fué rechazado con grandes pérdidas para los ejércitos imperiales.

El ataque de Amance por el este fué más sangriento y más amenazador, pero igualmente infructuoso. Los alemanes habían ocupado el 22 de agosto a Rosières, Haraucourt y Dombasle, después de una serie de combates encarnizados en el bosque de Vitrimont, en Courbesseau, Drouville y, sobre todo, en los alrededores de Haraucourt. Más hacia el norte, los violentos encuentros de Erbéviller y en los bosques de Champenoux y de St Paul, habían culminado en un ataque sostenido contra la meseta de Amance. Durante una semana, la meseta fué sometida, día y noche, a un bombardeo incesante. Los días 30 y 31 se produjo una calma, más penosa para los ejércitos de la República que el mismo bombardeo, pues durante ese tiempo una densa neblina envolvió la meseta, y aunque tenían conciencia de que el enemigo estaba muy cerca, no era posible distinguirlo. Esa tregua fué aprovechada por los alemanes para emplazar su artillería de grueso calibre, abriendo un fuego mortífero sobre las posiciones francesas, hasta el punto de que se vieron obligadas a abandonarlas, refugiándose en la ciudad; pero habiendo advertido su presencia en la villa, los alemanes abrieron sus fuegos contra la misma, haciendo la situación insostenible. Los artilleros franceses entonces, con un heroísmo superior a toda ponderación, realizaron una salida riesgosa hasta la meseta de Amance, a través de un verdadero diluvio de metralla, encontrando los cañones intactos, gracias a sus posiciones bien ocultas. Aprovechando el momento en que el bombardeo alemán disminuyó en intensidad, los artilleros franceses abrieron fuego contra las posiciones alemanas y salvaron a Nancy. Cuando el Kaiser en persona dió la orden para el ataque decisivo sobre la meseta de Amance y sobre Nancy, la batalla del Marne parecía inclinarse a favor de las armas francesas y el 2.º ejército, defendiendo he-

roicamente a Nancy, había permitido al Generalísimo desenvolver su plan de campaña sobre la base de la gran línea de defensa de Verdun a Belfort.

La situación de los ejércitos del Este, por consiguiente, si bien crítica en los primeros días de septiembre, no era ni con mucho tan alarmante como la del centro y, sobre todo la del ala izquierda.

El parte oficial del general French, del 7 de septiembre, nos da alguna luz acerca de lo que ocurrió en el norte de Francia desde la batalla de Mons hasta la que algunos entienden mal llamada batalla del Marne. Poco se sabe de lo que pasara en el resto de la línea, pero no sería aventurado afirmar que la retirada del ala izquierda del ejército aliado obligó al Generalísimo Joffre a ceder terreno en todo el frente de batalla. Conociendo el temperamento francés y el ascendiente que los alemanes habían adquirido desde 1870, no podemos menos que admirar la heroica resolución del jefe supremo: con una serenidad inquebrantable mantuvo en constante retirada un ejército de cerca de un millón de hombres, sin que el orden ni la disciplina flaqueasen; abandonó regiones riquísimas de la Patria al enemigo, desoyendo los clamores de la gente asustadiza, y preparó un ejército, que se suponía desmoralizado, para el esfuerzo supremo que el éxito debía coronar. Es posible y verosímil que, como se ha afirmado con frecuencia, el plan de Joffre no se hubiera desarrollado tal y como él lo pensara y que la situación del ejército alemán y del ala derecha dirigida por Von Kluck, en particular, lo llevase a adelantar el movimiento ofensivo que había resuelto iniciar a orillas del Sena, para aprovechar la ocasión que se le presentaba, en los primeros días de septiembre, de atacar el flanco derecho del primer ejército alemán. De todas suertes, fuera a orillas del Sena o del Marne, donde Joffre pensara decidir la suerte de Francia, lo cierto es que a partir de la derrota de Charleroi el ejército aliado se limitó a detener al enemigo y a rechazar sus ataques, hasta lograr reorganizarse definitivamente para emprender de nuevo la ofensiva. Las acciones de Guisa, San Quintin y Perona, no fueron otra cosa que tentativas, algunas veces felices, para retardar el avance del ejército imperial.

A pesar de algunos éxitos obtenidos por las armas francesas

contra el ejército del Kronprinz, la retirada del ejército anglo-francés era general a todo lo largo de la línea de batalla, desde la frontera de Bélgica hasta Suiza. Los seis cuerpos de ejército de Von Kluck, que habían derrotado a los ingleses en Mons, avanzaban sobre Lila y Douai, precedidos de fuertes contingentes de caballería, de que se hallaban abundantemente dotados, pues destinados a jugar el papel de fuerza envolvente, debía ser rápida en sus movimientos. El 2.º ejército alemán, mandado por Von Bülow, compuesto de cinco cuerpos de ejército, empeñaba en Guisa una acción contra el 5.º ejército francés, favorable para éste, que le impidió continuar la persecución tan estrechamente como hasta entonces. El 3.º ejército, compuesto de las tropas sajonas, al mando de Von Hausen, avanzaba desde Dinant, a través de Mezières, hacia Rethel. El 4.º, a las órdenes del Príncipe de Wurtemberg, después de rechazar al ejército francés de Ruffey, penetraba en el bosque de Argona, apoyando al ejército del Kronprinz, que debía atacar a Verdun.

La retirada del ejército inglés volvió a comenzar, dice el Mariscal French en su despacho antes citado, en la mañana temprano del 25 de agosto, a una posición en las cercanías de Le Cateau, dándose orden a la retaguardia para que despejara el camino de Maubeuge-Bavai-Eth, a las 5.30 de la mañana. Dos brigadas de caballería, con la división de caballería del 2.º cuerpo, cubrieron el movimiento de éste. El resto de la división de caballería, con la brigada 19.ª, bajo el mando del general Allenby, cubría el flanco izquierdo.

Aunque a las tropas, agrega el Mariscal French, se les había ordenado ocupar una posición desde Cambrai, a través de Le Cateau, hasta Landrecies, y el terreno había sido parcialmente preparado y atrincherado durante el 25, yo tenía muy graves dudas, debido a los informes que había recibido de las fuerzas que el enemigo acumulaba contra mí, sobre la conveniencia de detenerme allí para empeñar una batalla. Teniendo en cuenta la constante retirada de las fuerzas a mi derecha, mi flanco izquierdo expuesto, la tendencia de los cuerpos enemigos de la derecha a envolverme y, sobre todo, la fatigada condición de las tropas, determiné hacer un gran esfuerzo para continuar la retirada hasta que pudiera poner algún obstáculo substancial, como el Somme o el Oise, entre mis tropas y el enemigo, y procurar a las primeras una oportunidad para descansar y reorganizarse. Se enviaron órdenes, por consiguiente, a los jefes de los cuerpos para continuar la retirada, tan pronto como fuera posible, hacia la línea general

Vermand-St. Quentin-Ribemont. Durante el 25, hasta avanzada la tarde, el primer cuerpo continuó su marcha hacia Landrecies, siguiendo el camino a lo largo del bosque de Mormal y llegó a Landrecies a las diez. Yo tenía la intención de que dicho cuerpo viniera más al norte para llenar el hueco entre Le Cateau y Landrecies, pero los hombres estaban agotados y no podían seguir adelante sin un descanso. El enemigo, sin embargo, no se lo permitió, y cerca de las 9.30 de la noche se recibió un aviso de que la 4.^a brigada de la Guardia era enérgicamente atacada en Landrecies por el 9.^o cuerpo alemán, que desembocaba desde el bosque hacia el norte de dicha población... Al propio tiempo, llegaron noticias de Sir Douglas Haig de que la 1.^a división estaba empeñada en una acción muy reñida al sur y este de Maroilles... Sir Douglas Haig, debido en parte al auxilio de fuerzas de reservas francesas, pero sobre todo a la manera magistral con que salvó sus fuerzas de una situación excepcionalmente difícil, logró reanudar la marcha al rayar el alba, en dirección sur hacia Wassigny en Guisa. Cerca de las 6 de la tarde el 2.^o cuerpo se había colocado en posición, con su derecha en Le Cateau, la izquierda en las cercanías de Caudry y la línea continuaba, con la 4.^a división, hacia Seranvillers... Al amanecer el 26, se hizo evidente que el enemigo trataba de arrojar el grueso de sus fuerzas contra la izquierda de la posición ocupada por el segundo cuerpo de la 4.^a división. En este momento los cañones de cuatro cuerpos de ejército alemanes estaban en posición contra aquéllas, y Sir Horace Smith Dorrien informó que consideraba imposible continuar la retirada al amanecer, como se le había ordenado, frente a un ataque semejante. Le di órdenes de terminar la acción y retirarse en la primera ocasión posible, pues me era imposible enviarle refuerzos, encontrándose el 1.^{er} cuerpo, incapacitado para realizar movimiento alguno... Por fin se hizo aparente que si el aniquilamiento completo podía evitarse, era necesario intentar una retirada; y se dió la orden para empezarla a las 3.30 de la tarde. El movimiento fué protegido con la mayor intrepidez y determinación por la artillería; y la magnífica labor de la caballería, en la retirada ulterior, auxilió materialmente para completar esta difícilísima y muy peligrosa operación. Afortunadamente, el enemigo, a su vez, había sufrido grandes pérdidas que no le permitían empeñarse en una persecución enérgica.

La retirada continuó durante la noche del 26 y los días 27 y 28, día en que las tropas inglesas se detuvieron en la línea Noyon-Chauny-La Fère, donde, con el auxilio de un cuerpo francés, se volvieron contra dos cuerpos del 1.^{er} ejército alemán y los derrotaron, pudiendo desde entonces retirarse en mejor orden.

El ejército de Lanrezac, o sea el 5.^o, perseguido estrechamente por Von Bülow y Von Hausen, después de la batalla de Charle-

roi, había tomado posiciones al sur del río Oise, desde Guisa a Vervins; y al pretender los alemanes forzar el paso de dicho río, fueron violentamente rechazados hacia el norte, sufriendo grandes pérdidas el 10.º cuerpo y la Guardia Prusiana; y poco faltó para que el ejército francés no llegase a separar las fuerzas de Von Bülow de las de Von Hausen. A partir de este momento, Lanrezac pudo retirarse con relativa calma hasta que Von Kluck cayó sobre su flanco en La Fère, hostigándolo nuevamente.

El centro francés, a las órdenes de Langle de Cary, se retiraba por Vouzieres hacia Chalons, bajo la continua presión de las fuerzas del Príncipe de Wurtemberg. En el bosque de Ardenas y a orillas del Mosa, las fuerzas wurtemberguesas fueron rudamente rechazadas el 30 de septiembre, de tal modo, que el 4.º ejército francés fué el menos hostigado durante la retirada hacia el Marne.

El ejército de Ruffey, derrotado en Neufchateau, logró algunos éxitos en la acción librada en Cierges, y pudo, gracias a la resistencia de Longwy, Mezières y Sedán, llegar a Verdun sin grandes obstáculos.

Durante este tiempo, sin embargo, las fuerzas de Von Kluck y los cuerpos 7.º y 9.º a las órdenes de Bülow, continuaban ganando terreno sobre el ala izquierda aliada, constituida por la fuerza expedicionaria inglesa y el 6.º ejército francés, que Joffre había colocado a la izquierda del ejército inglés y cuyo mando había confiado al general De Maunoury. La línea del Somme debía ser abandonada, y en la entrevista celebrada el día 29 entre el Generalísimo y el Mariscal French acordaron continuar la retirada hacia la línea Compiègne-Soissons, a cuyo efecto, el ejército inglés debía evacuar Amiens y, como consecuencia, procurarse una nueva base de aprovisionamiento, que lo fué St. Nazaire, con una base avanzada en Le Mans.

A principios de septiembre, el ejército anglo-francés había abandonado al enemigo la 1.ª y 2.ª líneas de defensa del norte de Francia, pues el peligro constante y cada vez más amenazador sobre el ala izquierda, expuesta a un movimiento envolvente que de realizarse hubiera sellado la suerte de la República, había forzado al 4.º ejército, que ocupaba el centro de la línea y no había sufrido revés alguno de importancia (antes bien, según

hemos visto, parece haber obtenido ciertas ventajas a orillas del Mosa), a conformarse al movimiento general de retroceso a fin de no perder el contacto con el 5.º y mantener resguardado su flanco izquierdo. Después de Lila, Valenncienes, Mezières, Sedán y Montmedy, quedaron evacuados Amiens, La Fère, Laon y Rethel.

El 2 de septiembre el parte oficial francés anunciaba que en el curso de dicha jornada habían tenido lugar varios encuentros de la caballería alemana con las tropas anglo-francesas en la región de Compiègne, Soissons y Creil. En un mes, los alemanes habían avanzado 160 millas y tocaban a las puertas de París, cuyo sitio parecía tan inminente como inevitable. Por más que las revistas y periódicos franceses e ingleses se obstinan en afirmar que la calma y la tranquilidad eran imperturbables, las noticias que hemos tenido de las personas que se encontraban en aquella ciudad en esos días de angustia, nos permiten afirmar que el pánico era tan grande que los trenes resultaban en extremo insuficientes para trasladar el cúmulo de viajeros de la Gran Capital hacia Burdeos y el mediodía de Francia. El éxodo de la población fué tan enorme, que la bulliciosa urbe adquirió en brevísimos días un aspecto inusitado de soledad y calma; sus calles, tan animadas, sólo dejaban oír de tarde en tarde el paso firme de los soldados o el rechinar de los cañones.

El Gobierno de la República resolvió en esa fecha abandonar la capital y trasladarse a Burdeos, procurando tranquilizar al pueblo con la siguiente proclama:

Desde hace varias semanas, se están librando combates encarnizados entre nuestras tropas heroicas y el ejército enemigo. El valor de nuestros soldados le ha valido ventajas marcadas sobre varios puntos; pero, al norte, el empuje de las fuerzas alemanas nos ha obligado a replegarnos. Esta situación impone al Presidente de la República y al Gobierno una decisión dolorosa. Para velar por la salud nacional, los poderes públicos tienen el deber de alejarse, por el instante, de la Villa de París. Bajo el mando de un jefe eminente, un ejército francés, lleno de valor y de entusiasmo, defenderá contra el invasor la capital y su patriótica población. Pero la guerra debe proseguirse, al propio tiempo, sobre el resto del territorio. Sin paz ni tregua, sin parar ni desmayar, continuará la lucha sagrada por el honor de la nación y para la reparación del derecho violado. Ninguno de nuestros ejércitos está quebrantado. Si algunos han sufrido pérdidas demasiado sensibles, los huecos han sido llenados por los

centros de reservas, y la llamada de los reclutas nos asegura para mañana nuevos recursos de hombres y de energías. Durar y combatir, mientras que sobre el mar los ingleses nos ayudan a cortar las comunicaciones de nuestros enemigos con el mundo. Durar y combatir, mientras que los rusos continúan avanzando para dirigir al corazón del Imperio Alemán el golpe decisivo. Es al Gobierno de la República a quien corresponde dirigir esta resistencia tenaz. En todas partes los franceses se levantarán por la independencia; pero para dar a esta lucha formidable todo su impulso y su eficacia, es indispensable que el Gobierno tenga libertad de acción. A instancia de la autoridad militar, el Gobierno transporta, pues, momentáneamente su residencia a un punto del territorio, donde puede mantener relaciones constantes con todo el país. Invita a todos los miembros del Parlamento a no alejarse de él, para formar ante el enemigo, con el Gobierno y con sus colegas, el haz de la unidad nacional. El Gobierno no abandona a París sino después de haber asegurado la defensa de la Villa y del campo fortificado, por todos los medios a su alcance. Él sabe que no tiene necesidad de recomendar a la admirable población parisiense la calma, la resolución y la sangre fría. Ella demuestra todos los días que está a la altura de los más grandes deberes.—Franceses: sed todos dignos de estas trágicas circunstancias. Obtendremos la victoria final. La obtendremos por la voluntad inquebrantable, por la persistencia y por la tenacidad. Una nación que no quiere perecer y que para vivir no retrocede ante el sufrimiento ni el sacrificio, está segura de vencer.

Pocos días antes el Gabinete había sido reorganizado para dar entrada en él a los jefes de la Federación de las Izquierdas, Briand y Millerand y a otras notabilidades de la política francesa, como Ribot, Delcassé, etc., toda vez que la campaña antimilitarista, empeñada por los radicales y socialistas contra la ley de los tres años, los había desacreditado y principalmente a su pontífico máximo, Caillaux (2).

El general Gallieni, nombrado Gobernador de París el 27 de agosto, anunciaba la salida del Gobierno en una proclama laconica, pero de bella elocuencia en su notable sencillez:

Los miembros del Gobierno de la República—decía él—han salido de París para dar nuevo impulso a la defensa de la nación. He recibido la orden de defender a París contra el invasor. Esta orden yo la cumpliré hasta el fin.

Con una actividad febril, millares de obreros trabajaban sin

(2) Ver el artículo: *El Partido Nacionalista francés y sus precedentes*. CUBA CONTEMPORÁNEA, mayo 1914, tomo V, págs. 45-51.

descanso en la construcción de un inmenso y complicado sistema de atrincheramientos, en las afueras de la población. La experiencia de Lieja, Namur y Maubeuge, había demostrado que no era posible confiar exclusivamente en las fortificaciones de una plaza para defenderla con éxito, y era necesario preparar un nuevo sistema de defensas de acuerdo con las nuevas condiciones que la formidable artillería alemana había impuesto.

La segunda línea de defensa del nordeste, de Chalons-sur-Marne a Reims, debía ser también abandonada, toda vez que sus excelentes condiciones defensivas eran neutralizadas por el avance vertiginoso del ala derecha alemana, que se encontraba ya en el bosque de Compiègne, a 40 millas de París. Desde la capital se percibía ya distintamente el tronar de los cañones. Un corresponsal del *Daily Telegraph* daba desde Rouen, el día 3 de septiembre, las noticias siguientes:

Los aliados mantienen una violenta resistencia contra las fuerzas avanzadas del enemigo. Bajo el peso de la superioridad numérica se ven compelidos a continuar la retirada... El ejército alemán ha ido estrechando gradualmente su ataque principal en forma de V o de flecha, en dirección hacia París; y cuando abandoné el teatro de la lucha, el límite meridional de las líneas enemigas se encontraba cerca de Creil, a menos de cuatro horas de París, por ferrocarril... Anoche, las patrullas de caballería del enemigo habían entrado en acción frente a Senlis, en el departamento del Oise, a 32 millas de París...

El corresponsal del *Times* en Dieppe, anunciaba, en la misma fecha, que el ala derecha alemana estaba forzando su marcha hacia París de una manera irresistible, hostigando en Creil, Senlis y Aubry-en-Valois, la retaguardia de los ejércitos franceses en retirada. El cañoneo había roto los vidrios de las ventanas de Chantilly, diez y siete millas al norte de París.

Por la composición del ejército alemán puede comprenderse que su plan de campaña, en 1914, seguía en gran parte los principios tácticos de 1870: la tendencia a las operaciones de flanco y los movimientos envolventes, continuaban siendo la nota predominante. Para lograrlo, el ejército alemán estaba constituido por un centro relativamente débil y alas muy fuertes, sobre todo la derecha, que, como ya hemos visto, debía desarro-

llar la presión máxima sobre la línea enemiga. La razón de semejante plan es obvia: teniendo que operar en regiones llanas, con grandes vías férreas que poder utilizar para el aprovisionamiento y transporte rápido de tropas, y sin tropezar con grandes obstáculos que dificultaran la ofensiva, como ríos o fortalezas poderosas, un avance rápido era mucho más practicable por esta vía que por la frontera del este.

Permaneciendo intacta la línea de los ejércitos aliados, es indudable que las dificultades de la ofensiva alemana crecían de día en día. París, a la izquierda del ejército anglo-francés, era un apoyo tan sólido para el ala izquierda (tan necesitada de él) como Verdun lo había sido en todo el curso de la campaña para el ala derecha de las fuerzas de la República, operando en el norte de Francia. Por otra parte, el avance de Von Kluck era tan rápido, que es muy dudoso que pudieran mantenerse las líneas de comunicación en las condiciones de eficiencia indispensables, y las tropas estaban excesivamente fatigadas por las marchas forzadas que habían realizado durante los últimos días. La invasión de la Prusia Oriental y la victoria rusa de Lemberg, si no habían provocado el desplazamiento de tropas hacia el teatro oriental, como se ha pretendido, impidieron sin embargo, el envío de refuerzos al ala derecha, considerablemente debilitada.

El coronel Feyler describía con acierto la situación y las probabilidades de ambos ejércitos, en el *Journal de Genève*, en la forma siguiente:

Las noticias de las operaciones en Francia son escasas y fragmentarias. Las últimas, a la hora actual, son de fuente alemana, señalando el abandono de la segunda línea de resistencia francesa, la de los campos atrincherados de Reims, Laon, La Fère. Un despacho italiano agrega que Amiens ha sido igualmente ocupada por los alemanes. Amiens, o sea, línea del Somme, es la prolongación de la segunda línea de resistencia, al oeste del Oise. Así, se lleva a cabo la retirada ya esbozada por los movimientos anteriores de tropas, descubriendo el frente septentrional del campo atrincherado de París y bordeando al este la línea del Marne... Los franceses mantienen sin alteración el frente Verdun-Belfort; ocupan el campo fortificado de París, y los contingentes del Oise se han retirado hacia el sudoeste, ante el ala envolvente alemana, abandonando la segunda línea de defensa del norte; han retirado, después de la segunda ofensiva en Alsacia, la mayor parte de los cuerpos de ejército y no se les ha visto reaparecer en ningún punto...

Después de discutir los movimientos posibles del ejército aliado, concluía proponiendo como probable la maniobra siguiente:

Las tropas de la Alta Alsacia han sido conducidas a la capital para formar el ejército de París. Los cuerpos entre el Mosa y el Marne pertenecen probablemente a la concentración originaria de Lorena (3); en fin, las tropas francesas de Bélgica descubren parcialmente el ejército de París, al oeste del Oise, operando en su mayor parte sobre el Marne. En cuanto al abandono, sin combate, de los campos fortificados de la segunda línea, cae, por demás, dentro del cuadro general de esta campaña que consiste en acción y movimiento, y por otra parte responde con lógica a lo que parece ser la intención de la jefatura suprema: no disminuir los esfuerzos, evitar los encuentros de detalle y conservar agrupada en sus manos la fuerza combativa máxima, para oponerse al nuevo ataque alemán que, según todas las probabilidades, será, como sobre el Mosa, con el máximo de violencia posible.

El parte oficial del ejército francés, del día 4 de septiembre, expresaba que el enemigo parecía despreocuparse de París para continuar su tentativa de movimiento desbordante, habiendo llegado a la Ferté-sous-Jouarre, pasado Reims, y descendido a lo largo y al oeste del bosque de Argona. Parece ser que Von Kluck tuvo la intuición de que el movimiento envolvente había fracasado, pues estando la izquierda de los aliados tan cerca de París, era imposible que prosperase cualquiera tentativa de cortarle la retirada; y adivinando quizás el golpe que le amagaba, procuraba acercarse a Bülow a fin de remediar el grave inconveniente resultante de un frente de batalla tan extenso, que las grandes pérdidas experimentadas durante el curso de la ofensiva habían debilitado con exceso. Según algunos, el Estado Mayor alemán, en vista de que el gigantesco movimiento envolvente sobre el ala izquierda de los aliados, había tenido sólo un éxito parcial, pues si bien es cierto que éstos se habían visto obligados a ceder terreno, sus líneas permanecían intactas, decidió intentar un ataque frontal para romper el centro aliado, dividirlo en dos partes y batir cada una de ellas en detalle. Según otros, la marcha de Von Kluck hacia el sudeste no era

(3) Este es un error explicable, pues habiendo escrito estas líneas en los días en que la acción se desarrollaba, no podía tener aún conocimiento de la existencia del 9.º ejército, a las órdenes de Foch.—O. G. M.

otra cosa que la prosecución del movimiento envolvente que desde la frontera de Bélgica se había procurado desarrollar, y que el Generalísimo francés había sabido evitar a costa de los más grandes sacrificios. Tal parece haber sido la interpretación del parte oficial francés antes citado. La marcha del ala envolvente alemana puede gráficamente representarse por el arco de un gigantesco círculo, siguiendo los puntos siguientes: Lieja, Bruselas, Lila, Amiens, Beauvais y Meaux. De continuar, las comunicaciones del ejército aliado con la capital hubiesen quedado cortadas y aquél hubiera sido encerrado en la gran línea de defensa del este. Lo que sí es indudable es que el Estado Mayor alemán comprendió que el sitio de París no era factible mientras el ejército aliado no hubiese sido profundamente quebrantado; y por eso Von Kluck no hacía caso de la Gran Ciudad y la dejaba a un lado, para cooperar a la operación militar que la sana estrategia aconseja, que no era la de tomar ciudades, sino aniquilar la fuerza militar del enemigo.

Procurando infiltrar confianza en sus compatriotas, Rousset ponía de relieve, en un artículo publicado en esos días en el periódico *La Liberté*, los riesgos y peligros que envolvía la situación de los ejércitos alemanes y del ala derecha en particular:

No tenemos razón alguna—decía—para perder la cabeza. Los alemanes, en suma, que no son insensibles al peligro ruso, a pesar de la fanfarronería de sus grandes jefes, hacen una guerra contra nosotros, de *risque tout* (de arriesgarlo todo). Descuidan las precauciones más elementales, las que la experiencia de los siglos ha traducido en reglas estratégicas inmutables y eternas... No se ocupan de su retaguardia ni de sus flancos, tan expuestos sin embargo. Afanosos de concluir, porque sienten que cada día perdido es irremplazable, se lanzan como toros bravos, sin ocuparse de las pérdidas enormes que arruinan sus mejores tropas y que abren surcos imposibles de colmar.

Entretanto, el Generalísimo francés reorganizaba sus tropas e introducía importantes modificaciones en el mando de los distintos ejércitos de la República. Lanrezac y Ruffey habían sido substituídos por Franchet d'Esperey y Sarrail, respectivamente, al frente del 5.º y 3.º ejércitos; la guarnición de París, reforzada con los tropas que operaban en las orillas del Somme y la región de Compiègne, y con tropas de Alsacia, se elevaba a la

cifra aproximada de 150,000 hombres que debían jugar un papel muy importante en la próxima ofensiva francesa, había sido puesta a las órdenes del general De Maunoury, y, por último, entre el 5.º y el 4.º ejércitos había organizado Joffre uno nuevo, el 9.º, cuya dirección había sido confiada a Foch, jefe del 20.º cuerpo de Lorena, quien se había distinguido notablemente en la defensa de Nancy.

OSCAR GARCÍA MONTES .

Agosto, 1915.

BIBLIOGRAFÍA (*)

Biblioteca de Autores Cubanos Contemporáneos. José de Armas y Cárdenas. HISTORIA Y LITERATURA. Habana, Jesús Montero, editor, Librería "Studium". 1915, 8.º, 282 p. y retr.

Por el mérito literario de su prosa elegante, fácil y amena, este libro del ilustre escritor José de Armas ocupa hasta hoy el primer puesto en la Biblioteca de autores nuestros que ha comenzado a editar el señor Jesús Montero. Con algunos volúmenes como *Historia y Literatura*, el editor de esta colección de obras cubanas logrará convertir en hermosa realidad su plausible empeño de cooperar al notable movimiento literario que se advierte en Cuba, pues al propio tiempo que ofrezca ciertas facilidades a los escritores para publicar sus libros, debe elegir éstos cuidadosamente y atender con especial solicitud a la buena corrección y mejor presentación tipográfica de las obras que han de acreditarle como director hábil y entendido.

Los ensayos que forman este libro, dice su autor en el prólogo, "representan una parte de mis estudios y meditaciones en modesto retiro, durante dos años de mi vida, bien llenos de personales amarguras". Algo conoce de ellas el redactor de esta nota, por el afecto con que le distingue quien tal dice; y así no le extraña que inmeditamente agregue: "Su composición, más que un trabajo es un consuelo", porque ciertos espíritus sólo encuentran lenitivo a sus dolores en esta clase de tareas, mientras otros, menos elevados o más incapaces de sobreponerse a la pesadumbre, buscan alivio en la intemperancia, en toda clase de vicios o en la muerte... Y sin embargo de lo que él afirma, ¡cuánta suma de trabajo y de observación hay en esta obra del señor Armas! De los interesantísimos estudios que contiene, algunos ya conocidos aquí porque fueron últimamente publicados en periód-

Debemos recordar que en esta sección serán analizadas, únicamente, aquellas obras de las cuales recibamos dos ejemplares remitidos por los autores, libreros o editores; de las que recibamos un ejemplar, sólo se hará la inscripción bibliográfica correspondiente.

dicos cubanos y españoles, raro es el que no resulta casi nuevo: tantas son las ampliaciones y correcciones que el admirado escritor estimó necesario hacerles al darles la vida más duradera del volumen.

Aunque parece increíble que todavía pueda decirse algo nuevo o atractivo sobre Diderot, Víctor Hugo, Talleyrand, Montaigne, etc.—uno de los más bellos estudios que hay en este libro es el referente al autor de *Los Ensayos*—, quienes adquieran la recomendable obra del señor Armas y tengan el buen gusto de leerla, convendrán en que la pluma del celebrado literato ha sabido escribir deleitosas páginas acerca de tales personajes y de otros no menos eminentes o significados en las letras y en la historia.

Miguel Angel Carbonell. HOMBRES DE NUESTRA AMÉRICA. Prólogo de Ismael Clark. Habana, Imp. "La Prueba", Obrapía 99, 1915. 8.º, 282 p.

Si apenas cuenta veinte años y produce ya un libro como éste, que sean cuales fueren sus deficiencias es digno de aplauso por el entusiasmo comunicativo del autor, ¿no es lógico afirmar que el señor Carbonell habrá de ofrecer importantes y serenas obras a medida que el transcurso del tiempo y nuevos estudios vayan fortaleciendo sus orientaciones literarias y disciplinando su innegable talento? No cabe duda; estas vibrantes páginas lo hacen esperar así. El estilo pomposo, oratorio casi siempre, que se nota en los trabajos reunidos en este volumen, refleja el temperamento lírico del escritor y hace creer en la sinceridad de sus opiniones. Puede quebrantar el valor de sus juicios, pero tiene belleza, tiene brío; y aunque no se esté de acuerdo con ciertas apreciaciones y se le objete al autor que no ha debido colocar en el mismo nivel a dioses mayores como Bolívar, Martí, Montalvo, Rodó, etc., y a dioses menores como Loynaz del Castillo y otros, su libro merece ser recibido con palabras de aliento y no con la severidad, contraproducente por lo común, que sólo ve defectos donde hay también aciertos y mérito.

No son tantos aquí, como cree el señor Carbonell, los que participan de la admiración que él revela por los escritos del discutido colombiano Vargas Vila, sino en cuanto pueda referirse a la primera época de la vida literaria de éste; en cuanto a la posterior, si bien no sería justo negar que en casi todas sus obras nótanse los destellos de un gran talento perdido en el afán de retorcer el idioma y de escribirlo a su antojo, tal vez más influyen en su favor la indómita rebeldía de su carácter y la exacerbada pasión de libertad que le domina y le hace apostrofar a quienes, a su juicio, la hollan en nuestros pueblos inquietos e indisciplinados... Ya lo dice el señor Carbonell (pág. 143): "Yo admiro con devoción infinita al cincelador de *Huerto Agnóstico*, pero es mayor mi pasión ardiente por el panfletario irresistible de *Verbo de Admonición y de Combate*, de *Los Césares de la Decadencia* y de *Políticas e Históricas*". Y los que no sientan así, por el ferroso y rotundo autor de este libro son poco menos que condenados...

Jesús Castellanos. *LOS OPTIMISTAS*. Lecturas y opiniones. Crítica de Arte. Colección póstuma publicada por la Academia Nacional de Artes y Letras. Habana, Talleres tipográficos del "Avisador Comercial", Amargura número 30, 1914. 8.º, 434 p.

La Academia Nacional de Artes y Letras habrá recibido ya muchos plácemes por la publicación de este primer volumen de las obras del malogrado literato que fué su primer Director, y justo es que públicamente participe de ellos la comisión designada para llevar a cabo la labor de recoger, distribuir y presentar en tres volúmenes—según se dice en la Nota Preliminar de éste—"los trabajos principales de Jesús Castellanos, que su autor no había podido revisar para publicarlos en forma de libro". Esa comisión la forman los académicos señores José Manuel Carbonell, Félix Callejas y Max Henríquez Ureña, quien presentó a la Academia, al morir el llorado escritor, la moción de que ésta acordase "editar por su cuenta las obras inéditas y los trabajos no compilados del ilustre académico fallecido". Aprobada unánimemente, los comisionados trabajaron con empeño encomiable; el fruto es este primer tomo que lleva el sugestivo título de *Los Optimistas*, al cual seguirán en breve los otros dos: *Los Argonautas* y *Una semana menos*.

Al frente de *Los Optimistas* figura el hermoso panegírico de Castellanos, pronunciado por el señor Max Henríquez Ureña en la sesión solemne que la Sociedad de Conferencias y el Ateneo conjuntamente celebraron al mes de muerto aquel que fué, con él, fundador de dicha Sociedad y hermano espiritual suyo. Hizo bien la Academia en acordar poner ese panegírico como introducción de este volumen, porque aun cuando no sea el estudio sereno y desapasionado, el análisis minucioso y severo de la obra de Castellanos, es la más fiel expresión de su alto valer, de sus indudables merecimientos. El sincero y hondo afecto que ambos escritores se profesaban, vivamente reflejado en todos los períodos de este bello trabajo apologético, no veló el recto sentido crítico de su autor hasta el punto de impedirle señalar errores o deficiencias en la variada y extensa producción de su compañero desaparecido; y a más de ser una segura y amplia ojeada sobre ella, tiene el mérito de que fija su significación y el valor que debe reconocerse a la generosa y noble vida de quien jamás fué remiso en propagar sus ideales de cultura, ni en ofrecer su cooperación a toda empresa desinteresada que tendiese a fomentarla, ni en contribuir a cuanto de algún modo sirviera para que se diese aquí a los empeños intelectuales igual o mayor importancia que la que nuestros "hombres prácticos" conceden a su existencia basada en el tanto por ciento...

Entre otros trabajos importantes, casi todos de crítica literaria o pictórica, figuran en *Los Optimistas* las admirables conferencias tituladas *La alborada del optimismo*, *Rodó y su "Proteo"*, *Rudyard Kipling y Heredia*

y el *Parnasianismo*; pero los lectores de este libro debieran fijar mucho su atención en dos estudios que demuestran cómo preocupaba también profundamente a Castellanos el porvenir de Cuba. Ellos señalan cuál era su criterio acerca de las relaciones y la vida política de los pueblos americanos: son los titulados *El Norte y el Sur* y *Los dos peligros de América*. Encierran tales verdades—no por sabidas menos dignas de constante divulgación—y se inspiran en un sentimiento tan decididamente americano, que cualesquiera que sean los puntos vulnerables de su doctrina no es posible negar la gran suma de razón que guió su pluma y la evidente necesidad en que estamos de orientarnos en un sentido de franca y sincera política panamericana, dejando a un lado inútiles, inconsistentes y oropelescos alardes de un hispanoamericanismo huero e incomprensible, puesto que los intereses de América, y en especial los de Cuba, son fundamentalmente distintos de los de España e inconciliables con éstos por múltiples causas históricas.

M. Antonio Dolz. PASANDO LA VIDA... Crónicas. Biblioteca "Studium", Habana, Jesús Montero, Neptuno 35 y 37. Valladolid, Viuda de Montero, B. de Ferrari 4 y 6. [1915]. 8.º, XVI-155 p.

Prologado por el incansable escritor Joaquín N. Aramburu aparece este libro, y hasta la página 134 ocupan las amables crónicas en él reunidas; el resto, hasta la 155, contiene juicios emitidos acerca de la primera obra del autor. Marco Antonio Dolz, que comenzó a escribir desde muy joven y cuenta no muchos años, ha ido ganando en seguridad y en facilidad. Varias de estas crónicas están escritas con singular soltura y no faltan en ellas muchas de las características que han hecho perdurar el género literario cuyo pontífice es Gómez Carrillo; pero, sobre todas las del volumen, la titulada *Baroja irreverente* ha llamado mi atención por la energía y la entereza con que apostrofa Dolz a ese escritor español, quien protestó en un periódico de su patria contra los escultores allá dispuestos a hacer el monumento a Antonio Maceo, fundándose en que en España no podía verse con agrado el proceder de esos artistas.

Esta crónica merece aplausos, porque ningún cubano debe jamás permitir que mientras nosotros damos pruebas inequívocas de tolerancia y respeto—aunque a ellas se corresponde aquí por nuestros vencidos enemigos de ayer con la oposición sistemática a cuanto pretendemos realizar para destruir la tupida red de prejuicios y privilegios coloniales—, se nos trate como perdonándonos la vida y echándonos en cara lo que a orgullo debemos tener: nuestras luchas por la libertad. Dice el señor Dolz: "¡El pasado! Ni a Baroja ni a ninguno de sus paisanos les conviene removerlo y a nadie más que a ellos les interesa que nosotros lo olvidemos..." Así es; y si cada escritor cubano se diera cuenta de que su deber le impone estar siempre en guardia contra quienes no pueden vernos luchando aún a

brazo partido por constituir sólidamente nuestra nacionalidad, se nos respetaría más y ganaríamos todos.

Miguel Galliano Cancio. DEL ROSAL DE MIS SUEÑOS. Poesías. Biblioteca "Studium", Habana, Jesús Montero, Neptuno 35 & 37. Valladolid, Vda. de Montero, B. de Ferrari 4 & 6. [1915]. 8.º, 126 p. y retr.

Aunque no tuviera el retrato de su autor este tomito de versos, y aunque el prólogo de José Manuel Carbonell no expresase que *Del Rosal de mis sueños* "no es obra de consagrado", sino "un ensayo sin presunciones, depositado por la musa de un creyente en los altares de Apolo", se advertiría que "todas las flores están en Primavera: algunas, faltas de cultivo quizás, pero saturadas de jugosa savia y penetrante olor" de juventud, como con elegante giro dice el prologuista de estas poesías. Sus palabras de presentación son justas y atinadas; y suave, discretamente, señala a los nuevos cantores de la belleza el campo inexplorado y sugerente de la epopeya magnífica de la Revolución cubana, para que busquen en los episodios innumerables y brillantísimos de ella la robusta inspiración productora de poemas dignos de vivir en la memoria nuestra tanto tiempo como el recuerdo mismo de los héroes cubanos.

Galliano Cancio es muy joven y trabaja duramente desde la edad de once años, apenas sin tiempo para estudiar; nacido en Sancti Spiritus, en Manzanillo vive, lucha, sueña y confía. Su esfuerzo es prenda de triunfo. No importan los defectos de este su primer libro, si sabe tener calma para acendrar sus conocimientos y producir algunas poesías donde haya siquiera versos tan sencillos y armoniosos como estos de *Matinal*:

*En apartada floresta
lanza rumores de fiesta
la blanca cinta de un río,
y la apacible mañana
los rosales engalana
con diademas de rocío.*

Mario Muñoz Bustamante. RIMAS DE GOZO. Habana, Imp. "El Siglo XX", Teniente Rey 27. 1915. 12.º, 146 p.

Hace apenas tres meses fué publicado este extraño y bello libro de versos que Mario Muñoz Bustamante quiso titular *Rimas de Gozo*. Pocos, muy pocos sabían que fuera poeta el autor de *El Pantano*; el pequeño volumen de sus rimas le reveló como tal después de varios años de vida periodística intensa, y raro ha sido el periódico que no ha tributado a esta nueva obra los elogios que merece. La poesía de Mario Muñoz es relampagueante, desencantada, incrédula, contradictoria, irónica, ruda y tierna a un

tiempo mismo: parece reflejar su temperamento inconforme y vibrante. Acaso los versos de las páginas 134-35, titulados *De un inquieto*, respondan positivamente a la vida interior del poeta, quien afirma en la 10 que esta es su "obra más sincera":

*Voy buscando inútilmente un consuelo a mis dolores
en el ritmo de los versos, en la esencia de las flores,
en la espuma de los mares, en la luz de las estrellas,
en la risa de los niños, en los ojos de las bellas,
en las flautas, en las violas y en los tiernos ruiseñores.*

... ..
*y, en la triste mascarada de mi vida sin ventura,
soy espejo de tristeza, arquetipo de amargura,
con la boca haciendo un chiste, con el alma una canción.*

*Vivo esclavo de mis dudas, de mis raros desvaríos.
Los más locos pensamientos y los cálculos más fríos
se entrechocan en mis sienes y me abruma de dolor.*

... ..

Esos versos forman parte de *Flores negras*, segunda del volumen; en otros canta a la vida o se burla de ella, y apostrofa a los hombres y a las mujeres. Hondos gritos de pasión y de desdén le arrancan éstas: algunos hacen recordar a Heine, a Bécquer, a Espronceda; y en la rima 103 (pág. 67), dice con gran belleza de fondo y forma:

*Si alguna vez en la fatal jornada
caigo de muerte herido,
luciendo en la cabeza ensangrentada
la maldición postrera del Olvido...
acércate a mis trágicos despojos,
como un ángel clemente,
quita una hermosa lágrima a tus ojos
y conviértela en cruz sobre mi frente.*

Quien así escribe es un poeta: CUBA CONTEMPORÁNEA le saluda también con ese título tan prodigado como raramente discernido en justicia, y le felicita con toda sinceridad por el gran éxito literario que acaba de obtener, aunque no participa del pesimismo, del profundo desencanto expresado en ciertas acres rimas de esta colección, varias de las cuales hubiera podido firmar el triste autor de *Gotas amargas*: José Asunción Silva.

COMPENDIO DE HISTORIA DEL COMERCIO. Para uso de las Escuelas Comerciales. Por Antonio L. Valverde, Doctor en Derecho, Profesor por oposición de dicha asignatura en la Escuela de Comercio de la Habana. Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, Calle de Preciados, núm. 48. 1915. 8.º, 507 p. Muy necesitada está nuestra nación de obras didácticas buenas y escri-

tas debidamente por cubanos, no sólo porque han de contribuir a depurar la enseñanza, sino porque, de tener la acogida favorable que indudablemente tendrán, los estudiosos verían un nuevo campo donde ejercitar sus actividades y el estímulo redundaría en provecho del país. Por ello acogemos con agrado esta importante obra del doctor Valverde, quien si bien declara que no ha hecho nada nuevo, sino simplemente un resumen de otros tratados sobre igual materia que la por él explicada en las clases a sus alumnos y recogida en apuntes con los cuales ha hecho este libro—después de revisarlos y ordenarlos—, presta un positivo servicio a Cuba. Ojalá fuera su ejemplo imitado por otros profesores a quienes sólo parece preocupar el cobro de sus sueldos, sin que les importe poco ni mucho el adelanto o el estancamiento de sus discípulos.

Este volumen es el LXX de la Biblioteca de Derecho y Ciencias Sociales que viene publicando la casa editorial de Suárez en Madrid, y al finalizar trae varios interesantes cuadros estadísticos relacionados con el comercio de Cuba hasta 1913, así como una lista de las principales obras que pueden consultar los alumnos a quienes interese ampliar sus conocimientos sobre determinados particulares de la asignatura. El libro está escrito con sencillez; la corrección de las pruebas ha sido bastante defectuosa, y en una extensa fe de erratas el autor hace constar que de tan delicada tarea se encargó la casa editora. Está dividido el volumen en cuatro partes que comprenden, respectivamente, la edad antigua (00-476); la edad media (476-1492); la edad moderna (1492-1789), y la edad contemporánea (1789-1914). Concluye con varias páginas dedicadas al comercio en el año de 1914, ya comenzado el espantoso conflicto guerrero que todos vemos con pavor agrandarse y hasta amenazar a América.

El doctor Valverde dedica la obra a su hijo Antonio, a quien dice que cuando tenga edad para comprenderla verá “que la exposición del desarrollo y engrandecimiento de los pueblos por su comercio, es más interesante e instructiva que el estudio de sus guerras y odios políticos”. No participo de esta opinión, así en absoluto; bueno es lo uno, pero se ha de completar el conocimiento con la historia de las guerras y los odios políticos, especialmente en cuanto hace relación con Cuba. Acaso tenga su base en la deficiencia de estos estudios la atonía del sentimiento patriótico de gran número de cubanos, que si conociesen bien nuestra historia tal vez meditarían más sus actos y no olvidarían tan fácilmente los inmensos sacrificios hechos por alcanzar los dones inestimables de la libertad, sin la cual seríamos aún un pueblo envilecido, humillado, escarnecido y explotado por los mismos que hoy, al amparo de esa propia libertad, conspiran contra nosotros en la patria independiente y nos ponen toda clase de obstáculos en el camino del progreso, en la senda de las reformas, en la consolidación de la nacionalidad.

CARLOS DE VELASCO.

NOTAS EDITORIALES

EL DOCTOR CARLOS J. FINLAY

Murió el día 20 de agosto último el Dr. Carlos J. Finlay, gloria de la Ciencia y honra de Cuba. Entre sus importantes éxitos científicos, relatados por el Dr. Juan Guiteras en los *Apuntes biográficos* que figuran en la obra titulada *Trabajos selectos del Dr. Carlos J. Finlay*, el que le dió celebridad universal, el que inscribió su nombre junto al de los grandes benefactores de la humanidad y puso el de nuestra patria a inmensa altura, fué su genial descubrimiento de que el mosquito “*stegomya fasciata*” es el agente transmisor de la fiebre amarilla, terrible azote de Cuba y otras regiones de América, limpias hoy, gracias a la plena comprobación de la teoría de Finlay y a la ampliación de sus experimentos, de la plaga que las infestaba y producía millares de víctimas.

Había nacido en nuestra provincia de Camagüey el 3 de diciembre de 1833, y durante su laboriosa y fecunda vida recibió altísimas distinciones demostrativas del superior concepto en que se le tenía en Cuba y en el extranjero. Al morir, el Gobierno de la República acordó tributarle grandes honores y el propio Presidente invitó a los funerales. Se efectuaron éstos el 21 de agosto, con gran pompa, rivalizando en demostraciones de hondo pesar todos los centros científicos importantes de la nación, que rindieron al cadáver del ilustre cubano un homenaje merecidísimo. Esos centros estaban de duelo, como lo está Cuba y lo está la humanidad con la desaparición del eminente hombre de ciencia. Ésta ha perdido una de sus más sobresalientes figuras.

CUBA CONTEMPORÁNEA deplora la muerte del glorioso compatriota y deposita en su tumba una flor, haciendo votos porque en breve la estatua o el busto del Dr. Carlos J. Finlay se levante en alguna de las plazas públicas de la capital cubana, de la capital de la nación donde él vió la luz primera, para que siempre su figura viva en el recuerdo de los cubanos tanto como la fama de su nombre en el mundo.



Neptuno, 62.
Teléfono A-6228.
Apartado 1669.



UNDERWOOD

MAQUINA OFICIAL DEL
GOBIERNO CUBANO

MUEBLES PARA OFICINA

J. PASCUAL-BALDWIN
OBISPO, 99-101

NUEVA GEOGRAFIA UNIVERSAL

LOS PAISES Y LAS RAZAS

Obra presentada en forma enteramente nueva, compuesta por eminentes especialistas de Europa y América.

Con arreglo a los más recientes trabajos e investigación de la Ciencia.

Numerosos grabados intercalados en el Texto; láminas aparte, impresas en negro y colores, con vistas de todos los países, razas, costumbres, monumentos, mapas y croquis de geografía antigua y moderna. 5 Tomos Encuadernados con planchas doradas... **\$33.50**

OBRA DE EXITO MUNDIAL - Enciclopedia Universal Ilustrada

EUROPEO-AMERICANA

Ha obtenido el premio de mayor categoría, en todas cuantas exposiciones se han celebrado.

Obra completamente original y maravillosamente ilustrada. Contiene 10,000 Biografías rigurosamente inéditas. Tiple número de voces que las contenidas en los diccionarios más extensos.

1.000,000 de obras en su sección Bibliográfica. Etimologías en Sánscrito, Hebreo, Griego, Latín, Arabe, Lenguas indígenas americanas, etc., etc.

Este gran Diccionario contiene versiones de la mayoría de las voces de todas las Naciones incluso el Esperanto, colaboración Mundial y especialista de elementos de España, América y Extranjero y se hace indispensable en todas las Bibliotecas y por su precio módico es asequible a todas las personas amantes de las letras, dándose toda clase de facilidades para su adquisición bien al contado o a plazos. Hay 20 tomos publicados a \$6.00 uno.

Ambas obras se hallan de venta en la Librería "CERVANTES", de RICARDO VELOSO, Galiano 62. Pidan CATALOGOS, se remiten gratis a quien lo solicite. Galiano 62. Tel. A-4958. Apartado 115.

HABANA



¡ESA ES LA QUE QUIERO YO!

CERVEZA "TIVOLI"



¡POBRES LOS NIÑOS QUE NO TOMAN
LECHE WEG
CIENTIFICAMENTE PURA!
LATAS GRANDES Y MEDIANAS.
VENTA DROGUERIAS Y FARMACIAS



¡ARTE Y NATURALEZA!

¿Quiere usted aunar estos dos grandes alicientes de la vida?
Adquiera un solar en los repartos BUEN RETIRO, ORIENTE
y LA SERAFINA.

ZALDO, SALMON Y Ca., Obispo, 50.

CLÁSICOS CASTELLANOS

EDICIONES DE LA REVISTA "LA LECTURA"

PASEO DE RECOLETOS, 25.

MADRID.

OBRAS PUBLICADAS:

- SANTA TERESA.—LAS MORADAS. Por D. Tomás Navarro. (Vol. 1º de la Bibl.)
- TIRSO DE MOLINA.—TEATRO. *Tomo I.* Por D. Américo Castro. (Vol. 2º de la Bibl.)
- GARCILASO.—OBRAS. Por D. Tomás Navarro. (Vol. 3º de la Bibl.)
- CERVANTES.—DON QUIJOTE DE LA MANCHA. *Tomos I, II, III, IV, V, VI, VII y VIII.*
Por D. Francisco Rodríguez Marín, de la Real Academia Española. (Vols. 4º, 6º, 8º, 10, 13, 16, 19 y 22 de la Bibl.)
- QUEVEDO.—VIDA DEL BUSCÓN. Por D. Américo Castro. (Vol. 5º de la Bibl.)
- TORRES VILLARROEL.—VIDA. Por D. Federico de Onís. (Vol. 7º de la Bibl.)
- DUQUE DE RIVAS.—ROMANCES. *Tomos I y II.* Por D. Cipriano Rivas Cherif. (Vols. 9º y 12 de la Bibl.)
- Bº JUAN DE ÁVILA.—EPISTOLARIO ESPIRITUAL. Por D. Vicente García de Diego. (Vol. 11 de la Bibl.)
- ARCIPRESTE DE HITA.—LIBRO DE BUEN AMOR. *Tomos I y II.* Por D. Julio Cejador. (Vols. 14 y 17 de la Bibl.)
- GUILLEN DE CASTRO.—LAS MOCEDADES DEL CID. Por D. Víctor Saíd Armesto. (Vol. 15 de la Bibl.)
- EL MARQUÉS DE SANTILLANA.—CANCIONES Y DECIRES. Por D. Vicente García de Diego. (Vol. 18 de la Bibl.)
- FERNANDO DE ROJAS.—LA CELESTINA. Prólogo y notas por D. Julio Cejador. (Vols. 20 y 23 de la Bibl.)
- VILLEGAS.—ERÓTICAS O AMATORIAS. Por D. Narciso Alonso Cortés. (Vol. 21 de la Bibl.)
- POEMA DE MIO CID. Por D. Ramón Menéndez Pidal, de la Real Academia Española. (Vol. 24 de la Bibl.)
- LA VIDA DE LAZARILLO DE TORMES. Prólogo y notas por D. Julio Cejador. (Vol. 25 de la Bibl.)
- FERNANDO DE HERRERA.—POESÍAS. Por D. Vicente García de Diego. (Vol. 26 de la Bibl.)
- CERVANTES.—NOVELAS EJEMPLARES. *I.* Prólogo y notas de D. Francisco Rodríguez Marín. (Vol. 27 de la Bibl.)
- FRAY LUIS DE LEÓN.—DE LOS NOMBRES DE CRISTO. *I.* Prólogo y notas por D. Federico de Onís. (Vol. 28 de la Bibl.)
- FR. ANTONIO DE GUEVARA.—MENOSPRECIO DE CORTE Y ALABANZA DE ALDEA. Prólogo y notas de D. M. Martínez de Burgos. (Vol. 29 de la Bibl.)

Precio de cada volumen en rústica	3 ptas.
Encuadrado en tela	4 "
en piel	5 "

Para los suscriptores de LA LECTURA, 2 en rústica, 3 en tela y 4 en piel.

ASOCIACIÓN "CUBA FILATÉLICA"

Sociedad Internacional
de Cambio y de Correspondencias.

ORGANO OFICIAL:

"EL COLECCIONISTA"

Suscripciones: \$1 Cy. al año.

Dirección:

Secretario de la A. C. F.

APARTADO 1722.

HABANA, CUBA.

EN LA LIBRERÍA
Y CENTRO DE SUBSCRIPCIONES

CASA DE WILSON,

DE S. T. SOLLOSO,

se reciben constantemente los principales periódicos del mundo, con noticias de la guerra europea; perfumería inglesa y francesa, y el afamado **Té Horniman**.

Periódicos de modas. - Obispo, 52.-Habana.

“EL IRIS”

COMPAÑIA DE SEGUROS MUTUOS CONTRA INCENDIO

ESTABLECIDA EN LA HABANA EL AÑO DE 1855.

OFICINAS EN SU PROPIO EDIFICIO: EMPEDRADO, 34

VALOR RESPONSABLE	\$ 62,611,699 00	SOBRANTE DE 1912 que se devuelve.	\$ 44,393.79
SINIESTROS PAGADOS	\$ 1,747,727.50	IDEM DE 1913 que pasó al Fondo de	
SOBRANTE DE 1909 que se devuelve.	\$ 41,764.16	Reserva	\$ 48,970.03
SOBRANTE DE 1910 que se devuelve.	\$ 66,878.68	IDEM DE 1914 que se devolverá	
IOEM DE 1911 que se devuelve. . .	\$ 58,402.12	en 1916	\$ 20,816.37

El Fondo especial de reserva representa en esta fecha un valor de \$405.924.22, en propiedades, hipotecas, Bonos de la República de Cuba, Láminas del Ayuntamiento de la Habana y efectivo en Caja y en los Bancos.

Por una módica cuota asegura fincas urbanas y establecimientos mercantiles.

Habana, 31 de julio de 1915.—El Consejero Director, ELIAS MIRO Y CASAS.

“EL SIGLO XX”

IMPRESA
DE AURELIO MIRANDA

Teniente Rey, 27,

esq. a Aguiar

Teléfono A-7105

Apartado 1253

Colección “Ariel”

Selecciones de los buenos autores antiguos
y modernos

Dirigida por J. García Monje

San José de Costa Rica, C. A.

CONDICIONES:

La serie de 8 folletos (en Costa Rica): c/. 2.00.

La serie de 8 folletos (en el Extranjero): un dólar.

Número suelto: c/. 0.25

Compañía Cubana de Fianzas

Cuba, 76 y 78.

Teléfono A-2882.

CAPITAL PAGADO: \$226,000.00.—FONDO DE RESERVA: \$100,000.00.

Presidente: Guillermo de Zaldo.

Vicepresidente: Cosme Blanco Herrera.

Secretario Letrado Consultor: Claudio González de Mendoza.

Directores: Sir William Van Horne, Narciso Gelats, Luis Suárez Galbán, Dionisio Velasco, Claudio G. de Mendoza, Carlos de Zaldo, Francis J. Sherman, Carlos I. Párraga, Sebastián Gelabert, Herm. Upmann.

Esta Compañía Cubana de Fianzas fundada en el año de 1903 y domiciliada en la calle de Cuba números 76-78, continúa prestando toda clase de fianzas.

Asimismo ha organizado un Departamento para la Administración de propiedades y garantía de títulos de dominio.—RAMÓN GUTIÉRREZ, Director General.



Pida



Ron y Elíxir

Bacardí



Cuba

Contemporánea

—*—
REVISTA MENSUAL
==

DIRECTOR:

CARLOS DE VELASCO
==

AÑO III

TOMO IX

OCTUBRE, 1915

NUM 2.

SUMARIO:

I EL DEBER DE LA CLASE INTELLECTUAL.....	<i>Max Henríquez Ureña</i> 121
II MANUAL DEL PERFECTO FULANISTA. APUNTES PARA EL ESTUDIO DE NUESTRA DINÁMICA POLÍTICO SOCIAL.....	<i>José Antonio Ramos</i> 128 <i>Diego Carbonell</i> 159
III SCHOPENHAUER Y EL PESIMISMO.	
IV RAFAEL MARÍA DE MENDIVE. (Concluye).....	<i>Dr. Salvador Salazar</i> 177
V EL DESENLACE DE LA OFENSIVA ALEMANA SOBRE PARÍS. II. LA BATALLA DEL MARNE.....	<i>Oscar García Montes</i> 196
VI REVISTAS EXTRANJERAS.—La filosofía del germanismo.....	<i>Luciano Acevedo</i> 212
VII BIBLIOGRAFÍA. (<i>Anuario Estadístico de la República de Cuba.</i> —Libros de Acosta, Dihigo, Dolz, Hernández Miyares, Iglesia, Marcos Suárez, C. Martí, O'Bourke, Pérez Beato, Robreño, Rodríguez García y R. S. de Varona).....	<i>Carlos de Velasco</i> 218
VIII NOTAS EDITORIALES: William Van Horne.	228
IX NOTICIAS.	229
X PERIÓDICOS RECIBIDOS.	231

DIRECCION:
LEALTAD, 94, ALTOS
HABANA
CUBA

Cuba Contemporánea

*

REVISTA MENSUAL

Fundada el 1º de enero de 1913.

REDACTORES:

Julio Villoldo (Administrador).

Mario Guiral Moreno.

Max. Henríquez Ureña.

José S. de Sola.

Ricardo Sarabasa.

Administración: Peña Pobre, 20.

*Jeje del Departamento de Propaganda y Anuncios: CARLOS NOVOA.—
Peña Pobre, 20, Habana.*

CONDICIONES

CUBA CONTEMPORÁNEA ve la luz pública el día 10 de cada mes, en números de 96 a 136 páginas. Al año forma tres magníficos tomos de más de 350 páginas cada uno.

Esta revista cuenta con la colaboración de renombrados escritores de Cuba y del resto de América, en todos los órdenes; y la responsabilidad de las opiniones emitidas en los trabajos aquí publicados, será siempre de los firmantes de los mismos.

Ningún original será devuelto; y para dar cuenta de los libros recién publicados, será menester que se reciban dos ejemplares.

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN (FRANQUEO INCLUIDO):

En Cuba, el año: \$ 4.00 oro cubano o de los EE. UU.

En el extranjero: \$ 5.00 oro de los EE. UU.

Número corriente, \$ 0.40, y atrasado \$ 0.50 en igual moneda.

Cada colección de años anteriores: \$ 8.00 en Cuba y \$ 10.00 en el extranjero.

De venta en las principales librerías.

ANUNCIOS A PRECIOS CONVENCIONALES

Toda la correspondencia y el canje, al Director: calle Lealtad, 94, altos Habana.

LIBRERÍA Y CASA EDITORIAL

“STUDIUM”

De Jesús Montero.

Neptuno, 62.

HABANA.

NUEVO LIBRO CUBANO.

En la segunda quincena de Octubre aparecerá

el libro titulado

ASPECTOS NACIONALES

CUBA Y ALGUNOS DE SUS PROBLEMAS

por

Carlos de Velasco

Director de la gran revista CUBA CONTEMPORÁNEA, Individuo de Número (electo) de la Academia de la Historia de Cuba y escritor de sólida reputación, cuyos brillantísimos trabajos literarios, políticos e históricos le han valido puesto principal entre los más eminentes cultivadores de las letras cubanas.

ASPECTOS NACIONALES constituirá el volumen IV de la excelente *Biblioteca de Autores Cubanos Contemporáneos* editada por la gran Librería y Casa Editorial STUDIUM, de Jesús Montero; contendrá importantes estudios inspirados en la más alta devoción a la nacionalidad cubana, en los cuales la fuerza y belleza del estilo corren parejas con el vigor del pensamiento; formará un elegante tomo de 250 a 300 páginas exquisitamente impresas en los acreditados talleres tipográficos «El Siglo XX», de Aurelio Miranda, y se venderá al precio de *un peso moneda nacional o de los Estados Unidos*. (Los señores libreros tendrán el descuento de un veinticinco por ciento.)

Todos los pedidos, acompañados de su importe, deben ser dirigidos a la Casa Editorial: LIBRERÍA «STUDIUM», de *Jesús Montero*.—Apartado 1679 o Neptuno, 62.—Habana.

Cuba Contemporánea

AÑO III

Tomo IX.

Habana, octubre de 1915.

Núm. 2.

EL DEBER DE LA CLASE INTELECTUAL



A irrupción, cada vez más absorbente, de elementos mal preparados, que se advierte de cierto tiempo a esta parte en la vida pública cubana, ha dado lugar a un movimiento de reacción y de esperanza en favor de la clase intelectual. Ese sentimiento de opinión, que ya existe y que puede tomar cuerpo mañana, es útil, es provechoso, es necesario. Es preciso reivindicar los derechos legítimos de la clase intelectual, pero no por eso se debe desconocer la parte de culpa que a esta misma clase corresponde por no haber sabido cumplir en todo tiempo sus deberes.

La democracia bien entendida no puede basarse en otro principio que en el derecho de selección, el cual tiende siempre al reconocimiento de las superioridades legítimas. Los regímenes autocráticos no son malos solamente porque concentren el poder en una casta privilegiada, sino porque privan a la colectividad de la facultad de elegir a sus más aptos y más capaces servidores. La democracia no debe servir de instrumento para poner el poder público en manos de la ineptitud y la ignorancia. Si así fuese, el régimen de gobierno popular estaría llamado al fracaso, porque su espíritu habría sido falseado, con grave perjuicio del interés público.

Este grave problema no es privativo de Cuba, afortunadamente. En las naciones democráticas de mayor significación en la historia política del mundo, como Francia y los Estados Unidos, se ofrece, aunque con caracteres diversos, un problema análogo. Émile Faguet, en dos libros espirituales, ha calificado a la democracia, en sus resultados, como "el culto de la incompetencia y el horror de las responsabilidades". Mucho se ha hablado, en algunas monarquías constitucionales europeas, del fracaso del sistema de representación popular para la formación de las leyes, por la falta de preparación adecuada de buena parte de los componentes de cualquier asamblea nacional a la cual se atribuya exclusivamente esa función.

Son dignos de atención y de estudio estos problemas, a los cuales se debe buscar solución adecuada; pero sería injusto formular conclusiones que culminaran en el descrédito total de un sistema, cuando este sistema no es malo en sí mismo sino en algunos de sus resultados, por causa de su falsa aplicación.

La Constitución de Cuba, de igual suerte que todas las constituciones democráticas, consagra un principio general que casi siempre ha sido mal interpretado: todos los ciudadanos son iguales ante la ley. Esta igualdad se refiere principalmente al orden civil y al orden penal, dentro de los cuales no reconoce fueros ni privilegios la República de Cuba; pero nada tiene que ver con el problema de la igualdad política. La constitución cubana consagra el principio del sufragio universal activo, y es esta la única igualdad política que reconoce; pero no sucede lo mismo con el sufragio pasivo, que aparece limitado y restringido en todos los cargos electivos, a los cuales sólo pueden aspirar los que reúnan determinadas condiciones, siendo la primera y esencial de todas ellas la de que el elegido sepa leer y escribir. En el orden político, en la vida pública, en el ejercicio del poder—ya he tenido ocasión de explicarlo así a un grupo de obreros en una conferencia pública, hace varios años—, todos los ciudadanos no son iguales.

No lo son, ni podían serlo. Si la democracia fuera realmente, en su esencia, lo que, apreciando defectos externos de aplicación, ha llamado Faguet "el culto de la incompetencia", hace tiempo que habría caído en definitivo descrédito y habría

sido sustituída por cualquier otro sistema de organización política. La democracia, para ser verdaderamente tal, tiene que culminar en el gobierno de los más aptos y de los mejores, mediante el proceso de selección electoral en que intervienen "todos", en que interviene el "demos". No es otro el principio que sienta la constitución cubana cuando establece la absoluta igualdad de los ciudadanos a la hora de votar, pero limita las condiciones de elegibilidad y crea, en cuanto al sufragio pasivo, una desigualdad tan manifiesta como necesaria.

En una constitución no es posible ir más lejos. La exigencia de que los candidatos a puestos electivos no sean analfabetos, y de que hayan cumplido cierta edad, no es otra cosa, en la constitución cubana, que la proclamación del principio del gobierno de los más aptos, de los mejor preparados. El espíritu constitucional aparece claro de esta suerte: las condiciones mínimas que debe reunir el candidato son esas, pero es preferible que reúna otras más. ¿Cuáles son? La dificultad de señalar un límite preciso para la capacidad individual (que suele ser muy grande y estar muy bien cultivada, sin que se posea un título académico o ni siquiera un diploma de bachiller), es la que ha impedido que la Constitución exija más. Pero el espíritu constitucional no es otro que el que inspira toda democracia bien entendida: exigir, en los que desempeñen cargos públicos de importancia, una alta y superior capacidad individual. Como el marco de esta capacidad es imposible de señalar con precisión absoluta, se ha dejado a la masa popular, en cada caso, la labor de selección, sin exigir, en la ley escrita, nada más. Esta ha sido la puerta de escape de los audaces y de los ineptos, que aun a trueque de representar un papel bochornoso y ridículo en una cámara deliberante, han logrado atraerse con malas artes una parte de la opinión pública, inclinándola a hacer muchas veces una selección a la inversa, y han escalado los escaños del Congreso para ocuparlos durante algunos años sin otra finalidad que la de cobrar una buena soldada y no dejar huella alguna provechosa en los anales legislativos de su país.

La esencia misma de la democracia no es responsable de estos resultados; pero si dentro del mismo sistema no se encontraren remedios eficaces para contrarrestar el alud de la inep-

titud y de la audacia amparadas por la "irresponsable tiranía del número", según frase de Rodó, será necesario proclamar la bancarrota de la democracia. No sería posible seguir reconociendo la excelencia de un sistema cuyos defectos de aplicación no se pueden corregir ni modificar.

De todas suertes, para Cuba el problema se plantea en estos términos: el cuerpo electoral, encargado de la labor de selección democrática, se ha extraviado en más de un caso, favoreciendo con su voto a los ineptos; y por su parte, los encargados de la administración pública no han sido, por regla general, muy remisos en secundar la acción popular, olvidando acaso aquella sentenciosa frase de Eaton: disponer de los cargos administrativos para medro de incapaces, equivale a malversar los fondos públicos. Hay, en todo ello, una irritante negación de los derechos legítimos de la clase intelectual, que es la llamada al mejor desempeño de las funciones públicas; pero fuerza es declarar, según ya hice constar más arriba, que esa misma clase intelectual no ha cumplido siempre con los deberes que su condición le impone.

La clase intelectual está obligada, más que otra alguna, a actuar en la vida nacional. Debe hacer oír siempre su voz, debe hacerse atender y debe hacerse respetar. Para ello necesita, ante todo, realizar una labor generosa y desinteresada en favor de la cultura pública, tal como un grupo de hombres resueltos la ha venido realizando desde hace años con inquebrantable tesón. "A la patria pertenecen, dijo Jesús Castellanos, lo mismo que los músculos del gañán y el valor del héroe, la cantera de pensamientos en embrión que la casualidad puso bajo un cráneo." El primer deber de todo hombre intelectual es dar a su patria el oro de su talento; ofrendarle siempre lo más noble, lo más alto, lo más puro y lo más grande que haya en su ser.

De nada serviría a la patria tener hombres eminentes cuya acción no redundase en beneficio de la cultura pública. Tanto diera no tenerlos. El papel de esos hombres, en la vida nacional, sería como el del avaro en el orden social: uno y otro ocultan riquezas que no se traducen en obras útiles y bellas. Son seres improductivos, estériles, que neutralizan y condenan a la

inercia un caudal que podría ser fecundo en frutos de bien y de progreso.

La clase intelectual tiene, además, la misión de formar y dirigir la conciencia pública. Es y debe ser, en toda democracia bien organizada, la verdadera clase directora. En Cuba, los deberes de la clase intelectual no son escasos ni pequeños. Cuba es una república joven, es un país nuevo, y a la clase intelectual toca lograr que sea, en su organización y en su esencia, como en estas mismas páginas dijo no hace mucho el doctor Enrique José Varona, "un país de veras nuevo". En Cuba, todavía, es preciso demoler. Además es preciso edificar, pero sobre nuevos cimientos. La conciencia nacional no se forma y consolida en un día. Si la clase intelectual abdica de sus derechos y deberes, y entrega la suerte del país, por abandono y por desidia, en manos de los ineptos, suya será la responsabilidad del proceso de degradación que, por falta de dirección inteligente, se realice en el espíritu público.

Estos deberes de la clase intelectual son aún mayores para aquellos hombres de alto pensamiento y vasta cultura que hayan prestado su concurso generoso a la obra de la revolución de independencia. Los que no dejaron ayer descansar la pluma en aras del ideal nacional, están obligados, más que nunca, a luchar con igual tesón por que ese ideal se convierta en realidad tangible. Una patria no es solamente una franja de territorio sobre la cual flota una bandera. Una patria es todo un pueblo unido por una tradición de sufrimiento y por la conciencia común de un ideal de civilización y de bienestar general. La revolución de independencia trajo en su seno múltiples aspiraciones que todavía no se han llevado a cabo. Mientras esa obra no se realice, no tienen derecho a abandonar la vida de la acción los que ayer lucharon con la pluma y con la espada por esas aspiraciones.

Todo el que ayer inflamó los corazones con su prédica ardiente de libertad; todo el que ayer proclamó la necesidad de implantar en Cuba radicales reformas de orden social y político; todo el que ayer predicó el advenimiento de la patria nueva como el florecimiento de los más bellos ideales que pueden embellecer la vida de un pueblo, está obligado hoy a dirigir la

conciencia pública con su verbo y con su ejemplo. ¿A quién, sino a hombres así, ha de volver los ojos el país? ¿No es la obra que ellos iniciaron la que es preciso continuar hoy? ¿No son ellos los que deben velar por que esa obra no se desnaturalice ni desvirtúe? ¿Concebiríamos acaso a José Martí, si hoy viviera, retirándose a la vida del silencio, impasible ante la reacción sorda que elementos maleantes vienen realizando en contra del espíritu y de los ideales de la Revolución?

El espíritu nacional cubano no estará plenamente formado mientras no se destierren para siempre los usos y leyes del pasado colonial. El mantenimiento de éstos en muchos órdenes de la vida pública es un grave peligro. El retroceso en favor de ellos, hasta instaurar los que ya se creían desterrados para siempre, es un peligro más grave aún, como que tiende a hacer que resulte totalmente nula la obra revolucionaria y que el único beneficio de ésta haya sido el del cambio de régimen político.

Las cámaras cubanas podrían hacer mucho en el sentido de suprimir los usos y leyes coloniales que aún subsisten. Deberían haberlo hecho ya, pero hay que declarar que, si bien han dado notables pasos de avance, han dado también algunos de retroceso. De todas suertes, lo hecho es muy poco en relación con lo que hay que hacer.

Si los elementos intelectuales de más valía, a los ojos del país, cumplieran siempre su apostolado y crearan grandes movimientos de opinión en favor de ciertas reformas absolutamente necesarias, estas reformas se realizarían y la conciencia cubana se consolidaría cada vez más.

Es consolador y es edificante ver cómo hay un grupo de hombres de pensamiento que saben cumplir con ese deber. Entre ellos se destaca una figura de gran relieve revolucionario, que he de mencionar por la significación especial que tiene su actuación presente, dado el alto cargo electivo que ocupa: el doctor Enrique José Varona, Vicepresidente de la República. La mayoría de los hombres públicos asumen, desde las alturas de un cargo como el que ocupa el doctor Varona, una actitud distinta, en sus actos y opiniones, a la que asumieron antes. El doctor Varona no ha procedido así. En todos sus actos ha

seguido demostrando que el interés nacional está para él por encima del interés de partido; en todas sus frases ha seguido predicando la necesidad de mantener vivo y alto el sentimiento cubano y de formar un país “de veras nuevo”; y cada vez que ha sido solicitado su concurso para robustecer esa tendencia, lo ha prestado sin vacilar. Siempre que el bien público lo ha exigido, ha hablado claro y bien, sin pensar que en el orden de la conveniencia personal más convenía callar. Ni los años, ni el bienestar, ni el interés, ni los honores, le han hecho olvidar cuáles son sus deberes para con la patria, como intelectual y como revolucionario.

Ninguno de los que están en análogas circunstancias debían olvidarlos un solo momento. La patria está más que nunca necesitada de ellos. Vuelve hacia ellos los ojos, ansiosa de oír su voz. Ellos atesoran una larga historia de abnegaciones y sacrificios, y atesoran también vasto saber y sana experiencia. La juventud inteligente, briosa, activa, deseosa de luchar y de llenar dignamente su misión de porvenir, necesita ver siempre en ellos los abanderados de la conciencia nacional.

MAX HENRÍQUEZ UREÑA.

Septiembre 12 de 1915.

MANUAL DEL PERFECTO FULANISTA (*)

(APUNTES PARA EL ESTUDIO DE NUESTRA DINÁMICA
POLÍTICO-SOCIAL)

INTRODUCCIÓN



AY, como es sabido, dos clases de crítica radicalmente distintas: la negativa, que desdeña en seguida lo que no comprende íntegramente, busca y abulta los defectos según el sentir corriente, y concluye negando la belleza y utilidad de la obra; y la positiva, que depone toda pasión, todo prejuicio, busca la identificación con el autor, persiguiendo lo que haya de importante, ecuménico y perenne en su medula, y obtenidos los quilates de la obra sabe ordenarlos en el encadenamiento universal histórico. La primera se ejercita como de noche, con el auxilio de una linterna, en tanto que la otra requiere luz meridiana y un punto de vista desde el cual no se deje de ver nunca el horizonte.

De ambas, aplicadas a lo social y a lo político, la primera resulta demoledora y la segunda constructiva. Aquélla es más sentimental que reflexiva, enciende las pasiones y con ellas actúa de abajo a arriba merced a su rápida reacción sobre las muchedumbres: es la crítica de los períodos pre-revolucionarios. La otra—con más derechos que la primera a la legitimidad del nombre de crítica—es esencialmente reflexiva, escapa a las multitudes, a las que jamás llega pura; actúa de arriba a abajo y corresponde a la época que sigue a la Revolución. Su misión,

(*) Introducción e idea o plan general de una obra así titulada, actualmente en prensa.

importantísima, es la de contener las reacciones del pasado—la de arriba y la de abajo—todo el tiempo que tardan en cristalizar y solidificar las nuevas instituciones creadas por la Revolución. Así Voltaire, Rousseau y la Enciclopedia, con su visión todavía imperfecta de la humanidad, engendran a Mirabeau y los oradores de la Convención; y la filosofía compleja y apurada de un Hegel, repartiéndose sin desintegrarse en los hombres del siglo XIX, culmina en la aparición del positivismo y la creación de la ciencia sociológica, después de infinitas luchas contra los negros y los rojos, contra los Metternich y la Santa Alianza y contra “La Internacional”. Las anticipaciones anacrónicas, como los *Principii di una scienza nuova*, de Juan Bautista Vico, quedan en la sombra y sólo aparecen un siglo después, cuando debieron haber nacido.

En Cuba, apreciadas las relaciones, puede observarse la misma evolución. Primero la crítica implacable, acerba y demolidora contra la barbarie colonial española, símbolo, para el cubano esclavizado, de toda injusticia, toda iniquidad, todo dolor; después el período incierto, que toca ya su fin, de ensayos y tanteos; y por último los albores de una serena crítica positiva, levantada y fecunda (1). Nuestra patria comienza ahora a luchar con sus propias fuerzas contra las reacciones del pasado. La negra—que entre nosotros es áurea—y la roja: el capitalismo extranjero la primera, y la demagogia de los ex siervos la segunda. Nuestra misión ha de ser, pues, consolidar las conquistas de la Revolución Redentora y preparar los ideales para el porvenir.

No importa que el ignaro, el miope y el pesimista—si todos tres son algo más que uno solo—no perciban este movimiento preciosísimo que se opera en los espíritus. Es privativo de la estupidez esa imposibilidad de comprender nuestra situación presente como un punto medio entre el pasado y el Ideal; y quien no puede alcanzar esa visión integral histórica antes de juzgar a los hombres y de extraer de sus hechos el residuo que los representará en la cuenta final de cada etapa humana, difi-

(1) Tócale a CUBA CONTEMPORÁNEA la gloria de haber sido como el primer destello de esta aurora que ya se anuncia con clarísimos tintes en el porvenir de nuestra patria.—*Nota del Autor.*

cilmente podrá apreciar las gradaciones psicológicas individuales en que se apoya un instante la Gran Corriente, impulsión ignorada e irresistible—clave de nuestra vida—, como para dejarnos de su infinita fuerza una prueba, una señal sagrada, y con ella el anhelo eternamente renovado de seguir con entusiasmo este camino, cuyo fin desconsolador a nadie escapa.

Innegable, desde luego, es que todavía se hace—y se hace desenfrenadamente—entre nosotros aquella crítica que sólo ve lo imperfecto, y diríase como que se complace en exhibirlo, en exagerarlo, y en convencernos de la inutilidad de todo esfuerzo que no sea empleado en la satisfacción de nuestras necesidades corporales más rudimentarias.

Pero esa crítica no hace daño desde el momento en que la otra, la que edifica y levanta el espíritu, aparece y se impone entre los hombres de energía y de acción, entre los hombres sanos de cuerpo y de espíritu, valerosos, fuertes y alegres. Aunque subsista—como subsistirá en todo lo que nuestro pensamiento racional abarca del futuro—la crítica que niega, estruja y macula, sólo servirá de pasto a los impotentes, los mezquinos y los obtusos, mortalmente enfermos de manía persecutoria, de tristeza y de envidia...

* * *

Los agentes y sostenedores de la crítica pesimista en Cuba, aunque admiten otras subdivisiones, pueden dividirse en dos grandes grupos: los políticos no satisfechos, y los que han convertido su pesimismo en un “bovarismo” de sí mismos, de un lado; y los que viven de explotar temporal o perennemente su pesimismo, del otro.

Visitad un periódico político en su intimidad y observad las instrucciones cerradas que tienen sus redactores, así esté el director al lado del Gobierno, en frente de él, o “en estado de merecer”, que podríamos decir. Si gobierna el amigo, todo está a pedir de boca y los adversarios políticos son unos bandidos, unos “tiranos” (!) ladrones, enemigos del pueblo, etc. Pero todo eso lo escribe el articulista sin sentirlo, sonriendo, charlando de mujeres y de “base-ball” con los compañeros. Y si

gobierna el enemigo (o simplemente el que gobierna no es amigo del director, aunque consienta en subvencionar al periódico), entonces todo se hunde, el Presidente es un tirano, sus hombres ineptos, orgullosos, concusionarios, la República una fiesta de ñáñigos y el porvenir una cosa negra, oscura y pavorosa. Y en tanto cumple su misión y llena sus cuartillas de terribles negruras, el periodista encargado de la diaria tarea de encontrar algo mal hecho fuma plácidamente su cigarro, comenta el chiste del compañero o el tópico del día y se prepara *in mente*, para cuando suban “los suyos”, a hacerse pagar con un buen sueldo del Estado su forzado mal humor de cada día. Eso es la prensa política, salvando las naturales categorías que el sentimiento y el intelecto individuales establecen, formando una extensa escala, no siempre perspicuamente definida, entre el chantagista vulgar y el filósofo, profundo concededor de la realidad.

Y por eso el liberal sólo lee los diarios liberales, y el conservador los suyos: cada uno se convence cada día de lo que ya está convencido...

“y el mundo, en tanto, sin cesar navega
por el piélago inmenso del vacío.”

El otro grupo de pesimistas de la prensa es ya más constante, y a veces sincero. Es el tipo que Paulham estudia entre sus caracteres (2), y en los que predomina “la asociación por contraste”; son incapaces de concluir un esfuerzo prolongado y padecen amargamente con todo lo que hacen los demás, bueno o malo; se inclinan a negarlo todo, a befarse y reirse de todo, lo mismo de lo que admiran y envidian como de lo que desprecian; y aunque su risa es amarga y dolorosa, logran luego una manera de vivir en esa labor y acaban por acostumbrarse a ella. Su público es enorme en todas partes, porque lo forman, además de los impotentes y los ruines, la gran masa de los inclasificables y hasta el espíritu fuerte, dominado alguna vez por las inevitables pasioncillas que en la dura lucha por la vida saltan como parásitos dentro del alma más pura.

(2) *Les Caractères*. Fr. Paulham. Alcan, éditeur, Paris.

Lógicamente, ni el pesimismo del político no satisfecho, ni el del envidioso sistemático, deberían ser tomados en serio. Pero como ya se dijo, cada quisque no hace más que buscar escrito lo que él piensa y siente; y la conclusión subsiguiente—tristísima por cierto para el género humano—es una de las muchas convicciones pesimistas que debe tener todo buen optimista.

Por otra parte, nuestro pueblo cubano está actualmente en el período de decepciones que sigue a toda revolución. Sufrió siglos de injusticia regimental, soportó audacias sin límites, defraudaciones escandalosas y sistemáticas, padeció persecuciones de todo género, y oyó en las voces de “República”, “Igualdad”, “Justicia” y “Patria”, la redención de todos sus dolores hereditarios y temporales. Aquellos infelices desesperados soñaban unos gobiernos paternales y milagrosos, capaces de contentar a todo el mundo, de nivelar las fortunas, de hacer del estúpido un sabio y del sabio una persona que no humillase jamás a los otros; soñaban con Presidentes cubanos que tuviesen tiempo para gobernar, y además para escuchar todas las peticiones, todos los ruegos, todas las cuitas, para dejar a todos satisfechos y convivir entre sus ciudadanos como un padre de familia bonachón y displicente...

Para nuestro pueblo, todas las injusticias, las calamidades públicas, los entorpecimientos de la marcha administrativa, los errores, los fraudes, las dificultades menores, la contrariedad mínima,

“the law’s delay,
the insolence of office and the spurns”

—que dice Hamlet en su famoso monólogo—, todo era efecto de la gobernación colonial.

Y la República, naturalmente, ha traído mortales desilusiones. De ellas se han valido los enemigos de Cuba, vencidos rencoresos y cobardes, para exclamar que nada ganamos con dejar de ser esclavos y para sugerir insidiosamente en los espíritus apocados las más negras ideas de escepticismo: “no se peleó para unos cuantos, ni para ver ondear la bandera en el Morro”, “no se peleó para que se siguiese defraudando al Estado y cargando al país de empleados y de empréstitos”...

Eso dicen, y engañan con la verdad, polarizándola, que es la peor de las mentiras. Y no todo el mundo es capaz de darse cuenta del engaño y de la intención perversa que late en esa falsa queja, porque es sutileza harto abstrusa esta tendencia humana de sacrificarlo todo a sus grandes Ideales y de sentirse empujada siempre al sacrificio. El hombre materialista por estupidez, ve únicamente el mecanismo universal de la materia, del organismo animal, y niega que en la vida haya otra cosa. Lo mismo pensaría el buey: sumando sus momentos de pasto y descanso en que vive a sus anchas, se siente verdaderamente buey y ve a las otras bestias pacer lo mismo que él. Pero llega un momento en que el hombre de alta misión de humanidad, como el labrador a sus bueyes, unce a su yugo al hombre-número y le hace trabajar en la eterna labor de abrir el surco y sembrar la semilla... Cuando reposa el labrador, vuelve el buey a su pasto y el hombre-número al suyo. Ninguno de los dos sabría darse cuenta de lo que hicieron; y sin embargo, para eso únicamente vinieron al mundo... Tienen razón, así, los materialistas cuando niegan que haya otro impulso en la vida, fuera de los sensuales apetitos...

El hombre de pensamiento audaz y fuerte sabe que la República—tal como la constituyen los hombres de nuestra época—no puede ser el *desideratum* asequible al hombre. Pero toda forma de gobierno es admisible cuando mantiene entre los hombres la libertad, la equidad y el orden, como elementos necesarios para garantizar su íntegro desarrollo a la individualidad, jamás antisocial, ni disolvente, ni coercitiva, cuando es sana y se nutre verdaderamente de aquellos tres elementos básicos de la vida moral.

Cuba republicana mantiene la libertad—que es la base primera—y un orden suficiente. Y si es cierto que todavía no ofrece la equidad a la altura de las otras dos bases propuestas, no es precisamente la turbamulta de apetitos vulgares la que puede quejarse—que ella hasta el presente ha impuesto sus desafueros como ley—, sino las individualidades superiores y universales, reducidas a la impotencia por ese mismo pesimismo desalentador y ese afán colectivo de satisfacciones materiales que predomina hoy en nuestro pueblo.

Todo ese pesimismo (3), esa especie de manía persecutoria del descontento y la desesperanza perennes, esa crítica negativa—ya sincera, ya apasionada o interesada—, parecen llegar ahora a la conclusión de que en Cuba, por su relativa pequeñez junto al hoy coloso anglosajón del Norte, no puede llegarse a crear una nacionalidad vigorosa y definida. Y no es cosa de repetir aquí los mil ejemplos vivos que prueban no ser la extensión territorial precisamente lo que da a los pueblos su unidad y su papel en la Historia. Son, por el contrario, los hombres, como hacen pequeños a los pueblos grandes, los que hacen grandes a los pueblos pequeños. Y cuando se dan bajo el mismo cielo un José Antonio Saco, un Heredia, un Martí y un Maceo—pensamiento, verbo y acción—, sólo falta que se reconozca a esos hombres y se les comprenda para que se produzcan un gran pueblo y una nacionalidad indestructible...

“Porque sería cosa ridícula—escribió en su exordio a la *Vida de Demóstenes* el más útil sabio de la Grecia decadente—que hubiera quien pensase que Julida, parte muy pequeña de una isla no grande como la de Ceo, y que Egina... habían de haber llevado excelentes poetas y no habían de poder producir un hombre justo, que se bastase a sí mismo, que tuviera juicio y fuera de un ánimo elevado. Porque lo natural es que las otras artes—que se alimentan con el trabajo y la fama—se marchiten en pueblos humildes y oscuros, y que la virtud, como planta fuerte y robusta, arraigue en todo terreno, si prende en una buena índole y un ánimo inclinado al trabajo. De donde se sigue que si nosotros dejamos de pensar y conducirnos como es preciso, esto deberá justamente atribuirse no a la pequeñez de la Patria, sino a nosotros mismos.” (4)

Negar esto es negar sistemáticamente toda razón y caer de lleno en el más grosero de los panglosismos. Los pueblos grandes son grandes, y los pequeños... pequeños. Un dios idiota preside los destinos de todos los hombres—tan idiotas como él—y hace y deshace pueblos según le place a su divino capricho. Los Estados Unidos de Norte América, por ejemplo, y según esa “teoría”, tienen millones de hombres y de dólares, de fábricas

(3) José Sixto de Sola, nombre nuevo que ya suena entre las esperanzas de la patria, publicó en el número de diciembre de 1913 de CUBA CONTEMPORÁNEA un acabado estudio sobre *El pesimismo cubano*, que es necesario conocer para explicarse las causas y falta de fundamento lógico de este pesimismo.—N. del Autor.

(4) Plutarco.—*Las vidas paralelas: Demóstenes*.

y de cañones, porque son fuertes y son ellos... Y son fuertes y son ellos porque tienen millones de hombres y de dólares, de fábricas y de cañones. Verdades de Perogrullo, que, no obstante su absurdo, son el único residuo que dejan las graves opiniones de muchos *sesudos homes* al ser sometidas a un riguroso análisis crítico.

* * *

Cuba arribó a su ideal revolucionario llorando la pérdida de sus más preclaros hijos; porque a excepción del viejo caudillo Máximo Gómez y del muy ilustre prócer Calixto García Iñiguez—que por desgracia apenas sobrevivieron—, todos sus verdaderos pastores, sus “hombres-faros”, grandes por sí y por su prestigio popular, quedaron allá abajo, en la manigua gloriosísima, purificando con sus huesos la tierra profanada por la planta cien veces repugnante del déspota.

Pero, con todo, nuestros hombres de hoy, ciega y sistemáticamente censurados y desacreditados por la pasión política, el pesimismo tonto y la irreverencia incivil del pueblo que hasta ayer fué educado y tratado como esclavo, no son malos de una manera singular y absoluta. Por el contrario, puede afirmarse que contamos con verdaderas capacidades científicas en diversas especialidades del Derecho y las varias ramas de la Sociología, perfectamente aptos para actuar con ventaja en cualquier nación de Europa.

Nuestro pueblo ignora esto, y con imperdonable simpleza cree más apto y más capaz al último *Mister, Don, Monsieur* o *Herr von Tal* de quien tiene noticia por los cablegramas de la Prensa Asociada, que al más inteligente y sabio compatriota.

Empero, es preciso que pongamos seriamente la atención en las causas de este prejuicio contra todo lo nuestro.

Formarse *una opinión* acerca de cómo baila una danzarina, es absoluta y radicalmente distinto a deducir una conclusión crítica de la capacidad de un hombre de estudio. Sin embargo, entre nosotros se da cien veces cada día el caso de *opinar* paladinamente de un pensador o jurista, un sabio o un artista, con la misma ligereza, el mismo método y las mismas razones con que se acepta o rechaza no ya el arte de una danzarina, sino

la más vulgar cuestión de *gusto*: una compota de frutas o una marca de cigarrillos.

Es inútil que se haya vivido durante treinta o cuarenta años dedicado al estudio de una especialidad de la sociología, del derecho o de la estética. Cuando nuestra actuación en la política perjudique al granujilla explotador de la buena fe popular, éste nos acusará gratuita y escandalosamente de inepto, de estúpido o de *intelectual*; dirá que cuando teníamos veinte años usábamos la corbata verde y los zapatos con tacones altos; el caricaturista asalariado nos presentará al público con esa corbata y esos zapatos... y nuestra autoridad vendrá al suelo. Sería inútil tratar de defenderse alegando que si es verdad que gastábamos entonces los tacones muy altos, no es menos cierto que después, durante veinte o treinta años, estudiamos con provecho el derecho internacional, la economía política o el teatro de Esquilo. Para nuestro pueblo seremos siempre "el de los tacones altos"; y, por consecuencia, completamente ineptos e incapaces.

Y mucho más que nosotros—naturalmente—merecerán su respeto Mister Smith, Don José de los López, Monsieur Dumont o Herr von Marek. De estos individuos nuestro pueblo no conoce los detalles de su "toilette" juvenil, ni sus flaquezas, ni sus fracasos. Ese extraño será siempre *el desconocido*; y pese al viejo refrán castellano, mucho más vale malo por conocer que bueno ya conocido.

¿Qué reputación puede considerarse sólida en un medio ambiente así? (5)

(5) En una memorable sesión de la Cámara de Representantes (Legislatura cerrada en marzo de 1915), el doctor Orestes Ferrara—figura parlamentaria que también tendría significación en cualquier parlamento europeo—, refiriéndose a los conocimientos científicos en materia de hacienda pública del Dr. Leopoldo Cancio, profesor eminente de nuestra Universidad Nacional, colocó al sabio cubano en un parangón con Antonio Cánovas del Castillo y afirmó concienzudamente la inferioridad del funesto estadista español en aquella materia... ¡Mejor le hubiera valido afirmar que José Martí fué un pobre diablo! Pero ninguno de los escandalizados con esa convicción, fácilmente demostrable, del Dr. Ferrara, es capaz de hacer un juicio crítico de las facultades del Dr. Cancio o de Cánovas. La sencillísima explicación del caso está en que esos buenos señores representantes están oyendo hablar de Cánovas, con devoción fanática, desde sus años de la escuela. Y al Dr. Cancio no lo conocen sino por las caricaturas de *La Política Cómica*. El caso es típico y resulta más elocuente que todas las explicaciones: así es como el cubano de hoy juzga a sus compatriotas y habla de sus méritos.—N. del Autor.

El cubano de hoy, mayor de treinta años, no siente absolutamente ningún respeto por sus compatriotas. Conserva en la memoria las lecciones de Historia de España que aprendió en la escuela, y en el alma el sedimento de menosprecio por lo de “la perla de las Antillas”, que hacía sentir la educación del régimen ibero-católico. El hombre-número de la muchedumbre, lo mismo rico que pobre, es una especie de autómata que anda siempre en el mismo sentido en que le fué encaminada la máquina: su alma. Y nuestros hombres-números de hoy tardan en convencerse, o no se convencen nunca, de que Cuba es un país pródigo en hombres extraordinarios, porque la escuela colonial les enseñó a admirar solamente lo de mares afuera. Es inútil que se les muestre cómo los hombres extraordinarios de España, de los Estados Unidos o de Alemania, no valen un ápice más que los nuestros, y cómo deben su mayor hueco en la amañada historia *oficial* que hoy se escribe en Europa, a causas históricas y sociales ajenas a ellos. El alma de las muchedumbres no se cambia con la misma facilidad que se convierte una colonia en República; y para nuestras muchedumbres de hoy, lo único *genuinamente* cubano que podemos ostentar sigue siendo lo que nos “permitía” el Ministerio de Ultramar: el negrito, la mulata, la hamaca, el tabaco, la guajira, la rumba, el “chévere cantúa” y el pasmo de admiración y acatamiento por todo lo extranjero. Nuestros héroes fueron unos locos soñadores y en Cuba se secó la semilla de los grandes hombres...

Lo único que el ex colono español de hoy admira en sus coterráneos, es una fortuna considerable y la habilidad para crearse esa fortuna, sean cuales fueren los medios que se empleen para alcanzar tal fin. ¿No era ese el mismo *idearium* de la época colonial?

Pues por eso afirmamos que nuestros hombres representativos de hoy, destacados del resto de audaces y cretinos que los rodean, no son como se les supone vulgarmente. Son, por desgracia, los más serios y capaces, los mejores patriotas—alejados del exhibicionismo contemporáneo—a quienes peor conoce nuestro pueblo, y quienes resultan más acerbamente combatidos por los mediocres. Estos, en cambio, no enmudecen nunca, ahogan las voces de aquéllos con su inacabable gritería, y para desta-

carse del montón gregario apelan muchas veces al recurso de Eróstrato: arrojar sobre los más puros y más respetables el fuego de la calumnia y del insulto.

Cuba, con relación a su número de habitantes y a su papel actual en la Historia, tiene plétora de hombres capaces de dirigirla relativamente igual o mejor de lo que sean capaces de dirigir sus respectivos pueblos los más conspicuos hombres de estado de la orgullosa y sanguinaria Europa.

Este es nuestro postulado y debe serlo también de todo individuo en posesión de un juicio propio y sano, capaz de haber aniquilado para siempre en sí mismo los absurdos prejuicios que nos sembró en el alma la colonia. La *opinión* no es el *gusto*; y oponerse a estos razonamientos con una simple *opinión* apriorística y caprichosa, recabando el famoso “derecho de opinar” y la extemporánea libertad y variedad “de gustos”, es denunciar que se habla con femenina ligereza, sin fundamento racional de ninguna especie, y dominado por un servilismo irredimible del alma.

O por algo peor: por tan bajas pasiones como la envidia, los celos de clase o el rencor de vano origen político.

* * *

Es verdad que esos hombres representativos prometen siempre “arreglarlo” todo, y no es menos verdadero que “las cosas andan mal”...

Así andan, desde que el hombre tiene conciencia de sí mismo, en Cuba y en todas partes, en la colonia y en la República, en la miserable aldea semibárbara, como en la prepotente ciudad de ocho millones de habitantes. El político no es un filósofo, ni tiene por qué decir estas cosas razonables a sus electores. El pueblo pide afirmaciones y promesas, no razones; y si no le afirman que “todo se va arreglar”, busca al que se lo afirme y se lo jure—aunque sea sobre un atributo ñáñigo—, y lo elige sin vacilaciones. Al día siguiente se da cuenta de su error y... vuelve a buscar quien lo engañe...

Pero si no oye otra voz que la del pesimista o la del político en quien ya no cree, su desesperación puede llevarle a la este-

ilidad. Por eso ahora, que nuestro pueblo alcanza los límites de la exasperación, es cuando surge esta crítica positiva; y voces puras, unguidas “con el sacro deseo de lo futuro”—que dijo Martí—e inspiradas por una amplia y científica visión histórica, hablan al alma de nuestro pueblo—hombre por hombre—y le enseñan cómo su dolor es universal y llevadero, su desesperación infundada y su porvenir seguro, envidiable y hermoso.

Los vicios de nuestros políticos son nuestros vicios, los que nos dejaron cuatrocientos años de coloniaje y servidumbre a un pueblo infeliz, un pueblo como el español, implacablemente maltratado por sus reyes y sus sacerdotes. En Cuba no es todavía una realidad el Ideal completo de la Revolución, porque aquel ideal no podía subsistir intacto sobre la generación que ahora nace y que empieza a hallar las flaquezas del ideal revolucionario y a forjarse el suyo. Máximo Gómez y Maceo realizaron su empeño de expulsar del territorio de Cuba al Ejército de España, pero Martí no realizó aún el suyo de borrar de nuestras almas los estigmas coloniales. Lo que importa es lo realizado de aquel primer ideal: la Libertad. Un hombre puede hacer una casa, cien o mil: una ciudad no puede más que planearla; así una generación podrá hacer una revolución y convertir en República una colonia, pero no crear una nacionalidad definitiva y sólida: alcanzará, cuando más, a soñarla, a presentirla... ¿Quién sabe lo que será nuestra pequeña patria en la futura Historia de América? Nosotros sólo sabemos que cada pueblo se dicta su historia, y llamamos a la puerta de cada compatriota para invitarlo a salir al ágora y llenar sus deberes sin desmayos y sin imprecaciones femeniles y estériles: mientras la pluma esté en nuestras manos, nadie fuera de nosotros escribirá nuestra historia.

La cuestión es saber si debe seguirse el consejo del enemigo de ayer, del irritado y del inconsciente, que proclaman la inutilidad de todo esfuerzo, o el del hombre joven, lleno de nobles ambiciones y de fe en el porvenir, que predica con el ejemplo de su vida obscuramente heroica, y que triunfa a despecho de la elección de los medios considerados inútiles.



Admitiendo que entre nosotros quedan muchos de los vicios de la colonia, preciso es reconocer que sin despertar en nuestros políticos la cabal conciencia de su función individual dentro de la colectiva—lo que a vueltas de mucha crítica no se ha intentado todavía—, resulta inocente esperar de esos políticos una labor positiva e inteligente, como la extirpación de aquellos vicios demanda.

Tenemos hombres, capacidades y energías; pero nos falta organización, *jerarquización*, y que cada fuerza actúe proporcional, ordenada y constantemente en su propio sentido. Y es lo que nosotros nos proponemos con este ensayo. Cuando de la simple práctica hemos podido obtener algunas leyes dinámicas, cábenos racionalmente la esperanza de contribuir a la verificación de éstas con su enunciación y estudio.

Ni la lucha, con sus innumerables aspectos y alternativas, ni la amarga censura, ni el pesimismo, ni la injusticia en pequeño, podrán evitarse jamás. Lo que urge es dar a aquella lucha la fijeza estructural que reduzca todos sus movimientos a un orden científico y constante. Es la labor de la crítica positiva, que ejerce su acción edificando, aprovechando todos los materiales existentes y apartando únicamente aquellos cuyo empleo perjudicaría a la solidez de la obra. Es obra de nacionalización y, al propio tiempo, de consuelo y apaciguamiento para el desasosiego del sencillo ciudadano, aplastado por la implacable crítica del adversario político que todos los días amenaza con la revolución, la “intervención” y el apocalipsis.

Y a este último propósito débese también la gráfica que acompaña al presente trabajo. Es necesario que el pueblo se dé prácticamente cuenta del conjunto de nuestra estructura político-social, de la manera como se desenvuelven y actúan a la vez todas las influencias, aspiraciones y ambiciones de los hombres que dirigen el país; y que adquiera la certeza de que mientras no se rompa completamente ese equilibrio, tanto la gritería del correligionario como la del adversario deben oírse tranquila y serenamente, tratando siempre de adivinar quién lleva más desinterés, más amor a Cuba y mejores aptitudes para el desempeño de su misión política.

Lleva, además, otra ventaja la citada gráfica. Trata de en-

señar cómo el “fulanismo”, para llegar a ser fuerte y triunfar, necesita de múltiples fuerzas que uno solo de los grupos de *directores* o de *colaboradores* no puede suplir completamente. Insistiendo en esta lección, podrá evitarse tal vez la repetición de unas elecciones como las pasadas parciales del año 1914, que ahuyentaron de las urnas a más de las dos terceras partes del cuerpo electoral y permitieron que hayan alcanzado las prerrogativas del poder individuos señaladamente ineptos y sin prestigios, ni social ni político, de ninguna clase. (6)

Nosotros, que pretendemos convencer a nuestros críticos desesperados y a nuestros pesimistas irracionales, de la inconsistencia de sus juicios acerca de los problemas cubanos, no podemos negarnos la extrema gravedad de ese espontáneo retraimiento popular en la hora de elegir mandatarios.

De repetirse ese fenómeno—que tal vez lleve en sí una prueba del innato civismo de nuestro pueblo—, llegará indefectiblemente el día en que resulte un Gobierno artificialmente elegido. El partido al que le haya tocado perder, acusará al triunfante de ilegítimo e inaceptable, extremará sus ataques contra él, y las violencias de los de abajo arrastrarán a los directores en el mismo funestísimo declive. El pueblo no se detendrá a pensar que él NO ELIGIÓ A NINGUNO, sino que dará la razón a los que le digan que el Gobierno constituido es ilegítimo... Y se lanzará a la revolución, al suicidio tal vez.

Y es que nuestros hombres públicos no son absoluta y totalmente inútiles, pero la pasión política no ha hecho selecciones a

(6) Por ejemplo, cierto joven hijo de un ex Presidente de la República, no puede ser en sana lógica el candidato de un liberal consecuente y dignamente dueño de su voto. Ese joven carece en absoluto de historia política, se le conoce públicamente por causa harto desventajosa para él: por haber tenido una reyerta a tiros en el sitio más concurrido de la ciudad de la Habana... Y no hace tres años que salió de la Universidad, donde no se distinguió como un buen estudiante. Su designación se debe en gran parte a la atomización de las agrupaciones políticas, y su elección para representante del pueblo de Cuba, por el gran partido liberal, que tantos próceres de la patria cuenta entre sus filas, es cosa que no puede conocerse sin un movimiento de estupor y de repugnancia. Pero otros ejemplos pudieran citarse: ciertos nombres que sugieren la idea de un nepotismo vergonzante... El hombre público de Cuba que ignore los gravísimos peligros del nepotismo, en nuestras repúblicas latinoamericanas, cae fatalmente en uno de los términos de este dilema: o supina ignorancia, o complacencia culpable con sus debilidades domésticas. Cualquiera de los dos términos puede llevar insensiblemente a graves extremos, de fatales consecuencias para Cuba.—*N. del Autor.*

la hora de verter injurias, de "chotear" y desprestigiar al adversario. Por ello el pueblo, lejos de establecer categorías y tratar de seguir a los mejor organizados, fué primero, como alelado, detrás de los que más ruido lograban meter y ha acabado por quedarse en su casa. La Prensa cubana—si es que existe en Cuba una prensa verdaderamente cubana—tiene una parte de responsabilidad no pequeña en esta lamentable confusión de valores, en esta falta de equidad y de responsabilidad para el elogio y la censura, de que va resultando la desorientación y la escéptica indiferencia del pueblo. (7)

Hasta el presente se ha elogiado bastante y se ha censurado más, ambas cosas casi siempre a ciegas; o bien: lo primero por compromisos, debilidad sentimental o inconsciencia; y lo segundo por despecho. Nuestro apostolado es el de enseñar al pueblo a

(7) Tres meses después de escrito lo anterior, leo, hoy 8 de abril de 1915, en un diario de la Habana llegado en esta fecha a Lisboa, que al celebrarse nuevas elecciones parciales en el poblado de San Gil—provincia de Santa Clara—, por haberse anulado las celebradas en el mismo durante el 1.º de noviembre de 1914, no concurrió ni un solo elector a depositar su voto en la urna del Colegio número Uno, viéndose obligados a consignarlo así, solemnemente, los miembros de la mesa. El periódico donde hallé la noticia, de filiación liberal, acusa al Gobierno y al Partido Conservador como causantes, en primer término, de este improvisado y contundente *referendum*. Y otro periódico, en la misma fecha, arroja toda la culpa sobre los liberales, echándoles en cara su atomización, su tendencia al nepotismo y sus procedimientos peculiares de intimidación y violencia. Ninguno de ellos, empero, confiesa su parte de culpa, su campaña de ciegas censuras contra el adversario político, ora fuese un hombre puro y honrado, ora un bándido impúdico. Ninguno de ellos advierte que en su empeño de desprestigiar a los contrincantes, se han empleado los mismos adjetivos de desprecio contra el apto que contra el inepto, contra el sabio que contra el estúpido y audaz... Y a veces con más violencia contra los primeros que contra los segundos, por considerarlos más capaces de vencer, y añadirse a la pasión política la personal envidia, la secreta rebelión individual del mezquino contra el que vale más... En el mismo número de uno de esos diarios habaneros se daba cuenta de un juicio por injurias contra el Sr. Presidente de la República y se defendía al autor de las injurias, hablando de "la tiranía" del gobierno conservador. ¿Es política nacional la de injuriar a una figura sólidamente prestigiosa como la del señor Presidente de la República—sea éste quien fuese—, mientras en el Congreso y fuera del Congreso pululan los *cabezotas* y los *chiveros* a quienes tan saludable sería desacreditar y extirpar de la política para siempre? Irrefutablemente no. Y es por demás ridículo que la Prensa arroje toda la culpa a "los políticos", sin añadir los nombres de los considerados responsables para que el pueblo los conozca. ¿Acaso no fué la Prensa misma quien dió importancia a esos indocumentados cuyos nombres no saca a ningún elector de su casa? ¿Por qué los editorialistas que hablan de "los políticos", así en confuso montón, y así en montón los censuran, no se atreven a indicar uno solo de esos nombres que hasta los linotipistas deben saberse de memoria, a fuerza de haberlos repetido y seguido de interminables adjetivos encomiásticos?—*N. del Autor.*

enjuiciar por sí mismo, sin tratar de imponerle nuestras pasiones; de enseñarle a conocer de una manera sencilla y fácil el complejo mecanismo de nuestra organización político-social; de hacerle aprender cómo todos los elementos sociales—aun los que parecen nocivos—pueden ser aprovechados en aquel mecanismo cuando éste marcha con orden y regularidad. “Los defectos nacionales, como las virtudes, son elementos políticos”, dijo Martí (8). Y, por último, nuestro postulado es el de enseñarle al pueblo a distinguir el verdadero partido o gran grupo completo, del “partidito” o fracción imperfecta, aunque cuente con desproporcionadas mayorías de uno solo de los órganos parciales. Que ningún ser anda mejor por tener muchos pies o muchos brazos o muchas cabezas, sino por gozar de una perfecta y saludable armonía en su organismo.

En nuestro mundo político hay nulidades y bandidos, pero también hay grandes capacidades y hombres honrados. No confundamos a todos en la misma acerba censura, como hacen los que viven de censurar y aplaudir ciegamente, por simple cuestión de partido.

Y nuestra advertencia se dirige especialmente a los jóvenes, a los que empiezan ahora a hacer uso de su sagrado derecho de sufragio—uno de los ideales concretos de las cruentas Guerras de Independencia—y caen en la imperdonable inocencia de seguir ciega y obstinadamente a sus ídolos políticos, sin buscarse un juicio propio y personalísimo, o bien se dejan llevar por la desilusión propia y el pesimismo a jornal de los *graciosos* profesionales.

Porque algún día nosotros, los jóvenes de hoy que trabajamos o aspiramos a trabajar con lo mejor de nuestra vida por el engrandecimiento de la Patria, veremos que la Aurora Lejana, la seducción irresistible del Porvenir, siempre cercano y siempre inasequible, se para al fin y no nos brinda más aquel mágico hechizo que restañaba todas nuestras heridas y consolaba nuestras decepciones y amarguras.

(8) *Norteamericanos: Henry Građy, pág. 226.*

Y entonces, cuando no veamos delante de nosotros sino la vanidad de toda gloria, la pequeñez miserable de nuestro dolorido esfuerzo en que la vida se nos fué, y el pavoroso negror de la tumba, y pidamos un poco de respeto y de tranquilidad —con las repugnantes cuanto ineludibles concomitancias económicas que ese respeto y esa tranquilidad suponen—, comprenderemos la crueldad inconsciente que cometemos en la hora presente, al arrojar sobre el puñado de sinceros luchadores por la independencia, que prosiguen su labor heroica y oscura en la paz con el mismo desinterés que en la guerra, la formidable acusación conjunta de traidores del Ideal, concupiscentes y sensuales...

IDEA GENERAL

Acerca del gráfico o gráfica número 1, el ignorante ligero y burlón y el sociólogo estrechamente doctrinario se pondrán quizás de acuerdo para condenarlo desde luego, sin tratar, ni someramente, de descifrar su significado con el fin de aprovechar lo que pudiera encontrarse en él de práctica utilidad.

Sin embargo, si detenemos en él la vista un momento, con la atención que bien merece su nobilísimo propósito, hallaremos en seguida que en dicho gráfico está esbozado un interesante inventario de todos nuestros "bloques" u organismos representativos político-sociales, desde el rebaño de inmigrantes recién ciudadanizados para fines electorales, hasta el grupo de hombres públicos que bajo una bandera política o un nombre prestigioso rigen los destinos del país y son como remate de nuestro edificio nacional.

Como el más lerdo ha de advertir rápidamente, ese inventario está lejos de ser una sencilla relación de los poderes públicos y categorías sociales, tal como podríamos hallarla en cualquier reseña de una fiesta palaciega de Año Nuevo. Trátase de una reconstrucción sintética de los varios elementos que integran el conjunto general de la nación, reconstrucción en la cual las analogías y desemejanzas, asociaciones y disociaciones, tanto

mecánico-sociales como psicológicas, están apuradas con sujeción a un método sencillamente científico, hasta la determinación de sus partes completas integrantes, o subórganos, que son los que en el indicado inventario se enumeran.

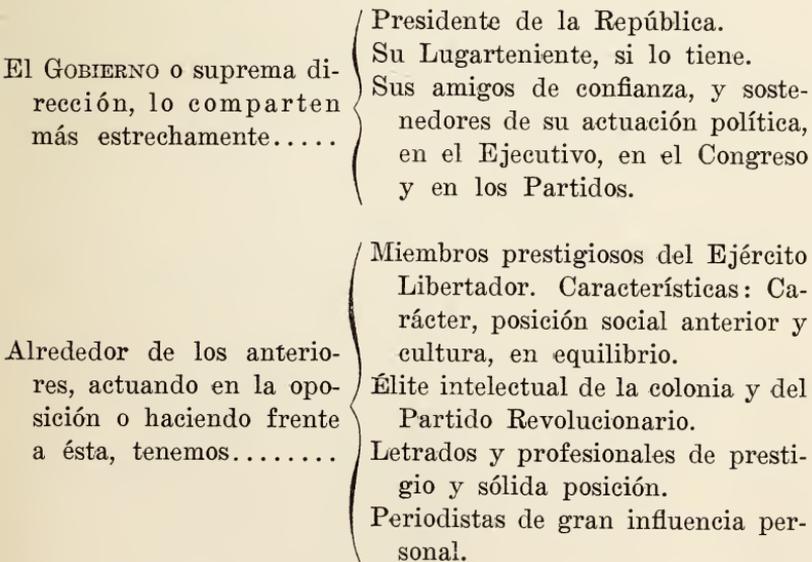
He aquí ahora con más detalles, y prescindiendo de las relaciones, dicho inventario general de suborganismos representativos político-sociales.

La primera división, pudiéramos decir “anatómica”, nos da el siguiente resultado:

Gobierno.—Directores in partibus.—Colaboradores.—Agentes o catequistas.—Masa electoral.

Y desde el punto de vista social, la invariable clasificación de *clase obrera, clase media y clase adinerada.*

La segunda división, a su vez, nos ofrece el resultado siguiente, con el cual hemos construído la síntesis gráfica que es el diseño adjunto, y el que mejor nos da una idea general del conjunto de nuestro edificio o cuerpo nacional:



Secundando a los cuales encontramos diseminados por el Congreso, alcaldías del interior, jefaturas de policía, etc., y en las Asambleas políticas menores, a los que llamaremos MUÑECONES y SARGENTOS, a saber...

Políticos de segunda fila y gran influencia en algún distrito: miembros del E. L., o profesionales, o acomodados. Características: algún carácter y poca cultura, o alguna cultura y poco carácter. Oradores, periodistas, etc., intelectuales de utilidad para las campañas políticas y de poca influencia personal.

Políticos de gran "arrastre" popular y completamente incultos.—Agresivos frente al adversario y de una admiración canina por el Jefe.

De los cuales puede desprenderse una especie de guerrilla volante, encargados de la acción en último término, para la conquista del votante, a saber

Contrafiguras: intelectuales nuevos o tímidos, que sirven de "alter ego" a algún "muñecón" o "sargento", y periodistas de mínima importancia o de importancia local.

Agentes espontáneos de propaganda política.—Favorecidos y agradecidos de humilde condición, amigos fieles y activos de los políticos de primera y segunda fila.—Combatividad innata.

Mercenarios, ex presidiarios y matones de alquiler.

La segunda división social nos da el siguiente cuadro, que por ahora no es necesario detallar más claramente:

Clase adinerada

Terratenientes, hacendados, propietarios urbanos y profesionales acomodados, procedentes de la época colonial.

Comerciantes e industriales de capitales importantes.

Terratenientes, hacendados, etc., que han hecho sus fortunas después de la República.

- | | | |
|--------------------|---|---|
| Clase media | } | Empleados del Estado.
Empleados municipales, de instituciones bancarias, empresas, etc.
Comerciantes e industriales de pequeños capitales.
Profesionales y pequeños propietarios, de instalación reciente y venturosa. |
| Clase obrera | } | Elemento obrero en general. (Las divisiones primeras no dan diferencias apreciables, fuera del mayor o menor salario y del mejor o peor orden para vivir.) |

Por último: sin fundirse con nuestro pueblo, pero aportando una importantísima influencia en la estabilidad de nuestro edificio o cuerpo nacional, forzoso es apreciar también algunos elementos foráneos cuya acción analizaremos oportunamente, a saber:

- | | | |
|------------------------------|---|--|
| Influencias extrapolíticas.. | } | Hegemonía norteamericana. (Significación internacional de nuestra estrecha alianza con los Estados Unidos, y consecuencias interiores de la misma.)
Capital extranjero.
Grandes empresarios y hombres de negocios, extranjeros y pseudo-nacionales.
Intriga católica romana. (Antagonismos de los dogmas, tendencias y tradiciones de la Iglesia de Roma con las instituciones e ideaciones en que descansan la República y la nacionalidad cubanas.) |
|------------------------------|---|--|

Para llegar a formular este inventario, nos ha sido, naturalmente, necesario realizar un extenso trabajo de análisis y clasificación, del cual haremos en los sucesivos capítulos de este MANUAL una exposición completa, previo su ordenamiento y depuración.

Por consiguiente, no se nos oculta la desventaja que se arrostra al ofrecer desde ahora estas reconstrucciones sintéticas, sin haber llevado al lector poco a poco y progresivamente hasta esas conclusiones del análisis.

Empero, el problema es más trascendental de lo que a primera vista parece. Podría afirmarse que es hacia la comprensión sintética como marcha todo el progreso del entendimiento humano, desde las tentativas de la sabiduría griega hasta los esfuerzos de la filosofía contemporánea, empeñada en revivir la metafísica ante los triunfos del seccionismo pragmatista. Pero la situación ha variado poco; y hoy, como ayer, en la dificultad de exponer y hacer comprender con el mínimum de esfuerzo todo el enorme lastre de observaciones analíticas que cada síntesis presupone, consiste la aparente esterilidad de la sabiduría humana en su propósito supremo de aumentar la felicidad entre los hombres. Para el espíritu anticientífico y superficial, la Ciencia o es un dogma o no es nada. La fe en la Ciencia, del hombre vulgar, es lo menos científico del mundo.

Ese rompecabezas que acompaña a este trabajo, y que trata de ofrecer a todo el mundo una comprensión sencilla de nuestra estática o equilibrio nacional, será para muchos—¡para muchísimos!—tan incomprensible como la realidad misma, de la que intenta ser síntesis.

Y aunque nosotros—el autor de este MANUAL y sus contemporáneos perfectamente identificados—disfrutemos de las innumerables ventajas que se desprenden de un conocimiento sintético y profundo de nuestros problemas nacionales (como el simple intento de esta obra demuestra ya); aunque con el mayor desinterés y el mejor de los entusiasmos tratemos de repartir nuestras ventajas entre los lectores de este MANUAL, es perfectamente posible que nuestro esfuerzo sea estéril, y que tan aptos como fuimos para hacer por nuestra cuenta el análisis primero, y más tarde la síntesis, seamos ahora incapaces de do-

nar como quisiéramos el tesoro que de buena fe creemos haber hallado. Es cabalmente posible que se nos honre mañana por nuestro esfuerzo de hoy, en tanto que hoy un lector y otro encaren nuestra obra y la tiren a un lado mascullando en un bostezo de asnal aburrimento:

—“¡Esto es un jeroglífico!”...

Pero no importa. Candaulo no dejará jamás de mostrar su esposa desnuda. Un dramaturgo francés contemporáneo, François de Curel, ha dejado una definitiva interpretación de este incoercible altruismo humano en su drama *Le repas du lion*. Herodoto había adelantado el símbolo en su Rey de Sardes.

* * *

El diseño número 1—sobre el cual rogamos siempre la más completa atención del lector—intenta presentar gráficamente la estática o equilibrio de nuestra nacionalidad.

Vemos como gran base de toda la alta pila de bloques al elemento obrero, sobre éste a la clase media, y más arriba la clase adinerada de la nación. Por los escalones de la izquierda vemos que la clase media se confunde, hacia arriba, con la adinerada y hacia abajo con el elemento obrero.

A la derecha, y en ángulos que se dirigen hacia arriba, podemos apreciar el apoyo que directamente prestan al “Fulano”—o representación gráfica del gobierno republicano—dichos tres elementos de nuestra sociedad: clases obrera, media y adinerada. Como se ve en el diseño, el apoyo resulta insignificante, casi nulo.

Sin embargo, una doble cuña espada, que aparece en el dibujo apoyándose por su parte más ancha en el elemento obrero y más arriba en las clases media y adinerada, atornilla—por decirlo así—a los tres bloques que representan la sociedad, otros varios bloques, los cuales van a sostener, ya con más seguridad, al “Fulano” o gobierno nacional republicano. Esa cuña la recorren habitualmente los propagandistas menores de la política de partidos, pero en puridad viene a ser el medio de comunicación, el lazo de unión entre los políticos y el pueblo, en tanto éste no muestre una más completa identificación con sus supre-

mos directores y sean éstos los verdaderos pastores del pueblo, sus guías naturales.

Cada uno de los bloques de *Colaboradores* y *Directores in partibus* representa un grupo de políticos, clasificados y agrupados con vista, no de falsos organismos legales, sino atendiendo a sus condiciones psicológicas individuales y a los resultados más constantes de su acción político-social, causas las más profundas y permanentes en ellos. El detalle de cada bloque de políticos lo hemos adelantado en el anterior inventario, y su análisis lo haremos más adelante.

Fijándonos siempre en el diseño, advertiremos que naciendo fuera de nuestro pueblo y ensanchándose después violentamente hacia arriba, a expensas del hueco que deberían ocupar las tres clases mencionadas de nuestro pueblo, se ve un alto bloque, como en forma de embudo, sobre el cual descansa también, casi a medias, nuestra República.

Ese bloque—del que no quisiéramos vernos obligados a hablar—representa varias influencias exteriores, entre las cuales la hegemonía norteamericana y el capital extranjero componen la mayor proporción.

Un patriotismo ciego y estéril estimará excesiva la importancia que a la acción yankee se presta en dicho gráfico, donde sostiene casi tanto como nosotros mismos nuestra República. La revuelta de agosto de 1906, sin embargo, y sus ulteriores consecuencias, nos obligaron a fijarle esa importancia a la acción de la hegemonía norteamericana. En aquella fecha todos los bloques de la izquierda—los políticos—se deshicieron y vinieron abajo en confuso montón, negándole su apoyo al Gobierno Republicano Nacional, que pedía un hombre, un Presidente cubano, elegido por el Congreso (9). El pueblo no actuó entonces como pueblo, sino siempre al lado de los políticos; su actitud fué de miedo, de incertidumbre, de cobarde inhibición, cuando no de anárquica violencia... Y a pesar de todo, nuestra República no vino al suelo: fué la acción yankee la única que actuó entonces, y, mal que bien, nos conservó en falso equilibrio nuestra posición internacional hasta que los bloques de los

(9) Véanse las gráficas núms. 2 y 3, al final de este capítulo.

políticos se organizaron de nuevo, lenta y trabajosamente, y fueron a ocupar su puesto debajo del "Fulano".

Cuando nuestro pueblo se dé cuenta exacta de su situación y QUIERA—en una voluntad colectiva, decidida y firme—ocupar el sitio que le corresponde al pie de nuestras instituciones republicanas, esa voluntad claramente expresada con el apoyo franco y decidido a sus gobiernos—imponiendo a éstos las condiciones *sine qua non* de ser honrados, verdaderamente cubanos y capaces—, bastará para que la acción norteamericana pierda su actual significación. Los Estados Unidos no se decidirán jamás a empujarnos violentamente a nuestra ruina material, porque ello significaría, en todo caso, su ruina moral de ellos: el principio del fin...

* * *

Obvio nos parece añadir algún encarecimiento a la importancia que reviste el propósito de inculcar en cada ciudadano el concepto de su acción político-social, con relación a la mejor estabilidad de nuestra estructura nacional: de la independencia y la libertad de Cuba.

Porque así como en nuestro gráfico el simple desequilibrio, o aumento desmesurado de volumen, de uno solo de los bloques o poliedros que componen la figura total, puede producir el desplome de toda ella, asimismo en la realidad el exceso de importancia de algunos de los "bloques" u organizaciones político-individuales, la repentina disminución de uno de ellos, etc., puede producir la temida catástrofe de nuestra nacionalidad.

Un imperio puede subsistir por la fuerza burocrático-militar que como un aro de hierro encierre todas las diferencias en una compresión brutal e invencible. Las viejas naciones cuentan, además, con la fuerza de la tradición—la tradición es una serie de hábitos colectivos—que opera en los diversos componentes una constante acción adhesiva, soldándolos unos con otros lenta pero fuertemente. También hay naciones que se han formado entre condiciones extraordinariamente favorables, como los Estados Unidos de Norte América, cuyo nacimiento fué un hecho intrínsecamente insignificante, en tanto que el ejemplo de su

feliz empirismo político-social fué a producir en la estancada Europa del siglo XVIII el efecto de un nuevo Descubrimiento, más trascendental que el de Cristóbal Colón. Washington, reducido a sus proporciones bio-psicológicas, no sostendría tal vez un parangón con nuestro Martí. Las consecuencias que han seguido a su obra personal, sin embargo, han llevado su nombre a tan grande altura, que cualquier ignorante se reirá sin duda de nuestra observación, creyéndonos cegados por el patriotismo.

Hoy mismo, y a pesar del esfuerzo de sus altas mentalidades contemporáneas, empeñadas en la labor de aquilatar en síntesis eternas de arte y de pensamiento la aportación verdaderamente original e importante que representará en la Historia al pueblo de Washington y de Lincoln; a pesar de sus proporciones gigantescas y de su invencible fuerza ante nuestra América Latina, los Estados Unidos son un pueblo sin organización jurídica, plagado de ridículos y hasta peligrosos empirismos—que no pueden servir de norma a ningún pueblo de la tierra—, ya bien lejanos de aquellos en que descansó la Constitución de 1787-89; un pueblo fundamentalmente inconexo (como acaso lo demuestre en la primera contienda internacional seria que tenga), profundamente desmoralizado en su cinemática política, y lanzado fatalmente a una política de expansión que pugna con su constitución entítica y su espíritu tradicional. Con todo eso, la providencial oportunidad de su nacimiento y las sólidas bases que fueron sus primeros sesenta años de vida, hanle dado alientos para un plazo incalculable de brillante existencia.

Pero nuestra bella patria no puede considerarse en ninguna de tales condiciones. Ni la domina una fuerza militar unificadora, ni la tradición—que entre nosotros es de rebeldía, de disociación—nos sirve para la obra actual de solidificar las nuevas instituciones, ni hemos venido al mundo en hora favorable, como en el siglo de Lafayette nació la entonces insignificante Unión Americana, cuando los hombres se sentían dispuestos a elevar altares a la Diosa-Razón y Rouget de Lisle, con la *Marseillesa*, ganaba batallas a los viejos generales del Imperio.

Por el contrario, nacimos de un tronco apodrecido, en época de imperante hedonismo, cuando dos tercios de la Humanidad se prostra ante el Dios-Capital y otra parte de ella sigue a los

nuevos mesías, predicadores de la Revolución demoledora de patrias; cuando el espíritu militar germánico resucitaba la eterna Utopía del Imperio Cesáreo y se preparaba sigilosamente para la obra que en nuestros días contempla el mundo horrorizado...

Cuba descansa—siguiendo el propósito de emplear la metáfora matemática—en un simple equilibrio de sus cuerpos componentes. Nuestra nacionalidad—como se intenta mostrar en el gráfico adjunto—es todavía una estructura informe y fragmentaria, compuesta por elementos diversos y hasta antagónicos, ninguno de los cuales tiene espíritu arraigado de disciplina ni plena conciencia colectiva, y creyendo no pocos que por sí solos forman el todo de la nación y que por lo tanto pueden pasarse sin el asentimiento de los otros.

Toda la obra a realizar, pues, consiste en despertar en cada ciudadano la curiosidad de conocer su verdadera situación, su radio de acción, sus obligaciones y dependencias esenciales; enseñar después a cada cual esos principios, con el más absoluto respeto a la Verdad, y finalmente estimularlos con algún estímulamiento simpático, comunicarles un entusiasmo exaltador para el ejercicio de esa nueva vida intensiva...

No se trata de pedir sacrificios materiales a nadie. Ossip Louirié encerraba la obra de Ibsen en esta fórmula simple: "Poseerse a sí mismo para mejor darse". El egoísta vulgar es una rata cogida en la trampa de sus sentidos corporales: todos sus movimientos parecen encaminados a buscar su provecho propio, pero jamás acierta con la salida, porque es demasiado torpe para descubrir la sencilla inversión del movimiento que abre el camino de la liberación. Cuando el egoísta es un ser inteligente, lo primero que hace es entregarse, prometerse con todo su corazón a la Humanidad, a su Patria, a los ideales de su Lar. El que resulte elegido—que todos podemos serlo en la vida republicana moderna—, obtuvo para sí la inesperada facultad de desearlo y conseguirlo todo, hasta la impunidad y la glorificación en el crimen. Un hombre que mata a otro en un rapto de ira o de celos, es un homicida despreciable; y un soldado que en defensa de la libertad de su patria destroza a veinte enemigos, adquiere para el resto de su vida un título de honor

y una causa inagotable de exaltación, de entusiasmo. Los miopes pusilánimes que tratan de erigir en sistema su sensiblería y de poner el *non plus ultra* a su estrecha visión del mundo, no acertarán jamás a explicarse esta aparente paradoja. Para ellos la Naturaleza es cruel, la Humanidad no-presente un ídolo temible, la Patria una consagración de la injusticia. Todo les molesta, les hiere, les irrita: los pobrecitos querrían que la Vida Universal se paralizase en ellos, y, como en el palacio de la Bella durmiente del bosque, que todo se dispusiese en el Universo para regalar su voluptuoso ensueño...

Si nuestra Patria, como se la simboliza en una mujer, tuviese un alma humana de madre, todavía estaría llorando la pérdida en flor de sus más gloriosos héroes; y mal podría ocuparse en pedirnos algo para ella en esta etapa grosera de nuestra historia.

Pero, aunque los abrojos del camino que ahora recorremos sean los de fragante jardín palatino en comparación con los que padecieron las plantas de Agramonte y de Martí, bueno es no olvidar que jamás fué tan difícil a Hércules y Odiseus la prosecución de sus viajes legendarios como al pasar aquél por los jardines de Onfalia y por los de Calipso éste; que a Polifemo y Caribdis y Scila pudo vencerlos el héroe homérico a pie firme, y que para resistir el canto de las Sirenas se hizo atar fuertemente a su nao.

Lo que se requiere es inteligencia, conciencia integral de sí mismo, comprendiendo la estrecha dependencia del individuo respecto a su sociedad y a la Humanidad, y acción vigorosa, impregnada de entusiasmo y de fe en la propia labor. La época de los gritos destemplados, de los denuestos, de las excitaciones colectivas, pasó ya; como pasó la época de los arranques heroicos, de las valentonadas y los prestigios intimidativos. En la hora actual—y descontada la primera necesidad de aquietamiento, de paz—lo urgente es compensar la inevitable esterilidad de la política personalista, y su tendencia a ocuparse sólo del día de hoy, con una gestión silenciosa e infatigable para obtener la implantación del mayor número posible de iniciativas. Cada iniciativa de cualquier género, alimentada por una preocupación del mañana, que nace y consigue arraigar bajo el frenético vendaval de nuestra vida nacional de hoy, es un

hueco que se llena con eficacísima argamasa, entre los intersticios de nuestra recién levantada estructura social.

Los egoísmos, las ambiciones, los anhelos todos, caben perfectamente y pueden contribuir a la obra de solidificación necesaria, cuando no se pretenden saltos violentos ni se obedece a impacencias infantiles que forzosamente comprometen el equilibrio del conjunto.

Tengamos muy presente que el primer interés de todos está en que la simbólica banderita no venga al suelo.

Y que el chiquillo que patalea cuando no consigue en el acto lo que a derechas para nada le sirve, no es un ambicioso, sino un malcriado.

Al hombre positiva y sabiamente ambicioso, después de dársele todo lo que pidió en vida, se le alzan monumentos de agradecimiento después de muerto.

* * *

En el diseño número 1—como ya se dijo—se intenta presentar una síntesis gráfica de nuestra estructura nacional en estado de equilibrio.

Considerado dicho equilibrio o *estática*, conservémosla a la vista como índice para el estudio de la *cinemática*, o análisis de nuestra organización político-social, que emprendemos en el capítulo siguiente.

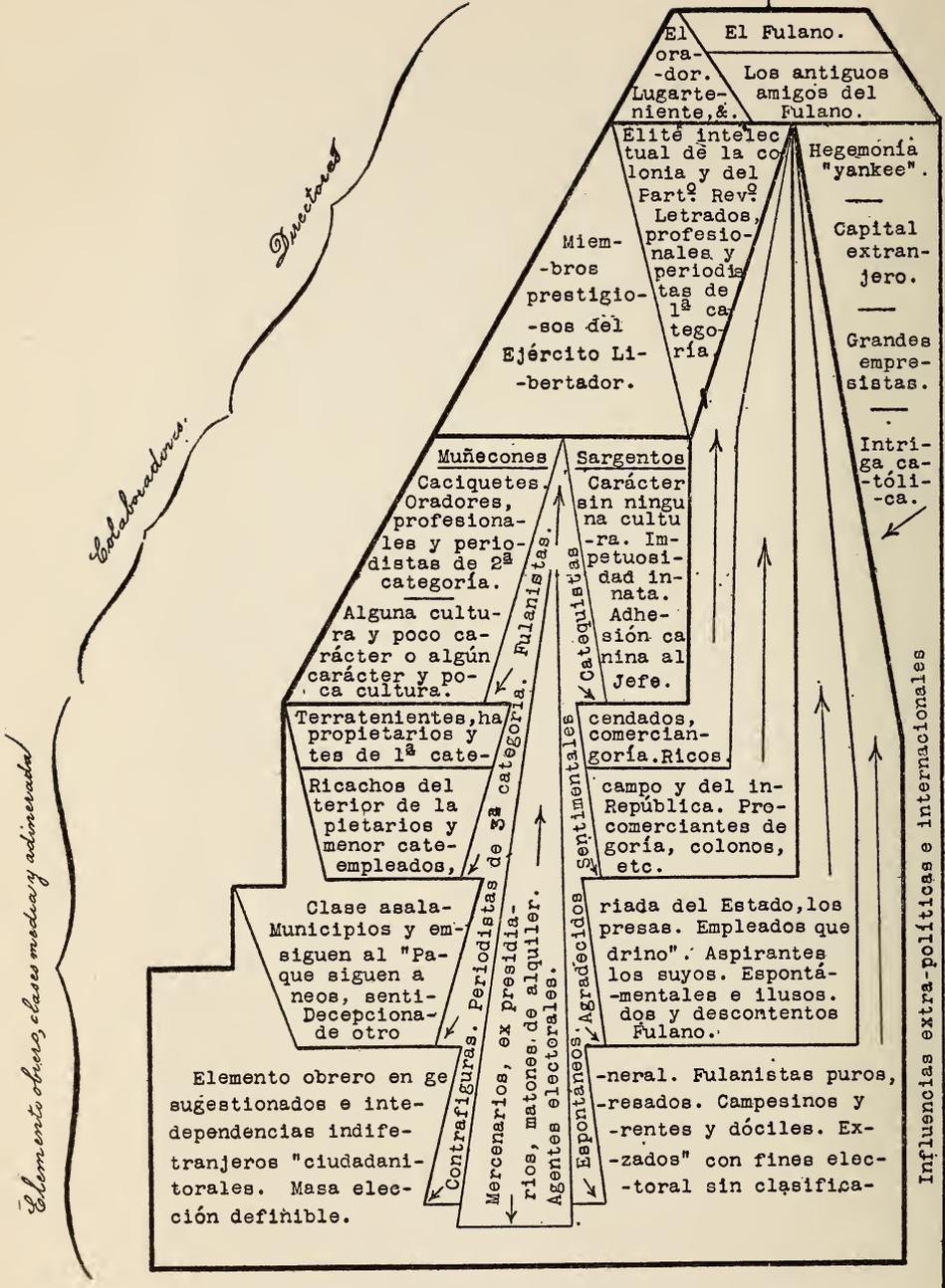
El tema es árido, y un método rigurosamente científico agravaría esa aridez. Para evitarlo en lo posible, mezclaremos la observación pura a la observación crítica y ésta a la deducción en que nuestro criterio descansa.

Aquel método serviría a la obra, porque prestaría mayor importancia a sus juicios; pero la alejaría del público sencillo, que harto hará con leerla así, a la manera de una conferencia o de un artículo.

Y nuestro propósito—digámoslo de una manera que impresione—no es tanto el de elevarnos personalmente en el concepto de nuestro pueblo, como el de elevar al pueblo en nuestro concepto propio.

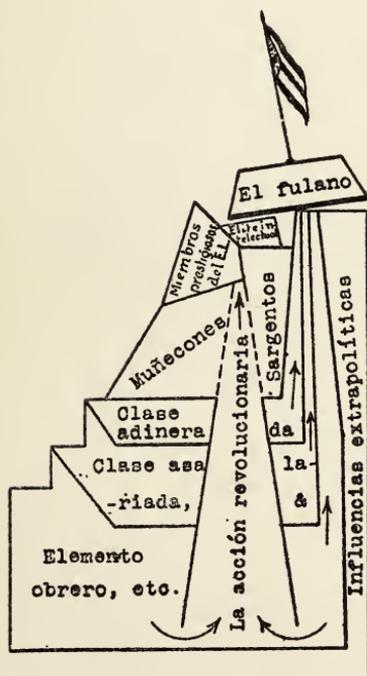
JOSÉ ANTONIO RAMOS.

Gráfica núm.º 1.



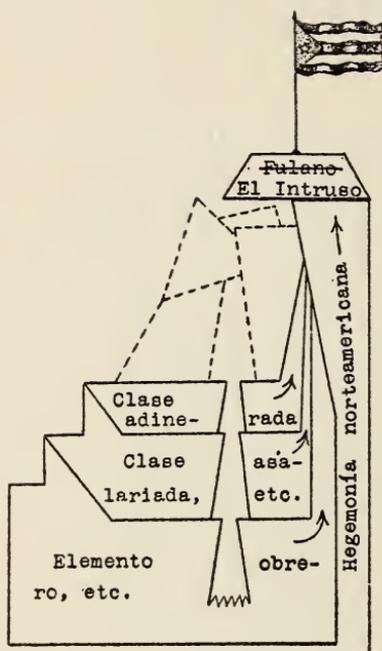
Estado actual de la nacionalidad cubana.-Cómo sus bases sociales y componentes políticos sostienen enhiesta la bandera, símbolo de nuestra libertad y nuestra independencia.

Gráfica n.º 2.-Situación política de Cuba a las tres de la tarde del día 30 de Septiembre de 1906, la fecha negra de nuestra historia republicana.



Mueficones y Sargentos predominan, anúlase la acción del intelecto, los grandes patriotas de la Revolución son apartados á un lado por el impulso demagógico de la "rebamaramba"; y el símbolo de nuestra nacionalidad, falto de apoyo, vacila.

Gráfica n.º 3.-Como fué resuelto nuestro conflicto interno por la aplicación de la Enmienda Platt (Apéndice de nuestra Constitución).



El pueblo se inhibe y deja a la acción interventora en plena libertad. El Intruso substituye al Fulano y -aunque en falso equilibrio- nuestra bandera conserva su posición internacional.

SCHOPENHAUER Y EL PESIMISMO

La verdadera ciencia del Hombre consiste en comprender que la realidad es una ilusión y que la vida es un dolor permanente...

SCHOPENHAUER.

El pesimismo schopenhaueriano traduce a maravilla las nuevas decepciones del mundo...

PIERENS-GEVAERT.



QUE durante las horas grises de un día invernal, incompatible con el estudio de patologías, cuando sentí la indecisión de no saber cómo emplear aquella tarde; y a pesar de que podía gastarla como lo deseara, nunca vi, como entonces, tan cohibida mi libertad. Acaso habría sido esta una oportunidad para que yo renegase de la libertad, o para que proclamara que ella es leyenda y que entre los hombres no ha existido sino como un concepto que los eruditos han complicado y ya no saben de dónde hacerla derivar. El problema es semejante al del Éter para los sabios en Física matemática...

En no raras ocasiones habrá ocurrido el fenómeno al lector, de caminar, de divertirse, sin saber que caminaba o se divertía a expensas del gesto risueño del transeunte o de las narices y piernas abigarradas de las señoras maduras... Y marchaba largas distancias gracias a la mecánica de las rótulas y a la libertad inconsciente de su sistema locomóvil... Así estuve en la tarde invernal de aquel día, cuando en el puente *Alexandre III* sentí la indecisión de no saber cómo emplear las horas en que mi libertad pudo ejercerse: los jardines de París derrochaban sonrisas las fuentes saltaban en la plaza de la *Con-*

corde; los niños tenían candideces festivas bajo la sombra neblinosa de las *Tulleries*, y sobre el Sena, bajo el puente del *Carrousel*, la mecánica transportaba centenares de cerebros hacia la floresta de historia y de encanto que corona al pueblecito de *Saint-Cloud*... Sin embargo, yo sentía temor a mi libertad; la Vida vibraba en aquellos sitios y la Belleza traficaba en las nubes del cielo espléndido; pero, tal vez el frío, acaso la fortaleza incomparable de los jardines de mármol y rosas de sangre, colocaran en mi occipucio muchas preguntas de sutilezas, diálogos de contradicción y extravagantes resurrecciones de nuestro Yo infantil, como sucede siempre que el ocio añade a nuestra imaginación mil motivos de sinsabor espiritual o de cerebración introspectiva, merced a la cual disecamos la propia personalidad y nos preguntamos, sin que podamos evitar la imprudencia, múltiples cosas acerca de nosotros mismos...

Atontado y pesado, con los ojos bisoños y las ideas en estado de efervescencia y *muda*, marché sobre la calle *Rivoli* y en el teatro de la *Comedie Française* me topé con el mármol sagrado y ridículo de Alfred de Musset: hay en la piedra un motivo de honda pesadumbre lírica que permite clasificar al poeta entre los pesimistas románticos:

Rien ne nous rend si grands qu'une grande douleur...

... Les plus désespérés sont les chants les plus beaux.

Et j'en sais d'inmortels qui sont de purs sanglots. (1)

Recitando este fragmento de *La Nuit de Mai*; repitiéndolo muchas veces, con una constancia fóbica, llegué a la librería de mi amigo el caballero Rosier, en la calle *Richelieu*... Allí tuve ocasión de contemplar al señor Arthur Schopenhauer que, en el almacén de mi amigo el librero, solicitaba un volumen que sólo Emile Faguet lee en París: Schopenhauer exigía de Rosier un ejemplar de los *Caracteres*, de Teofrasto, que ni en las bibliotecas de la *rive gauche* pudo adquirir. Estaba adhe-

(1) El pesimismo de Alfred de Musset no era precisamente el pesimismo de Alfred de Vigny, pongo por caso. Porque junto a su calidad de gran artista, lo cual pudo influir en su literatura dolorosa, había en Musset otra causa que sí fomentaba la tristeza que sorprendemos en sus versos: era un *dipsómano-toxicómano*, como lo cree Cabanès. Visionario—doblemente visionario—, maníaco y epiléptico, no era de extrañar que en él aparecieran con intermitencias el júbilo o la melancolía. Su pesimismo deriva en mucho del alcohol, aunque su temperamento artístico lo complacía y lo exagerara.

rido a uno de los estantes, y con sus ojillos vivos e intranquilos rechazaba con señalado disgusto un volumen de la *Dégénérescence*, del doctor Max Nordau, y en cambio pagó seis francos por un bello ejemplar de *Candide*, de Voltaire; y como no tuviera moneda francesa, dió por valor de seis francos seis marcos al caballero Rosier...

Yo lo contemplaba, libre de prejuicios filosóficos: comenzó a desorganizar, sin piedad, todo el almacén del paciente librero: el señor Schopenhauer sabía que en el cambio de los marcos el señor Rosier ganábale algunos céntimos, y eso, barrunto, fué la causa que tuvo el filósofo para justificar consigo mismo el desacato que en mi presencia intentó. Y como yo mirase, anonadado, al caballero Rosier, éste me dijo a solas que estaba acostumbrado a tales travesuras del señor Schopenhauer: era buen cliente y pagaba en *marcos*, y sin pena le contaba feas historias relacionadas con alemanes ilustres y con judíos tudescos bastante notorios. Algunos minutos después, estaban sobre el pavimento, en el más doloroso de los desórdenes, *L'expérience religieuse*, de William James; *Psychologie sociale contemporaine*, de Maxwell; *Un roi philosophe*, de Eugène Pelletan; *Clasificación des Sciences*, de Herbert Spencer; *Philosophie de la Nature*, de Hegel, y *Les influences ancestrales*, de Félix Le Dantec... También rodaron bajo sus dedos despectivos y flacos, algunos de los volúmenes del señor De Unamuno, casi todos los libracos del pseudo-aretinesco doctor Felipe Trigo, los ensayos sociológicos y literarios y el libro acerca del *Hombre mediocre* Ameghino, del resonante psiquiatra argentino Ingeguieros, y un *spécimen* de los estudios morales y optimistas del bravo burgués don Pompeyo Gener... Su traje era impecable, no había mugre en las mangas de su levita; su corbata y su cuello de encajes, eran del buen tiempo de los ancianos que ennoblecieron los salones de Luis XV.

Me fué harto difícil hablarle aquella primera vez que lo observé en casa de mi amigo el librero; pero en mis visitas sucesivas pude amistar con el señor Schopenhauer, aunque siempre me tuvo en desconfianza a pesar de que le agradara mi charla en español. Comprendí que le causaba placer alguna opinión mía cuando yo lograba desfigurar una idea, presentársela patas arriba o teñida de colores malévolos, o cuando mi humilde in-

genio alcanzaba a imponer una fina extravagancia en nuestros diálogos: el casto viejo reía y gustaba entonces de hablar un poco de lo que el señor Ribot ha dado en llamar la *Philosophie de Schopenhauer*.

A pesar de su vejez inconfundible, don Arturo conservaba en aquellos días la perfecta jerarquía de sus ideas; de haber tenido oportunidad, habría expuesto con mejor éxito sus lecciones de 1820, cuando rivalizara con Hegel en Berlín; pero se comprende que la serenidad de la vejez, sin *egoísmos* ni *personalismos*, quería penetrar ampliamente por las ventanas de su entendimiento, pues alguna vez soportó que le nombrase cariñosamente a Schelling, a Hegel y sus brillantes exposiciones filosóficas... Le conocí dos años antes de su muerte; esto es, cuando tenía catorce lustros: su cara era más bien truhanesca, aunque en su corazón no había ya aquel desamor en que tuvo el aprecio de sus hermanos los hombres; sus ojos nunca los observé más vivos, diminutos y feroces: saltaba en ellos la sonrisa volterresca y tolerante, pero un gran gesto de misericordia adivinábase también en la evolución mental del *filósofo de la Voluntad*; se encontraba en el período final de su vida; había los setenta años, y la curiosa transformación que se efectuaba en su personalidad, era, ciertamente, extraordinaria, porque fué de aquellos fenómenos que los médicos han calificado como síntomas de regresión, aunque a la verdad en Schopenhauer no hubo tal cosa: en él tuvo absoluta potestad el *Yo*; el imperio de su sonrisa y el dominio confuso de su voluntad, creo que se conservaron en los límites precisos de la conciencia *tal vez* fisiológicamente lúcida. Pero sí pude observar que aquellas dos fobias tremendas que obcecaron su alma de viejo-adulto: su desdén por la mujer y su furibunda destemplanza cuando hablaba de los judíos, se atenuaban en su vigorosa imaginación. En otra época, durante los días de su juventud ardiente o descolorida, quizá él padeciera las consecuencias de *aquella pesada herencia* de que habla Lombroso, la cual hacía del joven Schopenhauer, como añade Grasset, *un demonio que pasaba semanas enteras sin hablar, para después gesticular y gritar; que fracturó un brazo al patrón de su hotel porque oyó charlar en su antecámara, y rehusó pagar su cuenta en el mismo establecimiento*

porque se había escrito su apellido con dos p;—un demonio que pasaba la llama por su barba en vez de la navaja de afeitar, y que escondía las monedas de oro en el tintero y los cheques en el colchón de su lecho; pero, cuando yo lo conocí, a pesar de su auténtico y original pesimismo—aquel pesimismo feroz de que habla Paul Bourget y aquel egoísmo inflexible y altivo a que se refiere Enrique Federico Amiel—, parecía que se atenuaban en la *indiferencia universal* de su alma, vacía de *humanidad y de amor*—como dijo el tierno ginebrino—, las pasiones que envejecían al igual de la cara truhanesca del ferviente idólatra de Kant y antiguo comerciante en el puerto de Hamburgo: cuando le recordé el concepto metafísico en que él tuvo a la Voluntad; cuando le recordé la explicación fisiológica que había propuesto para la génesis del pensamiento, me dijo a la chita callando que la exageración en las ideas es cualidad de los filósofos brutales... En esta misma ocasión provoqué su enojo al citarle su sentencia lírica con la cual menospreció al sexo más débil: *Las mujeres tienen los cabellos largos y las ideas cortas!*... Y mostró gran interés entonces por el libro que acerca de los *Préjugé et problème des sexes* diera a pública luz por aquellos días el optimista Jean Finot. Nunca habría yo imaginado que en cerebro tan amante y vehemente por las propias concepciones, como lo fué Schopenhauer, cupiesen en una hora sonriente de su vejez muchas de las defensas que de la mujer hace Finot. Pudo soportarme algunas frases que le extracté del volumen, y gustó de que le repitiese las siguientes:

La situación de la mujer se engrandece y mejora con la marcha de la civilización y del progreso humanos;

La mujer podría gozar de la igualdad del derecho, sin cesar de cultivar todos los deberes exigidos por las leyes biológicas;

El sexo fuerte no es más fuerte que el otro;

Las diferencias comprobadas no son sino resultado de condiciones especiales en las cuales evoluciona la mujer;

No existen condiciones orgánicas que impongan a la mujer una mentalidad más débil y al hombre una constitución más robusta;

Cuando Dante, fatigado en su marcha a través del Purgatorio y del Infierno, se dejó abatir por el deliquio, Virgilio le

dirigió estas palabras de consolación: ¡Tú verás a Beatriz!... El poeta avivó sus fuerzas y marchó con alegría a través de los valles de lágrimas y sufrimientos;

La mujer nueva se encamina hacia las alturas que atraen: es la Beatriz esperada después de tantos siglos. Ella inicia la paz entre las naciones, tan ardientemente deseada, y la felicidad que esperamos después de tanto tiempo...

Ya, cuando yo daba fin a la lectura de estas gentiles frases del francés, el viejo irreconciliable hizo un ceño y mordióse el labio inferior; y cuando intenté leerle otros párrafos, se apresuró a decir que Finot se refería, desde luego, a las muchachas laboriosas y amables, y de ninguna manera a las suegras... Recordé entonces la razón de semejante advertencia: parece que esta fué una de las más horrendas fobias del filósofo; parece que él rechazaba la monogamia, y en no raras ocasiones hizo elogio vehemente de la tetragamia, cuyo único inconveniente consistiría, según Schopenhauer, en convivir con cuatro bellas madres... No quise discutirle esta vez, pero me pareció que había evidente contradicción en el pensamiento del anciano, pues alguien que le hubiese oído tales aseveraciones no habría tenido escrúpulos en creerlo un Don Juan; y nada es tan en desacuerdo con la psicología sexual de Schopenhauer como suponerlo erótico, fobófilo o enfermo de ideas platónicas: acaso él fué un *misogino* por causas sexuales que no conocemos; y a pesar de haber sufrido ciertas transformaciones en lo que se ha llamado sus convicciones—que yo no sé si atribuir a la natural esclerosis cerebral, al crepúsculo de la vitalidad fisiológica, que acarrea también la atenuación de la vitalidad en el pensamiento—, me pude convencer de que Schopenhauer reconoció durante los días grises de su ancianidad, como lo había propalado en los días primaverales de su vida—si hubiere tenido juventud el maestro—, que la única manera positiva de poder acabar con la especie humana sería mediante la *práctica de la castidad*, gracias a la anestesia genital por amnesia de la sensibilidad pagana... Este principio de negación vivió siempre en la cárcel de sus convicciones. (2)

(2) Schopenhauer escribió extensas páginas acerca de las aberraciones, en especial aquellas que tienen por causas ciertos motivos exteriores. La castidad pudo

Quien admitió siempre que *la esencia interna y única, tanto del mundo inorgánico, en el de los vegetales como en el de los animales, es la Voluntad*, muy bien pudo aceptar que el modo más práctico para acabar con el mundo fuera la castidad; sólo que no se explica el criterio esclarecido del maestro con tales despropósitos extraños a la armonía fisiológica de los sexos. Se dirá que él desarrolla de esta manera su trascendental doctrina de la Voluntad y que ya en las horas amargas de la vejez se acentuaba aquel desamor que sentiera junto a la hembra. (3)

Sí; en los días de la senectud dolorosa o apacible, conservadora o anormal, acaso fuera posible explicarnos el fenómeno: en esos días morbosos de la vejez, se mira a la mujer, sea ésta Cleopatra, Friné, Leda o la parisiense de ahora, y no se experimenta ante ella el deseo de poseer su carne, de saborear el mármol caliente de sus senos; no se siente el impulso de conquistar el misterio psico-genital que en la mujer se encierra... Pero cuando se es joven, o por lo menos cuando no se está viejo, no es concebible que los hombres sanos, que los *machos normales* aborrezcan a la mujer. Ese desamor induce a creer que en el mayor número de casos se trata de una *etiología recóndita o confusa*; y no es descabellado suponer una *insuficiencia orgánica* que sí podría colocar en el cerebro ideas tan extraordinarias como aquellas del pesimismo schopenhaueriano. El caso sería semejante al de un dispéptico a quien la *insuficiencia de los jugos gástricos* provocara la inapetencia respecto de aquellos alimentos que en otros días gustó con placer... Pero en el viejecito que no hace tanto tiempo viera yo derribando libros de

inducirlo a semejantes estudios, porque la castidad es una *aberración sexual*. De ella dijo Remy de Gourmont *que en los hombres, con frecuencia, es un estado aparente o transitorio producido por la voluntad o exigido por la necesidad; un estado precario tan difícil de sostener, que para conseguirlo el sujeto se rodea de toda clase de murallas morales y religiosas, y hasta reales construídas de piedra y ladrillos...* El caso de Schopenhauer pudo ser una necesidad, y entonces no tendría valor el aparente triunfo de la Voluntad; ésta habría aparecido en aquél posteriormente al misterio sexual de Schopenhauer.

(3) No sólo junto a la mujer fué indiferente Schopenhauer; tal vez odió a los hombres; recuérdese que tuvo como primer maestro de Filosofía al gran pesimista Schulze; bebió en la fuente de escritores desesperados y desheredados de ilusión, como De Rochefoucauld y Chamfort, y su maestro adorable fué Manuel Kant, el pesimista de las abstracciones. Vivió, como dice Papini, entre la inmoralidad italiana, la excentricidad británica y la ironía francesa; era injusto con sus mejores amigos y reunió los caracteres de la senectud inteligente.

los estantes de mi amigo Rosier, aquella famosa y categórica afirmación suya mereció una observación, a pesar de ser Schopenhauer fiel a su fórmula contra el incremento del mundo: ni un solo instante pensé en negarle su aprobación, aunque yo le hablara de ciertos absurdos religiosos combatidos por la Fisiología. Y es que a un anciano de su edad, que estuvo vencido, gracias a su incurable, inquebrantable y pacífico pesimismo, de que *a un ser superior al Hombre, más inteligente que el Hombre, no le sería posible soportar un solo instante la vida por hallarla demasiado deplorable*; a semejante viejo no le pareció excesiva su fórmula de la *castidad absoluta* cuando en alguna ocasión, apoyado sobre mi brazo y marchando en la calle *Richelieu*, notó que en los *grands-boulevards*, una noche en que los sátiros se guarecían en los cafés, y en los cines *Cleopatra* y las vírgenes sin velo y las nietas de Júpiter ofrecían en los ojos un cabrilleo de sonrisas endemoniadas y magnéticas, observó, repito, que era el sexo del mundo quien vivía bajo la floresta luminosa, en *Olympia*, *Café-Riche* y *Vaudeville*, *Omnia-Cinema* y en el *Café de la Paix*... Comprendí entonces que en el filósofo habían pasado todas aquellas breves y prolongadas emociones que derivan del sexo. Y no sé si en los días juveniles fuera así Schopenhauer, pero aquella noche estuve a punto de comentarle la feroz aberración que padeciera; me había vencido de su tercera fobia cuando noté que en sus ojos chiquitines e indiferentes, y en su boca delgada y ásperamente risueña, asomaba el temperamento de un hombre casto, abrumante y odioso. Sin embargo, me dijo que tal vez en Francia habría modificado el frío concepto que acerca de la Hembra divulgó en su libro *El Amor, las Mujeres y la Muerte*... Acaso, pensé, el ambiente alemán donde hubo de desarrollar sus facultades el maestro en dolores, influyó en él e hizo que se arraigase en su cerebro la fórmula abrupta de la castidad; quizás Schopenhauer reconociera en la indiferencia germánica uno de los motivos que le permitía predicar su fórmula; pero no tomó en cuenta el ardor latino, la vehemencia africana, ni mucho menos la pasmosa fecundidad de la mujer china, pongo por casos...

Eso cuanto al medio; aunque la estadística arroja una ma-

yor germinación de humanidad en los dominios de la Confederación que en el territorio francés. Si viviera la mitad de los chicos que aniquilan las *soluciones antisépticas* en París, la densidad de la población sería asombrosa... Sí, pero los alemanes se reproducen conforme a los *mismos principios* que inspira la caricia en París. Desde luego que el ambiente sexual prusiano no debió tener la mayor influencia en la creación de aquel libro sobre las mujeres, pues donde menos abunda la castidad genital—aunque de Prusia fuera Tomás de Kempis—es en los pueblos de Prusia... Y a pesar de interesarle el razonamiento, Schopenhauer seguía adherido a su fórmula de la *castidad absoluta*, y yo pensé entonces que tal vez influiría en él alguna misteriosa alteración fisiológica, más bien de orden patológico, pues se cree que siempre fué defensor de aquella castidad como el medio mejor para acabar con los hombres... O quizá todo se debiera al *pesimismo*, que a la vez derivaría de una *anormalidad orgánica* que no conocemos. Porque aquella incredulidad triste, acaso no fuera una cualidad heredada; aunque es cierto que el padre de Schopenhauer sufrió de manía por los viajes, era *dromómano*, tuvo espantosos accesos de cólera y angustia; pero en general era alegre y fué hombre enérgico y de gran actividad en la vida comercial; era humorista por momentos, placíale la buena vida y conocía de arte, sobre todo en pintura. (4) Su madre, según su amigo Fenerbach, hablaba muy bien y mucho; era inteligente y no tenía corazón; era ambiciosa y muy vivaz, escritora y de costumbres ligeras, como escribió Cesare Lombroso; fué disipadora, optimista y romántica, poco cuidadosa de su hijo, en el sentir de Giovanni Papini...

No sé hasta qué punto podríamos admitir estas herencias *directas* que complicaban el alma extraordinariamente personal del filósofo. Hubo sedimentos de pesimismo en su padre; su hermano Federico, no sabemos a causa de qué, tornóse en hombre imbécil; pero su madre, la señora Juana Enriqueta, era mujer de literaturas críticas muy considerada por Gøthe, Rei-

(4) Sin embargo, el padre de Schopenhauer sí pudo complicar en algo la personalidad del filósofo; era voluntarioso, irascible y soberbio... Todo esto se complicó y confundió en su cerebro y lo arrojó al suicidio!... El pesimismo no debe de estar muy distante de una decisión como esta del señor Schopenhauer padre.

marus y Klopstock... Tal vez ese cerebro materno transmitió al pensamiento de Schopenhauer, no precisamente sus cualidades originales, sino la facultad para producir; y en él aquellas virtudes que fueron tan aplaudidas en Juana Enriqueta, se transformaron y elevaron en sentido opuesto al genio alegre de la madre. Esto obedecía no sólo a una evolución radical de las cualidades hereditarias, sino a perturbaciones fisiológicas de ciertos órganos: las funciones sexuales, en la gente que transita por los caminos del Arte puro, muy a menudo y más de lo que pudiéramos creer, están exageradas, disminuídas o anuladas casi. En muchas ocasiones el fenómeno se deberá a excitaciones mentales; y hoy se conoce la honda intimidad que existe entre la función sexual y los fenómenos superiores de la inteligencia. Y no sé yo hasta dónde sería científico clasificar a los artistas desde el punto de vista de sus gustos sexuales, de sus manifestaciones de honestidad o de sus furiosas aberraciones. (5)

En muchos casos la disminución o insuficiencia de aquella función, obedecerá a que en virtud de un recurso orgánico—vicariante dirían los médicos—la vida mental apaga o atenúa el sexo y reacciona ella misma en un florecimiento supremo, mezcla de envenenamiento testicular y de excitación hormonal,—para estar conformes con los progresos de la Bioquímica moderna... El primer fenómeno, el de la exaltación, pudo muy bien acontecer en la señora Juana Enriqueta, autora de novelas y estudios críticos muy aplaudidos; pero en ella el vigor sexual, aunque exaltado, debió de transmitirse débil, gracias a esa misma exaltación: su hijo, Arturo Schopenhauer, heredaba de sus padres una inteligencia brillante, lúcida, y que del lado materno era una inteligencia creadora, imaginativa. Pero de la madre también recibió la debilidad sexual que tal vez fuera la insuficiencia funcional del sexo... En estas condiciones, Schopen-

(5) Tal clasificación sería completamente teórica, pues el convencionalismo impide que los hombres escriban o publiquen sus defectos, vicios o anormalidades; sólo se permite proclamar las virtudes de este o del otro. Quien tuviera el empacho de sincerarse ante los hombres diciéndoles cómo es y por qué es, no cabe duda de que se le confundiría en una colección de adjetivos de muladar; se le llamaría inmoralista, criminal o innoble... Y acaso quien ofrezca el calificativo sea un odioso y despreciable desvergonzado, que sabe conservarse entre los límites de la apariencia social; y esto basta a sus hermanos los hombres.

hauer debió de ser un cerebro de los más vigorosos de su época y un espíritu el más renegado y el más pesimista; en él no se daba el caso del *Hombre que nunca amó porque no supo amar*, sino porque *no pudo amar*... Estas condiciones orgánicas de su sentido sexual explicarían no sólo todo el pesimismo que rebosa en sus libros, sino aquella fina disección que hizo de la pasión y del instinto bravío en el *Geniecillo de la Especie*: la exquisita manera de observar e interpretar, parece obra de investigación psicológica sobre extraña gente; tiene la sutileza de los interrogatorios médicos, y tal vez no sea sino una *confesión* y una *venganza*... Pero donde se exhibe Schopenhauer como infecundo sexual, insensible acaso, es en el rencoroso capítulo con que en su libro *El Amor, las Mujeres y la Muerte*, reniega de éstas. Al punto observamos que odia, que critica a los que se abrevan, porque él no puede beber y no conoce la dulzura del vino que destila en labios de hembra... Y en páginas anteriores prepara al lector, cuando dice: *En el fondo, el Amor no es sino una ilusión que impulsa a un enamorado a sacrificar todos los bienes de la tierra para unirse a una mujer, y sin embargo, ella no puede darle cosa distinta a lo que las otras mujeres le ofrecen.* (6) *Tal es el único fin que se persigue, y prueba de ello es que esta pasión se extingue con el goce, lo mismo que las demás, con gran asombro de los interesados*... Y en otra parte añade: *Una vez satisfecha su pasión, todo amante experimenta un especial desengaño; se asombra de que el objeto de tantos deseos apasionados no le proporcione sino un*

(6) Aquí se muestra grotesco Schopenhauer, a pesar de haber un gran fondo de verdad en este párrafo; pero tal vez no sea siempre así: no podríamos comparar las carnes de una anciana y sus formas desvencijadas y blandujas con la musculatura mórbida, la piel vibrante y la sangre ágil de una bella moza de veinte o más años. El efecto posterior acaso sea el mismo: ¿quién no ha sentido asco—acaso el vocablo sea demasiado fuerte para los maridos embelecados o para los novios babosos—por la hembra después que ésta se ha entregado?... La impresión es semejante a la que se siente después de haber conquistado algo hermético; y allí, en el misterio, está el triunfo de todas las leyendas—o historias—religiosas. Pero algo peor parece suceder en el caso sexual: se sacia el sentido de la avaricia genital, y ya parece carne repolluda aquella que a través de transparentes medias de seda vimos con vehemencia y hasta con instintos de ferocidad carnal... Sin embargo, junto a todas esas impresiones que la gente delicada haya podido sentir junto a la hembra vencida—o satisfecha—, hay, indudablemente, y sin que para afirmarlo ocurramos a sensiblerías, mujeres en quienes otras cualidades, fuera de su carne y de su sexo, hacen menos enojosas aquellas cualidades y este sexo: la simpatía salva a la sociedad de la tiranía impuesta por esta sociedad.

placer efímero, seguido de un rápido desencanto... Y de la mujer, apunta entre otras afirmaciones horrendas las siguientes verdades: Lo que hace a las mujeres particularmente aptas para cuidarnos y educarnos en la primera infancia, es que ellas mismas continúan siendo pueriles, fútiles y limitadas de inteligencia. Permanecen toda su vida como niños grandes, especie de intermedio entre el niño y el Hombre... La débil razón de la mujer no participa de las ventajas que son propias a la del Hombre: padece de miopía intelectual, que, por una especie de intuición, le permite ver de un modo penetrante las cosas próximas; pero su horizonte es muy pequeño, y se le escapan las cosas lejanas... Las mujeres perjuran ante los tribunales con mucha más frecuencia que los hombres, y sería cuestión de saber si debe admitírselas a prestar juramento; ocurre de vez en cuando que señoras a quienes nada falta, son sorprendidas en los almacenes en flagrante delito de robo...

Estas últimas blasfemias de Schopenhauer no añaden nada al concepto depresivo en que él tuvo a la mujer, pues flamantes señores, Caballeros de la Legión de Honor o de la Orden del Libertador, pongo por casos, se roban a menudo, y por el placer de la *escroquerie*, una cucharilla de plata de la casa vecina, o un par de medias de mujer, amarillas y de algodón, en el *magasin* más acreditado de la ciudad. Y es que tanto el robo de la una como la ratería perpetrada en el *magasin*, no obedecen sino a una necesidad que debemos considerar en el orden de los hechos morbosos. Este es el caso de la señora Schopenhauer: enferma de literaturas, histérica, erótica y mujer intelectual de brillantes aptitudes, cabía en el cuadro nosográfico de Juana de Arco, Teresa de Jesús, Madame Sevigné o la condesa de Pardo Bazán, con las salvedades de la especialidad espiritual en cada una de esas mujeres... Pero, a pesar de las anormalidades, la Humanidad no es así como pretendió considerarla el filósofo, ni serán obtusas las mujeres como las quiso exhibir el maestro. En cuanto al Amor, Schopenhauer no considera sino la acción material del accidente genésico, y su decir es evangélico hasta cierto punto: porque los machos y las hembras estarían más *naturalmente* conformados para la *poligamia*... El ejemplo es universal en el mundo zoológico; sólo que

Schopenhauer parece no haber sido ni *monógamo*, y de allí, tal vez, su recio pesimismo único.

* * *

En el sentir de Palante, Schopenhauer habría sido un pesimista romántico, el filósofo representativo del romanticismo doloroso que en el orden poético sufrieron Obermann, Byron, Leopardi, Heine y tal vez Alfred de Vigny. (7)

Si admitimos que el romanticismo corresponde a la hipersensibilidad y a la preponderancia imaginativa de ciertos cerebros, quizá encaje en los límites del pesimismo romántico la infinita tristeza que florece en las escrituras del filósofo. Sin embargo, lo único que permitiría clasificarlo al lado de Obermann o de Byron, sea tal vez la propaganda que hizo a su gran dolor de vivir entre los hombres, porque pensar que hubo un *vago ideal* y una *voluntad magnífica* en el alma *monstruosa* de Schopenhauer, equivaldría a suponer que el romanticismo fuera la filosofía sentimental de todas las dudas. Hubo confusión en su efervescente personalidad individualista e hipertrofiada, y sintió el profundo y punzante dolor de no poder comprenderse a sí mismo: llegó a dudar de sus propias negaciones...

Aquellos vocablos: *personalidad individualista e hipertrofiada*, lo abarcan todo en la psicología del ególatra, y de allí el reconocido sufrimiento del autor; no cabía en su individualismo la personalidad hipertrofiada; era estrecha y sin expansión alguna la cárcel de sus sentimientos y esa estrechez provocaba el dolor, como lo provoca en la piel la distensión producida por un proceso inflamatorio. Y, como en todo proceso de distensión, los elementos distendidos debieron de perder en parte su antigua fortaleza estructural; y uno de esos elementos, para el caso que nos ocupa, fué la Voluntad. (8)

(7) Palante: *Pessimisme et Individualisme*.

(8) Se dirá que esta es una manera anatomopatológica de concebir la personalidad de Schopenhauer. Acaso sea así; pero recuérdese que él no fué hombre *normal*; y si ocurrimos a la comparación intentada, como en el proceso de una inflamación, debió de haber en su personalidad la confusión magnífica de muchas ideas, como en el tejido congestionado y doliente hay la confusión de muchos elementos anatómicos que luchan.

Aparentemente hay contradicción entre esa Voluntad debilitada y aquel individualismo hipertrofiado; sin embargo, pudo haber la férrea voluntad cuando se trataba de exhibir aquella hipertrofia de la personalidad; pero tal vez fuera un atentado a la filosofía de la obra schopenhaueresca decir que esta es la Filosofía de la Voluntad: Schopenhauer teorizó acerca del Dolor y vivió en el silencio de su Yo negativo la mejor vida de un anciano que gustaba de las comodidades materiales que le ofrecía el mundo... Fué un *sport* intelectual en su espíritu, ése de contradecir la obra de sus contemporáneos; placíale revestirse de *poses*, y cultivaba en su alma un rencor immaculado que se extinguía en presencia de su perro muy querido y *transparente como un cristal* (9). Fué el más individualista de los hombres de su época, y fué un ególatra: como René, creyó siempre en su personalidad cual ente que existe, y sintió, como aquél, un orgullo que no conoció límites. Su pesimismo sería integral, como aquel que azotó a Leopardi, y sumaba en el suyo todas las formas: física, metafísica, social y moral.

Naturalmente que en Schopenhauer se daba ampliamente el caso de la distensión por hipertrofia de la personalidad, lo cual hacía más impresionante su pesimismo múltiple. Él había declarado, y esta sería la divisa de su alma, que *en definitiva no podemos salir de nuestra piel; es necesario que cada uno se quede en su cráneo...*

Siendo individualista, tal vez incurra en contradicción cuando expone la metafísica del Amor: en ella se exhibe como un anti-individualista, en el sentir de Palante; parece que en el Amor se da algo que no fuera el sexo: Schopenhauer no podía ofrecer el sexo, y su egoísmo le impedía entregar su espíritu. Él no fué, a la manera de Renán, un experto en el problema y las circunstancias del Amor; emplea la ironía y es sarcástico, porque Schopenhauer no conoció jamás las asechanzas y dulzuras del Amor. Acaso sufrió de asechanzas femeniles, y denigró a la mujer cuando se percató de la propia insuficiencia sexual.

(9) Esta afirmación es de una simplicidad inaudita, pues nada se opone a que si entre los perros hubiera filósofos pesimistas, éstos escribieran espantosos denuetos contra los señores perros y perras; y de seguro que, de escribir sus impresiones mejores, algunos de esos canes filósofos habrían dicho que Schopenhauer era transparente como un cristal...

Si Schopenhauer escribió su horrenda, inmoral y hermosa monografía acerca del *Amor, las Mujeres y la Muerte*, fué a causa de no poder cantar—porque no sabía—al *Geniecillo de la Especie*; fué sincero cuando dijo: *¡Cada quien tiene su fisiología que dicta sus actos y pensamientos!...* La suya fué tal vez la de un asexual, desde el punto de vista de la función; porque en cuanto a corazón, el del filósofo latía castamente en el tórax, como acontece en los elefantes; su castidad debió ser más bien imposición de lo imposible que abstinencia de un apóstol: sufría de aberraciones el maestro, y en su alma se anidaba el más cruel romanticismo del dolor universal; era un Proteo de sensiblerías confusas y de voluntades fóbicas: en su sexo había la fuente de rencor eterno!...

* * *

Pero no bastaría la castidad para hacer de Schopenhauer el cerebro que pudo levantar tanta maravilla de pensamiento sobre la aridez y desolación de sus dudas, y que logró imponer su método de negarlo todo hasta el punto de ofrecer a los hombres la historia absurda, extraordinaria y colosal de la Voluntad... Preciso es indagar la causa de esa compleja y contradictoria personalidad, en el pesimismo que fué parte de su Filosofía.

Desde luego, lo primero que nos parecería sorprender en las tendencias ideológicas de Schopenhauer es una constante aspiración a dudar, a llevar la oscilación a la obra científica y filosófica de los hombres; es la suya el alma de un renegado, con el carácter de la ebullición mental profundamente introspectivo; y de allí el recio dolor de su alma, que caracteriza su pesimismo individualista. A su concepción de ayer como si se opusiera su criterio de hoy; a su opinión de hoy se opondrá el pensamiento de mañana... Nada de esto descubrimos en sus libros; pero así debió de ser su personalidad que abarcaba todas las dudas, pues la contradicción, fomentando la lucha de sus ideas, catalogaba a éstas no como ideas vivientes y vibrantes, sino como ideas deformadas, dolientes, desautorizadas y oprimidas por la férrea opresión de una entidad negativa que abatía cruelmente su cerebro. Si se pudiera concebir el arreglo ideo-

lógico de Schopenhauer, tal vez nada estaría tan ajustado a la organización de aquellas ideas como un estante lleno de papeles olvidados, de afirmaciones indeterminadas, de conceptos tormentosos y atormentados y de algunas consideraciones extraordinarias acerca de la Voluntad hipotética... Pero nada de esto señalaría cabalmente las causas genitoras de su pesimismo; todo eso fué obra, efecto del pesimismo, cuya causa no fuera tal vez ni social o indirecta, sino de origen individual, *orgánico*,—para ajustarnos a nuestra suposición de páginas anteriores. Ciertamente que Kant debió influir en la creación de su espíritu; ciertamente que Alemania le ofrecía mayores sedimentos para fomentar sus dudas: pero más eficaz fuera quizá la *semilocura* de su padre, suicida, y la *historia* riente y la intelectualidad abigarrada de su madre la señora Juana Enriqueta...

Cuando Schopenhauer conoció la obra de Kant, su espíritu poseía ya todo lo que el germen de la tristeza kantiana necesitaba para prender en aquella alma indiferente y doliente: había la predisposición que, gracias a una herencia honda y confusa, abarcaba en una etiología de inmoralismo y negación maravillosos el espíritu poco expansivo del maestro... Acaso el fenómeno de la degeneración fisiológica y de la fatiga nerviosa, tal como lo admiten Max Nordau y Paul Bourget, no corresponda justamente al caso de Schopenhauer; por lo menos, faltaría precisión a tales vocablos. Y es que si en alguna ocasión el pesimismo de Schopenhauer se inició con alguna visión idealista del mundo, con el *Donquijotismo*, como decía Stendhal y como lo supone Palante, tal suceso no pudo acontecer sino en el instante de su *relativa y pasajera suficiencia sexual*, en el período del pesimismo romántico que antecede al pesimismo misantrópico... Después, cuando el sexo no respondió más a los impulsos pupilares del cerebro, el filósofo quedó comprendido, con ciertas salvedades, en el caso de la *degeneración fisiológica* a que se refiere Max Nordau: dejó entonces de ser un enfermo romántico; dejó de subordinar *el juicio al instinto* y a la *sensibilidad*, como apunta Saillère, pero no abdicó de sus facultades activas, inventivas y de improvisación, como sucede a menudo en el *mal romántico*. La atenuación de su sexo—si hubiere sido exaltado alguna vez el sexo de Schopenhauer—extinguía aquel

mal y reforzaba entre los hierros de la duda su filosofía extraña al sentimentalismo, aunque toda filosofía esté fundada en el sentimentalismo (10).

* * *

Considerado así el espíritu filosófico de Schopenhauer, de aquel vejezuelo flaco, despectivo, vivaracho, incoercible, murmurador, odioso, intranquilo y maldiciente, que yo conocí entre los libros del caballero Rosier, pensamos que quizá fuera sincera la exteriorización de tanta *verdad*, de tanta amargura y de tanta observación espiritual fidedigna: lo consideramos único, pero incluido en la clínica de los *semilocos*... Sorprendiendo los vicios, los convencionalismos y los juicios del mundo, Schopenhauer nos resulta más grande que en sus meditaciones y opiniones acerca de la Voluntad... Desde luego que siendo excepcional en la historia del cerebro ese admirable cerebro de Schopenhauer, éste fué, a la vez, uno de los pensadores que más incurrió en contradicción, sin que ello disminuya su notoriedad.

La naturaleza parecería demostrar que hay falsedad en la férrea teoría de Schopenhauer sobre el *Nihilismo*, y esto no amengua tampoco la capacidad original del maestro: era un casto; y su castidad absoluta, que prometió a los hombres como el medio más eficaz para destruir el mundo, ya es una creencia, falsa si se quiere, pero extraña al *Nihilismo*. Aquella castidad fué una de las más poderosas causas de la honda misantropía que embargaba el alma del honesto y odioso conductor de luces difusas. Tal vez su caso quede ampliamente comprendido en la psicología de los célibes: no es que todos los célibes sean misántropos, pero sí hay en ellos la tendencia a ser tristes; y cuando ese célibe tiene la especial constitución de Schopenhauer, natural y lógicamente que debe de cundir en su cerebro la negación de aquello que menos podríamos someter a discusión: *el*

(10) Aunque reconocía la existencia de la piedad—según Fierens-Gevaert—, Schopenhauer no tuvo en cuenta este sentimiento cuando se refería al Hombre y a los pueblos. Y ya en alguna ocasión confesó que es bastante prudente hacer comprender a la gente, hombres y mujeres, que se puede muy bien pasar sin ella en la vida...

Amor, con el cual se pueden soportar, en el sentir de otro inmenso asexual que se llamó Tomás de Kempis, todas las vicisitudes de la vida, porque nada es tan fuerte, tan elevado y tan delicioso...

Ese espíritu de la negación constituye otro de los síntomas en la semilocura indiscutible de Schopenhauer: él condena todos los principios políticos y morales que guían a la humanidad, protesta contra la democracia, contra el matrimonio, contra todas las instituciones fundamentales de la sociedad. Su contradicción llega al absurdo: no creyó jamás en la Moral suya, la cual reposaría en una paradoja psicológica; el mismo Schopenhauer fué una paradoja humana que logró desenvolverse entre los hombres alelados y confundidos...

Aquel que se atreva a condenarlo—Papini, Bourget, De Gourmont o Palante—por haber dicho algunas verdades de dolor y muchas verdades dolorosas, no necesitaría sino ocurrir a la máxima de uno de sus verdugos: *¡El hombre que lucha contra sus sentidos, viola tal vez una ley suprema!...* Porque la Moral, el triunfo de la Moral racional, en todo instante y en todo movimiento de los resortes sociales, no se apoya sino en la fisiología mental y vegetativa desarrollada entre los discretos límites de las necesidades cumplidas...

DIEGO CARBONELL.

París-Havre, semestre de invierno, 1915.

RAFAEL MARÍA DE MENDIVE

(CONFERENCIA LEÍDA EL 2 DE MAYO DE 1915, EN LA SOCIEDAD DE CONFERENCIAS, POR EL DR. SALVADOR SALAZAR.)

(*Concluye*)

II



HOY ahora abordar la parte más difícil de nuestro empeño: juzgar sus obras como poeta y como artista. En este último aspecto, señalar cuál fué, dentro de nuestra evolución literaria, la significación de sus composiciones. Como poeta, tratar de penetrar los secretos de su espíritu, poner al descubierto las maravillas de su mundo interior. Él lo exteriorizó en cada acorde que brotó de su lira; pero en la parte en que había alcanzado ese plano de paz en que, como decía mi ilustre antecesor en esta tribuna, no se tienen desesperaciones. Acaso no llegó a la gracia plena; pero si tuvo rebeldías, como todos los hombres, dentro quedaron, en esa aristocracia de la tristeza peculiar de los espíritus superiores.

Desde el punto de vista de su corrección artística, que con tanta justicia ponderaba nuestro gran Montoro (27) en aquel inolvidable periódico que se llamó *El Triunfo*, no puede regateársele el título de salvador de nuestras letras, a las que perdían los ciegos trastornos de su tiempo. Él llegó a la palestra literaria en el momento en que la revolución romántica enloquecía todas las cabezas.

Definiendo el romanticismo, Víctor Hugo proclamaba la libertad en el arte (28). Fuera las viejas unidades que esterilizaban el genio creador, tratando de contener lo que es, por esencia, infinito y absoluto. Fuera el convencionalismo de una Arcadia artificiosa y falsa, poblada de pastores literatos, cortesanos y poetas; fuera la absurda obligación de vestirse de zagales y hacer sonar el caramillo para poder cantar a la adorada; fuera la exigencia ridícula de que ésta se llamara Cloris, o Filis, o Lesbia, o Amarilis...

Fuera, en una palabra, la inaccesible gravedad, llena de afectación retórica; el catálogo de la Mitología; la invocación al Olimpo completo, desde Júpiter hasta Mercurio; la armazón complicada y aparatosa, falta de substancia. El romanticismo fué, además de muchas otras cosas buenas, la afirmación de la personalidad del poeta frente a la vaguedad clásica; fué el triunfo del subjetivismo que cantaba, no los placeres y dolores de la Humanidad, sino las alegrías y los pesares del hombre. Por más humano, por más próximo a la mísera realidad que a la divinidad suprema, el romanticismo debió triunfar; pero en su mismo impulso, incontenible e incontenido, llevaba los gérmenes de su propia ruina. El poeta ansioso de liberarse, saltó sobre toda traba, y saltando, saltando, vino a caer, sin saber cómo, del otro lado de esa barrera imperceptible, de ese paso tan breve que separa lo sublime de lo ridículo... Había que poner al descubierto los secretos del alma; pero como todos no tenemos, como Musset, como Lamartine, como Alfred de Vigny, secretos en el alma dignos de la atención pública (29), los poetas se falsearon a sí mismos, en sus convicciones, en sus anhelos, en sus necesidades, en lo que es peor: en su propio tipo físico y hasta en la indumentaria.

“Bebían vino, para imitar a Han de Islandia, en el cráneo de un tambor mayor muerto en la Moskowa”. “Eran presa de amores terribles y su pasión era tan incandescente que, al escribirla, abrasaba al papel”. “Procuraban estar pálidos, andar con la cabeza baja y melancólicos para hacerse interesantes: era muy de moda el aspecto cadavérico”.

”Iban a buscar al verdugo:

”—Desearía que Ud. me guillotinase.

”—¡Cómo! ¿A un inocente?

”—¿Acaso no es esa la costumbre?”

“A uno que apoyaba su frente en las manos, le preguntaron:
 ”—¿Tenéis dolor de cabeza?
 ”—Más alto aún—respondió”. (30)

El afán desenfrenado de ser originales pervirtió el verdadero sentido de la revolución romántica. Los innovadores cayeron en los más absurdos malabarismos de la Lógica, en los mayores desórdenes de la Métrica y las más audaces contorsiones de la Gramática. Huyendo de la Retórica, fueron a dar en el retoricismo, atropellando la Sintaxis, la Prosodia, la Rítmica, dando al traste con las sanas reglas del lenguaje y de la poesía.

Bien estuvo que, con el impulso hacia la libertad que dimana del progreso, los románticos trataran de lograr y lograran la independencia en el arte; pero es que, de paso, cayeron en el libertinaje. Bien está que trataran de afirmar y afirmaran la supremacía del fondo sobre la forma, invirtiendo la esterilidad clásica que mataba el arte en obsequio del artificio; pero de eso a negar todo valor a la forma y proclamar que basta sólo la belleza del pensamiento para crear la obra artística, media un abismo. Por eso no hubo en la época escritor sensato que no fustigara esos desmanes; por eso el descrédito de aquel seudorromanticismo que llevó a nuestros poetas, en la burda imitación de un valor literario falso, a inventar leyendas, al modo de las moriscas de Zorrilla, en que los personajes eran un *Hatuey* casi fabuloso y una *Guarina* inexistente...

Espíritu equilibrado, tenía Mendive necesariamente que apartarse de esos extravíos. Tanto más cuanto que su sistema de educación, sus viajes, su amor a las lecturas clásicas, le habían puesto en contacto con las buenas doctrinas. Indiscutiblemente fué él quien volvió en nuestra patria por los fueros de la Retórica. Si es cierto que, como dice don Manuel Cañete en el prólogo ya citado,

“deslumbrado a veces por el falso brillo de una escuela que tuvo momentáneamente gran boga y que ha caído ya en la sima del descrédito, cuando no en la del olvido (que es lo mejor que pudiera sucederle), vicia su índole peculiar, seducido por el irreflexivo aplauso que arranca al vulgo el oropel de ciertos ingenios corruptores” (31),

fué sólo en un momento de desmayo, más bien alucinación pasajera, de que en breve se repuso, condenando él mismo a per-

petuo olvido las hijas bastardas de su mente; y fué sólo en el fondo, que en cuanto a la forma, hay que reconocerle su elevado mérito de artista exquisito.

Era demasiado fuerte la pujanza de la escuela romántica para que él, en los primeros tiempos, cuando la revolución le encontraba joven e inexperto, no cayera en sus lazos... Milanés, Teurbe Tolón, Luaces mismo, habían sentido la perturbadora influencia. Pero ¿no es, por eso mismo, más encomiable que él echara sobre sus hombros la tarea de apartar nuestras letras de esos errados caminos? La doctrina estética, que adquirió gran boga por entonces, de que las demás bellas artes prestaban inapreciable concurso a la literatura, dominó en él; y a partir de este momento, fué un esclavo de la perfección artística. Sin duda que, por exagerado, ese fué un defecto que le puso muy cerca de los *parnasianos*. Y digo muy cerca, porque su potencia sentimental, si es que vale el vocablo, era demasiado fuerte para que él pudiera convertirse en poeta de gabinete y su obra artística adquirir las proporciones prodigiosas, pero heladas, de la Venus de Milo. No; hay que reconocerlo: Mendive fué ciertamente un *parnasiano sui géneris*, *parnasiano* de la forma, a la manera de Teodoro de Banville, que siendo el más triunfante corifeo de la escuela, hizo traición, con su emoción y su intensidad de sentimientos, al más caro principio de la secta: a la ausencia de todo sentimentalismo subjetivo, a la frialdad absoluta, en el afán de adelgazar el sentimiento; a la negación, en fin, tanto como el romanticismo trató de afirmar, del "yo" del poeta, por la sutilización, hasta la quintaesencia, del pensamiento y de la idea.

No; Mendive conservó intacto y puro, como veremos luego, su método poético. Amó en los parnasianos el respeto de las leyes intangibles de la forma; pero no podía, en modo alguno, por idiosincrasia y aficiones, cegar por completo, en el adelgazamiento del subjetivismo, la fuente del sentimiento.

Comprendió que la obra artística es una suprema síntesis del fondo y de la forma; que las canteras de Paros y Carrara nada son y nada valen, si el supremo artífice que pone en ellas en una línea una partícula de su propia alma, a semejanza de lo que hace Dios con sus criaturas, no las dotara de la vida

maravillosa del arte. Pero de eso a afirmar que basta la línea en la escultura, la línea seca y fría, media un abismo.

Por eso, sin sacrificar la infinita ternura que brota de su alma como de la roca el hilillo tenue, pero constante, del manantial, tendió con todas sus fuerzas a lograr la perfección de su lenguaje poético, de sus combinaciones métricas, del ritmo y de la rima de sus versos. Evita cuidadosamente la asonancia, distribuye con precisión matemática, enamorado del ritmo, las caídas de tono; muy raras veces descubriremos un hiato o una cacofonía en sus versos y sus sinalefas son las menos ásperas que he leído.

¿Fué que faltó de espontaneidad, esclavo de la rigidez retórica, se puso a expurgar letras y acentos? No; su oído musical le dirige, sin darse él mismo cuenta, no sólo a estas bellezas, sino a aficionarse extraordinariamente de la rima perfecta. Tan poderosa es la sugestión, que en sus sáficos *A Paulina*, en que la índole de la combinación métrica le fuerza a abandonar su predilección por el consonante, se nota que él le acude instintivamente y que el esfuerzo no es, como en la mayoría de los versificadores (sobre todo, los malos), para hallarlo, sino para huirle.

Del hipérbaton, tan corriente y tan necesario en el lenguaje de la poesía, huye por instinto, temeroso de caer en los descoyuntamientos de la frase en que abundan los poetas contemporáneos. Su deseo de ser claro le obliga a apartarse lo menos posible de la sintaxis regular, lo que a veces, muy pocas, le lleva al prosaísmo; pero él prefiere hasta este lamentable mal antes que caer en ininteligibles gongorismos...

Su corrección prosódica, la sencillez de su tono, que huye de toda pompa declamatoria, la propiedad de sus palabras, explican por qué este admirable poeta hizo versos de tan diáfana claridad, de suavidad tan dulce, de armonía tan perfecta, que todas sus composiciones parecen melopeas e invenciblemente nos imaginamos, al escuchar la lectura, que suena yo no sé dónde, allá lejos, una música tenue, vaga, apenas perceptible...

Esa espléndida musicalidad de sus ritmos da la clave de por qué dos músicos excelentes, Bottesini y Gottschalk, tradujeron al divino lenguaje sus bellas composiciones *Música de las Palmas* y *A Paulina*; y puede verse en esta estrofa de *A un*

arroyo, que parece imposible fuera escrita, como lo fué, en pleno período romántico:

¡Cuán lento vas, arroyo cristalino,
con expresión sencilla,
rizando en tu camino
la verde alfombra de flotante lino
que blando crece en tu espumosa orilla!

¡Dulzura, suavidad, armonía! Esas son las tres características externas de los versos de Mendive. Por encima de ellas tres, corrección. José Jacinto Milanés, el desgraciado bardo que supo descubrir secretos encantos en nuestras maravillosas alboradas, le aventajó, sin duda, en sencillez y candor. En suavidad e intensidad sentimental fué superior, indiscutiblemente, el infeliz cantor de *La Golondrina*, el mártir de La Cabaña; en elevación de ideas le venció con creces Joaquín Lorenzo Luaces, y de Heredia no hablemos, porque para mí es la estrella solitaria de nuestra literatura. Pero ninguno le superó en su respeto, jamás entibiado, a las reglas inflexibles, eternas como el orden, inmutables como la Acústica, de la Métrica y la Gramática.

Por eso no es el poeta de las multitudes, ni arrebatado, ni enciende en el alma ese divino fuego bajo cuya acción conducía Tirteo los griegos a la victoria; por eso no nos eleva a las alturas inconmensurables e inalcanzables del genio, ni nos hace besar las cumbres, como la grandilocuente poesía del más nacional de nuestros poetas; por eso, con razón, pudo decirme uno de los más legítimos valores intelectuales cubanos, de vastísima cultura, que Mendive era poeta a medias.

Porque humilde y modesto, desconfiado de sus propias fuerzas, renunció a hacer ascensiones que él creyó distantes de sus alcances y se consagró a cultivar, con el mayor esmero, las flores de su huerto.

¡Fué menos poeta para ser mejor artista!

III

Un respetable crítico de los versos de Mendive, señalaba en la Naturaleza y el sentimiento sus dos fuentes estéticas principales. Es verdad que la Naturaleza, en el sentido restringido de cosas y seres del mundo externo, arrancó arpegios a su lira. Es verdad que el arroyo y la gota de rocío, y las palmas y la tarde, despiertan en él, por asociación, una serie de imágenes; le inspiran acordes encantadores; pero falta el elemento esencial para considerarle, en verdad, un poeta de la Naturaleza: el elemento descriptivo. Se admira, es cierto, ante el magnífico espectáculo del mundo exterior; pero es porque, a su vista, recuerda los prodigios del mundo interno. El poema del reino de las cosas es, para él, menos sugestivo que el misterio del reino de las almas. Así un artículo en prosa, publicado en el primer número de su *Revista de la Habana, Recuerdos de un viaje a Italia*, muestra cómo en Mendive predominaba extraordinariamente el culto del espíritu. Una mujer que canta una triste balada de los gondoleros venecianos, despierta en él una cadena de ideas eminentemente subjetiva, y el remate del artículo es un himno de veneración al creador, que no le inspiran el mar, ni el sol, ni el cielo divino de Italia, ninguna de las bellezas exteriores, sino las maravillas que presiente, al través de ese canto, en el alma humana.

En la poesía *A un arroyo*, describiéndolo, no trata de pintar ese cuadro sugestivo y atrayente de nuestras sabanas incomparables, sino de despertar la idea de una corriente apacible, tranquila, en descuido, que un día, sin saber cómo, la sorprenderá en mitad de la senda un destino inexorable para llevarle al abismo de la muerte, a imagen de lo que fué el despertar de su espíritu, después del muelle sueño de su niñez.

La gota de rocío no es un himno a esa poética perla que desengarza una corriente fría del seno de las nubes. Es un tributo a esa otra líquida perla que arranca del alma el dolor, a la gota de un rocío mil veces más amable que el del cielo: el llanto.

Y el ave sedienta verá con ternura
de un pobre poeta la lágrima pura
allí sobre el mármol, tranquila brillar!

La oración de la tarde no es más que una distensión, en un nirvana supremo, de su propio espíritu, para coexistir, en un arrebató místico, con todos los seres y con todas las cosas. Cantó a la creación, es cierto, pero en su parte más enigmática y más grandiosa. Cuando fija los ojos en lo externo, no es para identificarse con el alma del paisaje, sino para infundirle su propio espíritu. Todo se baña, ante los ojos del poeta, en un mar de suave melancolía: la suya; todo tiene su propio modo de ser, al pasar por sus sentidos a su mundo interior.

Así en *La Pasionaria* le dice a esa extraña flor:

Tú serás... Pero ¡Oh, delirio
de mi mente entristecida!
¿No eres tú mi propia vida
pasionaria de mi amor?

En *La oración de la tarde*:

Y el suspiro del aura en lejanía
la plegaria de paz que a Dios envía
contrito el corazón.

Se le acusa de no tener más que una cuerda en su lira. Se le dice que no supo cantar más que al sentimiento. ¿Y qué? El espíritu no es sino pensamiento, sentimiento y voluntad. Cada una de estas erróneamente llamadas facultades anímicas, constituye una tercera parte de la esencia espiritual: pero de ellas tres, el sentimiento es el que mueve a los hombres todos, es el único responsable de los grandes y pequeños hechos de la Humanidad; y en cuanto al pensamiento, ¿no ha dicho alguien que las grandes ideas brotan del corazón? (32).

Sentimental por excelencia, conoció mejor que muchos todos los secretos del espíritu humano; pero, sobre todo, ahondó más que ninguno en esos dos inagotables veneros de poesía inflexible: la ternura y la melancolía. Amor y dolor, sin gritos blasfemos ni delirios de pasión; porque su dolor y su amor estaban tocados de serenidad.

Si se tratara de afiliarle, por su fondo, a alguna escuela,

del mismo modo que por la forma le hemos comprendido en la de los parnasianos, habría de ser, sin duda, en aquella escuela que presintió el gran poeta inglés John Keats, cuando exclamaba:

“—Apenas quedo contento cuando escribo los mejores versos, por la fiebre que dejan detrás. Necesito componer sin esa fiebre”;

en la misma en que hacía profesión de fe Wordsworth cuando definía la poesía como “emoción reproducida en la tranquilidad”. Es la serenidad de Tennyson y de Rosetti, a que no llega ningún otro poeta cubano de su tiempo, la que yo encuentro en los versos de Mendive, que, por sus excelentes traducciones de Byron y de Tomás Moore, demostró su familiaridad con la lengua inglesa.

No hay que olvidar que estamos en la época en que, de un modo u otro, el mundo literario reaccionó contra los errores románticos. En Inglaterra, la contra-revolución caracterizóse por una poesía especial de la calma, la paz y el sentido de la tranquilidad. Despertóse entre los poetas ingleses, como dice Mitjans, por las continuas investigaciones de los sabios que fueron desde la rubia Albión al suelo de Grecia en busca de sagrados recuerdos de su civilización maravillosa, una afición extraordinaria hacia el arte antiguo; y el divino sentido de la paz inmutable, que es su característica, se apoderó del alma de estos hombres con quienes tenía profundas afinidades.

Así nació aquella secta poética que tuvo por principales corifeos a Tennyson, Rosetti, Browning, etc., que aspiraban a dominar este “sentido del silencio”, a sorprender el reposo para reproducirlo en el arte. La poesía había de ser el encanto de una tierra tranquila, no agitada por la fiebre de los tumultos. Esta concepción, que había de ser tan grata a los espíritus ingleses, parece imposible que dominara en el alma latinoamericana de un hijo de Cuba. Sin embargo, Mendive enamoróse de este sosiego perfecto, de esta paz interior que anhelaba su espíritu. Por eso la compenetración inevitable entre su alma y la de Moore; por eso la excelencia de la traducción de las *Melodías irlandesas*, plenas de este sentido de la paz interior, inmutable y perfecta. Por eso es que cuando Mendive fija sus ojos en el mundo que le rodea, lo busca en estado de quietud:

¡Oh, noche! ¡Oh, misterio de eterna armonía!
 ¡Oh, dulce poesía
 de sueño y de paz!
 ¡Poema de sombras, de nubes y estrellas,
 de rayos de oro, de imágenes bellas
 suspenso entre el cielo, la tierra y el mar!

En esa serenidad, en esta suprema aspiración a alcanzar ese plano superior del espíritu en que se ve las cosas tranquila y apaciblemente, como desde la roca augusta el bramar impotente de las olas, hallo la causa de que a Mendive, de la Naturaleza toda, no le atrajeran más que los estados de reposo.

De los crepúsculos no siente las voces inquietantes y torturadoras que sobrecogen el alma; no ve sino la misteriosa y solemne lentitud con que van descendiendo los cendales de bruma. Por eso no es el poeta de los crepúsculos, como Zenea, como Heredia, como Byron, como Víctor Hugo, espíritus errantes, peregrinos del ideal perdidos por la faz de la tierra, atormentados por la busca de una paz que no podían tener mientras faltara a sus espíritus inquietos la ansiada libertad!

Mendive no buscó en el silencio de las cosas dormidas—elocuente mutismo—las voces interiores. Descubrió la poesía infinita de ese mismo majestuoso silencio, de esa inmovilidad augusta donde los griegos, maestros supremos del arte, hallaron la más próspera de sus fuentes estéticas. En verso y medio hace su profesión de fe:

¡Cuán elocuente, oh, Dios, es el silencio
 de la asombrada tierra!

Después de esta serenidad, las dos características más salientes de su numen fueron la ternura y la melancolía. Son, en Mendive, la nota distintiva de sus composiciones, las dos alas, de una blancura inmaculada, de ese espíritu evangélico.

Poseía un inmenso tesoro, un inagotable manantial de amores, que brota dulcemente de su corazón e impregna todos sus versos. Y lo siente dentro de sí, él sabe que lo posee y que en él radica la mayor fuerza de su arte:

¡Oh, Cuba! Yo bendigo entusiasmado
 la cuna en que nací bajo tu cielo

y este raudal inmenso que me has dado
de evangélico amor y de consuelo!

Amor que se manifiesta irresistible hacia todos los seres, hacia las personas queridas, la patria, los hombres, Dios... Amor que se ve por todas partes, que anima la creación entera, que inflama todas las cosas...

Y en tanto sentimos su dulce armonía
los goces del alma nos dan poesía
y eternos nos dicen: ¡la vida es amor!

Pero donde este amor se manifiesta más poderoso e infinito, es cuando se trata de sus hijos. Escuchad sus sáficos *A Paulina*, tan hermosos por su maravillosa corrección, tan armónicos, tan suaves, tan exquisitos. Con razón un músico inimitable tradujo a la suprema lengua del pentagrama estos acentos arrobadores:

Tú, la más bella que mis ojos vieron
plácida imagen de mi amor de niño,
único encanto de mis horas tristes,
hija del alma.

Deja que impriman mis amantes labios
sobre los rizos de tu trenza oscura,
mágicos besos que a mi pecho sean
música suave.

Deja que ansioso con tus rizos forme
dulce tesoro de supremo encanto,
donde mis ojos anhelantes viertan
lágrimas puras.

.....

Siempre que un rayo de la blanca luna
hiere tu frente, reflejando en ella
toda la magia de su lumbre suave,
prenda de amores:

Siempre que en noches del ardiente Estío
gotas fugaces de benigna lluvia
cubran de perlas tu gentil cabello,
hija adorada:

Siempre que alegre como el ave cantes;
siempre que triste como el sauce llores;

siempre sujeto a tu impalpable sombra,
sigo tus pasos.

.....

¡Qué infinita ternura paternal brota de esos versos suaves, sonoros, musicales! El amor a sus hijos, es, en este poeta, la ternura más avasalladora. Los amó más que todas las cosas de la tierra; y no digo que del cielo, porque su unción cristiana corre pareja con su ternura paterna.

En su *Invocación religiosa*, en que volveremos a ocuparnos, ¡cómo se desata el caudal voluminoso de su afecto!

Es ella, Oh, Dios, la hija idolatrada
por quien palpita el corazón y gime
en triste soledad; por quien trocada
en pena mi ilusión, su sello imprime
en mi frente el dolor...

.....

Ella! tan dulce al corazón, tan pura
como el fresco rosal que en Mayo enflora!
Mi luz providencial en noche oscura,
y en horas de dolor mi blanca aurora!...

.....

Ningún amante habla con más apasionada ternura, más fuerte en él cuanto más suave y menos interesada. No parece cariño de hombre, sino supremo amor de madre.

También amó a su patria. Es preciso fijar de una vez el criterio respecto de una especie que corrió como válida, y que es, en verdad, errónea e injusta. Aun por la intrincada malla de la censura, a veces aparece el amor que a Cuba tuvo, tan grande como el mayor; y no se oculta para, en plena colonia, escuchar *Desde Europa* el grito de dolor que lanza la patria, el lamento

De esa tierra infeliz que desde niño
no supe sino amar!

El repúblico cubano don Juan Gualberto Gómez, en un artículo publicado en la *Revista de Cuba* el año 1884, sobre la última edición de Mendive, defiende, con acopio de datos, su alto celo patriótico. El señor Gómez—que se equivoca grandemente, a nuestro juicio, cuando aflía a Mendive en el grupo de

los románticos, e interpreta erróneamente las frases de Fornaris y Luaces en su *Cuba Poética* (33)—, acierta, a nuestro entender, en la razón por que Mendive no tañó su arpa eólica en patrióticas lamentaciones, al menos aparentemente.

Él mismo la da en su inspiradísima réplica a Zenea, saturada, como todas sus composiciones, de su tristeza resignada y serena:

Antes que dar al mundo mi lamento
cual pobre esclavo su doliente pena;
antes que profanar el sentimiento
cuando la patria no mentir ordena;

yo prefiero cantar del firmamento
en noche clara, espléndida y serena,
el tibio resplandor de las estrellas
y en horas tristes meditar con ellas!

Hay una especie de aristocracia del dolor en esos versos. El poeta tiene el inmenso orgullo de callar su tristeza, de ocultar, a las turbas indiferentes,

el patrio amor que conservar prefiere
oculto el corazón, porque más sea
en el silencio mudo, hermosa idea!

No; no quiere aparecer como débil y quejumbroso ilota: calla, para que no le ahogue la voz el caudal de sus lágrimas hirvientes:

Fuera mi acento, pues que así lo anhela
el hombre pensador y buen patriota,
como el grito que lanza cuando vuela
sobre revueltos mares la gaviota;
pero la mente con dolor recela
que el llanto apague la vibrante nota
y el arpa entonces destemplada y mustia
prorrumpa en ayes de profunda angustia!

Así, lejos de todos, en el silencio y en la soledad, llora el pesar de Cuba:

Por eso a solas, cuando el sol desmaya
y su corona arroja entre los mares,
absorto escucho en la desierta playa
el eterno gemir de los palmares.

En ti bendigo yo la suerte mía
y entre tus selvas solitario ansío,
en horas de fugaz melancolía,
tu infortunio borrar con llanto mío...

Comprendió que su verdadero camino, su mejor camino, era otro que los gritos del combate. Comprendió que en su ternura estaba el más puro y límpido raudal de su poesía, y expresó a todos cuánto era su amor por seres y cosas (34).

Amó al rico y al pobre:

Nunca del pobre la mirada apartes;
ave que errante en tu cendal se prenda,
sepa que tiene en tu sensible pecho
cuna de flores.

Tal y tan grande era su ternura, que, por su influjo, el mundo todo también latía a impulsos de un inmenso fuego pasional: el suyo:

Por fortuna en mi pecho a la sonora
onda fugaz de armónica cadencia
aún le es dado vibrar y encantadora
aún puede hacerme grata la existencia
Natura, cuando espléndida derrama
su virginal tesoro...
y al mundo envuelve en su fecunda llama!

Pero de todos sus amores, el único que puede parangonarse con su ternura paternal es la devoción al Creador, es el santo temor de Dios, más fuerte en él aún que la misma desesperación. Ved con cuánta unción, con cuánto misticismo, sólo comparable al de los grandes espíritus cristianos del Siglo de Oro, se somete Mendive a los inescrutables arcanos de la Esfinge:

No seré yo, mi Dios, quien a ti llegue
cubierto de rubor, ni quien osado
ante tu excelsa majestad desplegue
del pensamiento el vuelo arrebatado;
no; yo sabré sin que el dolor me ciegue,
padre infeliz, con ánimo esforzado,
imitando el zumbir de mansa abeja
levantar hasta ti mi humilde queja.

Yo te diré por qué, cuando serena
 la noche su amplio manto de zafiros
 despliega hermosa y, de misterios llena,
 a ti consagra un himno de suspiros,
 de mi lira se escapan con mi pena
 en ecos de dolor o en blandos giros
 las quejas, ¡ay!, las quejas que mi pecho
 lanza en hirvientes lágrimas deshecho.

Con una imagen poética bellísima, dice dirigiéndose a Dios:

Oh, tú, del corazón la flor más bella
 que en mis huertos de amor naciste un día!

Le llama:

Blanca estrella
 que cual la escala de Jacob me guía
 desde el lecho infeliz do vivo atado
 hasta tu digno alcázar encantado!

Reconoce su poder infinito:

Sí; mi Dios, sólo tú, que omnipotente
 los orbes llenas y el espacio inflamas
 con tu inmenso poder...

Un Dios eterno, absoluto, más cerca de Pan que de Jehová,
 coexistente con todo lo creado, que alienta en todo lo existente,

en las sombras que pueblan las florestas
 y en el raudal torrente y en la cumbre
 de las altas montañas, donde eterno
 sus nieves cuaja el borrascoso invierno!

Este panteísmo franciscano se manifiesta muchas veces en Mendive; pero, por sobre todas, *La oración de la tarde* descuella entre sus versos como ejemplo de esta religión de la Naturaleza, de esta concepción de Dios, no con la estrechez de las religiones oficiales, sino con la suprema idealidad de los cultos filosóficos de Oriente:

Ya de la tarde el manto misterioso
 sobre el callado mundo se desploma,
 ya de Venus gentil el disco asoma,
 ya triste muere el sol.
 Llevemos por el áspero camino

con religiosa fe la débil planta,
y oigamos la oración que se levanta
de lágrimas a Dios,

Alcemos nuestro templo en la montaña
teniendo por techumbre al mismo cielo,
por luz la estrella, por alfombra el suelo
y un árbol por altar.

.....

El ámbar de la flor será el incienso,
y el suspiro del viento en lejanía
la plegaria de paz que a Dios envía
contrito el corazón;
Del órgano sagrado el grave coro
la música será de los torrentes,
y el canto de las aves inocentes
la mística oración.

Y ved, de paso, con cuán suave ternura, con qué misteriosa beatitud interpretaba la poesía del crepúsculo; como un suave adormecerse de seres y cosas en el mundo impalpable de los sueños; no como esa inquietante transición que, acaso por influjo ancestral del terror que inspiraría al primer hombre la primera tarde, llena de torturadoras interrogaciones a los espíritus inquietos.

Hemos visto, pues, cómo su ternura era plena de suavidad, sin asperezas, sin desbordamientos eróticos, sin resabios pasionales; amor de tórtolas en el alero de los palomares, espiritual por pura esencia; manso cariño impregnado de quietud, de paz, inalterable por lo mismo que tranquilo; amor que imaginamos, como todas las grandes cosas de la vida, profundamente triste...

La segunda gran característica de su estro es la melancolía, tocada también de serenidad; su melancolía que canta, quejumbrosa y doliente, desde el primero hasta el último de sus versos; que flota como un vago perfume en torno de sus ideas; es una melancolía inevitable e inevitada que se desprende de su concepción de la vida...

Por eso exclama convencido:

La vida sin dolor no es un poema;
la salvación está en el sufrimiento!

Es la misma concepción de Tomás Moore, infiltrada de un profundo sentido elegíaco:

Porque amor que siempre ríe
es nube que se evapora
mientras eterno el que llora
al dolor es siempre fiel.

Que aunque nazca entre sonrisas
sus encantos no desplega
el amor, si no se riega
con llanto del corazón...

Y en *Sine ira...*, original, tiene Mendive la más absoluta profesión de fe:

Quien no siente dolor, no alienta vida;
la vida sin dolor es un desierto,
el dolor es la nave que hacia el puerto
nos lleva de la eterna salvación.

Este poeta es, por esencia, por carácter, por convicción, un artista de la melancolía. Lloran, para él, en la paz de nuestras tardes serenas, los penachos de las palmas; llora, al resbalar con tierno murmurío sobre los guijarros, el arroyo tranquilo y blando; lloran las nubes grises del crepúsculo, al cruzar, cuando declina el sol, por el horizonte teñido en púrpura; llora el mar al besar blandamente las rocas de la orilla... El mundo, todo amor, es, a la vez, todo dolor. Una vez más en el árbol de la vida nacen juntas las flores del mal y del bien; otra vez, junto con la inmensa pesadumbre de las cosas, está su goce supremo: el amor y el dolor, refundidos en una concepción compleja, peculiar del poeta, sui géneris, que pone en cada cosa y en cada ser su propio espíritu evangélico, con sus dos alas impolutas: el amor y el dolor!

Un dolor suave, humilde, resignado, sencillo, que se encoge como para no molestar; más infinito cuanto más suave, menos profundo cuanto más extenso...

Una melancolía que nace de la convicción de que es simpático a Dios el sacrificio y el único camino para la conquista de la eterna bienaventuranza. El placer, según el pensamiento del poeta, endurece el alma, vicia de sibaritismo el espíritu y

sume al sujeto en el pantano cenagoso de todas las podredumbres: el dolor depura, aumenta la sensibilidad, aguza el espíritu para la mejor percepción de las cosas supremas. Me diréis que esa concepción es falsa, que hay goces inefables y alegrías infinitas que exigen también una perfección espiritual. Sí; pero el poeta, por su modo de ser, veía en estos goces y en estas alegrías, cuando están tocadas de virtud, yo no sé explicar qué tinte melancólico. Por algo cuando el pecho embarga un supremo placer, más intenso cuanto más inefable, brotan insensible e invariablemente de los ojos raudales de llanto, y se llora queriendo reir...

Fué la suya una tristeza apacible y respetable, majestuosa, augusta, plena de solemne serenidad. Es el dolor que embarga a los enamorados del ideal cuando descubren que en las veredas de la vida sólo esperan al caminante, para salirle al paso, los heraldos del dolor; es la tristeza resignada de ciertos espíritus superiores, a quienes la enorme prosa de la vida obliga a desfallecer cuando llegan a adquirir la convicción torturadora de que el bien ansiado es absolutamente imposible e inalcanzable; el pesar de la impotencia que no ruge en la blasfemia, porque lo impiden los puros rayos de una perfecta resignación cristiana, más fuerte que el dolor, que el desengaño y que la muerte.

Por eso no es el poeta de los grandes espíritus revolucionarios, sino el de las almas quedas, reposadas, que ya han traspasado, como la suya, el umbral de la serenidad...

NOTAS

(27) La corrección es el detalle de la técnica de Mendive que más se destaca desde luego.

(26) *Dramas de Víctor Hugo*. Barcelona. Biblioteca "Arte y Letras", 1884: *Hernani*.

(29) Véase Claretie, *Historia de la Literatura Francesa (900-1900)*. Versión castellana de Toro y Gómez. Contiene un interesantísimo estudio del romanticismo, al que remitimos al lector. Véase, también, *El Romanticismo en España*, de Enrique Piñeyro, edición Garnier, y *La cuestión palpitante*, de D.^a Emilia Pardo Bazán.

(30) Véase la nota anterior.

(31) Prólogo a la primera colección de los versos de Mendive, publicada en 1860 por la casa Rivadeneyra.

(32) En nadie mejor que en Mendive parece cierto este tropo.

(33) La frase a que nos referimos es esta: ...“La circunstancia, importante a los ojos de los verdaderos apreciadores del mérito, de que Mendive entonaba sus cantos *haciéndose superior a la perniciosa influencia de aquella época.*” *Cuba Poética*. Colección escogida de las composiciones en verso de los poetas cubanos desde Zequeira hasta nuestros días. Directores: José Fornaris, Joaquín Lorenzo Luaces. Editor: José Socorro León. (Segunda edición) Habana, Imprenta de la Viuda de Barcina y Comp., Calle de la Reina núm. 6. 1861. Pág. 104. La *perniciosa influencia* a que aluden Luaces y Fornaris es la del romanticismo, mal que le pese al Sr. Gómez.

(34) Ya se ha visto, sin embargo, cuántos valientes acordes le arrancó, en las tristezas del destierro, el espectáculo de la patria esclava. Y no los hemos citado todos. Véase su maravillosa composición a los mártires del 71.

EL DESENLACE DE LA OFENSIVA ALEMANA SOBRE PARÍS

II

LA BATALLA DEL MARNE



ERCA de medio siglo había transcurrido desde que el prestigio de las armas francesas sufriera el más rudo golpe de la historia militar de ese pueblo, cuando al cumplirse un aniversario más, en el año de 1914, de la vergonzosa capitulación de Sedán, el nuevo ejército francés, constituido por los hijos de los heroicos soldados de *La Débâcle*, se veía amenazado de lo que aparecía a los profanos en el arte militar como una reproducción amplificada del cuadro desastroso de 1870... Pocos días después, la suerte había cambiado: el Ejército Imperial que hasta entonces había avanzado incesantemente, sin grandes obstáculos y contratiempos, osciló un instante, sintió vacilar un momento la confianza imperturbable que había alimentado hasta entonces en el triunfo próximo; en vez de atacar se sintió atacado, tuvo la intuición de que algo muy serio le amenazaba y de que no se trata ya de renovar en escala gigantesca la formidable maniobra de Sedán, sino de evitar una catástrofe.

Después de cuarenta y cuatro años de amarguras y de ultrajes sufridos, después de una época borrascosa para el Ejército de la República Francesa, en que sus propios compatriotas no eran los últimos en denigrarlo, la Victoria, que durante tanto tiempo lo había abandonado, volvía a sonreírle. La batalla

del Marne, borrando los recuerdos dolorosos de Metz y Sedán, restituía a un pueblo la confianza en sí mismo y le hacía concebir las esperanzas más halagüeñas. Si la victoria final ha de decidirse por la Triple Entente, en esta guerra, es indudable que la batalla del Marne ocupará un lugar prominente entre las batallas decisivas del Mundo. Pero sea cual fuere el resultado de esta contienda, la sorpresa enorme que causó la noticia de la retirada alemana hacia el Aisne era justificada: el ejército alemán, invicto desde hacía más de medio siglo, había sufrido por primera vez, y cuando parecía más cerca que nunca de un triunfo sonadísimo, una verdadera derrota. La formidable maquinaria militar se había pronunciado en retirada, abandonando la ofensiva al enemigo, y este prodigio era la obra de un ejército que se suponía desmoralizado por una larga y penosa retirada, al cual se creía angustiado en la defensa de su capital y esperando su salvación del avance moscovita. El episodio más dramático de la guerra se había producido en el breve espacio de cinco días: las fuerzas aliadas que parecían un muñeco en manos del Estado Mayor alemán, jugando con ellas a su antojo, habían invertido los papeles, amenazando a su vez envolver el ala derecha alemana en los memorables campos de Montmirail y habían entonado el acento victorioso de la Marsellesa. Los nombres de Von Kluck, Von Bülow, etc., que habían llenado las columnas de los periódicos con las noticias de sus triunfos, se habían obscurecido ante los de Joffre, Foch, De Maunoury, etc., a quienes se proclamaba como restauradores del prestigio militar francés.

“El sábado 5 de septiembre, dice el Mariscal French en su Informe al Ministerio de la Guerra, de 17 de septiembre de 1914, me entrevisté con el Generalísimo francés, a su instancia, y me informó de su intención de tomar la ofensiva, pues consideraba las condiciones muy favorables para el éxito. Me anunció su intención de hacer girar el flanco izquierdo del Sexto Ejército, apoyado sobre el Marne, en la dirección del Ourcq, a fin de atacar el flanco del Primer Ejército Alemán, que entonces se movía en una dirección sudeste, y hacia el este de dicho río. Me pidió que efectuase un cambio de mi frente hacia la derecha, mi izquierda descansando en el Marne y mi derecha en el 5º Ejército, a fin de llenar el hueco entre éste y el 6º. Debía entonces avanzar en todo el frente de la línea contra el enemigo y unirme al movimiento ofensivo general.”

He aquí cuando comienza propiamente la mal llamada, según algunos, y entre otros Stoddard, batalla del Marne, que para ser comprendida es necesario hacer preceder de una exposición, por breve que sea, del avance de los ejércitos alemanes desde la frontera de Bélgica, a fin de poder precisar la situación respectiva de las fuerzas contendientes y apreciar claramente cuáles fueron los elementos que contribuyeron al éxito de la ofensiva proyectada por Joffre.

El día 6 de septiembre, en que comenzaron las maniobras a que se refiere el Mariscal French en su anterior informe, los ejércitos enemigos ocupaban aproximadamente la situación siguiente: El Ejército de París, o sea el 6º, bajo el mando de De Maunoury (*), que debía realizar la maniobra decisiva atacando el flanco derecho de las fuerzas de Von Kluck, a lo largo del río Ourcq, y amenazando sus líneas de comunicaciones, se extendía desde los alrededores de Nanteuil-le-Haudouin hasta Crecy-en-Brié, sobre el Grand Morin, desde cuyo lugar comenzaba la línea inglesa, en una extensión de doce millas y en dirección sudeste, hasta Vaudoy. Desde este punto hasta Courchamp, a diez millas de distancia, donde se encontraba la izquierda del 5º Ejército, en cuyo mando Franchet d'Esperey había sucedido a Lanrezac, según antes hemos indicado, existía un hueco que se había procurado llenar con tres divisiones de caballería. El ala derecha del 5º Ejército estaba en contacto con la izquierda del 9º, mandado por Foch, en Sézanne, desde cuyo punto la línea del 9º se extendía hasta Sommesous, al noroeste del Campo de Mailly. De aquí hasta Sompuis, donde se encontraba el ala izquierda del 4º Ejército, bajo las órdenes de Langle de Cary, había otro intervalo que se había intentado colmar de la mejor manera posible con caballería y artillería. En un frente de 25 millas, el 4º se extendía hasta Sermaiz, con otro pequeño claro entre su ala derecha y la izquierda del 3º, bajo la dirección de Sarraill, el cual desde Revigny se extendía en una

(*) No acertamos a explicarnos cómo *The Times History of the War*, al describir la batalla del Marne en el núm. 15 de la serie, atribuye el mando del 6º Ejército al General Paul, cuando parece demostrado que dicho General no ha tenido en ningún momento el mando de ninguno de los ejércitos republicanos.

dirección nordeste hasta Souilley, cerca de Verdun, cuyas fortalezas le servían de apoyo, poniéndole a cubierto de un movimiento envolvente.

El 6º, desde Nanteuil-le-Haudouin, debía avanzar hacia la línea del río Ourcq, ejerciendo presión sobre el flanco derecho del Primer Ejército Alemán. La acción empeñada por Maunoury contra Von Kluck, generalmente denominada batalla del Ourcq, hubo de tener una influencia decisiva en el curso de las operaciones generales, según muy pronto habremos de ver.

El Ejército Inglés, sobre la línea del Grand Morin, debía iniciar la ofensiva, cooperando con las fuerzas de Maunoury a la operación de flanqueo del Primer Ejército germano. No pudiendo oponer Von Kluck grandes contingentes a la fuerza expedicionaria inglesa, que él reputaba encontrarse tan quebrantada y diezmada que no le permitiría realizar movimiento serio alguno, el avance inglés fué mucho más fácil desde el principio y contribuyó eficazmente a la retirada del ala derecha alemana.

Los célebres campos de Montmirail y Vauchamp fueron teatro de las acciones más reñidas entre el 5º Ejército, bajo Franchet d'Esperey, y la izquierda de Von Kluck. Von Bülow prestaba cierto apoyo al Primer Ejército, pero dejaba caer el peso máximo del ataque de las fuerzas a su mando y las de Von Hausen, sobre el centro francés, bajo el mando de Foch, en La Fère-Champenoise. Según la opinión de los técnicos, esta fué la acción culminante de la gran batalla librada en las llanuras de la Champagne y la que decidió la suerte de la misma.

El 4º Ejército, por su parte, sostuvo los combates más encarnizados contra las fuerzas wurtemberguesas, en los alrededores de Vitry-le-François, hasta el punto que cuando la retirada del ala derecha y parte del centro había cedido a los aliados las dos orillas del Marne, el Príncipe de Wurtemberg se obstinaba aún en no ceder una pulgada de terreno al enemigo.

Por último, la batalla librada por el 3er. Ejército en defensa de Verdun, cuyo episodio más saliente fué sin duda el sitio del fuerte Troyon, se mantuvo indecisa y más bien favorable a los germanos, hasta que la retirada general emprendida por los demás ejércitos obligó al Kronprinz a ceder terreno y renunciar

por esa vez a la toma de la gran fortaleza, eje de la maniobra colosal concebida y ejecutada por Joffre.

De la trascendencia que la batalla habría de tener sobre la suerte futura de la campaña, los directores de ambos ejércitos eran desde luego los primeros en darse cuenta, y así procuraban hacerlo sentir a sus soldados en las proclamas que respectivamente les dirigieran antes de comenzar la acción.

“En los momentos, decía Joffre, en que se empeña una batalla de la cual depende la suerte del país, es necesario recordar a todos que ha llegado el momento de no mirar más hacia atrás; todos los esfuerzos deben dirigirse a atacar y rechazar al enemigo. Una tropa que no pueda avanzar más, deberá, cueste lo que cueste, conservar el terreno conquistado y dejarse matar en su puesto antes que retroceder.”

Por su parte el General Von Kluck decía a sus soldados:

“Mañana la totalidad de las fuerzas del ejército alemán, así como todas las de nuestro cuerpo de ejército, deberán entrar en acción en toda la línea desde París a Verdun, para salvar el bienestar y el honor de Alemania. Yo espero de cada oficial y soldado, a pesar de los combates duros y heroicos de estos últimos días, que realizarán su deber completamente y hasta el último aliento. Todo depende del resultado de la jornada de mañana.”

Salvo el 6º, que, como ya hemos dicho, inició la ofensiva desde el primer día de la batalla, los demás ejércitos se mantuvieron a la defensiva durante la que se ha llamado primera fase de la batalla del Marne, o sea la del ataque de las fuerzas germanas. Si bien el Primer Ejército alemán hubo de ceder terreno mucho antes, el avance general francés no comenzó hasta el día nueve.

“El sábado 5, dice Emile Henriot, describiendo en el periódico francés *Le Temps* la batalla de Ourcq, según los datos que recogió de testigos presenciales, el ejército bajo las órdenes del General De Maunoury estaba sobre una línea hacia el nordeste, en la dirección de la marcha que debía efectuar al día siguiente, con Chateau-Thierry como dirección de conjunto. A pesar de estos movimientos, los alemanes proseguían su marcha hacia el sudeste y descendían sobre Lizy-sur-Ourcq. El 4º cuerpo alemán de reserva, salía del bosque de Compiègne y seguía el movimiento general hacia el este y sudeste. El 6, por la mañana, comenzó el ataque sobre toda la línea”...

El General Lamaze avanzó desde Dammartin hasta St. Soupplets, donde atacó al 4º cuerpo de reserva alemán, que sorprendido por aquel ataque a su flanco no pudo ofrecer gran resistencia y permitió a los franceses la ocupación de Barey y Marsilly, el seis por la tarde. El 7º cuerpo, bajo las órdenes de Vauthier, cooperaba, aunque con mayor dificultad, al avance, ocupando hacia el norte las aldeas de Puissieux y Etavigny. La doble maniobra de los ejércitos franceses colocaba a los alemanes en una especie de ángulo de 135 grados aproximadamente, que se estrechaba gradualmente sobre el 4º cuerpo, única fuerza con que contaban los alemanes en aquel lugar para hacer frente al avance de los cuerpos franceses. En esta situación, las fuerzas alemanas se atrincheraron en Betz, Acy y Puissieux, resistiendo durante el día 7 los continuos ataques de los ejércitos franceses. Al anochecer, el 2º cuerpo alemán, después de haber sido rechazado más allá del Marne, pudo, al retirarse, prestar un auxilio precioso al 4º cuerpo, en Acy y en Multien. Al día siguiente, Von Kluck, comprendiendo el peligro que amenazaba su flanco y sus líneas de comunicaciones, destacó el 9º cuerpo para que cooperase con el 2º en una operación de flanqueo contra el ala izquierda del ejército de Maunoury, en la dirección de Betz. Ante el empuje alemán, el 7º cuerpo francés hubo de replegarse hacia Villers-St.-Genest, para detener el movimiento desbordante de los alemanes. El General Mounoury, manteniendo la orden de avanzar y reconquistar el terreno perdido, lanzó una parte de sus reservas hacia Villers-St.-Genest, entre Nanteuil y Betz; pero esta operación se complicaba con la dificultad siguiente: necesidad de enviar una parte de las reservas hacia el sur, en dirección al Marne, en auxilio de los ingleses, que habían permanecido demasiado atrás, a fin de asegurar las comunicaciones con ellos. Debiendo desprenderse de parte de sus reservas para apoyar la izquierda, el jefe francés debía al propio tiempo extender el frente de batalla hacia la derecha, para asegurar el contacto con la fuerza expedicionaria británica, en los precisos momentos en que corría el más grave peligro de ser desbordado por su ala izquierda, en los alrededores de Betz. El día 9, decidido a mantener su línea de combate sin retroceder, envió todo lo que le quedaba de reservas disponibles sobre su

izquierda, usando de todos los medios posibles de transporte. Fué entonces cuando se utilizaron todos los *taxi-autos* (automóviles de alquiler con taxímetro) de París, los cuales habían sido requisados la víspera, a fin de llevar con la mayor rapidez posible a la línea los contingentes necesarios. La situación, sin embargo, era cada día más crítica, pues los alemanes también habían sido reforzados con tropas del Landwehr; y bajo esta amenaza, el 4º cuerpo, enviado por Joffre en auxilio del General Maunoury, se veía obligado a replegarse hacia Nanteuil. A las cinco de la tarde, el Jefe del 6º Ejército enviaba aviso al General Boelle de no dar un paso más hacia atrás y dejarse matar hasta el último hombre, si fuera necesario, antes que retroceder. Durante la noche, los cuerpos 4º y 7º reciben la orden de tomar nuevamente la ofensiva, y al día siguiente el ataque volvió a comenzar sobre toda la línea, más vigoroso que nunca. Los alemanes habían sufrido ya serios descalabros en otros puntos del frente de combate y la retirada se hacía necesaria.

Así describía la situación el boletín francés del 11 de septiembre:

“La autoridad militar francesa se sostiene en no dar más que noticias exactas. Como lo habíamos anunciado, desde el 6 de septiembre una batalla se desarrollaba sobre el frente que se extiende, de una manera general, desde París hasta Verdun. Desde el principio de la acción, el ala derecha alemana, que había alcanzado el día 6 la región del norte de Provins (ejército mandado por Von Kluck), se veía obligado a replegarse ante la amenaza de ser envuelto. Por una serie de movimientos hábiles y rápidos, este ejército logró escapar del cerco que le amenazaba y se lanzó con la mayor parte de sus fuerzas contra nuestra ala envolvente, al norte del Marne y al oeste del Ourcq; pero las tropas francesas, auxiliadas poderosamente por el valor de nuestros aliados ingleses, infligieron al enemigo pérdidas considerables y han dado el tiempo necesario para permitir a nuestra ofensiva progresar por otros puntos.”

Las fuerzas del Reino Unido, por su parte, efectuaron en la tarde del 6 de septiembre un cambio de frente, ocupando la línea Jouy-Le Chatel Faremontiers-Villeneuve le Conte; y cuando el movimiento del sexto ejército sobre el Ourcq se hizo aparente, iniciaron resueltamente su avance, pues habiendo comprendido Von Kluck la amenaza suspendida sobre su flanco derecho, hubo de llevar todas las tropas disponibles a las orillas

del Ourcq. El día 7, las fuerzas inglesas, y especialmente la caballería, cooperaron eficazmente al avance de las tropas francesas, causando grandes bajas a las divisiones 2ª y 9ª de la Caballería de la Guardia, que protegía la retirada del ejército alemán contra el ataque británico. El avance inglés progresaba de tal modo, que amenazaba separar las dos alas del Primer Ejército alemán; y por eso, aunque habiendo obtenido algunos éxitos contra el 5º francés y la caballería de Conneau, situada entre aquél y las fuerzas inglesas, Von Kluck, que había enviado los días 6 y 7 dos cuerpos en auxilio del 4º de reserva, el cual hacía frente en la región del Ourcq al ejército de París, hubo de replegarse, abandonando la línea del Grand Morin, después de sufrir numerosas bajas en las cercanías de Montceaux. La línea del Petit Morin se hizo bien pronto insostenible, y el día 8 el ala derecha alemana se veía obligada a continuar la retirada hacia el Norte, no sin haber antes librado violentos combates en la región de La Ferté-Gaucher, Esternay y Montmirail.

“Reconociendo el peligro a tiempo, escribía Feyler en el *Journal de Genève*, por una maniobra que adivinamos haber sido extremadamente hábil, Von Kluck logró ganar la ribera norte del Marne para rehacerse, tomar nuevamente la ofensiva y rechazar el movimiento envolvente francés... El frente sur francés proseguía cada vez más su ofensiva, en tanto que al norte del Marne el General Von Kluck resistía lo mejor posible sobre el Ourcq. Su izquierda, prolongada por el General de Bülow, estaba empeñada contra las fuerzas anglofrancesas, combatiendo primero sobre el Grand Morin, en la región de La Ferté-Gaucher, después sobre el Petit Morin y por último, cerca de Château-Thierry, sobre el Marne, río que debieron atravesar los alemanes con el enemigo a sus espaldas, amenazados por su flanco derecho y dominados desde lo alto de la ribera sur, más elevada que la ribera norte”...

El ejército de Von Kluck, fatigado por una marcha vertiginosa, debilitado por las cuantiosas pérdidas experimentadas durante el avance y habiendo dejado atrás sus aprovisionamientos, no estaba en condiciones de resistir con éxito el formidable ataque que Joffre le dirigiera. A fin de parar el golpe que amenazaba su flanco derecho, hubo de debilitar su centro, lo cual aprovechó Franchet d'Esperey para iniciar una vigorosa ofensiva y obligarlo a cruzar el Marne nuevamente.

El 5º ejército francés, seriamente empeñado durante los días 6, 7 y 8, pudo desde el día 9 iniciar una vigorosa ofensiva, pues la situación comprometida de su flanco derecho había obligado a Kluck a debilitar su izquierda, hasta el punto de que el X cuerpo francés, encontrándose sin enemigos, pudo cooperar con las fuerzas de Foch en el ataque sobre La Fère-Champenoise y, cogiendo de flanco al ejército de Von Hausen en Saint Prix, lo obligó a retroceder. El avance del 5º, el día 9, marca el inicio de la segunda fase de la batalla del Marne, la del ataque de los aliados, y fué el que principalmente decidió la retirada del Ejército Imperial.

Contra el 9º francés, bajo las órdenes de Foch, las huestes del Kaiser libraron los más violentos ataques. Analizando las fases sucesivas del avance alemán sobre París, en relación con el cambio de frente operado por el Primer Ejército, algunos críticos han entendido que la maniobra envolvente alemana pudo considerarse fracasada al llegar frente a París, sin que hubiese logrado desbordar el ala izquierda aliada, tan comprometida durante la retirada del ejército anglofrancés desde Bélgica; la capital constituía, según antes se ha indicado, un apoyo inexpugnable para la izquierda aliada, la cual se encontraba a salvo de la terrible amenaza que la obligó a ceder terreno con tanta rapidez desde fines de agosto. Así lo comprendió, según dichos críticos, el Estado Mayor alemán, resolviendo un ataque al Centro del ejército aliado, para romper sus líneas, dividirlo en dos fracciones y batir cada una de ellas en detalle. La gran presión ejercida sobre las fuerzas de Foch y de Langle, que ocupaban la posición central del Ejército Aliado, parece abonar esa afirmación.

Las tropas de Foch, en posición desde Sommesous hasta Sezanne, debían hacer frente a la izquierda de Bülow y a la derecha del ejército sajón y la Guardia Prusiana, mandados por Von Hausen. El ataque alemán fué tan violento, que ambas alas del 9º debieron retroceder, ocupando las fuerzas alemanas La Fère-Champenoise, y penetrando las tropas sajonas hasta Mailly. El centro, que ocupaba una posición más ventajosa, frente a la ciénaga de St.-Gond, pudo sostenerse mejor, manteniendo la posesión, durante los primeros días del ataque,

del castillo de Monderment, que vino a convertirse en el eje de la batalla y en cuyo derredor se libraron los más furiosos combates. Desde Monderment se domina todo el llano de St.-Gond, hacia el norte, y además constituye una posición defensiva avanzada de las alturas de Allemant y Broyes, desde las cuales, caso de caer en su poder, hubieran podido los alemanes cañonear a su antojo los trenes franceses de aprovisionamiento que cruzaran las llanuras de la Champagne. La posición, pues, era de una importancia estratégica grande, por lo que el General Humbert, al mando de la 1ª División de Marruecos, que la ocupaba, recibió órdenes de Foch de defenderla hasta lo último. Durante los días 7 y 8 la 1ª División pudo rechazar los numerosos e impetuosos ataques de los alemanes, pero a costa de grandes sacrificios. Como los ataques alemanes persistieran, la situación llegó a hacerse insostenible, y en vista de ello Foch ordenó al 9º cuerpo, que defendía la posición de Allemant y que se encontraba en buenas condiciones, que enviase el regimiento 77 de infantería a prestar auxilio a los defensores del Castillo. Mientras tanto, las fuerzas alemanas que avanzaban desde Bannes y Broussy-le-Grand habían forzado al 11º cuerpo a replegarse, y, después de ocupar La Fère Champenoise, lo habían colocado en una situación muy comprometida. La línea francesa había tomado una dirección oblicua muy peligrosa y podía fácilmente ocasionar la ruptura del Centro, que los alemanes se proponían. El regimiento 77 recibió, pues, contraorden y debió dirigirse hacia St.-Loup, donde la situación era grave. Esta operación no dejó de ser advertida por los alemanes, los cuales, desembocando con grandes fuerzas desde Renves, lograron apoderarse del castillo de Monderment. El General Humbert solicitó entonces el auxilio de la división 42, que se encontraba a su izquierda, la cual le envió sus cazadores de a pie, con los cuales logró detener el avance alemán más allá de Monderment.

En estas condiciones, la situación crítica del Centro parecía destinada a neutralizar las ventajas obtenidas contra el Primer Ejército Alemán. Fué entonces, según Stoddard en su interesante artículo publicado en la revista *The World's Work*, titulado *How Joffre and Foch saved the French Army*, cuando

Foch envió, en respuesta a la orden de avanzar del Generalísimo, su famoso mensaje: “Mi izquierda ha sido rechazada, mi derecha está derrotada; atacaré con el centro”.

“No era ésta, como observa con razón Stoddard, una jactancia, pues habiendo debilitado los alemanes su centro, Foch tenía probabilidades de poder, sin auxilio, romperlo. Súbitamente entonces, Foch decidió llevar la división 42 de la izquierda a la derecha para atacar bruscamente de flanco al enemigo, que había avanzado más allá de La Fère-Champenoise. Esta bella maniobra, audazmente concebida y enérgicamente ejecutada, dice Asker en el artículo publicado en *L'illustration*, titulado *Monderment*, y del cual nos hemos servido en gran parte para el relato de estas operaciones, fué una de las razones decisivas de la gran victoria del Marne.”

Para atravesar de un punto a otro, la división 42 debía pasar por frente a Monderment, y esa circunstancia fué aprovechada por el General Humbert para bombardear el Castillo, donde se encontraban las fuerzas alemanas, utilizando la artillería de la división 42. Esto permitió dirigir un nuevo ataque contra el Castillo, que quedó definitivamente en poder de los franceses. El avance general del 9º ejército llevó a la Guardia Prusiana a la difícil posición de St.-Gond, y, en una suprema tentativa para recuperar el Castillo, sufrió una derrota tan espantosa en la Ciénaga, que hubo de ser retirada de la línea de combate para reorganizarla.

Las fuerzas del General De Langle ocupaban la línea de Sompuis a Revigny, teniendo en frente al Ejército wurtembergés y parte de las fuerzas sajonas. El 4º Ejército francés había logrado impedir el 27 de agosto a los alemanes el paso del Mosa, y habiendo De Langle solicitado del Cuartel General permiso para no retroceder, Joffre le respondía (según nos refiere Henriot, corresponsal del periódico *Le Temps*): “No tengo inconveniente en que continúe un día más sobre el Mosa para afirmar nuestro éxito, pero es necesario que el 29 de agosto se encuentre atrás.” Para hacer frente a cinco cuerpos alemanes, De Langle tenía solamente cuatro, situados desde Sermaiz hasta los alrededores de Sompuis y con su centro frente a Vitry-le-François, bien situado en las alturas al sur del río Saulx. Desde esta posición pudo rechazar con relativa facilidad los ataques de las tropas wurtemberguesas. La izquierda no se encontraba

en condiciones tan favorables, debido al avance de las tropas sajonas hacia Mailly, introduciéndose a modo de cuña entre ella y la derecha de Foch; pero, sobre todo, la situación era gravísima en el ala derecha, donde el 18º cuerpo de reserva germánico había roto la línea francesa entre Sermaiz y Vassincourt, avanzando hasta Robert Espagne. El día 8, De Langle fué reforzado con el 15º cuerpo y con él atacó a las fuerzas alemanas en Robert Espagne, obligándolas a retirarse en confusión. Esto le permitió enviar una división del 2º cuerpo y otra del cuerpo colonial, a su izquierda; y como Foch había sido reforzado con una división de reserva, y el 21º, traído de Alsacia, atacaba a las fuerzas sajonas en Mailly, ambos jefes lograron restablecer sus posiciones.

El Boletín del Ejército francés, del 10 de septiembre, resumía las operaciones en el Centro, de la manera siguiente:

“Es la región comprendida entre las mesetas al norte de Sezanne y Vitry-le-François donde se han librado los combates más encarnizados. Allí operaban, además del ejército de Von Bülow, el ejército sajón y una parte del ejército mandado por el Príncipe de Wurtemberg. Por medio de violentos ataques repetidos, los alemanes han intentado romper nuestro centro sin lograrlo; nuestros éxitos sobre las planicies al norte de Sezanne nos han permitido, a nuestra vez, pasar a la ofensiva; y en el curso de la noche última el enemigo ha roto el combate en el frente comprendido entre la Ciénaga de St-Gond y la región de Sommesous, para replegarse a la región inmediatamente al oeste de Vitry-le-François.”

Mientras el centro de las fuerzas aliadas se veía tan seriamente amenazado, Sarrail, defendiendo con el 3er. Ejército la fortaleza de Verdun, había perdido poco terreno, a pesar de la formidable presión que sobre todo su frente de batalla ejercía el 5º Ejército alemán, mandado por el Kronprinz. Basta dirigir una ojeada al mapa para comprender las ventajas que el terreno donde Sarrail operaba ofrece para una acción defensiva, notablemente mejoradas por las fortificaciones que los franceses habían construído durante la paz, según lo demostró la heroica resistencia del Fuerte Troyon, uno de los episodios más interesantes de esta guerra. El 3er. Ejército no pudo, sin embargo, avanzar sino cuando ya la retirada del ala derecha alemana provocó el retroceso general de las huestes imperiales.

Hasta el 9 de septiembre la situación de los ejércitos aliados, en general, había sido la de una defensiva comprometida, que en el Centro adquirió por momentos los caracteres más alarmantes. Los éxitos del 5º Ejército francés contra Von Kluck y las operaciones admirables por las cuales Foch hiciera retroceder las fuerzas germanas hasta la Ciénaga de St.-Gond, y la derrota que allí les infligiera, cambiaron por completo el cuadro, asumiendo las fuerzas aliadas una vigorosa ofensiva en toda la línea, que obligó a las fuerzas de Von Kluck y Von Bülow a retroceder hasta el Marne, el día 9 de septiembre, si bien el centro y la izquierda germanas se mantuvieron inmovibles hasta el día 11.

El día 9, Foch y De Langle iniciaron un ataque combinado sobre Sompuis y La Fère-Champenoise, que los alemanes no pudieron resistir; y al propio tiempo, Franchet d'Esperey, que había ya dispuesto de Von Kluck, avanzaba sobre Baye y, realizando un cambio de frente hacia el Este, amenazaba envolver a Bülow en la dirección de Vertus. Desde este momento la batalla tomó un aspecto general o de conjunto, debido al apoyo mutuo que se prestaba cada uno de los ejércitos franceses llenando los huecos existentes y manteniéndose en íntimo contacto entre sí, por lo cual no es posible considerar cada combate parcial aisladamente, como en la fase primera de la batalla, que hemos llamado defensiva.

En las cercanías de Vitry-le-François, donde los alemanes habían obtenido grandes ventajas sobre las fuerzas francesas —de tal manera que continuaban atacando, a pesar de que la retirada del ala derecha a las órdenes de Von Kluck había cedido ya la línea del Marne al enemigo—, un nuevo descalabro vino a hacer la situación insostenible: el 21er. cuerpo francés, que había colmado el vacío entre la derecha de Foch y la izquierda de Langle de Cary, arrojando a los sajones de Mailly, había llegado a Mairy sobre el Marne.

La retirada general de los ejércitos alemanes era ya inevitable. El 10 de septiembre, el 1er. Ejército había abandonado las orillas del Marne y se dirigía hacia Soissons, dejando detrás abundantes municiones, heridos y prisioneros. El centro, constituido por las fuerzas de Von Bülow, Von Hausen y el Príncipe

de Wurtemberg, también cedía terreno en un extenso frente desde Sezanne hasta Revigny. Solamente el Ejército del Kronprinz continuaba resistiendo, pero había debido abandonar la ofensiva al enemigo. El día 12, el Boletín Oficial francés anunciaba que la retirada de los alemanes no había sido general hasta la noche del once.

“Ese día, añade dicho Informe, las fuerzas anglofrancesas, operando en nuestra ala izquierda, no encontraron sino una débil resistencia por parte del enemigo, cuya caballería principalmente parecía estar agotada, se retiraba entre el Oise y el Marne, desde Soissons hasta la montaña de Reims. En el Centro abandonaba Vitry-le-François, que, sin embargo, había fortificado, y nuestra ala derecha se replegaba a través del bosque de Belnouve para alcanzar la salida de Triancourt, que separa dicho bosque del Argona. Desde entonces el retroceso de los alemanes ha sido ininterrumpido, pero no ha tenido la misma amplitud sobre toda la extensión del frente. En tanto que se organizaban posiciones defensivas al norte del Aisne, entre los bosques de l’Aigle y Craonne y al norte de Reims, que eran sostenidas con tenacidad, los ejércitos alemanes III y IV, entre el Marne y el bosque de Argona, se retiraban con una rapidez y un desorden de que hemos tenido numerosas pruebas, para no detenerse sino en la vía romana del Campo de Chalons a Vienne-la-Ville, al pie occidental del Argona. Al propio tiempo, las tropas que ocupaban el sur de dicho bosque lograban escapar por el costado Este del mismo, para ocupar el frente Varennes-Consevoye, entre el bosque de Argona y el río Mosa.”

París había sido salvado y, lo que era más importante aún: el plan militar alemán, de aniquilar al ejército francés con rapidez fulminante antes de que Rusia hubiese movilizado sus numerosísimas tropas, había fracasado. La batalla del Marne daba a los aliados Tiempo, el factor tan temido por los alemanes.

El entusiasmo que provocó en toda Francia la noticia de la victoria, fué indescriptible. Es necesario retroceder un siglo, remontarnos a los gloriosos días de Napoleón, para encontrar en la Historia de Francia un término de comparación. Con acierto evocaba esos heroicos recuerdos el General Franchet d’Esperey, en su Proclama al 5º Ejército, después de la batalla:

“Sobre los memorables campos de Montmirail, de Vauchamp y de Champaubert, decía él, que hace un siglo fueron testigos de nuestras victorias sobre los prusianos de Blücher, nuestra vigorosa ofensiva ha triunfado de la resistencia de los alemanes. Perseguido por sus flancos, roto su centro, el enemigo se bate en retirada, a marchas forzadas. Los cuerpos

de ejército más temibles de la Vieja Prusia, los contingentes de Westfalia, de Hannover, de Brandeburgo, se han replegado con prisa ante vosotros. Este primer éxito no es más que un preludio. El enemigo está desconcertado, pero no está aniquilado de una manera definitiva. Tenéis aún que soportar duras fatigas, que hacer grandes marchas, que combatir en rudas batallas. Que la imagen de nuestra patria, pisoteada por los bárbaros, quede para siempre fija ante vuestros ojos. Jamás ha sido tan necesario sacrificárselo todo. Saludando a los héroes caídos en el campo de batalla, mis pensamientos se dirigen hacia los vencedores de la próxima batalla. Adelante, soldados, por la Francia.''

La batalla del Marne no fué la victoria de un General determinado, ni el éxito fué el de un cuerpo de ejército aislado: fué el producto del esfuerzo común de todas las tropas francesas. Si deseamos precisar un poco, analizando detalladamente los movimientos y las operaciones que culminaron en la retirada alemana, pudiéramos decir, siguiendo la tesis francesa, que dos movimientos principales se destacan como de influencia decisiva en el curso de la acción: el avance de las fuerzas de Maunoury hacia las orillas del Oureq, que amenazó envolver el ala derecha alemana, permitiendo a Franchet d'Esperey alcanzar las orillas del Marne sin grandes resistencias, y el ataque de Foch sobre La Fère-Champenoise, que descoyuntó el Centro alemán, amenazando destrozarlo. Los círculos militares alemanes, dice Debrit (*La Guerre de 1914*), echan todo el peso de la culpa sobre el General Von Hausen, que llegó doce horas tarde a La Fère-Champenoise. Fué, en efecto, para sus colegas; pero, como observa el propio Debrit con razón, cuando Von Hausen llegó, hacía dos días que la batalla del Marne se había perdido.

Los resultados inmediatos y materiales de la batalla del Marne son insignificantes si se les compara con su significación moral y las consecuencias que la victoria alemana hubiese llevado consigo. Después que hemos presenciado los esfuerzos de que Alemania es capaz, no podemos menos que convenir en que la derrota de los aliados en el Marne hubiera sido el triunfo definitivo de Alemania en esta guerra. Materialmente, la Gran Batalla se tradujo solamente en un retroceso de las fuerzas imperiales hasta las orillas del Aisne, donde lograron reorganizarse y resistir victoriosamente todos los esfuerzos de los aliados para desalojarlos de allí; pero, moralmente, el efecto fué sor-

prendente: hasta entonces, las fuerzas imperiales habían tenido en frente un ejército; después del Marne, han tenido que luchar con la nación armada.

Un siglo antes, Francia, dirigida por un gran genio militar y con el ejército más aguerrido de Europa, sucumbía en Waterloo, ante las fuerzas aliadas de sus amigos de hoy y sus enemigos de siempre, viendo naufragar sus insensatos sueños de dominación universal. En 1914, los papeles se habían invertido: los prusianos, defensores antes de la libertad de Europa, luchaban a orillas del Marne por subyugarla, no tenían un genio militar como Napoleón, pero disponían de un ejército incomparable, orgullo de la Nación y producto de su esfuerzo; los franceses, en cambio, combatían junto a los ingleses, por reprimir aquellas ambiciones y en defensa de las nacionalidades. La suerte, una vez más, se decidió por los menos aguerridos contra los más militares. Grouchy ha pagado con la más triste reputación militar de la Historia la infalibilidad del Gran Capitán que no ha querido reconocer sus errores en el trance supremo y fatal, y, como la Historia se repite, los germanos del siglo XX, rechazados a orillas del Marne, antes que admitir la superior estrategia de Joffre y Foch, arrojan la culpa sobre los hombros de Von Hausen, que llegó con doce horas de retraso a La Fère-Champenoise...

OSCAR GARCÍA MONTES.

Agosto, 1915.

REVISTAS EXTRANJERAS

LA FILOSOFÍA DEL GERMANISMO



EN el número de julio-agosto de la *Revue Internationale de l'Enseignement* se inserta la primera parte de una conferencia pronunciada recientemente por el ilustre pensador Emile Boutroux, titulada *Germanisme et humanité*, y en la que estudia el carácter y esencia de la cultura alemana, viniendo a ser como una exposición de lo que pudiéramos llamar la filosofía del germanismo. Dice en ella Boutroux que el conjunto de ideas y teorías que se designa con el nombre de germanismo, no es una pedantesca invención de literatos que se esfuerzan en justificar, con razonamientos, una práctica determinada esencialmente por ciegos instintos o por voluntades sin escrúpulos. El germanismo es una doctrina que desde hace largo tiempo domina en la educación y la enseñanza dadas al pueblo alemán; y tan estrechamente ha quedado unida a las tendencias innatas y tradicionales de los espíritus, que podemos decir que en la actualidad forma parte de su misma naturaleza.

El germanismo no es un acceso súbito y accidental de infatuación y violencia; está en armonía con las tendencias manifestadas por los pueblos germánicos en todas las épocas de su historia. La Alemania de la Edad Media, quedó aniquilada por los esfuerzos que hizo por realizar, bajo el nombre de *Sacro Imperio romano-germánico*, la unión de la omnipotencia espiritual con la temporal, es decir, el imperio absoluto, universal. Quebrantada como dominadora del mundo visible, por la guerra de los Treinta Años y el tratado de Westfalia, dedicó su ili-

mitada ambición a la conquista del mundo de las ideas; y la obra que efectuó en este sentido, llenó de admiración al mundo, pues, como era una obra puramente ideal, no amenazaba la existencia y la libertad de las demás naciones.

La metafísica, la poesía, la música alemana de los siglos XVII y XVIII, tendían nada menos que a traducir en lengua humana lo infinito, el principio primero y absoluto de las cosas, lo divino...

¡Ambición grandiosa, sobrehumana, irrealizable! Sin embargo un Leibnitz, un Goethe, un Beethoven, nunca pretendieron que las relaciones del espíritu humano con el infinito pudieran llegar a ser tan estrechas que el hombre se confundiera con él y se considerara como el representante, como el sustituto de Dios en la tierra.

Esta consecuencia, ante la cual retrocedieron un Leibnitz y un Kant, no hizo recular a un Fichte. Este pensador identificó con el *yo* absoluto, con el mismo Dios, no precisamente a la humanidad en general, sino a la raza que, según él, era el alma de la humanidad: la raza alemana. Fichte enseña que el pueblo alemán es el primogénito de Dios y que en él el soplo divino ha obrado en toda su pureza y fuerza, y que está destinado a realizar en la tierra el reino divino. Esta excelencia y esta predestinación, el filósofo las probaba con el carácter espontáneo y primitivo de la lengua alemana, en oposición a los idiomas latinos, en los que no veía sino lenguajes derivados, artificiales y muertos.

Pero la actividad del pueblo alemán y el método que Fichte preconizaba, no estaban por él claramente definidos, ni eran inmediatamente prácticos. Prusia, haciéndose cargo en 1806, y más adelante en 1864, de la dirección de Alemania, dió la forma más precisa y concreta de las aspiraciones que hasta entonces sólo se habían manifestado de una manera literaria y filosófica. Prusia representaba a la fuerza actuando por conquistar la fuerza. Por su acción la idea del germanismo se determina de un modo claro y positivo.

Es creencia alemana que la palabra *deutsch* (alemán) por sí sola posee un poder mágico, sacramental. Todo lo que es alemán, por el solo hecho de serlo, es superior, incomparable:

las mujeres alemanas, la fidelidad alemana, el vino alemán, la ciencia alemana, etc.

Lo que caracteriza al germanismo es su oposición a la idea romana. El germanismo es la antítesis de la civilización clásica, y se ha arrogado la misión de subyugar al mundo latino y sustituirlo por el germano. La idea general del germanismo no es otra que la germanización de todo lo que existe: la verdad, la justicia, la belleza, la humanidad, el mismo Dios.

El espíritu alemán emplea dos métodos para llegar a la Divinidad; por una parte, encuentra a Dios en él mismo, descubre, escrutando profundamente en su interior, que el fondo de su naturaleza es el infinito, la personalidad por excelencia, la espontaneidad y libertad absolutas, en una palabra, el ser mismo de la humanidad; por otra parte, estudiando la historia, los sabios alemanes no ven en ella más que el conjunto de los caminos que la Providencia crea y sigue para realizar en el mundo el fin divino, es decir, el imperio universal y absoluto del germanismo. Por eso en la práctica basta comprobar que una ambición es alemana, que un interés es alemán, para saber con certidumbre que Dios apoya la causa: prácticamente Dios es el servidor de Alemania. Dios es, pues, una fuerza que el germanismo se apropia y utiliza de la misma manera que explota las fuerzas naturales, físicas y psíquicas. La fe representa el mismo papel que los encantamientos en las religiones primitivas. Creer firmemente que Dios está con ellos, es para los alemanes asegurarse la cooperación omnipotente de la Divinidad en todo lo que emprendan.

El germanismo está por encima de la verdad. Los humanos consideramos como verdaderas las proposiciones que expresan la naturaleza de las cosas tal como podemos conocerla por la experiencia combinada con el razonamiento. Según los metafísicos alemanes, tales proposiciones no merecen el nombre de verdaderas. La verdad es el aspecto que revisten las cosas para quien las considera desde el punto de vista de lo *absoluto*. Este *absoluto* no puede hallarse en los objetos accesibles a nuestros medios de observación; está dentro de nosotros, y la conciencia alemana tiene el privilegio de descubrirlo, pues lo característico del genio germano es la *interioridad* (*die Inner-*

lichkeit). Colocado, pues, el espíritu alemán en la fuente misma de la verdad, asigna su significación interna a cada proposición humana, no pudiendo las otras razas alcanzar más que conocimientos parciales e incompletos, indignos del nombre de *verdad*. Pero aún hay más: para los alemanes, estos conocimientos parciales no pueden ser elevados a verdades absolutas, si no se relacionan con la verdad suprema; y esta verdad no es otra cosa que la radical identidad del germanismo con el pensamiento divino. A la idea alemana, pues, acudirá el alemán, en definitiva, para juzgar de la significación última de las cosas. El alemán, considerando los hechos y la lógica humana como simples materiales o instrumentos que no adquieren valor alguno más que por la manera como son utilizados, orienta los hechos y los razonamientos en el sentido del interés alemán, de la verdad alemana. Dado un conjunto de hechos, el problema consiste en hallar un principio que los haga aparecer como testimonios de la infalibilidad alemana. La ideología germana posee un gran número de fórmulas construídas con anticipación y que permiten modelar luego los hechos como convenga. He aquí algunas de estas fórmulas erigidas en principios: “la fuerza es la base y la medida del derecho”; “la necesidad no reconoce ley”; “todo lo que tiene por objeto el triunfo de Alemania y de su cultura, es legítimo”; “entre Alemania y las demás naciones no puede haber reciprocidad”; “el sentimiento no tiene que intervenir en la política”; “lo que afirma un sabio alemán está cimentado en pruebas irrefutables.”

No solamente el germanismo está por encima de la verdad; también lo está de la justicia. Lo que los hombres entienden por justicia, es una ley concreta, universal, invariable; pero para el pensamiento alemán tal ley no es más que la letra, no el fondo y el espíritu de la justicia. El germanismo es la justicia viva y absoluta, infalible y soberana, fuera de la cual toda regla de conducta es mera convención, puro estatuto empírico, o hipotético imperativo. De aquí resulta que la conciencia alemana ignora las obligaciones que se imponen a la conciencia de los hombres; los tratados, los contratos o arreglos en los que figura la firma de Alemania, no son a sus

ojos, si no convienen a sus intereses, otra cosa que *chiffons de papier*.

Para los alemanes es insensato pretender aplicar el mismo criterio a los actos de Alemania hacia las otras naciones, que a los actos de éstas con relación a Alemania. Multiplicar los armamentos, preparar la guerra en sus menores detalles, es por parte de Alemania obrar en favor de la paz universal; pero, responder a estos armamentos con preparativos de defensa, es provocarla, es desear y buscar la guerra. Actos de idéntica naturaleza no tienen la misma significación; si son efectuados por Alemania, la excelencia de los fines que persigue santifica todo lo que hace; pero si los ejecuta otra nación, son actos reprobables.

La disciplina alemana, fundada en tales principios, es cosa sagrada; de manera que ningún acto ejecutado conforme a la misma, puede ser tenido como cruel, ni bárbaro; como los soldados alemanes no conocen la indisciplina, todo lo que ellos hagan no puede ser censurado. La responsabilidad de sus actos incumbe únicamente a sus jefes, a los jefes de sus jefes, y, finalmente, al Emperador, que ante Dios solamente es responsable.

Si el germanismo es la verdad y la justicia, también representa la belleza, toda vez que en el esfuerzo que hace el arte clásico por respetar la esencia y las leyes propias de la forma, no ve otra cosa que la impotencia de un espíritu rutinario y estéril. Según los alemanes, el arte de los latinos vive de fórmulas y reglas que se transmiten las generaciones como una enfermedad hereditaria, mientras el genio alemán, que está arraigado en las últimas profundidades del ser y que participa del origen de las cosas, crea la idea y la forma, lo finito y lo infinito.

Por lo expuesto se comprende que el germanismo está por encima de la humanidad; la domina por su origen, puesto que teniendo sus raíces en lo divino, forma un todo con lo infinito, el poder creador y la espontaneidad primitiva. Esta superioridad nativa y "cultural" asigna a la nación alemana, a su ejército, a sus profesores, a su Emperador, una tarea temible, pero irrenunciable: la de imponer al mundo la cultura alemana.

Una misión de tal naturaleza implica, primeramente, reducir a la obediencia a los demás pueblos, por la guerra o por el terror. El fin que por la guerra quiere alcanzar el germanismo, es la *organización*. Esta organización consiste en colocar a cada nación en el laboratorio alemán y, teniendo en cuenta las aptitudes de cada una, dirigirlas en bien del progreso de la cultura alemana. El instrumento de esta organización del mundo, es el Estado, pero entendido a la manera alemana. El Estado alemán, el Estado prusiano, no es una simple creación humana; es el verdadero sustituto de Dios en la tierra, o, más bien, es el mismo Dios real y eficaz. El Estado prusiano es la máquina creada por la Providencia para subyugar y germanizar al mundo entero.

LUCIANO ACEVEDO.

BIBLIOGRAFÍA (*)

Agustín Acosta. Laureado. ALA. Poesías. Biblioteca Studium, Habana, Jesús Montero, Neptuno 35 & 37. Valladolid, Vda. de Montero, B. de Ferrari, 4 & 6 [1915]. 8.º, 224 p.

El poeta matancero que tantos lauros ha obtenido con sus sonoros versos, y cuyo último resonante triunfo en recientes juegos florales hispanocubanos le proporcionó disgustos originados por la descortesía incalificable de ciertos "filisteos" a quienes encomendaron la organización de la gayá fiesta en que él ganó la flor natural con su poema *Los Caminos*, ha reunido en este volumen dos libros de poesías: el primero le da nombre y el segundo se titula *El minuto amargo*, que comprende desde la página 151 hasta el final.

Sean cuales fueren las opiniones acerca de la manera como Acosta expone sus pensamientos, esto es, en cuanto a la más o menos académica forma de sus versos, no cabe duda de que en él hay un poeta, un ser que siente hondamente la emoción lírica y la expresa con raro acierto no pocas veces. Este volumen, donde está casi toda su producción poética o lo principal de ella, robustece el alto concepto en que la crítica tiene a Agustín Acosta, ya considerado como uno de los más sobresalientes bardos de la nueva generación literaria cubana.

ANUARIO ESTADÍSTICO DE LA REPÚBLICA DE CUBA. Formado principalmente con datos facilitados por las oficinas del Gobierno o contenidos en publicaciones oficiales... Año I. 1914. Habana, Imp. "El Siglo XX", de Aurelio Miranda, 1915. 4.º, XXIX-192 p.

Puede afirmarse que este volumen, en su género, es el más importante de los publicados en Cuba este año, porque las materias de que trata son de

(*) Debemos recordar que en esta sección serán analizadas, únicamente, aquellas obras de las cuales recibamos dos ejemplares remitidos por los autores, libreros o editores; de las que recibamos un ejemplar, sólo se hará la inscripción bibliográfica correspondiente.

interés general. Presenta, en numerosos y bastante completos cuadros, lo más saliente de la vida cubana en sus múltiples aspectos de población, sanidad, riqueza pública, importación, exportación, industrias, ferrocarriles, correos, etc.; y si bien algunas imperfecciones indican la premura con que ha sido hecho el enorme trabajo de compilación y depuración de los utilísimos datos que contiene, los encargados de preparar este Anuario sólo merecen calurosísimos plácemes por la obra realizada, primera de su clase en Cuba. La competencia de los señores Luis Marino Pérez, Jorge Le-Roy, Antonio J. de Arazoza, José Pérez Arocha y Fernando Ortiz, quienes aparecen bajo la dirección del Dr. Orestes Ferrara en los trabajos del *Anuario Estadístico de la República de Cuba*, hace confiar en que los subsiguientes volúmenes serán tan acabados como los mejores de su índole hechos en otros países, prestando así un positivo servicio al nuestro. Los grandes adelantos de Cuba en todos los órdenes de la actividad, principalmente después de su emancipación de España, están presentados en este libro como el más rotundo mentís a cuantos niegan todavía la capacidad cubana y sienten la nostalgia colonial. En el extranjero, sobre todo, mucho con vendría la distribución de numerosos ejemplares del Anuario.

EL HABLA POPULAR A TRAVÉS DE LA LITERATURA CUBANA. Estudio sobre su transformación... por el Dr. Juan M. Dihigo... Habana, Imp. "El Siglo XX", Teniente Rey 27, 1915. 4.º, 62 p.

Este admirable estudio, en el cual se adunan la erudición y la amenidad, ha valido a su autor muy expresivas felicitaciones de autoridades en la materia. De los Estados Unidos norteamericanos, de Alemania, de España, de Francia, han llegado al Dr. Dihigo las voces de aliento de sus más eminentes colegas, quienes reconocen la importancia de este trabajo leído y sostenido por él, como Delegado por Cuba, el 10 de abril de 1912 en la Sección X del Congreso Internacional de Orientalistas celebrado en Atenas. Publicado primeramente en la *Revista de la Facultad de Letras y Ciencias* de la Universidad de la Habana, nuestro sabio profesor de Lingüística y de Filología ha hecho bien en recogerlo en volumen, porque así tendrá mayor difusión este curiosísimo estudio que significa un nuevo y merecido triunfo para quien tantos ha logrado ya en su fecunda vida de labor incesante y provechosa.

M. Antonio Dolz. EN MIS MONTAÑAS. Apuntes de un cronista. Edición de la Revista *Renacimiento*. Hermanos Sardiñas, Industria 112, entre Neptuno y San Miguel, Habana, 1915. 8.º, 112 p. y grab.

El director de la revista *Renacimiento* cuenta en estas páginas las grandes impresiones que experimentó no ha mucho en su ciudad natal, Santia-

go de Cuba, al visitarla después de cuatro años de ausencia. Radicalmente transformada y embellecida la encontré yo también, al pasar en ella, poco antes que el autor de este libro y después de haberla visto por primera vez hacía siete años, días inolvidables. Con Marco Antonio Dolz he recorrido mentalmente, leyendo sus impresiones en la capital de la más bella región cubana, muchos de los mismos sitios por él descritos a vuela pluma y con exactitud la casa de Aladino (Bacardí), donde todos tienen exquisitas atenciones para el visitante; la de *El Cubano Libre*, el hoy remozado y siempre deferente periódico que fundaron en la manigua heroica Céspedes y Maceo, y del cual es alma el fraternal compañero Joaquín Navarro Riera; el Museo, fundado por el repúblico Bacardí... Con Dolz he vuelto a estrechar las manos cariñosas de camaradas por él recordados y a quienes yo no olvido: González Manet, Argilagos, Guerrero, Cazade, Vázquez de Cuberos, Aristigueta y tantos otros; y como él, en fin, debí yo presenciar también los patrióticos actos públicos celebrados en la capital de Oriente con motivo del vigésimo aniversario de la muerte de Martí.

Reiteradas veces me invitaron a ellos los organizadores, en atención a que mi artículo *Tres tumbas gloriosas* movió las voluntades propicias y originó el acuerdo oficial de ofrendar diariamente a Martí un ramo de flores frescas en su huesa, y en atención, asimismo, a que por mi empeño ejecutó la gentil escultora *Mimín* Bacardí su rodiniano busto del Apóstol, descubierto en sesión solemne del Ayuntamiento de Santiago de Cuba el 20 de mayo último (busto del cual sólo hay tres ejemplares: uno en el Museo santiaguense; otro en Santo Domingo, en poder de don Federico Henríquez Carvajal, y el otro con el cual me honró su autora); pero me fué absolutamente imposible concurrir, a pesar de mis deseos y de todas las circunstancias que me obligaban a estar en la ciudad oriental los días 19 y 20 de mayo de este año. ¡Cómo hubiera yo sentido la realidad de estas palabras con que Dolz habla de *La devoción por Martí*: “Mientras en Cuba aliente el recuerdo del hombre magno que murió entre el Contra maestro y el Cauto dando un beso a la estrella solitaria, nuestra libertad será inviolable y perdurable”!

Academia Nacional de Artes y Letras. Obras completas de Enrique Hernández Miyares (Académico de Número). I. POESÍAS. Habana, Imp. “Avisador Comercial”, 30, Amargura, 30, 1915. 8.°, XVI-194 p. y retr.

Tiene este volumen una Advertencia, en página no numerada, donde se dice que los comisionados por la Academia Nacional de Artes y Letras para reunir la dispersa obra de Hernández Miyares—los académicos Aniceto Valdivia, Federico Uhrbach y José Manuel Carbonell—, pensaron que un tomo podría contenerla toda; pero, al comenzar su tarea, vieron que la labor de él era extensa y requería dos: uno para los versos y otro para la prosa. Resolvieron hacerlo así, y desde hace poco tiempo circula entre los amantes

de las letras el que contiene las poesías del inolvidable autor del célebre soneto *La más hermosa*. Al frente del volumen, después de la Advertencia, está el discurso pronunciado por José Manuel Carbonell en la sesión solemne que la Academia celebró en memoria de Hernández Miyares la noche del 16 de diciembre de 1914. Ambos se querían entrañablemente y la vibrante y sentida oración de Carbonell—ojeada a la vida límpida y a la obra sencilla y cubana del desaparecido—es un justo tributo al caballero, al amigo, al poeta, al periodista y al colega en la institución citada.

Hernández Miyares podrá ser ahora juzgado en el conjunto de su labor poética; y a la Academia Nacional de Artes y Letras se deberá que no caiga en el olvido quien por muchos conceptos merece ser recordado entre las figuras interesadas en el mayor brillo de las letras cubanas, como lo demuestra la fundación y el sostenimiento del semanario *La Habana Elegante*, lo prueban varias de las poesías de este volumen y lo confirmará el de prosa, ya en preparación.

CUADROS VIEJOS. Segunda serie de las *Tradiciones Cubanas*. Por Alvaro de la Iglesia. Habana, "Imprenta Moderna", Aguiar 75, 1915. 8.º, 272 p.

Amenísimo libro es el que acaba de publicar el veterano escritor Alvaro de la Iglesia, miembro de número de la Academia de la Historia, bajo el título de *Cuadros Viejos* y continuando la serie felizmente iniciada con *Tradiciones Cubanas*. Hubiera yo mantenido este título, publicando como segundo tomo de ellas el que ahora aparece rotulado *Cuadros Viejos*; pero seguramente quiso el autor respetar aquel con que insertó algunos de estos cuadros en el diario *Heraldo de Cuba*, donde los firmaba con el seudónimo de *Vetusto*. Si dan cierta idea de antigüedad las denominaciones empleadas por Alvaro de la Iglesia últimamente, en cuanto hace relación a su persona y a su libro, es de notar, sin embargo, que aun cuando en él sólo se habla de cosas antiguas y casi olvidadas, todos los episodios o leyendas cobran nueva vida por la magia del arte con que están narrados, y tienen, a la vez, el perfume grato y suave de lo añejo y de lo nuevo. Porque en realidad resultan nuevos estos asuntos, y la pluma de *Vetusto* tiene la agilidad, el brío y el donaire de quien no parece haber entrado en años manejándola sin cesar.

Alvaro de la Iglesia nació en Galicia—no en Cataluña, como ha dicho alguien al escribir ligeramente sobre este libro—y vino a Cuba a la edad de trece años: desde entonces trabaja constantemente y se considera tan cubano como si hubiera nacido aquí; porque aquí se formó, contrajo nupcias, tuvo hijos y se creó una reputación que ha consolidado con numerosas obras literarias e históricas. *Tradiciones Cubanas* y *Cuadros Viejos* recuerdan inmediatamente las interesantísimas *Tradiciones Peruanas*, de Ricardo Palma, a las cuales nada tienen que envidiar no pocas de las escritas por el autor del libro en que me ocupo: narradas con la misma gracia, con la misma

conceisión, con igual picareseo y cortado estilo, con idéntico respeto al fondo de mayor o menor verdad de cada asunto, y tejiendo ambos, con ingenio, la fina malla en que el lector va envolviéndose, insensiblemente, hasta dar con la última página del volumen. ¿Qué mayor elogio, si el supremo interés de un escritor debe ser el del lector?

Miguel de Marcos Suárez. *LUJURIA*. Cuentos nefandos. Ilustraciones de García Cabrera. Biblioteca Studium, Jesús Montero, Neptuno 35, Habana [1914]. 8.º, 236 p.

Algún tiempo ha pasado desde la aparición de estos cuentos; pero son tantos los libros que me llegan de todas partes y tantas mis ocupaciones, que el tiempo me falta ya para leer, meditar y emitir juicio acerca de cada uno de ellos. Y jamás doy opinión sin conocimiento de causa. Por eso tengo muchos volúmenes en los cuales no he podido ocuparme aún; pero de todos ellos iré dando cuenta en esta sección, a medida que los lea, con la sinceridad y honradez de criterio siempre demostradas en cuanto escriba mi pluma. Podré equivocarme—que nadie es infalible, y sería ridículo presentarse como único poseedor de la verdad o la razón en materia de crítica—, pero mi parecer jamás tiene otra base que la rectitud del propósito.

He leído *Lujuria*, uno de los primeros libros editados por el señor Jesús Montero, y declaro que no sin gran esfuerzo he llegado al final. Miguel de Marcos Suárez no miente al calificar sus cuentos: nefandos son; y temibles, porque revela indudables aptitudes el estilo nervioso y plástico en que cuenta fingidas alucinaciones lúbricas el autor. Me espanta la idea de que caigan bajo los ojos inquisitivos de quienes comienzan a vivir y quieren ya entrar a pleno pulmón en la vida, para gozar a sus anchas de todos los placeres de la carne; pero me apena más el pensamiento de que en empeños como éste quiera malgastar en lo futuro sus singulares facultades el autor de *Lujuria*, de quien deseo leer nuevas obras en las cuales todos puedan ver sin reparos el brillante colorido de su ropaje literario.

Carlos Martí. *FILMS CUBANOS*. Oriente y Occidente... Sociedad General de Publicaciones, Calle de la Diputación, 211, Barcelona [1915]. 8.º, 392 p.

“La República será agrícola o no será”, dice sentenciosamente en la portada este abigarrado volumen; y, en consecuencia, quien lo ha escrito describe la riqueza maravillosa de las regiones oriental y occidental de Cuba, que desfilan ante nuestros ojos, como en un cinematógrafo, excitando la curiosidad en los que no conocen esa riqueza y despertando el deseo de poseerla en quienes ansían tener siquiera una parte de la que tan mal anda repartida por el mundo. El título, *Films Cubanos*, a pesar de las

discusiones que ha provocado, es un hallazgo epigráfico; porque leyendo el nuevo libro de Carlos Martí, nutrido con datos estadísticos importantes, ya he dicho que se tiene la sensación de una serie de vistas cinematográficas: tan rápidamente se suceden las escenas y tanto va y viene el autor de un punto a otro, como poseído del demonio ambulatorio. El estilo no es literario, ni se propuso hacer una obra de esta clase quien escribió a vuela pluma, para un diario de la Habana, las pintorescas correspondencias que ha tenido el acierto de recoger en volumen. Ahora es cuando prestarán el servicio, altamente apreciable, de dar a conocer a muchos cubanos y a no pocos extranjeros lo que es Cuba en sus dos provincias extremas; cuánto ha progresado una de ellas, la oriental, y cómo adelanta, sufriendo toda clase de reveses, la occidental.

Libros de esta clase son muy necesarios, porque hay una ignorancia casi completa de lo que encierra la Isla, y nadie en nuestro país se ha dedicado a revelarlo después de la independencia. En idioma inglés, y aun en francés, existen varios, escritos con posterioridad a esa fecha; pero en el nuestro sólo conozco éste, que ofrece completar el diligente periodista cubano-catalán al recorrer las provincias de la Habana, Matanzas, Santa Clara y Camagüey. Deseo ardientemente que su comunicativo entusiasmo no decaiga, y que en breve pueda presentar al público una obra acabada, amplia, ilustrada, y tan movida e interesante como ésta por la cual se ha hecho acreedor, una vez más, al aplauso de cuantos vemos con viva simpatía todo esfuerzo tendiente a engrandecer a Cuba y a colocarla en el lugar que le corresponde.

La “Juventud Progresista”. MEMORIAS. Por Manuel O’ Bourke y Cabrera. Cienfuegos, Imprenta “El Alba”, 1915. 8.º, 130 p. y grabs.

¡Con cuánto júbilo y con cuánto dolor, a un tiempo mismo, he leído las páginas en que el único Presidente de la Juventud Progresista de Cienfuegos, señor Manuel O’ Bourke, refiere la breve y brillante historia de esa patriótica agrupación! Con júbilo, porque siempre es grato saber que un grupo de personas acoge y difunde benévolamente los esfuerzos que otro grupo realiza con la única mira del mejoramiento nacional; y la Juventud Progresista de Cienfuegos se inspiró muchas veces en artículos publicados en CUBA CONTEMPORÁNEA, repartiendo copias entre sus miembros, y los mantenedores de ella creían, como los de esta Revista, “que la obra de la Revolución Redentora no está completa, porque si bien quedó satisfecho el anhelo separatista, el programa de reformas fundamentales, legislativas, sociales, administrativas y políticas, que fueron los ideales de los revolucionarios, está aún esperando ser recordado” por alguno de los llamados a ello—según dice el señor Enrique Gay Calbó en el prólogo de estas *Memorias*. Y con dolor las he leído, porque relatan el penoso fracaso de un nobilísimo esfuerzo que “representaba en Cienfuegos—tal vez como úni-

co y valiente representante—la idea del nacionalismo, que ha reunido en la Habana a un grupo de escritores para la publicación de ese excelente periódico titulado CUBA CONTEMPORÁNEA”, como dice también el señor Gay Calbó; pero no importa el primer revés cuando se tiene el ánimo templado. Quizás no esté lejano el día en que toda la juventud cubana, sin personalismos, ni banderías, ni prejuicios, haya de responder a la llamada que en nombre de la Patria se le dirija; y entonces O’ Bourke, Gay Calbó, Vilches, Rey, Villapol, Prohías, De la Torre, Machado, Alvarez y tantos otros paladines entusiastas, enarbolarán de nuevo la única bandera que los jóvenes pueden llevar en sus manos: la del porvenir.

La obra realizada por la Juventud Progresista de Cienfuegos, tan recia e injustamente combatida por los reaccionarios y los estacionarios, tiene en este libro su mejor defensa: fué noble, liberal, cubana, nacionalista; y por ello la socavaron y rindieron nuestros adversarios de siempre, que en Cienfuegos son muy poderosos. Pero no han de triunfar ellos constantemente, y es preciso batirlos en todos sus reductos. Trabajemos, pues; luchemos sin descanso y con fe: los derrotados de hoy serán los triunfadores de mañana. También CUBA CONTEMPORÁNEA empieza a ser insidiosamente combatida por los mismos elementos que dieron al traste con la cévica agrupación cenfoguense, después que mucho la elogiaron algunos de ellos mientras no vieron en nuestras páginas el empeño firme, constantemente mantenido, de decir la verdad sobre los asuntos cubanos; pero seguiremos invariables y serenos cumpliendo con el deber que nos hemos impuesto. No nos vencerán mientras alentemos y podamos decir nuestro pensamiento. Cada uno de nosotros, cada cubano que desee ver a Cuba como la soñaron nuestros mártires y la queremos cuantos aspiramos a alcanzar el mismo ideal, debe hacer siempre la parte que le corresponde en la obra común; no debe dar paz a la mano ni descanso a la mente, contribuyendo así a encauzar la opinión pública y al mejor estudio de los problemas cuya solución acertada interesa a todos. Y en tanto reanuda sus esfuerzos la Juventud Progresista de Cienfuegos, vayan a su ex Presidente y a sus fundadores el aplauso férvido de CUBA CONTEMPORÁNEA y la expresión de nuestro hondo agradecimiento por las generosas menciones que de ella hacen estas *Memorias*.

INSCRIPCIONES CUBANAS DE LOS SIGLOS XVI, XVII Y XVIII. Por el Dr. Manuel Pérez Beato... Segunda edición corregida y aumentada. Habana, Imprenta Artística “Comedia”, Campanario 66, por Concordia, 1915. 4.º, VI-94 p. y grabs.

Individuo de número de nuestra Academia de la Historia es el autor de esta obra publicada hace varios meses, de la que sólo han sido impresos doscientos cincuenta ejemplares numerados. El Dr. Pérez Beato dirigió en la Habana una de las revistas más interesantes que he conocido: *El Curioso Americano*, en la cual vieron la luz algunos de los trabajos que

ahora reúne en este hermoso volumen, ampliados no pocos de ellos. Otros son inéditos; pero las inscripciones van escaseando cada vez más en Cuba, porque la ignorancia destruye más que los años. Y a veces la estulticia se une al ruin goce de deteriorar o de substraer, por el mero afán de que a nadie aproveche, aquello en que alguien puso algún noble interés advertido por espíritus malévolos o groseros. De esto se quejan, con sobra de razón, cuantos se dedican al estudio de asuntos históricos en nuestro país; porque no sólo se da el caso de que destrocen nuestros compatriotas las inscripciones y los monumentos o vestigios de éstos—según afirma el Dr. Pérez Beato—, sino que los papeles y los libros parecen también tener enemigos en muchos de ellos.

Contiene esta obra la descripción, y en muchos casos el grabado, de cuarenta y ocho inscripciones; la más antigua es de 1524, de pedazos de la lápida perteneciente a la sepultura del conquistador de nuestra Isla, don Diego Velázquez de Cuéllar, encontrados en 1810 al hacer las excavaciones para cimentar la actual catedral de Santiago de Cuba; y la más moderna es de 1799, que se halla en el sepulcro del primer obispo de la Habana, don Felipe José de Trespalacios, en el monasterio de Santa Teresa. Cuarenta y nueve grabados ilustran el curioso texto de esta obra paciente, digna de atención y cuidadosamente impresa, que ofrece completar su erudito autor incluyendo en otro volumen las inscripciones cubanas correspondientes al siglo XIX y a los años transcurridos del actual. Es indudable el buen servicio que con sus investigaciones presta a la historia patria el Dr. Pérez Beato, por lo cual merece la felicitación y el agradecimiento de cuantos amamos esta clase de estudios.

HISTORIA DE CUBA. Narración humorística. Por Gustavo Robreño. Prólogo de *Attaché* e ilustraciones de Massaguer. Habana, Est. Tip. del "Avisador Comercial", Amargura número 30, 1915. 8.º, X-156 p. y grabs.

Del descubrimiento a los días actuales, a grandes rasgos y con un grajejo admirable, ha relatado el festivo escritor y actor Gustavo Robreño la historia de nuestro país en estas páginas saladísimas, llenas de un intencionado humorismo que en no pocos pasajes tiene toda la intensidad y amargura de la sátira. El lápiz de "nuestro amigo Massaguer", como llamó Jesús Castellanos al conocidísimo caricaturista, ha secundado a las mil maravillas el propósito de Robreño. En *Gráfico*, el simpático semanario que está bajo la dirección artística de Conrado Walter Massaguer, fueron periódicamente apareciendo las regocijadas páginas reunidas hace poco tiempo por su autor en este volumen, que ha sido un gran éxito. Desde el prólogo, debido a la galana pluma del escritor cubano que se oculta bajo el seudónimo de *Attaché*, en cuyos artículos de *El Mundo* hemos admirado todos un nuevo aspecto del talento periodístico de Víctor Muñoz, hasta la última línea de esta *Historia de Cuba*, todo se lee con deleite y vivo inte-

rés, gustando los sabrosos comentarios y las comicísimas escenas que al ingenio de Robreño se le han ocurrido para enlazar nombres y hechos de épocas remotas con personajes y sucesos contemporáneos y de todos conocidos.

Lástima grande que así como Robreño ha probado una vez más su habilidad en el dominio del difícil arte de la burla—porque ya entre nosotros ha hecho él un arte de la vaya de buena ley—, no se propusiesen los demás cubanos de talento brillar cada uno en la esfera propia de su especialidad, cultivando sus extraordinarias facultades asimilativas y dando a conocer al público los sazonados frutos de su intelecto, porque entonces se desarrollarían en natural progresión las productivas y haríamos en Cuba obras no sólo honrosas para nosotros, sino tan útiles para todos como las de muchos pueblos que nos deslumbran con las suyas.

DE LA AVELLANEDA. Colección de artículos. Por José A. Rodríguez García. 1914. Imp. de "Cuba Intelectual", Santo Tomás 30, Cerro, Habana, 8.º, 524 p.

Aunque el pie de imprenta dice 1914, este libro vió la luz pública en el mes de marzo de 1915, según reza el colofón. Es el primer volumen de la Biblioteca de Autores Cubanos que comenzó a editar el señor Jesús Montero, y fué impreso en casa del autor, quien con él presta una buena contribución a la historia de la gran poetisa cubana en cuyo honor fué preparado con motivo del centenario de su nacimiento en nuestra provincia de Camagüey. El Dr. Rodríguez García, que es un devoto admirador de las notables figuras literarias cubanas, dedica siempre gran parte de su revista *Cuba Intelectual* a reproducir y comentar trabajos de los ilustres desaparecidos que a Cuba dieron fama con sus producciones; y *De la Avellaneda*, como él dice en las líneas preliminares de esta obra formada con notas y artículos suyos publicados casi todos en dicha revista, "es un libro colectivo: el rótulo es el denominador común, vínculo real, no caprichoso, que enlaza estos trabajos a vuela pluma, al modo que se escribe para los periódicos". Por estas circunstancias, aun cuando se advierte en él un plan, su ordenamiento es defectuoso y no hay selección; pero lo que encierra es altamente útil para conocer y apreciar la copiosa labor realizada por la insigne mujer bajo cuyo nombre se ampara.

Fuí yo discípulo del Dr. Rodríguez García en el Instituto de la Habana, si bien por breve tiempo; él se acuerda de mí, ha creído que llegué a doctorarme en alguna ciencia y, como otras muchas personas, me da un título que no tengo. Así lo he visto en la cita que afectuosamente ha hecho de mi nombre al referirse en este libro a las *Cartas Amatorias* de la Avellaneda publicadas por mí en CUBA CONTEMPORÁNEA durante los meses de enero, febrero y marzo de 1914, y además en una edición de veinticinco ejemplares numerados y no puestos a la venta. También yo me acuerdo de él con cariño, y por ello y por la verdad me permito hacer la rectificación. A esta obra

suya se le hacen otras, y algunas adiciones importantes, en un extenso artículo que aceca de ella vió la luz en el número de junio, 1915, del *Boletín de la Real Academia Española*, firmado con las iniciales E. C. (páginas 362-383 del tomo III). Allí se dice: “Como resumen de todo lo hasta ahora investigado y lo allegado por sí mismo, se nos ofrece el notable libro del señor Rodríguez García, ilustre catedrático y periodista cubano, actual director de la revista *Cuba Intelectual*, y autor de gran número de obras excelentes, así científicas como de amena literatura”; añadiendo el autor de tan importante trabajo, que la circunstancia de residir en Madrid “le da los medios de completar aquellos datos que expondrá, para que si, como es de suponer, el señor Rodríguez hace nueva edición de su excelente libro (el mejor que hoy tenemos acerca de la Avellaneda), pueda, si gusta, utilizarlos”. La lista es larga y se sigue en ella el mismo orden cronológico empleado en el volumen en que me ocupo; los datos son muy interesantes y nutren la muy estimable obra realizada por el Dr. Rodríguez García, quien declara que “no ha pretendido escribir un libro completo”.

Ramón S. Varona (hijo). *LAS PIEDRAS DE JUDEA*. Comedia en tres actos y en prosa. Habana, 1915 [Imprenta Militar]. 8.º, 204 p.

Dos cartas del autor y dos del crítico teatral de *La Discusión*, Francisco Hermida, sirven como de prólogo al volumen que contiene esta comedia del señor Varona; y de ella dice Hermida que “debe ser representada porque los méritos de la obra justifican su representación”. Lo fué no hace mucho, en el teatro habanero *Comedia*; el público la acogió con muestras de aprobación. Los periódicos han hablado extensamente de *Las piedras de Judea*, antes de su representación y después de ella; casi todos han tenido para el autor palabras de aliento. Es su primera obra y está hecha con sencillez. La tendencia es la siguiente, expuesta en forma de pregunta: ¿quién puede humanamente censurar a una mujer joven y bella, casada por su madre con un viejo rico a quien no ama, porque mientras el marido se entretiene en bajos devaneos con las criadas, ella vuelva los ojos hacia el joven primo que posee su cariño desde antes de ser obligada a contraer nupcias para salvar a la madre de la miseria? Rosa es la joven, doña Mariana la madre, don Pascual el marido y Ernesto el afortunado: estos cuatro personajes son los principales de *Las piedras de Judea*, comedia cuya acción se desenvuelve sin complicaciones y rápidamente, hasta el final adivinado. Hay escenas movidas y el diálogo, aunque con algunos parlamentos extensos, se sostiene bien; pero nada más. Al señor Varona le será forzozo salir de lo trillado si quiere ganar nombre como autor teatral. Condiciones no le faltan; pero, ¿tendrá el valor necesario para prescindir del éxito fácil, que no deja huella, y apartarse de lo convencional y mediano para dedicarse a crear?

CARLOS DE VELASCO.

NOTAS EDITORIALES

WILLIAM VAN HORNE

El día 14 de septiembre último fué sepultado en Montreal, Canadá, un gran hombre a quien debe Cuba gratitud impeccedera por la obra que realizó aquí: Sir William Van Horne, constructor del Ferrocarril Central y alma de varias poderosas empresas que han contribuído extraordinariamente al adelanto de nuestra República.

La capital de la provincia de Camagüey le había nombrado su Hijo Predilecto, y en todos los ámbitos del territorio nacional era el nombre de Van Horne pronunciado con respeto y cariño. Hizo el bien dondequiera que su genio emprendedor le llevó, y en nuestra patria jamás hubo de mezclarse en los asuntos que a los cubanos únicamente corresponde resolver: supo mantenerse siempre en la discreta actitud que todo extranjero debe observar con respecto a los problemas nacionales del país donde reside o que visita.

El notabilísimo desarrollo alcanzado últimamente por las provincias de Camagüey y Oriente, a él se debe en gran parte, porque en poco tiempo realizó, después de nuestra emancipación de España, la magna obra de ese Ferrocarril Central que los españoles, en más de trescientos años de dominación y explotación, sólo supieron estudiar... Todas las provincias cubanas están hoy unidas por ferrocarril, gracias a Van Horne. Y en la hora de su enterramiento, a las diez y veinte minutos de la mañana del 14, todos los trenes que en Cuba funcionan bajo las órdenes de la Compañía fundada por él, suspendieron un minuto su marcha y los empleados se descubrieron en homenaje a su memoria. La nación expresó también el pesar que aquí produjo la muerte de quien tanto la favoreció: el Presidente de la República, en su nombre y en el de Cuba, dió el pésame oficialmente a la familia del benefactor y comisionó al Cónsul de Cuba en Montreal, señor Francisco Cañellas, para que concurreniera al sepelio en representación de todos los cubanos.

CUBA CONTEMPORÁNEA se une a tales expresivas manifestaciones de condolencia, y en recuerdo de Sir William Van Horne deja en sus páginas estas líneas en que pretende reflejar la tristeza del pueblo cubano.

NOTICIAS

Las obras de Milanés.

La Comisión Milanés, que se constituyó en la Habana para celebrar el centenario del nacimiento del dulce poeta matancero José Jacinto Milanés, no hace mucho acordó nombrar al bibliógrafo cubano Domingo Figarola-Caneda, Director de la Biblioteca Nacional, para que entendiera en todo lo relacionado con la edición completa de las obras del bardo. Y el señor Figarola-Caneda, haciendo uso de las facultades que se le dieron para recabar el concurso de las personas que estimara conveniente, se dirigió a los doctores Francisco de P. Coronado, iniciador de los homenajes a la memoria del poeta, Guillermo Domínguez Roldán y Mariano Aramburo, y a los señores José Manuel Carbonell, Miguel Angel Quevedo y Carlos de Velasco, para que en la Habana lo presten al empeño de terminar en breve la edición nacional de las obras de Milanés. Los trabajos han comenzado y quedaron constituidos en Comisión Editora los citados señores, con Figarola-Caneda como Presidente, Carlos de Velasco como Secretario y los demás como Vocales.

“Veinte años después del Grito de Baire.”

Tal es el título de una obra que acaba de publicar en Italia el Dr. Francisco Federico Falco, quien estudia en ella los progresos realizados por Cuba desde 1895 hasta 1915, principalmente en la vida política y en el orden de la cultura pública. Es de gran importancia el nuevo esfuerzo del Dr. Falco, devoto de los altísimos ideales de Martí y servidor constante de la causa cubana en la guerra y en la paz. De este libro se conoce en la Habana el prólogo, que promete páginas en extremo interesantes; pero en breve llegarán ejemplares y entonces podrá juzgarse del mérito y alcance de esta obra cuyo sólo título excita la curiosidad y augura un éxito.

Labores del Ateneo de la Habana.

En el mes de noviembre reanudará sus tareas el Ateneo de la Habana, iniciándolas con una conferencia del Dr. Enrique José Varona sobre Cervantes y continuándolas con un curso de Derecho Penal, por el Dr. José Antonio González Lanuza, uno de Literatura Mejicana, por Luis G. Urbina

y, probablemente, otro acerca de Literatura Cubana, por el Dr. José María Chacón y Calvo. A pesar del desvío con que ha sido tratada la brillante institución cultural que preside el Dr. Evelio Rodríguez Lendián, el Ateneo de la Habana trabaja y espera que en la próxima Legislatura el Congreso cubano votará la ley otorgándole la subvención que merece.

Conferencias sobre asuntos sudamericanos.

La Institución Carnegie viene celebrando en numerosos y principales centros docentes de los Estados Unidos de Norteamérica, con profesores especiales contratados en las Universidades de Columbia, Harvard, Princeton, Yale, etc., una serie de importantes conferencias sobre relaciones internacionales, derecho internacional, geografía, desarrollo político y social, condiciones económicas e historia antigua y moderna de las repúblicas sudamericanas. Los invitados a ellas son, especialmente, profesores de todas clases, pues el propósito de la Institución es el de dar a conocer a éstos el estado actual de esas naciones, para que a su vez trasmitan a sus discípulos la enseñanza recibida.

Obra sobre el Libertador Bolívar.

Estará circulando ya en Colombia una nueva edición, completa y hecha por la casa editorial de Arboleda y Valencia (Bogotá), de las Memorias para la vida pública del Libertador, escritas por el general Tomás Cipriano de Mosquera. De esta interesante obra histórica, que constará de dos tomos, sólo dió a la estampa su autor la primera parte, en Nueva York, el año 1853.

PERIÓDICOS RECIBIDOS

Estimamos el envío de los siguientes, a los cuales correspondemos con la remisión de CUBA CONTEMPORÁNEA:

Nacionales:

Alrededor de la Escuela, mensual.
Bohemia, semanal.
Boletín del Archivo Nacional, bimestral.
Cuba Intelectual.
Cuba Pedagógica, quincenal.
Cuba y América, mensual.
Diario de la Marina, diario.
El Coleccionista, bimestral.
El Comercio, diario.
El Comercio, diario (Cienfuegos).
El Cubano Libre, diario (Santiago de Cuba).
El Día, diario.
El Fígaro, semanal.
El Folleto, mensual.
Evolución, quincenal.
Fulgores, quincenal (Pinar del Río).
Gráfico, semanal.
Halma, decenal (Santa Clara).
Heraldo de Cuba, diario.
La Correspondencia, diario (Cienfuegos).
La Discusión, diario.
La Independencia, diario (Santiago de Cuba).
La Lucha, diario.
La Prensa, diario.
La Propaganda, mensual (Cienfuegos).
La Reforma Social, mensual.
La Semana, semanal (Cienfuegos).
Letras, semanal (Santiago de Cuba).
Modern Cuba, mensual.
Orto, semanal (Manzanillo).
Patria, semanal.
Penachos, semanal (Manzanillo).
Pinos Nuevos, quincenal.
Renacimiento, mensual.
Revista Bimestre Cubana, bimestral.
Revista de la Facultad de Letras y Ciencias, bimestral.
Revista de la Sociedad Cubana de Ingenieros, mensual.
Revista Municipal y de Intereses Económicos, quincenal.
Vida Nueva, mensual.

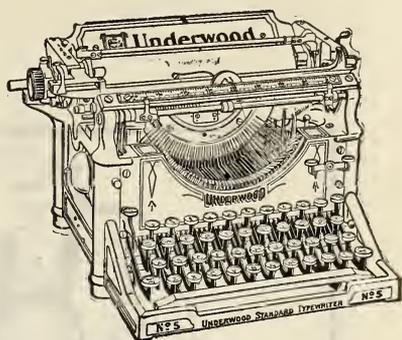
Extranjeros:

A Leitura para Todos, mensual (Río de Janeiro, Brasil).
América Latina, mensual (Londres).
Anales de Instrucción Primaria, mensual (Montevideo, Uruguay).
Anales de la Corte de Justicia Centroamericana (San José de Costa Rica).
Anales de la Universidad Central, mensual (Quito, Ecuador).
Anales del Ateneo de Costa Rica, mensual (San José).
Ateneo de Honduras, mensual (Tegucigalpa).
Boletín de la Biblioteca Municipal de Guayaquil, mensual (Ecuador).
Boletín de la Real Academia Española, bimestral (Madrid).
Boletín de la Unión Panamericana, mensual (Washington).
Boletín Histórico de Puerto Rico, bimestral (San Juan).

- Centro América*, trimestral (Guatemala).
Colección "Ariel", mensual (San José de Costa Rica).
Cuba en Europa, quincenal (Barcelona).
Cultura, mensual (Bogotá, Colombia).
El Colombiano, diario (Medellín, Colombia).
El Espectador, diario (Medellín, Colombia).
El Foro, mensual (San José de Costa Rica).
El Liberal, diario (Bogotá).
El Liberal Ilustrado, semanal (Bogotá).
El Mensajero de Ultramar, mensual (Aquisgrán, Alemania).
El Porvenir, diario (Cartagena, Colombia).
El Tiempo, diario (Bogotá).
El Universal, diario (Caracas, Venezuela).
Esto y Aquello, quincenal (Panamá).
Foro y Notariado, mensual (Bahía Blanca, Argentina).
Gaceta Republicana, diario (Bogotá).
Guatemala Informativa, mensual (Guatemala).
Hispania, mensual (Londres).
Humanidad Nueva, mensual (Buenos Aires).
La Correspondencia de Puerto-Rico, diario (San Juan).
La Crítica, mensual (San Juan, Puerto Rico).
La Gaceta Gráfica, diario (Bogotá).
La Lectura, mensual (Madrid).
La Patria, diario (Bogotá).
La Prensa, diario (San Salvador).
Las Novedades, semanal (Nueva York).
Letras, mensual (Managua, Nicaragua).
Letras, mensual (Quito).
Nosotros, mensual (Buenos Aires).
Nuestro Tiempo, mensual (Madrid).
Nuevos Rítos, quincenal (Panamá).
Pandemónium, quincenal (San José de Costa Rica).
Patria, semanal (San Juan, Puerto Rico).
Principios, semanal (Manzanares, Colombia).
Prosa y Verso, mensual (Quito).
Renacimiento, mensual (Santo Domingo, R. D.).
Revista Americana, quincenal (Río de Janeiro, Brasil).
Revista Americana de Derecho Internacional, trimestral (Washington).
Revista Argentina de Ciencias Políticas, mensual (Buenos Aires).
Revista Castellana, mensual (Valladolid, España).
Revista da Universidade de Coimbra, trimestral (Portugal).
Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, bimestral (Madrid).
Revista de Bibliografía Chilena y Extranjera, mensual (Santiago, Chile).
Revista de Ciencias Económicas, mensual (Buenos Aires).
Revista de Derecho y Ciencias Sociales, mensual (Montevideo, Uruguay).
Revista de Educación Nacional, mensual (Santiago de Chile).
Revista de Filología Española, trimestral (Madrid).
Revista de Filosofía, bimestral (Buenos Aires).
Revista de la Academia Colombiana de Jurisprudencia, mensual (Bogotá).
Revista de la Sociedad Jurídico-Literaria, mensual (Quito).
Revista de Legislación y Jurisprudencia, mensual (San Juan, P. R.).
Revista Jurídica, mensual (Bogotá).
Revista Moderna, mensual (Bogotá).
Revue Hispanique, bimestral (París).
Sur-América, interdiario (Bogotá).



Neptuno, 62.
Teléfono A-6228.
Apartado 1669.



UNDERWOOD

MAQUINA OFICIAL DEL
GOBIERNO CUBANO

MUEBLES PARA OFICINA

J. PASCUAL-BALDWIN
OBISPO, 99-101

OBRA DE ÉXITO MUNDIAL

ENCICLOPEDIA UNIVERSAL ILUSTRADA

EUROPEO-AMERICANA

Ha obtenido el premio de mayor categoría en todas cuantas exposiciones se han celebrado desde el comienzo de su publicación.

(ZARAGOZA, VALENCIA, SANTIAGO, QUITO, BRUSELAS, BUENOS AIRES, GANTE.)

OBRA COMPLETAMENTE ORIGINAL Y MARAVILLOSAMENTE ILUSTRADA, QUE SE ADQUIERE A PRECIOS VERDADERAMENTE MÓDICOS Y CON TODA CLASE DE FACILIDADES.

10,000 biografías rigurosamente inéditas.

TRIPLE número de voces que las contenidas en los diccionarios más extensos.

1.000,000 de obras en su sección bibliográfica.

ETIMOLOGÍAS en Sánscrito, Hebreo, Griego, Latín, Árabe, Lenguas indígenas americanas, etc., etc.

VERSIONES de la mayoría de las voces en Francés, Italiano, Inglés, Alemán, Portugués, Catalán y Esperanto.

COLABORACIÓN MUNDIAL Y ESPECIALISTA. Elementos de España, América y Extranjero.

Este gran Diccionario, único en su clase, se hace indispensable en todas las bibliotecas, supliendo con creces a infinidad de obras de consulta, y por su precio verdaderamente módico es asequible a todas las personas amantes de las letras, dándose hoy toda clase de facilidades para su adquisición, bien que sea al contado, bien a plazos.

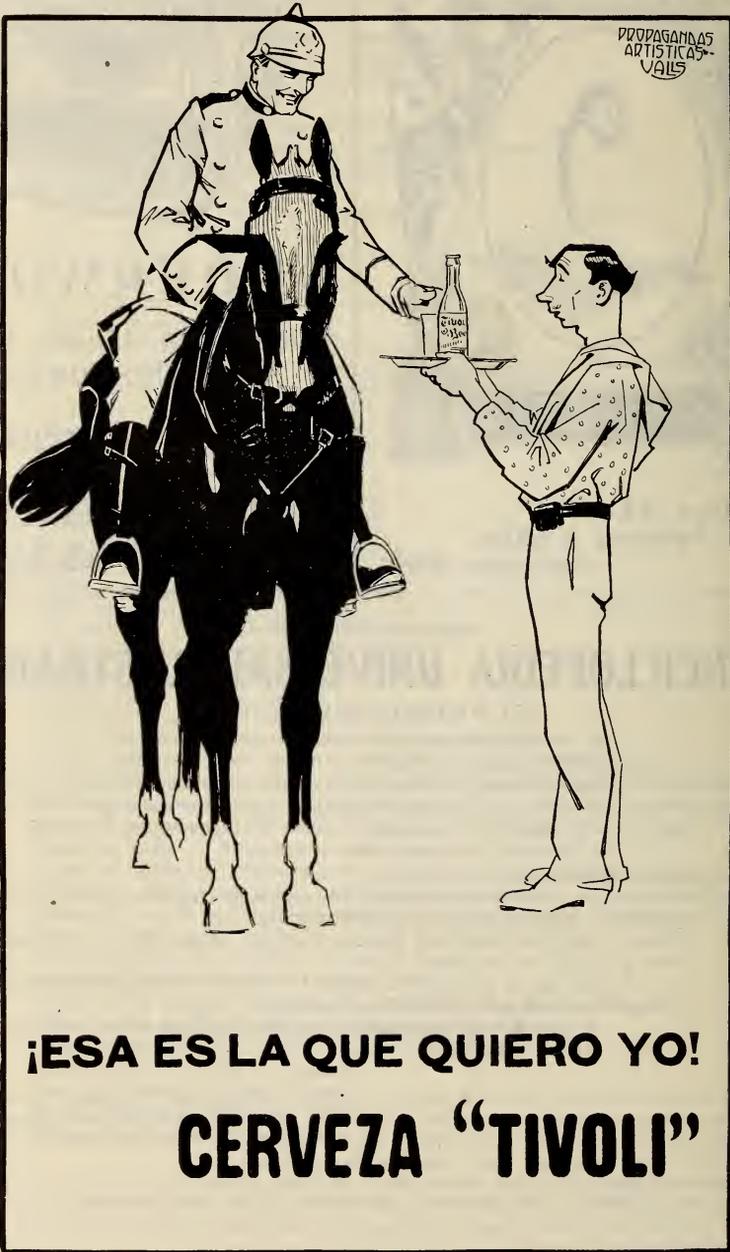
Pídase el Catálogo Ilustrado de esta obra. Se remite gratis.

Los tomos, encuadernados con ricas tapas iguales a las de los muestrarios de lujo, son de elegantes proporciones, en 4º menor, perfectamente manejables. Dim. 26 por 18 cm.

Van publicados 20 tomos.

Ricardo Veloso, Librería "CERVANTES", Galiano, 62, Apartado 1115, Habana,

Los precios de esta casa son en plata española para la Habana y en moneda americana para el interior.



¡ESA ES LA QUE QUIERO YO!

CERVEZA "TIVOLI"



¡POBRES LOS NIÑOS QUE NO TOMAN
LECHE WEG
CIENTÍFICAMENTE PURA!
LATAS GRANDES Y MEDIANAS.
VENTA DROGUERIAS Y FARMACIAS



¡ARTE Y NATURALEZA!

¿Quiere usted aunar estos dos grandes alicientes de la vida?
Adquiera un solar en los repartos BUEN RETIRO,
ORIENTAL y LA SERAFINA.

ZALDO, SALMON Y Ca., Obispo, 50.

CLÁSICOS CASTELLANOS

EDICIONES DE LA REVISTA "LA LECTURA"

PASEO DE RECOLETOS, 25.

MADRID.

OBRAS PUBLICADAS:

- SANTA TERESA.—LAS MORADAS. Por D. Tomás Navarro. (Vol. 1º de la Bibl.)
- TIRSO DE MOLINA.—TEATRO. *Tomo I.* Por D. Américo Castro. (Vol. 2º de la Bibl.)
- GARCILASO.—OBRAS. Por D. Tomás Navarro. (Vol. 3º de la Bibl.)
- CERVANTES.—DON QUIJOTE DE LA MANCHA. *Tomos I, II, III, IV, V, VI, VII y VIII.*
Por D. Francisco Rodríguez Marín, de la Real Academia Española. (Vols. 4º, 6º, 8º, 10, 13, 16, 19 y 22 de la Bibl.)
- QUEVEDO.—VIDA DEL BUSCÓN. Por D. Américo Castro. (Vol. 5º de la Bibl.)
- TORRES VILLARROEL.—VIDA. Por D. Federico de Onís. (Vol. 7º de la Bibl.)
- DUQUE DE RIVAS.—ROMANCES. *Tomos I y II.* Por D. Cipriano Rivas Cherif. (Vols. 9º y 12 de la Bibl.)
- Bº JUAN DE ÁVILA.—EPISTOLARIO ESPIRITUAL. Por D. Vicente García de Diego. (Vol. 11 de la Bibl.)
- ARCIPRESTE DE HITA.—LIBRO DE BUEN AMOR. *Tomos I y II.* Por D. Julio Cejador. (Vols. 14 y 17 de la Bibl.)
- GUILLEN DE CASTRO.—LAS MOCEDADES DEL CID. Por D. Víctor Said Armesto. (Vol. 15 de la Bibl.)
- EL MARQUÉS DE SANTILLANA.—CANCIONES Y DECIRES. Por D. Vicente García de Diego. (Vol. 18 de la Bibl.)
- FERNANDO DE ROJAS.—LA CELESTINA. Prólogo y notas por D. Julio Cejador. (Vols. 20 y 23 de la Bibl.)
- VILLEGAS.—ERÓTICAS O AMATORIAS. Por D. Narciso Alonso Cortés. (Vol. 21 de la Bibl.)
- POEMA DE MIO CID. Por D. Ramón Menéndez Pidal, de la Real Academia Española. (Vol. 24 de la Bibl.)
- LA VIDA DE LAZARILLO DE TORMES. Prólogo y notas por D. Julio Cejador. (Vol. 25 de la Bibl.)
- FERNANDO DE HERRERA.—POESÍAS. Por D. Vicente García de Diego. (Vol. 26 de la Bibl.)
- CERVANTES.—NOVELAS EJEMPLARES. *I.* Prólogo y notas de D. Francisco Rodríguez Marín. (Vol. 27 de la Bibl.)
- FRAY LUIS DE LEÓN.—DE LOS NOMBRES DE CRISTO. *I.* Prólogo y notas por D. Federico de Onís. (Vol. 28 de la Bibl.)
- FR. ANTONIO DE GUEVARA.—MENOSPRECIO DE CORTE Y ALABANZA DE ALDEA. Prólogo y notas de D. M. Martínez de Burgos. (Vol. 29 de la Bibl.)

Precio de cada volumen en rústica	3 ptas.
Encuadernado en tela	4 „
en piel	5 „

DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS LIBRERÍAS.

ASOCIACIÓN "CUBA FILATÉLICA"

Sociedad Internacional
de Cambio y de Correspondencias.

ORGANO OFICIAL:

"EL COLECCIONISTA"

Suscripciones: \$1 Cy. al año.

Dirección:

Secretario de la A. C. F.

APARTADO 1722.

HABANA, CUBA.

EN LA LIBRERÍA

Y CENTRO DE SUSCRIPCIONES

CASA DE WILSON,

DE S. T. SOLLOSO,

se reciben constantemente los principales periódicos del mundo, con noticias de la guerra europea; perfumería inglesa y francesa, y el afamado **Té Horniman**.

Periódicos de modas. - Obispo, 52.-Habana.

“EL IRIS”

COMPañIA DE SEGUROS MUTUOS CONTRA INCENDIO

ESTABLECIDA EN LA HABANA EL AÑO DE 1855.

OFICINAS EN SU PROPIO EDIFICIO: EMPEDRADO, 34

VALOR RESPONSABLE	\$ 62,782,849.00	SOBRANTE DE 1912 que se devuelve. \$	44,393.79
SINIESTROS PAGADOS	\$ 1,747,737.50	IDEM DE 1913 que pasó al Fondo de	
SOBRANTE DE 1909 que se devuelve. \$	41,764.16	Reserva.	\$ 48,970.03
SOBRANTE DE 1910 que se devuelve. \$	66,878.68	IDEM DE 1914 que se devolverá	
IDEM DE 1911 que se devuelve. . . \$	58,402.12	en 1916	\$ 20,816.37

El Fondo especial de reserva representa en esta fecha un valor de \$405,924.22, en propiedades, hipotecas, Bonos de la República de Cuba, Láminas del Ayuntamiento de la Habana y efectivo en Caja y en los Bancos.

Por una módica cuota asegura fincas urbanas y establecimientos mercantiles.

Habana, 31 de agosto de 1915.—El Consejero Director, **CARLOS A. MOYA.**

“EL SIGLO XX”

**IMPRESA
DE AURELIO MIRANDA**

Teniente Rey, 27,
esq. a Aguiar
Teléfono A-7105
Apartado 1253

Colección “Ariel”

Selecciones de los buenos autores antiguos
y modernos

Dirigida por J. García Monje
San José de Costa Rica, C. A.

CONDICIONES:

La serie de 8 folletos (en Costa Rica): c/. 2.00.

La serie de 8 folletos (en el Extranjero): un dólar.

Número suelto: c/. 0.25

Compañía Cubana de Fianzas

Cuba, 76 y 78.

Teléfono A-2882.

CAPITAL PAGADO: \$226,000.00.—FONDO DE RESERVA: \$100,000.00.

Presidente: Guillermo de Zaldo.

Vicepresidente: Cosme Blanco Herrera.

Secretario Letrado Consultor: Claudio González de Mendoza.

Directores: Sir William Van Horne, Narciso Gelats, Luis Suárez Galbán, Dionisio Velasco, Claudio G. de Mendoza, Carlos de Zaldo, Francis J. Sherman, Carlos I. Párraga, Sebastián Gelabert, Herm. Upmann.

Esta Compañía Cubana de Fianzas fundada en el año de 1903 y domiciliada en la calle de Cuba números 76-78, continúa prestando toda clase de fianzas.

Asimismo ha organizado un Departamento para la Administración de propiedades y garantía de títulos de dominio.—RAMÓN GUTIÉRREZ, Director General.



Pida



Ron y Elíxir

Bacardí

